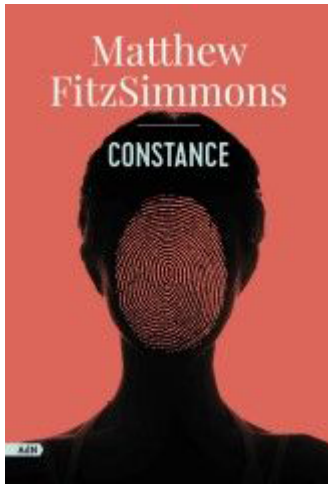


Matthew FitzSimmons

CONSTANCE

Un gran avance en la clonación humana se convierte en una pesadilla



En un futuro cercano, los adelantos conseguidos en la medicina y en los ordenadores cuánticos hacen que la clonación de seres humanos sea una realidad. Para los ricos, el lujo máximo es el de burlar a la muerte. Para los militantes que se oponen a la clonación, esta constituye una abominación contra natura.

Para la joven Constance D'Arcy, cuya tía fallecida le ha dejado un clon como regalo, es algo aterrador. Tras una de las rutinarias recargas mensuales de su consciencia, almacenada para esa inevitable transición, algo sale mal. Cuando se despierta en la clínica, han pasado dieciocho meses. Sus recuerdos más recientes no están. Le dicen que su original ha muerto. Si eso es cierto, ¿en qué se convierte ella?

Los secretos de la nueva vida de Constance, tan desconcertante, están profundamente enterrados. Y también las respuestas al cómo y el porqué de su muerte. Para desvelar la verdad, vuelve sobre aquello que hizo en los últimos días que recuerda y en su camino se cruza con un detective que siente tanta curiosidad como ella. En su huida, necesita a alguien de quien pueda fiarse. Porque hay una única cosa que le ha quedado clara: están intentando asesinarla... otra vez.

Matthew
FitzSimmons

CONSTANCE

Traducido del inglés por
Cristina Martín Sanz

AdN Alianza de Novelas

Para Alison

Primera parte
Recargar / descargar

Murió, así fue como murió;
y, cuando cesó su respiración,
tomó su exiguo ropero y echó
a andar en dirección al sol.
Su figura menuda en la entrada
los ángeles debieron de observar,
porque ya no volví a encontrarla
en este mundo mortal.

Desaparecida, Emily Dickinson

Aquel árbol de Navidad, pequeño y de color morado, tenía muchas explicaciones que dar. Constance no había celebrado la Navidad en los tres años que llevaba viviendo en Washington D. C. Y tampoco tenía intención de celebrarla este año. Pero, cuando salió de la tienda de la esquina y emprendió el regreso a casa, reparó en aquel arbolito metido en una caja y abandonado en la acera de su edificio. No sabría decir qué fue lo que la empujó a rescatarlo, pero le pareció bien interpretar a Charlie Brown en su propio especial sobre la melancolía navideña.

Lo recogió, se lo llevó a su apartamento y lo depositó encima de una mesa. El arbolito le hacía guiños con gesto esperanzado. Dejando aparte el hecho de que medía sesenta centímetros, era de color morado y no olía en absoluto a pino, resultaba prácticamente imposible de distinguir de un abeto de verdad. En cambio, le transmitió un estado de ánimo festivo, algo inusitado en ella, y se aplicó a la tarea de decorarlo. Incluso hizo la tarta de frutas navideña de Gamma Jol, que se quedó intacta en la encimera de la cocina, pero perfumó todo el piso con el aroma de su hogar de Texas.

Sin embargo, ese estado de ánimo resultó ser artificial, al igual que el árbol. Celebrar las Navidades en solitario era como prender una fogata en el cuarto de estar: emanaba una luz no deseada que iluminaba todos los rincones oscuros y cuidadosamente olvidados de su vida. La frágil tregua que recientemente había establecido con su depresión se deshizo de la noche a la mañana, y el día de Navidad se despertó con el ánimo por los suelos. Trabajaba desde casa para una pequeña organización sin ánimo de lucro, lo cual le permitía eludir fácilmente el contacto humano si así lo deseaba. Pero le costaba creer que hubiera pasado una semana desde la última

vez que salió del apartamento para otra cosa que no fuese comprar comestibles.

Einstein debería haberse dedicado a investigar la manera desigual en que el tiempo transcurría en diciembre, ese agujero negro supermasivo del calendario gregoriano.

A lo mejor por eso aceptó la invitación a cenar esa noche: una comida informal para huérfanos, es decir, personas que no tenían forma de volver a su casa por Navidad. Tampoco habría puesto un pie en Laneshoro ni aunque hubiera podido permitirse comprar el billete. Llevaba casi cinco años sin ir por casa, desde principios del segundo curso en la universidad, cuando Mary D'Arcy, su madre y ferviente sierva de Dios, le informó de que iba a irse directa al infierno. Constance la miró a los ojos fijamente y, con toda la furia que había ido acumulando a lo largo de sus diecinueve años, le respondió que allí esperaba encontrarse con ella. Desde entonces no volvieron a hablarse, ni siquiera después del accidente.

La cena comenzó bastante bien. Pero una mesa llena de personas solitarias y la actitud festiva forzada que mostraban solo sirvieron para recordarle lo aislada que se había quedado. Lo compensó aceptando la invitación de irse a casa de un neozelandés blanco y corpulento. Se llamaba Oliver, un nombre que él pronunciaba de un modo que le resultó encantador. Tenía unos muslos que parecían columnas dóricas, una melena de pelo negro y rizado, y una risa sumamente contagiosa. En realidad, Con no tenía intención alguna de irse a casa con él, porque últimamente le gustaba más ser deseada que tomada, pero disfrutó de la seguridad en sí misma que le proporcionaban sus atenciones.

Hasta cierto punto.

Tras el postre, se escabulló de la mesa para pasar al salón y trabó conversación con una música que, según descubrió, estaba tan obsesionada como ella por Mick Ronson. Y de esa manera, Oliver y sus trágicos muslos quedaron olvidados. ¿Cuántas personas conocían ya siquiera aquel nombre? Y aún

eran muchas menos las que podían mantener una conversación culta y entusiasta sobre sus solos de guitarra en álbumes tempranos de Bowie como *Aladdin Sane* y *Ziggy Stardust and the Spiders from Mars*. Fue como descubrir un idioma compartido, secreto, y las dos mujeres pasaron el resto de la velada en un rincón de la sala, hablando de guitarras e intercambiando canciones y curiosidades de la cultura musical, como una que Con desconocía: Ronson había tocado la guitarra en el tema «Jack & Diane», de John Mellencamp. Eso la dejó un tanto perpleja. Por primera vez en mucho tiempo, deseó haberse acordado de traer su propia guitarra.

La mañana siguiente, a una hora intempestiva, la despertó el pitido de la alarma. Buscó a tientas la mesilla de noche, encontró su DCL y se lo pasó por detrás de la oreja para averiguar el motivo.

«Hoy, 26 de diciembre de 2038, hará un día despejado y soleado, con una temperatura máxima de treinta y cinco grados.»

Otro día de calor sofocante. El octavo consecutivo y sin precedentes a finales de diciembre en Washington D. C. Una notificación del calendario le recordó que tenía una cita en Palingénesis. Lanzó un gemido y rodó de costado en un vano intento de ponerse lo bastante cómoda como para dormirse de nuevo. Ya se le había pasado la fecha de la recarga mensual, y recordó lo inteligente que le pareció programarla para el día después de Navidad, porque no habría nadie. Bueno, pues esta era la consecuencia de haber sido tan lista.

Desde el otro extremo del apartamento, el arbolito de Navidad la miró con expresión desamparada, como un amigo que la hubiera localizado en medio de una sala llena de gente. Tuvo la sensación de que lo había decepcionado por no haberse esforzado lo suficiente en salir de su apatía. Charlar de música había resultado agradable, pero la había dejado con resaca emocional. Mick Ronson había sido el guitarrista favorito de Zhi (competía por el primer puesto con Nile

Rodgers), y eso le había traído muchos recuerdos. También le recordó que le debía una visita. Podía hacer una parada de camino a Palingénesis, aunque eso implicaría tener que salir de la cama ya mismo.

Pero ¿deseaba verlo?

¿En qué iba a cambiar aquello las cosas, en realidad?

Avergonzada de sí misma por pensarlo siquiera, se obligó a incorporarse y se frotó la pierna izquierda, que siempre era lo primero que le dolía por las mañanas. Unas desagradables cicatrices le cruzaban en todas direcciones la rodilla que le recompusieron los cirujanos tras el accidente. Un milagro de la medicina, a todas luces.

Escogió la ropa que ponerse entre una montaña de prendas sucias: unos vaqueros negros y la vieja camiseta de la gira Anti World Tour de Rihanna (que había tenido lugar en 2016, el año en que nació ella). Olfateó ambas prendas y las encontró aceptables. «Vista siempre con clase, señorita D'Arcy.» Desde el rincón, el arbolito morado la observó en silencio, especulativo, como si estuviera preguntándose cómo había hecho para verse arrastrado a aquella escena tan cutre. No pasaba nada. Ella misma se lo preguntaba todo el tiempo.

—¿A quién viene a ver? —le preguntó el enfermero de la recepción. Era un individuo alto y de aire nórdico, que tenía el cabello revuelto y de color verdoso y unos ojos demasiado pequeños para su rostro, tanto que daba la impresión de tenerlos siempre entornados con gesto de suspicacia.

—A Zhi Duan —respondió Con.

Fue muy significativo que el enfermero no la reconociese. Durante el primer año tras el accidente, ella rara vez se había separado de Zhi. Trataba a todos los miembros del personal de tú y ellos se apiadaban de ella y le permitían dormir en el sillón colocado en un rincón de la habitación del paciente. No recordaba el momento exacto en el que pasó a ser una amiga desleal. Al principio, las visitas eran cada dos días; luego, una

vez a la semana, y ahora le daba miedo pensar siquiera en verlo.

El enfermero le preguntó cómo se llamaba y tecleó el nombre en el sistema. Le informó de que no era familiar del enfermo. Con discutiría ese punto. Tal vez un grupo de rock no se considerase legalmente una unidad familiar, pero debería, desde luego. Zhi Duan, Stephie Martz, Hugh Balzan, Tommy Diop..., todos ellos eran su familia, la que ella había escogido. Unidos por el amor, la música y la tragedia compartida. Ahora y para siempre. Aunque ya hubieran desaparecido todos, de un modo o de otro.

—Mire en la lista de excepciones. Seguro que figuro en ella —sugirió Con. En la última visita figuraba en dicha lista, pero ya no recordaba cuándo había sido eso. ¿En verano? ¿En primavera? Los padres de Zhi vivían en Dallas y siempre se habían sentido agradecidos de que alguien que se preocupaba por su hijo continuara yendo a verlo. ¿Habían descubierto que ella había dejado de ir y le habían revocado el permiso?

Para alivio suyo, el enfermero encontró su nombre.

—Voy a necesitar su identificación y tres datos biométricos.

—Tome todos los que quiera.

Obediente, se sometió a una toma de huellas dactilares, un examen de retina y una muestra de habla, datos que el enfermero comparó con los que tenía guardados en su ficha de identidad y en los registros del centro. Este tenía problemas desde hacía tiempo con fans que se colaban para hacer fotos y llevarse algún recuerdo de la habitación de Zhi. Habían sorprendido a una chica de dieciséis años afeitándole la cabeza con la intención de vender mechones de pelo suyo en internet.

Desde el accidente, había brotado una mitología romántica en torno a él, al igual que brotan las malas hierbas alrededor de una lápida que nadie se ocupa de limpiar. Se decía que su grupo, Despertar a los Fantasmas, iba camino del estudio para

grabar su primer álbum, una vez concluida la gira. Que, después de una actuación, la autocaravana se saltó la mediana, y el teclista, Tommy Diop, y el bajista, Hugh Balzan, perdieron la vida, mientras que Zhi Duan, el principal vocalista, se quedó en coma. Que estaban a punto de conseguir el estrellato y hacerse famosos. Con no sabía eso, pero la obsesión con Zhi era auténtica. En la red, sus seguidores se pasaban grabaciones pirata de actuaciones y demos del grupo. Subieron miles de publicaciones a los foros de fans, principalmente sobre Zhi, que se había transformado en un dios que era una mezcla de poeta trágico y músico. Un talento de su generación segado cruelmente antes de tiempo.

Los fans del grupo, que Con denominaba «miembros de la secta» cuando no se sentía generosa, hacían peregrinaje desde todas partes para presentarle sus respetos. El lugar del accidente se había convertido en un altar cubierto de pintadas. Los más morbosos, que no sabían lo que eran los límites, incluso la localizaron para hacerle preguntas impertinentes acerca de Zhi. Hablaban de él como si lo hubieran conocido, cosa que a ella la enfermaba un poco. Los recuerdos que tenía no eran baratijas de las que se venden a un lado de la carretera, tres por un dólar, que los turistas manosean con sus dedos regordetes. Cuando alguien la confrontaba, siempre daba respuestas imprecisas y se escabullía a toda prisa, pues sabía que algunos de los fans más acérrimos estaban resentidos con Stephie y con ella por no haber tenido la decencia de matarse en el accidente.

El enfermero le entregó una tarjeta de visitante.

—Ha sido usted muy oportuna. El paciente ha pasado varias semanas en la Johns Hopkins. Justamente volvió hace unos pocos días. Por lo visto, sus padres lo inscribieron en un estudio que está llevando a cabo esa universidad con pacientes de larga duración.

En el ascensor, intentó convencerse de que debía marcharse. Ya había firmado en el mostrador de recepción; eso

debía contar como visita. Nadie sabría si había llegado a verlo de verdad. Y menos aún el propio Zhi. Cuando se abrieron las puertas, hizo intención de salir, pero sus pies se negaron. Hasta que empezaron a cerrarse no extendió rápidamente una mano para mantenerlas abiertas. Con un suspiro, salió de la cabina y echó a andar por el largo pasillo.

La habitación de Zhi estaba en silencio salvo por la máquina que respiraba por él y el pitido rítmico de los monitores. Verlo así siempre volvía a romperle el corazón. Corrió hacia la ventana y abrió las cortinas. ¿Por qué tenían la habitación a oscuras? En el patio había un árbol, alto y fibroso, que a él le habría encantado. Con recorrió toda la habitación limpiando y ordenando. No porque fuera necesario, dado que el personal realizaba una labor excelente, pero era la rutina que seguía para sentirse como si aún desempeñara un papel en la vida de Zhi. Una vez que terminó de ordenar cosas, acercó una silla a la cama y le cogió la mano. En otra época las tuvo llenas de callos de guitarrista; en cambio, ahora estaban tan suaves como las de un recién nacido. Le dio un apretón leve. Él no se lo devolvió. Ya jamás lo haría.

«Estado vegetativo persistente.»

No creía que hubiera oído tres palabras tan odiosas en su vida. El primer año, se aferró a la fantasía de que, si continuaba hablándole y cantándole, dicha devoción tendría recompensa. Cuanto más intentaban los médicos convencerla de que los daños cerebrales que había sufrido eran irreversibles, de que nunca recobraría la consciencia, más se enrocaba ella en aquella certeza. Zhi era especial. Tenía un destino. Ellos no lo sabían, no conocían su fortaleza. No como ella. Así que en su mano estaba ayudarlo a recuperar su camino. Se había convertido en su faro, resuelta a montar guardia hasta que él regresara. Un día, Zhi abriría los ojos lentamente. Posaría la mirada en ella, sonreiría y le preguntaría cuándo podían largarse de allí. Como en un puto cuento de hadas. ¿Cabía imaginar a alguien tan ingenuo? Pero ahí radicaba la cosa, en que ella seguía siendo una ingenua. Una

mujer patética tan obstinada que se negaba a hacer caso a la razón.

Ese era el motivo por el que algunas veces le costaba salir de la cama y por el que a sus amigos se les había agotado la paciencia. Tras el accidente, la gente respetó su dolor, lo consintió, incluso admiró su áspera resiliencia. Su corazón, sus pensamientos y sus oraciones estaban con ella. Pero el encanto de todas las tragedias terminaba desvaneciéndose con el paso del tiempo. Cambió la narrativa. No era como si Zhi y ella hubieran estado casados. Tres años eran tiempo suficiente para un duelo. Demasiado, susurraron algunos. Era necesario que Con dejara de exprimirlo y siguiera adelante. Notó que la gente cambió su percepción de su estado: dejó de ser duelo y pasó a ser depresión. Y esta, a diferencia de aquel, se consideraba un defecto de la personalidad. Nadie lo expresaba en voz alta, pero ¿quién iba a querer tener trato con una chica triste y que tenía una rodilla defectuosa? Con no se lo reprochaba. Tampoco ella quería tener trato consigo misma.

—Feliz Navidad, Zhi —dijo; luego agachó la cabeza y rompió a llorar.

El grupo había actuado aquella noche en Washington D. C. y cuando sucedió el accidente se dirigía a Carolina del Norte. Con iba acurrucada en el asiento de atrás, dormida, sin el cinturón de seguridad, y se despertó en una cama de hospital sin recordar nada del accidente. Nadie supo decir con certeza lo que había ocurrido. Ni siquiera Stephie, que, cosa insólita, había salido andando por su propio pie y sin un solo rasguño. Lo único que se sabía era que un camión chocó contra ellos de frente y la autocaravana quedó siniestro total. Hugh murió en el acto. Tommy aguantó dos días antes de sucumbir a sus heridas. Zhi no llegó a recuperar la consciencia. Su Zhi. Con pasó dos meses en el hospital recuperándose de múltiples operaciones y no pudo asistir a ninguno de los dos funerales. Llevaba años sin hablar con Stephie, la mejor amiga que tenía en el mundo.

Sin percatarse de lo que estaba haciendo, se llevó una mano a la rodilla derecha y se frotó las cicatrices por encima de los vaqueros.

Aquella noche conducía Zhi, como durante toda la gira, horas y horas al volante. Sin hablarlo antes con nadie, había comprado para el grupo una autocaravana no autónoma, una Chevy del 27. Las nuevas leyes exigían que los vehículos fueran de conducción autónoma, pero abrieron un poco la mano con los modelos antiguos. Era una afición muy cara. Cada vez costaba más encontrar repuestos, y el precio del seguro de un vehículo así era estratosférico. Ninguna de las familias tenía tanto dinero, excepto los padres de Zhi, que pudieron permitirse el lujo de costear el temerario delirio de grandeza de su único retoño.

Antes de partir de Texas, Con había sido nombrada por el resto del grupo la encargada de intentar, una última vez, convencerlo de que vendiese la autocaravana y buscase algo más nuevo. Algo fiable. Ella era la principal negociadora de la banda e hizo lo que pudo, pero con Zhi era imposible ganar una discusión cuando plantaba los pies en el suelo, te miraba de aquella forma y empezaba a decir que un grupo que recorriera el país guiado por un ordenador jamás entendería verdaderamente el lugar del que provenía. Eran todas tonterías sentimentales, pero sonaban muy bien cuando las decía él. Todo sonaba bien. Aquella era la virtud que tenía Zhi. El motivo por el que se enamoró de él ya de entrada, la razón por la que lo amaba incluso ahora, aunque ya nada fuera lo mismo, y ojalá supiera cómo ponerle fin.

Su DCL emitió un pitido suave para recordarle nuevamente la cita. Le gustaría saber qué opinaría Zhi si supiera que ella tenía un clon esperándola en Palingénesis o que el accidente era el motivo de que siguiera acudiendo a aquellas citas todos los meses. La muerte siempre había sido una abstracción, pero desde el suceso no había nada que le diera más miedo. Aquel clon era cobardía, pura y dura, y se le había metido en el cuerpo igual que un toxina.

Darí­a cualquier cosa por que Zhi se incorporase en la cama y le recordase que no era necesario que tuviera miedo cada minuto. En cierta ocasi3n le dijo que ella era la persona m1s valiente que haba conocido. ¿Qu3 haba sido de esa mujer?

Solo eran las diez de la mañana, pero la temperatura ya se acercaba a los treinta grados. Con se abrió paso a la fuerza a través de la aglomeración de manifestantes airados que repetían eslóganes desafiantes y provocativos frente a Palingénesis. Había programado la cita para el día siguiente a Navidad con la esperanza de que, para variar, reinara un poco de calma, pero los manifestantes seguían siendo multitud. Calculó que había el triple que de costumbre. A lo mejor ellos tampoco tenían dónde pasar las Navidades.

Los manifestantes eran un elemento fijo, lloviera o hiciera sol. Se apiñaban debajo de aquellos paraguas de color negro que se habían convertido en el símbolo no oficial de su causa. Estos eran las tropas de choque de los Hijos de Adán, la organización anticlonación más grande de Estados Unidos. Formaban piquetes en todas las clínicas de Palingénesis que había repartidas por el país, pero la sede de Washington D. C. ejercía sobre ellos una fascinación especialmente intensa. A su forma de ver, este era el punto de origen. El lugar de nacimiento de la clonación humana. El sitio en el que dicha especie había empezado a disociarse de su humanidad.

Los paraguas se agitaron con inquietud cuando se propagó la noticia de que acababan de abrirse las puertas principales de la clínica. Todo el mundo sabía lo que significaba eso: estaba llegando un cliente. Dos guardias de seguridad de raza blanca salieron al sol. Ambos llevaban chaleco antibalas y no se aventuraron más allá de la entrada mientras buscaban a Con con la mirada entre el gentío.

No se atrevió a identificarse. Por lo menos, todavía no, hasta que estuviera mucho, muchísimo, más cerca. Sabía con toda exactitud cómo reaccionarían los manifestantes si se dieran cuenta de que tenían al enemigo caminando entre ellos.

La entrada principal rara vez se utilizaba, así que estas protestas resultaban una vigilia frustrante, infructuosa; estarían deseosos de poner cara a su cólera. Con se caló el borde de la gorra sobre los ojos. No era que fuese a reconocerla nadie, pero le asustaba tanto esa posibilidad que guardaba fotografías de todos los atuendos que llevaba a las citas mensuales y cuidaba de no repetir ninguno.

La muchedumbre empujó hacia delante, la levantó en vilo y la dejó sin aliento. Con había estado en muchos conciertos de rock y sabía que era mejor no luchar contra la marea. Que era menos peligroso dejarse llevar, conservar la energía y esperar la oportunidad de llegar nadando a la costa.

—¡No hay alma sin nacer! ¡No hay alma sin nacer!

—¡Dios no os quiere!

—¡Descerebrados insolentes!

Con cada proclama, el gentío daba otro paso más. Por ley, los manifestantes debían quedarse a doce metros de las puertas de la clínica, pero la policía, que en su mayor parte estaba con ellos, tenía cosas mejores que hacer que obligar a respetar la zona neutral. Normalmente, no importaba. Nadie que pudiera permitirse el lujo de utilizar los servicios de Palingénesis llegaba a pie; la clientela tenía cuentas bancarias de nueve dígitos y prefería el aparcamiento privado subterráneo, a fin de evitar la desagradable escena que tenía lugar en el exterior.

Excepto Con, naturalmente. Su cuenta bancaria rara vez alcanzaba tres cifras, y algunos días le costaba llegar a dos. Ni siquiera podía comprarse una motocicleta de segunda mano para sustituir la que le habían robado. De modo que, para seguir acudiendo a sus citas de todos los meses, no le quedaba más remedio que atravesar aquella tormenta. Correr no era algo que hiciera bien ya a esas alturas, pero todavía le quedaba un poco de rabia dentro. Se coló por un hueco a base de codazos y emergió en la línea frontal de los manifestantes. Las

puertas, y también la seguridad que ofrecían los guardias, le hacían señas desde una distancia muy corta.

Se lanzó hacia ellas renqueando y suplicándole a su rodilla reconstruida que no se bloquease. La gente se percató de que había sido burlada y montó en cólera. Lanzaron un rugido terrible, prehistórico, y Con se preparó para defenderse de las manos que intentarían hacerla volver al seno de la multitud. Esa era la parte que más odiaba, el momento en que todas las miradas se centraban en ella. Cosa irónica teniendo en cuenta lo mucho que le gustaba estar en el escenario. Había cantado para cinco mil personas y, sin embargo, este piquete, que no contaría con más de cuatrocientas, hacía que se le encogiera el estómago. Pero los guardias la localizaron, corrieron hacia ella, la agarraron cada uno por un brazo y se la llevaron al interior del edificio mientras la turba aullaba pidiendo sangre.

Las puertas, insonorizadas, se cerraron detrás de ellos y anularon el griterío de los manifestantes. En aquella calma repentina, Con miró a los guardias con expresión interrogante.

—¿Qué está ocurriendo ahí fuera? —les preguntó intentando recuperar el aliento.

—¿No se ha enterado? —dijo el más alto de los dos—. Anoche murió Abigail Stickling.

—¿Cómo que murió? —replicó su compañero—. Di más bien que hizo un salto base desde el hotel Monroe sin paracaídas.

A Con la dejó aturdida la noticia, pero ello explicaba el hecho de que esa mañana los manifestantes fueran tan numerosos. La doctora Abigail Stickling, madre de la clonación humana y cofundadora de Palingénesis, el monstruo que aparecía en tantas teorías de la conspiración, había muerto. Se había suicidado. Iba a ser un día de celebración triunfal para los Hijos de Adán y para todo aquel que creyera que la clonación humana era algo abominable.

—O eso, o se le olvidó coger la escoba —dijo el primer guardia.

Su compañero soltó una risita e imitó con un silbido la acción de algo que se precipita hacia el suelo. Con se fue sin decir nada y ellos guardaron silencio. Bien, pensó. Tal vez Abigail Stickling fuese un personaje polémico, pero también era su tía. De modo que a la porra con aquellos guardias y su crueldad mezquina. Pero lo irónico era que ella compartía opiniones parecidas acerca de Abigail, una mujer de la que apenas sabía nada aparte de lo que había leído en los medios de comunicación.

La última vez que la vio fue en el alboroto que tuvo lugar en el funeral de su padre. Antes del servicio, estalló una pelea entre su madre y ella. Hoy por hoy, Con aún no sabía qué fue lo que encendió a su madre, pero, habiéndose criado con ella, comprendía que no se necesitaba gran cosa. Los Stickling eran un clan numeroso —dos hermanas y cuatro hermanos— que disfrutaban dando el espectáculo cuando tocaba tomar partido. Sus tíos se pusieron todos de parte de la afligida viuda y en contra de Abigail, que, según decían, se daba muchos aires desde que se había mudado a Boston a estudiar. También estaban todos de acuerdo en que su interés por la clonación humana, que todavía se encontraba en su fase teórica, constituía un pecado de orgullo, y por lo tanto una manera abyecta de enfangar los designios de Dios.

Al final, Abigail quedó excluida de todas las invitaciones a la casa de sus padres con efecto permanente. No se debía pronunciar su nombre ni reconocer su existencia en modo alguno. Todo lo que sabía Con de ella era gracias a los medios de comunicación o a Gamma Jol, su abuela paterna, que nunca había querido tener nada que ver con los Stickling, ya de entrada, y para quien el hecho de que su hijo hubiese cortejado a Mary seguía siendo un misterio. A lo mejor por eso le proporcionaba tanto placer responder a todas las preguntas que su nieta no podía formular a nadie más.

Abigail, por su parte, se tomó con filosofía aquel rechazo y se marchó del oeste de Texas para nunca volver. Esa actitud le sirvió un poco de inspiración a Con seis años más tarde, cuando se rebeló contra las estrictas expectativas de su madre y se fue a vivir con Gamma Jol. Decidió seguir el ejemplo de su tía de marcharse de Lanesboro y construirse una vida propia, solo que su ruta sería la música, no la ciencia. A su tía le había ido bastante bien. Se había hecho famosa en el mundo entero e inmensamente rica, y jamás había vuelto a hablar con ningún miembro de la familia.

Ni una sola palabra.

Hasta que llegaron las cartas.

Dos años atrás, en la casa de cada miembro de la familia se presentó un abogado portando documentos legales según los cuales se regalaba a cada uno un clon. Con tuvo que atribuir aquello a su tía Abigail. ¿Cuál era el precio de mercado de un clon individual? ¿Veinticinco millones, treinta? Nadie de la familia había tenido dinero nunca, de modo que a una persona ajena aquello le habría parecido un gesto extraordinariamente generoso y un despilfarro. En cambio, para la familia aquello significaba que Abigail les estaba restregando su éxito por la cara ofreciéndoles lo único que ninguno de ellos iba a aceptar jamás.

Por si quedaba alguna duda de las intenciones de su tía, la carta que acompañaba a los documentos era una obra maestra de ajuste de cuentas que encapsulaba a la perfección los resentimientos que llevaban varias décadas desgarrando a la familia. Con recordaba textualmente la última frase: «Espero que este pequeño gesto de cariño por mi parte os permita a todos tener una larga vida en la que podáis regodearos en vuestra mediocridad colectiva». Por lo visto, su madre no era la única capaz de guardar rencor.

Solo ella aceptó el regalo de su tía, a pesar de que venía envuelto en un enfático «Que os jodan», o tal vez precisamente por aquel motivo. Siendo una persona mestiza,

hija de una blanca evangélica e iracunda y de un cabo del ejército medio negro y medio vietnamita, Con había crecido siendo una extraña y conteniendo con hostigadores de todas las edades y razas. Había tenido que abrirse camino en los estudios a base de pelearse con la gente. Casi siempre era demasiado menuda para ganar, de modo que aprendió el arte de la supervivencia. La tozudez era algo que estaba presente en ambas ramas de la familia, así que Con explotó ese filón para extraer de él la voluntad para aguantar cualquier cosa. Apretó los dientes y superó la infancia siguiendo tres normas básicas: no llorar nunca en público, no pedir nunca ayuda y no dar nunca a nadie la satisfacción de saber que le habían hecho daño. De modo que, cuando llegó la misiva burlona de su tía, Con reconoció la actitud de un matón. Rompió la carta en pedazos y aceptó el clon aun sin saber muy bien qué iba a hacer con él.

Desde que ella estaba en Washington D. C., su tía Abigail jamás había intentado ponerse en contacto. Ni siquiera cuando estaba en el hospital convaleciente de las operaciones que le habían hecho para reconstruirle la rodilla. Y en los dos años que llevaba acudiendo a Palingénesis para las recargas, Abigail nunca había salido de sus laboratorios para saludarla siquiera. Al otro lado de los ventanales de la sede, la gran tienda de campaña que formaban los paraguas temblaba de frustración y, una vez más, a Con le vinieron a la memoria pájaros. Solo que esta vez se acordó de los cuervos que en ocasiones se congregaban a lo largo de las carreteras de Texas de su infancia a esperar a que algún animal moribundo se rindiese. ¿Qué decía Gamma Jol sobre los cuervos? ¿Que eran pájaros de mal agüero? Sí, exacto, eso les pegaba mucho.

La genialidad de Palingénesis radicaba en que parecía más bien un balneario de lujo que una clínica. En vez de llevar a Con a una aséptica sala de espera, la condujeron a un atrio de grandes dimensiones que era todo el tiempo un amanecer veteado por el sol, cortesía de unas claraboyas fotosensibles que se iban ajustando a lo largo del día. El murmullo de una cascada de agua cayendo suavemente en un estanque colocado en el centro levantaba un eco tranquilizador al rebotar en las paredes de piedra con estuco. En unos nichos poco profundos se exhibían arreglos florales de orquídeas blancas en tiestos de porcelana azul y ramas de sauces en jarrones de cristal. Nada daba ni una sola pista de que en las entrañas de aquel edificio se estuvieran reescribiendo las leyes de la naturaleza de manera sistemática.

En el atrio no había ningún mostrador de recepción, pero Con ya conocía el procedimiento. Se sentó, paciente, en el borde del estanque, se mojó los dedos en el agua y contempló los pececillos blancos y anaranjados que jugueteaban bajo los nenúfares color esmeralda. Comenzó a tararear parte de la melodía de una canción nueva en la que estaba trabajando. Aún no tenía letra, pero no dejaban de venirle a la cabeza las bromas de los guardias de seguridad acerca de su tía: «Una bruja sin escoba, una bruja sin escoba». En su cerebro empezaron a enlazarse las palabras, como ocurría siempre que se sentía inspirada, y las fue cantando para sus adentros para probar si encajaban en la melodía. Sí, iba saliendo algo. Se preguntó si se metería en problemas si la próxima vez se trajese la guitarra. La acústica era espectacular.

Como sentía curiosidad por saber lo que opinaba el resto del mundo del fallecimiento de su tía, buscó en su DCL información que hablara de ella. En las próximas semanas habría tiempo para que fueran apareciendo artículos de

opinión más extensos sobre el impacto que iba a tener la muerte de Abigail Stickling en la vida de los estadounidenses, pero tan solo habían pasado unas horas, de modo que la mayoría de las noticias proporcionaban un escueto resumen del suicidio. Lo fundamental era que a las 23:34 del 25 de diciembre, Abigail Stickling, la controvertida inventora de la clonación humana, se había quitado la vida saltando desde la azotea del histórico hotel Monroe. Varios testigos informaron que había estado antes en el bar de Skyline, el popular restaurante que daba a la Casa Blanca, charlando con los camareros y bebiendo champán. Tras pagar la cuenta, se las ingenió para subir hasta la azotea, desde la que dio el salto mortal. Había enlaces a imágenes captadas por las cámaras de seguridad del restaurante, pero a Con no le apeteció pinchar en ninguno de ellos.

Uno de los artículos señalaba que Abigail no se había casado nunca y que tampoco guardaba una estrecha relación con su familia. Decir eso era quedarse corto, pensó ella. Otro comentaba que su tía llevaba unos años luchando con una depresión (algo que ambas tenían en común). Más adelante mencionaba que a Abigail, de pequeña, le habían diagnosticado la enfermedad de Wilson, un trastorno genético raro que hacía que se acumulara cobre en el cuerpo y en el cerebro. Se podía paliar con medicamentos, pero dicho metal interfería en el proceso de clonación, de manera que (y el artículo se regocijaba indecorosamente en explicarlo), a diferencia de lo que sucedía con los clientes de Palingénesis, Abigail Stickling no iba a regresar. Con apagó el DCL sin saber muy bien por qué de repente sintió la necesidad de proteger a su tía.

En el otro extremo del estanque, un hombre de raza blanca y cabello canoso, vestido con un albornoz, se esforzaba en rellenar el papeleo del cliente en su DCL. Con le dio puntos por intentarlo. A muchas personas mayores de cuarenta les costaba manejar los dispositivos de campo de luz de última generación y, en vez de adaptarse, se aferraban a los teléfonos

inteligentes de siempre. Contempló cómo ajustaba la posición de su DCL, que estaba encajado detrás de su oreja como un audífono anticuado y proyectaba los datos sobre un punto flotante situado a quince centímetros de los ojos. Como vio que su problema no se resolvía, levantó las dos manos para intentar cogerlo, como si estuviera buscando el camino a tientas en la oscuridad. En realidad, no era necesario. Los DCL estaban emparejados con su usuario y leían los movimientos de las manos desde cualquier posición. Los niños que habían crecido con esa tecnología la empleaban con una velocidad de vértigo, moviendo sus diez dedos de forma independiente, agitando las manos a los costados. Pero para los usuarios de más edad, como aquel hombre de pelo cano, era difícil suprimir la necesidad de «tocar» la pantalla. El resultado era una falta de coordinación ridícula. Precisamente por eso los niños se burlaban de sus padres llamándolos «zombis», por el modo en que agitaban los brazos delante de la cara.

El hombre de pelo cano se percató de la presencia de Con y frunció el ceño como si la hubiera pillado mirando por la ventana de su dormitorio. Observó los vaqueros desgastados a la altura de las rodillas y la camiseta negra, y llegó a todas las conclusiones a las que tenía que llegar. Los ricos percibían la pobreza de igual modo que otras personas percibían el olor de algo que se ha estropeado en el fondo de la nevera. Con había leído en alguna parte que el valor neto medio de la clientela de Palingénesis era de quinientos millones. Engañar a la muerte no salía nada barato.

De pronto le vibró el DCL, y lo miró para ver quién llamaba. Era Kala Solomon. ¿A esas horas? Debía de tratarse de una urgencia, y no le costó adivinar cuál. Aun sabiendo que era un error, resistió el impulso de dejar que saltase el contestador. El DCL transmitía los sonidos a través de los huesos, enviando las vibraciones directamente al oído interno, a lo cual ella, como música que era, no se veía capaz de acostumbrarse del todo.

—¿Con? —El tono de voz de Kala era como el del último superviviente de un barco que se hunde—. Siento muchísimo llamarte a esta hora tan temprana.

—Hola —dijo, consciente de cómo reverberaban las voces en aquel atrio.

—¿Me oyes? Yo te oigo muy mal.

—Perdona, es que estoy en una sala de espera.

—¿Va todo bien?

—Sí, he venido solo para la revisión anual —mintió Con. Tener un clon no era algo de lo que pudiese hablar con cualquiera. No todo el mundo era miembro de los Hijos de Adán, pero aquel tema era intocable y resultaba imposible predecir cómo iba a reaccionar la gente—. ¿Qué ocurre? ¿Todo bien por tu parte?

—Se trata de Trina —respondió Kala, con lo cual confirmó sus sospechas.

Trina era la vocalista del grupo de su amiga, Weathervane. No sonaban mal. Estaban un poco verdes, pero a Con le gustaban: hacían una mezcla alocada de country y go-go —Lucinda Williams con Chuck Brown— que funcionaba mejor de lo que se merecía. Trina era maravillosa. Tenía magnetismo en el escenario y una voz inmensa, pero también era el apocalipsis maya de los vocalistas principales. Kala pasaba la mitad del tiempo microgestionando sus cambios de humor, junto con la cantidad sobrenatural de fármacos que ingería.

—¿Qué ha pasado ahora? —le preguntó Con.

—No lo sé. No consigo dar con ella.

—¿Ha habido algún avistamiento en Nueva York? —La última vez, Kala encontró a Trina en Harlem después de dos semanas de juerga.

—Aparecerá cuando quiera —replicó, muy diplomática—. La cosa es que entre hoy y el día 30 tenemos bolos todas las

noches. Así que, como es natural, ha escogido este momento para desaparecer.

—Las Navidades son duras —se apiadó Con al tiempo que se preparaba para la pregunta inevitable.

—¿Querrás encargarte tú? —dijo Kala—. Ya sé que de nuevo te lo estoy pidiendo con muy poca antelación, pero es que la última vez triunfaste. Estuviste increíble. Al público le entraron ganas de comerte. La gente todavía habla de ti.

Con puso los ojos en blanco. Había sido la guitarrista de un grupo muy malo, que nunca había llegado a grabar un primer álbum. Y a pesar de eso, o tal vez a causa de ello, le besaban el culo todos los músicos de Washington D. C. que habían apoyado el morboso bombo publicitario que rodeaba a Despertar a los Fantasmas. Con, personalmente, pensaba que el grupo estaba sobrestimado, que la tragedia le había dado más importancia de la que merecía. O quizá simplemente era más fácil creer que nunca habrían llegado a nada porque ahora eso ya no iba a pasar.

—Por favor —rogó Kala al borde de la súplica.

Con había estado repasando su lista de excusas prefabricadas, así que ella misma se sorprendió cuando abrió la boca para decir que sí. Llevaba un tiempo sin subirse a un escenario. A lo mejor ese era el motivo de que se sintiera tan deprimida. Actuar en público siempre le levantaba el ánimo; esperó que esta vez la ayudara a salir de su depresión navideña.

—¿Lo harás? —le dijo Kala, y le dio las gracias de cien maneras distintas.

—Pero solo hasta el día 30 —puntualizó Con.

—Por supuesto —aseguró la otra, aliviada y emocionada—. Tía, te debo una bien grande. —Le dio todos los detalles y prometió enviarle la lista de canciones de esa noche.

Antes de que ella tuviera tiempo de reflexionar sobre el lío en que acababa de meterse, aparecieron unas fisuras en la pared del fondo. Se abrió una puerta sin hacer ruido y surgió Laleh Askari. Aunque era enfermera diplomada, la denominación oficial de su puesto de trabajo era «asistente personal». En vez de con ropa de hospital, iba vestida con una falda de tubo de color azul zafiro y una blusa amarillo fuerte. Llevaba su cabello negro y brillante recogido en lo alto de la cabeza y sujeto con una única horquilla de oro insertada con precisión quirúrgica. Sus zapatos de tacón no hacían más ruido que unas zapatillas de bailarina sobre los suelos de piedra. Con admiró aquel aire retro estudiado. No era un estilo que ella supiera llevar; en cambio, Laleh daba la impresión de lucirlo sin ningún esfuerzo. Ella era un maestra en el oscuro arte de parecer demasiado guay para preocuparse de su forma de vestir. Las mujeres conocían la diferencia, por supuesto, pero los hombres ni se enteraban.

—¡Hola, Constance! Feliz Navidad —exclamó Laleh con su acento particular, que era una mezcla suave de británico e iraní. Palingénesis se vanagloriaba de su toque personal. Laleh venía siendo su asistente desde la primera cita y siempre la saludaba como si fueran dos viejas amigas que se hubieran reencontrado de forma inesperada. Excepto que las amigas de Con sabían que no debían llamarla Constance. Lo odiaba porque era un nombre de la rama materna de su familia, que tenía la tradición de endosar a las niñas nombres de antaño: Castidad, Caridad, Fe... Se sentía como un colono pionero de los que avanzaban penosamente por las Grandes Llanuras en busca de una vida sencilla. No había usado su nombre completo desde el día que dejó de cantar en el coro de la iglesia. Era una estrella desde los siete años, cuando ya era un talento precoz, pero no fue hasta que cumplió los doce cuando se le ocurrió que el único valor que su madre veía en ella era su voz. Se fue de casa para poner a prueba aquella teoría, y nada de lo que le sucedió después logró que cambiara de opinión.

—Siento muchísimo lo de tu tía —le dijo Laleh—. Podemos reprogramarte la cita para otra fecha, naturalmente.

—Estoy bien —replicó Con, aunque se sentía un poco desconcertada. No sabía por qué había supuesto que en Palingénesis nadie estaba al tanto de la relación que tenía ella con la fundadora. Laleh nunca lo había mencionado.

—Lo comprendo. Solo que sería una lástima que tuvieras que repetir el procedimiento porque tu recarga se ha deteriorado.

Para fabricar una imagen exacta de una consciencia humana, el sujeto tenía que dar su consentimiento y además encontrarse en un estado mental de calma. Palingénesis explicaba este punto sin descanso durante la fase de orientación, pero Con no veía que pudiera aplicarse a esta situación. Su tía y ella no habían tenido una relación tan estrecha.

—Sinceramente, llevaba sin ver a mi tía Abigail desde los seis años. Es triste, obvio, pero no estoy conmocionada. Apenas la conocía.

Laleh afirmó con la cabeza y la condujo a la sala donde cambiarse de ropa. En el rato que se tardara en recargar los datos neuronales de Con, su ropa sería planchada y la estaría esperando. Limpiar en seco unos vaqueros y una camiseta parecía un tanto excesivo, pero se trataba de un servicio de cortesía, de modo que se dejaba mimar. Se desnudó hasta quedar en ropa interior y se miró en el espejo. Había engordado siete kilos en los años posteriores al accidente y no le gustaba ni la sensación que ello le producía ni la imagen que proyectaba. Tímidamente, flexionó la pierna derecha, que ya tenía dolorida tras la carrera entre la masa de manifestantes. Las cicatrices se retorcían como alambre de espino; esa era la razón por la que no había vuelto a ponerse faldas desde el desastre. Cuando le dieron el alta en el hospital, mandó a la porra la rehabilitación y permitió que su rodilla nueva se atrofiase. Como todo lo demás, fue únicamente culpa suya que

aquella pierna estuviera crónicamente agarrotada y poco cooperadora, pero quizá después de Año Nuevo intentara otra vez empezar alguna tanda de ejercicios.

Con gesto ausente se pasó una mano por el brazo izquierdo; los tatuajes ya lo cubrían casi por entero, solo quedaban unos pocos huecos libres. Si uno sabía leerlos, narraban la historia de ella y la de su familia a lo largo de varias generaciones, partiendo de hilos que se extendían por tres continentes. En la muñeca tenía un león que sujetaba una flor amarilla entre los dientes y un loto de color rojo en las zarpas: era el león de Berbería, el símbolo oficial de Inglaterra, país de origen de la familia de su madre. El loto rojo representaba Vietnam, y la trompetilla amarilla era la flor nacional de Nigeria: los hogares ancestrales de su abuelo y abuela paternos, respectivamente. En torno al bíceps se contaba la historia de su padre, la cual conocía no por su madre, sino gracias a las innumerables horas que había pasado sentada a la mesa de la cocina de Gamma Jol. Cuando falleció su abuela, odió la idea de que se perdiese aquella historia. Los tatuajes eran una forma de mantenerla viva hasta que ella añadiera su propio capítulo. Recorrió con el dedo el dibujo que tenía en el hombro, en el que había inmortalizado el trágico accidente de tráfico que le había cambiado la vida.

Se puso una bata de hospital abierta por detrás y un albornoz y se calzó unas zapatillas, ambos con el monograma del centro. Le encantaban aquellos albornoces, era como ir envuelta en una nube calentita. Ya habría robado uno si no resultara tan abultado y engorroso de esconder. Lo gracioso era que estaba segura de que Laleh con mucho gusto le habría regalado uno, pero es que su amor propio no se lo permitía. Era demasiado consciente de su pobreza para pedir regalos.

Regresó al atrio y la asistente la acomodó en una mullida butaca y en el DCL le mostró el menú del día. Apareció en su campo visual, y lo leyó rápidamente por encima, aunque ya sabía con exactitud lo que iba a pedir. En el mundo real, no podía permitirse el capricho de comer sushi, pero Palingénesis

tenía un cocinero en plantilla. Nunca utilizaban una impresora de alimentos y servían atún de verdad, criado en granja. Pidió unos rollitos arcoíris y edamame. Habría matado por beber un poco de sake templado para calmar los nervios, pero estaba prohibido tomar alcohol doce horas antes de una recarga. Hizo una mueca de disgusto y contó las horas que habían transcurrido. ¿A qué hora había dejado de beber la noche anterior? No habría problema para cuando comenzara el procedimiento.

—¿Mani-pedi? —le preguntó Laleh. Otro de los muchos servicios que se ofrecían con el fin de distraer a los clientes de la verdadera razón de su visita. Era mejor concentrarse en la ropa recién planchada, los albornoces calentitos y la belleza relajante del estanque japonés. Había tardado un poco en aceptar la idea de que alguien la tocara mientras estaba inconsciente, pero despertarse con las uñas hechas era algo demasiado bueno para rechazarlo.

—Estaba pensando en ponerme quizá un anaranjado claro.

Laleh anotó la selección de Con y luego titubeó.

—Tengo que confesarte una cosa.

—Eso suena a amenaza.

—He buscado en la red el grupo Despertar a los Fantasmas y he escuchado varias de vuestras antiguas canciones.

—Ah, ¿sí? No era necesario —repuso ella, aunque lo que quería decir era: «Ojalá no hubieras hecho eso».

—En serio —dijo Laleh—. Eráis increíbles. Entiendo por qué había tanto alboroto en torno a tu grupo. Tienes una voz preciosa.

—Gracias —respondió Con con la esperanza de que la conversación se terminara ahí.

—¿Todavía cantas?

Asintió con la cabeza, reacia a entrar en aquel tema. Tras el accidente había intentado dejar la música, pero era una parte de su personalidad que le resultaba imposible abandonar. Habría sido más fácil vivir sin la pierna. Así y todo, evitaba las canciones que le habían valido a Despertar a los Fantasmas firmar un contrato de grabación y dejar de hacer bolos con grupos locales que no tenían la menor posibilidad de llegar a nada. Era lo que la mantenía a salvo, o eso se decía a sí misma.

—Tienes que avisarme la próxima vez que actúes. Me encantaría ir a verte.

—Te avisaré —dijo Con, pero no mencionó las actuaciones que acababa de aceptar con Weathervane.

Laleh sonrió al percibir que se había pasado de la raya.

—Vale. Bueno, en cualquier caso, me encantó. Enseguida vuelvo. ¿Por qué no vas empezando?

Antes de cada recarga, siempre había los mismos formularios que rellenar y los mismos documentos de exención que firmar. «Ponga aquí sus iniciales para indemnizar a Palingénesis en el caso de que la recarga, de forma accidental, le deje el cerebro convertido en una tortilla de tres quesos.» Continuaba a lo largo de páginas y páginas escritas en una jerga legal que atontaba la mente. Laleh proyectó los impresos a través del DCL de Con y la dejó a solas. Ella se quitó las zapatillas, metió los pies debajo del cuerpo y abrió la primera página, el cuestionario médico.

Nombre: Constance Ada D'Arcy

Edad y fecha de nacimiento: 22 años, 10 de enero de 2016

Fue informada de que la última recarga se había efectuado cuarenta y cuatro días antes. A continuación apareció un exhaustivo documento de exención redactado de manera estándar que afirmaba que Palingénesis recomendaba encarecidamente no dejar pasar más de treinta días entre una recarga y otra, a fin de evitar complicaciones neurológicas y psicológicas con el clon. Si se produjera el fallecimiento

prematureo del cliente, la compañía no reviviría a su clon si habían transcurrido más de noventa días desde la última recarga. Dicho en jerga jurídica: estarías jodido. Con fue directamente al final del documento y marcó la casilla que confirmaba que había leído y entendido los riesgos.

En efecto, los había entendido, y últimamente había empezado a preguntarse por qué seguía asumiéndolos. Esa era la razón de que esta vez se hubiera retrasado dos semanas para la recarga mensual. Había estado pensando en si no debería dejarlo y seguir adelante con su vida. Pero no se atrevió. Sabía que estaba relacionado con el accidente. El hecho de tener una copia de seguridad disponible al momento le resultaba tranquilizador, aun cuando le causaba cierta preocupación la ética de la clonación humana. Y seguro que ella no era la única clienta que sentía lo mismo. Había una razón para que Palingénesis se esforzara tanto en hacerte olvidar el motivo por el que estabas allí. Con no recordaba ni una sola vez que hubiera oído o leído la palabra *clon*. Todo estaba revestido de un lenguaje eufemístico: *copias de seguridad, asistentes personales, recargas...* Todo se había diseñado para distraer a los clientes del hecho desconcertante de que allí cerca estaba esperando un doble suyo inanimado, por si acaso sucedía un desastre.

Regresó Laleh con una bandeja plateada. Traía cinco píldoras colocadas con gran gusto sobre una servilleta de tela: los medicamentos de *Alicia en el País de las Maravillas* que pondrían la mente de Con en un estado relajado y favorable. Incluso con aquellos fármacos, era imposible efectuar una subida de datos si la mente no colaboraba, pero allanaban el camino. Laleh esperó hasta que ella se hubo tomado las píldoras y salió de nuevo tras decir que regresaría cuando hubiera finalizado el papeleo.

—¿Lista? —preguntó la asistente.

Con irguió la cabeza de golpe. Había estado soñando despierta en vez de terminar de rellenar los formularios. Sentía

los ojos demasiado pequeños dentro de las cuencas.

—¿Qué? No, todavía no he comido —respondió señalando una bandeja que estaba vacía salvo por un poco de jengibre troceado y un montoncito de wasabi. ¿Quién se había comido su sushi? Miró a su alrededor buscando al culpable. El viejo del albornoz también había desaparecido. ¿Una coincidencia? Con frunció el ceño. Sin embargo, en su DCL se mostraba un halo de color verde que indicaba que los formularios se habían rellenado. ¿Cuándo había terminado con ellos? Notó un grosor distinto en la lengua y chasqueó los labios disfrutando del ruido que hicieron.

—Estás preciosa —le dijo a Laleh—. Eres la reina de las faldas de tubo.

La reducción de las inhibiciones era un efecto secundario de los fármacos, junto con la pérdida de la memoria a corto plazo. A lo mejor por eso no recordaba siquiera haberse tomado las píldoras. Le apetecía, más que ninguna otra cosa, quitarle a la asistente aquella horquilla de oro y ver cómo se le derramaba el pelo sobre los hombros.

—Gracias —respondió Laleh en tono amable al tiempo que se arrodillaba para ayudarla con las zapatillas.

—Tú sabes lo horroroso que es este sitio, ¿a que sí? —le dijo Con en tono de complicidad.

—Hala, venga —respondió la otra con la risita indulgente que uno reserva para un niño de dos años que se quita toda la ropa en un restaurante—. Es hora de hacer un viajecito. ¿Estás lista?

—Muuuy lista —respondió ella con un soniquete.

Se puso de pie tambaleándose un poco y estuvo a punto de derrumbarse en la silla de ruedas que la estaba esperando. Laleh la llevó por un pasillo que daba la impresión de ir alargándose a medida que avanzaban por él. Eran otra vez los fármacos, que le aplanaban y alargaban la visión, como si estuviera entre dos espejos. La asistente, con delicadeza, la

hizo pasar a la sala de recuperación que iba a ser su hogar durante las próximas seis horas, hasta que le dieran el alta médica y pudiera marcharse.

Laleh le retiró el DCL y la ayudó a quitarse el albornoz. Con, sin ningún problema, se dejó caer en aquel sillón ergonómico que se parecía al del dentista, por más que Palingénesis se esforzara en disimularlo. La otra empezó a configurar la recarga moviendo los dedos en el aire como si estuviera ensayando escalas en un piano. Del reposacabezas surgieron unos sensores que se pegaron al cuello y el cuero cabelludo de Con como si fueran un ciempiés gigantesco que pretendiera introducirse en su médula espinal. Debería dar muchísimo miedo, pero la nebulosa que producían los fármacos lograba que la sensación fuera la de una decena de dedos masajeándole la espalda. Del techo descendió una columna lisa y uniforme que se detuvo a treinta centímetros de la frente. Con oyó un zumbido suave y a continuación sus constantes vitales aparecieron en una pantalla instalada en la pared, que se encontraba allí únicamente para que el cliente se sintiera seguro.

Apareció el doctor Qiao a su lado y le preguntó que tal estaba. Laleh era la asistente personal de Con, pero esta rama la dirigía el susodicho, el cual supervisaba personalmente cada recarga. Se conectó con el DCL de la asistente y revisó los ajustes. Su tranquilizadora presencia paternal y su actitud para con el cliente, que denotaba una amplia experiencia, siempre lograban calmarla. Porque necesitaba toda la ayuda posible. Estaban a punto de cargar una imagen perfecta de su consciencia, de sus recuerdos, de todo lo que hacía que fuera ella, y almacenarla en un superordenador cuántico por si se diera el caso improbable de que muriera entre esta cita y la siguiente.

Si eso pasara, el chip biométrico que tenía implantado en el cuello registraría su muerte y se la notificaría a Palingénesis. La empresa inmediatamente descargaría la consciencia almacenada en su clon para que la vida continuara de forma

ininterrumpida, en la medida de lo posible. Con dejó escapar una risita al imaginarlo. Otra vez los fármacos. No tenía gracia, pero sí. La vida seguiría. Todo tenía una gracia realmente morbosa.

—Constance, ahora no hables —le dijo el doctor Qiao—. Recuerda tu respiración.

—Lo siento, doctor —respondió ella.

—¿Das tu consentimiento a la recarga? —preguntó él.

—Lo doy.

—Bien. Te vemos dentro de unas horas.

Comenzó a sonar la canción de Bowie titulada *The Man Who Sold the World*. Se había descubierto que la música era un lubricante eficaz durante una recarga, y se animaba a los clientes a que elaborasen una lista de temas personalizada. A Con no se le ocurrió una banda sonora más apropiada que David Bowie para cuando hicieran una copia de su cerebro. Falleció el mismo día que nació ella. Cuando era pequeña, eso le parecía muy significativo y, al igual que les había sucedido a varias generaciones de marginados como ella, su música sirvió para asegurarle que ser diferente tenía sus puntos fuertes. Ganó su primer concurso de talentos interpretando una versión del tema *Heroes*. Eso escandalizó a su madre, pero para entonces a Con eso ya le importaba un pepino. O quizá fuera más sincero decir que ya pasaba de reconocer que le importaba. Si existía el arte de endurecerse totalmente contra la decepción de los padres, ella no lo había aprendido.

A Zhi también le encantaba Bowie. El amor que ambos sentían hacia el Duque Blanco fue lo que los juntó en un principio. Se conocieron en la primera semana del primer curso que Con estudió en la Universidad de Texas, en Austin. Su nueva amiga, Stephie Martz, los presentó un jueves, y para el domingo ya eran inseparables. Zhi fue la primera persona capaz de estar a la altura de ella en cuanto a sus gustos musicales enciclopédicos y esotéricos. Aquella primera noche

pasaron doce horas seguidas hablando y pasándose la guitarra para tocar canciones. Fue la mejor noche de su vida, cuando de verdad se le abrieron horizontes más allá del pueblo en el que había nacido, un lugar polvoriento que solo tenía tres calles. El domingo por la noche, Zhi le confesó que estaba formando un grupo de música con su compañero de piso, Hugh Balzan. El guitarrista les había fallado, y tenían la primera actuación el fin de semana siguiente. Por eso los había presentado Stephe.

—¿Así que esto ha sido una audición? —preguntó Con, eufórica y desilusionada al mismo tiempo.

—Al principio, sí —respondió Zhi, y después se besaron, envueltos en el calor de un mundo lleno de posibilidades. Ella tenía dieciocho años y por fin estaba empezando a vivir.

Esforzándose en parecer indiferente y en que no se le notara que aquel beso le había bajado como una corriente eléctrica por la columna vertebral, Con le preguntó si aquel grupo tenía nombre. Él negó con la cabeza y respondió que todos los que se les habían ocurrido hasta el momento eran horribles. Ella le sugirió una frase tomada de una antigua entrevista que había concedido Bowie, en la que afirmó que la música despertaba a los fantasmas que llevaba dentro: «No a los demonios, entiéndeme, sino a los fantasmas». A Zhi le encantó. El sábado siguiente, Despertar a los Fantasmas dio su primera actuación en un pequeño local de la Sixth Street de Austin. No fue maravillosa, pero todos sintieron el potencial. Cuando al mes siguiente se les sumó Tommy Diop al teclado, fijaron la clase de sonido que haría que el grupo echara a andar.

La apenaba acordarse de lo primero que le dijo Zhi, pero no de lo último. Él había pasado a ser uno de sus fantasmas y también uno de sus demonios, y se sentía asfixiada por su recuerdo. Dios, cuánto lo echaba de menos.

Notó un cosquilleo en la piel cuando dio comienzo la recarga, y se le nubló la visión. Lo último que recordó fue a

Laleh diciéndole que dentro de unas pocas horas iría a ver cómo se encontraba.

Y después, llegó la oscuridad.

Mientras avanzaba penosamente para salir de aquel túnel gris y volver al estado consciente, Con se dio cuenta de que había algo que no cuadraba. El efecto de resaca que seguía a la operación de recarga rara vez resultaba agradable, pero nunca había sido tan horrible. Ni de lejos. Sentía la cabeza embotada y tenía una presión constante, cada vez más acentuada, en las sienes. Un goteo. Era como si le hubieran metido el cerebro dentro de una caja de cerillas empapada de agua. No, no el cerebro. La mente. Y tenía el deseo apremiante de salir de allí.

Lanzó un bostezo sin poder contenerse. Hasta ahí, todo normal. Aun cuando las recargas guardaban una semejanza superficial con un sueño de ondas lentas, dicho sueño no era reparador. Durante la orientación le explicaron que el hecho de suprimir el córtex prefrontal simulaba el estar dormido, mientras que el resto del cerebro se iluminaba igual que una máquina tragaperras dando el bote de un millón de dólares. Y que por eso se parecía menos a un despertar y más a una visita guiada por la destilería de tequila más grande del planeta.

Cuando abrió los ojos, notó que tenía las pestañas pegadas, como si hubiera estado llorando. Era algo típico. Palingénesis lo denominaba «reacción emocional autónoma», un efecto secundario de la intensa estimulación del hipocampo. Ella lo denominaba simplemente «vaciado». Aunque las luces estaban atenuadas, su resplandor le hirió las retinas como si fueran bengalas. Alzó una mano para protegerse los ojos, pero el brazo no le respondió. Ni siquiera lo sentía. Como si por debajo de su hombro no existiera nada. Intentó levantar la cabeza para confirmar que aún tenía brazos, pero el cuello tampoco la obedeció. La asaltó un pensamiento terrible. Algo había salido mal. La habían dejado frita. Cerró los ojos con fuerza y procuró mantener la calma.

Palingénesis presentaba las recargas como procedimientos ambulatorios rutinarios. Sí, en los primeros tiempos hubo errores que dejaron a más de un cliente en el sillón convertido en un vegetal chamuscado, un corta y pega en vez de un copia y pega. Pero la compañía afirmaba que había solucionado aquellos problemas y que el margen de error de la última generación era de menos de un 0,0000004536 por ciento. Con había memorizado ese número porque le reconfortaba su pequeñez infinitesimal. Era más probable recibir el ataque de un tiburón en la cumbre de una montaña que sufrir una lobotomía neuronal durante una recarga. O eso era lo que Palingénesis aseguraba a sus clientes.

El sonido de unas voces la animó a abrir de nuevo los ojos. Poco a poco fueron volviéndose nítidos en su visión un hombre y una mujer. Con no los reconoció, pero lo más amenazante era que ninguno de ellos era Laleh Askari. Peor todavía: ambos llevaban una bata blanca de laboratorio encima de la ropa de hospital. En Palingénesis, nadie iba vestido de médico. Jamás. Era algo que formaba parte del numerito de distraer a los clientes para que no pensaran en dónde estaban. Aquello, ya por sí solo, la asustó más que el malestar que la inundaba. Abrió la boca para preguntar qué había ido mal, pero lo único que le salió fue un gemido ronco. Estupendo. Los técnicos de laboratorio la miraron brevemente y luego volvieron a sus DCL. Con decidió probar una vez más a establecer el primer contacto.

—¿Dónde está el doctor Qiao? —graznó. Le salió una voz horrible, pero algo iba progresando.

La mujer dirigió una mirada interrogante a su compañero.

—Qiao trabajaba aquí —le explicó él—. Se marchó antes de que tú empezaras.

La mujer puso cara de alarma.

—¿Cuánto hace de este caso? —preguntó.

—Dieciocho meses.

—No —contestó la mujer—. Eso no es posible.

—Eso es lo que dice el sello.

—Es una locura. ¿Quién ha autorizado esto?

—El proceso está automatizado —le recordó él.

—Ya, pero hay controles de seguridad.

—Pues alguien la cagó —coincidió él—. A base de bien.

A Con la fastidió que hablasen de ella como si no estuviera presente.

—Hola —dijo—. ¡Hola!

Los dos técnicos guardaron silencio.

—¿Le importaría a alguno de ustedes explicarme qué demonios está pasando? ¿Qué es lo que han hecho para...? ¿Por qué no puedo... —empezó a decir, pero se trabó al pronunciar la palabra siguiente, como si tuviera hipo— moverme? ¿Dónde está el doctor Qiao? —Acababan de decir que se había marchado de la empresa, pero debía de haberlos entendido mal.

El hombre miró a su compañera antes de responder.

—El doctor Qiao ya no trabaja aquí.

—¿De qué está hablando? Lo he visto esta mañana. ¿Dónde está? —exigió saber Con.

—Se ha ido a trabajar a California.

—¿En estas seis últimas horas? —Su voz iba cobrando fuerza con cada palabra. A lo mejor no estaba jodida del todo.

—Hace nueve meses —respondió el técnico, casi pidiendo disculpas.

Con sintió que se le erizaba el vello de los hombros. Cosa irónica, era la primera sensación que experimentaba más abajo del cuello desde que se había despertado. Era verdad que la habían dejado frita. Esa era la única explicación. Miró a su

alrededor para asimilar lo que la rodeaba. Aquello no era la sala de recuperación. Parecía un quirófano, blanco e inmaculado. Había máquinas y monitores por todas partes. La habían frito y después la habían trasladado allí. Hizo un intento de incorporarse, pero su cuerpo aún no atendía peticiones. De pronto empezó a sentir un doloroso hormigueo en los dedos de las manos y de los pies, como si todas las extremidades se le hubieran quedado dormidas y la sangre estuviera volviendo a fluir por ellas. La invadió el pánico. Las alarmas de los monitores empezaron a pitar.

—Va a sufrir un síncope —dijo la mujer.

—¿Señorita D'Arcy? ¡Señorita D'Arcy! Tiene que procurar calmarse —le dijo el hombre.

—¿Qué es lo que han hecho con...? —farfulló otra vez, incapaz de terminar la frase. Era como un arañazo en uno de los viejos discos de Gamma Jol.

—Todo va a salir bien. Pero tiene que calmarse y respirar. ¿Puede hacerlo por mí?

—¿Qué es lo que han hecho? —repitió Con—. ¿Cómo es que la han cagado con una simple recarga?

El hombre carraspeó para aclararse la garganta, pero su compañera lo interrumpió:

—No. No es cosa nuestra.

—Bueno, ¿y dónde está el terapeuta? —respondió él—. Ya debería haber venido alguien aquí. La paciente necesita saber lo que está pasando. Esto es una crueldad.

—Sí, pero no nos corresponde a nosotros. Supone una enorme infracción del protocolo.

—Son dieciocho meses. Yo diría que ya se ha infringido el protocolo, ¿no crees tú?

—Vas a conseguir que nos despidan a los dos.

—Les diré que ha sido cosa mía, ¿de acuerdo? —Miró a Con a los ojos para sostenerle la mirada—. Señorita D'Arcy, esto no es una recarga. Es su descarga. Bienvenida.

Ella se lo quedó mirando sin comprender. No era que no hubiera entendido lo que había dicho, sino que le estaba llevando tiempo asimilar lo que le estaba diciendo. O quizá fuera que no quería aceptarlo, porque se replegó con furia sobre sí misma.

—No —respondió—. No, ha habido una equivocación.

Estos técnicos pensaban que ella era un clon. Eso era demencial. Tenía que decirles que se había armado una especie de batiburrillo. Que se había cometido algún error de administración. Ella no había muerto. Había acudido al centro solo para una recarga rutinaria. Y estaba allí mismo. Era la versión original, no un clon. Era Con D'Arcy. La única Con D'Arcy. Aquello era un error.

—No hay tal error —dijo él—. Se lo prometo.

—No, escuche... Es un...

De improviso se abrieron las puertas del quirófano y entró una mujer de raza blanca vestida con un traje conservador de color gris. Los dos técnicos de laboratorio, respetuosos, dieron un paso atrás.

—Doctora Fenton —la saludaron al unísono.

La susodicha, chasqueando los dedos, les ordenó que salieran; ellos huyeron sin pronunciar palabra. Con dejó rodar la cabeza hacia un lado para verla mejor. Era delgada como el palo de una escoba y daba la impresión de estar formada toda ella por ángulos rectos. Contaría cincuenta y muchos años, y tenía un rostro duro y enjuto que parecía golpeado por la constante incompetencia de todos cuantos la rodeaban. Detrás de ella venían tres médicos de semblante serio y un ayudante joven, todos acobardados como perros apaleados.

—¿Por qué está despierta? —preguntó Fenton.

La mano izquierda de Con se cerró en un puño. No le pareció que esa doctora y ella fueran a hacerse amigas.

—La descarga se inició de manera automática —respondió un médico alto indio. Tenía la frente cubierta por una película de sudor nervioso. Miró en derredor buscando confirmación en sus colegas, pero no la ofrecieron.

—Doctor Pranav, sé perfectamente cómo funciona una descarga —replicó Fenton—. Lo que no sé es por qué se inició de forma automática. ¿Por qué no se desconectó esta cuenta?

—No lo sé, doctora Fenton. Simplemente, no se desconectó.

—¿Que no se desconectó? —dijo ella entornando los ojos—. Repita eso, Bob.

El doctor Pranav se negó a decir nada más y dijo:

—Ya lo sé, yo...

—Usted es el responsable de esta rama y de todo lo que sucede en ella —dijo Fenton con un tono de voz que le hizo guardar silencio—. En fin, esto es un maldito desastre.

Nadie discrepó de dicha afirmación. Y Con la que menos, que estaba escuchando presa del horror.

—Que revisen el estatus de todos los clientes —siguió diciendo la doctora Fenton—. Quiero saber si esto ha sido un error humano aislado o un fallo que ha afectado a todo el sistema. O si, Dios no lo quiera, nos hemos puesto en peligro.

—Eso es imposible —dijo el doctor Pranav.

—Nada es imposible hasta que queda descartado —replicó aquella.

—¿Quiere alguien decirme... qué es lo que está pasando? —pidió Con.

Ninguno acusó recibo de su pregunta, ni mucho menos la respondió.

—¡Estoy hablando con ustedes! —exclamó.

Nadie dijo nada. Aquello era una pesadilla en la vida real. Ella era como un espécimen sujeto con chinchetas en una mesa de disección, incapaz de moverse, escuchando a aquellos monstruos hablar de ella con total frialdad. Sufrió un espasmo en la mano derecha y la aferró a la mesa.

—¿Quién es el asistente personal? —quiso saber Fenton.

El ayudante extrajo la información en su DCL.

—Laleh Askari. Hoy tenía el día libre, pero ya está viniendo para acá.

Con sintió que la inundaba el alivio. No tardaría en llegar. Ella la escucharía. Les explicaría que todo aquello había sido un terrible malentendido.

—¿Cómo están las constantes? —preguntó Fenton.

—Nada concluyente —respondió el ayudante proyectando el gráfico hacia el DCL de la doctora.

Esta fue pasando pantallas con un dedo índice de manicura perfecta.

—¿Son muy antiguos estos datos neurológicos?

—Corresponden a las lecturas iniciales, de modo que tienen unas doce horas —dijo el doctor Pranav.

—De acuerdo —dijo ella con un suspiro fúnebre—. Repitan todas estas pruebas cada seis horas. Veremos a ver si hay alguna mejoría cuando hayan transcurrido treinta y seis.

—Sí, doctora Fenton.

—Espere —dijo al ver algo en la gráfica de Con que le había llamado la atención—. ¿Esta es la sobrina de Abigail Stickling?

Ninguno de los médicos reunidos parecía conocer aquel dato, y todos examinaron la gráfica en sus DCL.

—Eso parece. Debió de ser cliente de mi predecesor, el doctor Qiao —confirmó el doctor Pranav, claramente encantado de endilgarle la responsabilidad a otro.

Por primera vez, Fenton pareció flaquear. Todo el mundo aguardó en medio de un silencio incómodo.

—Doctora Fenton, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó el doctor Pranav.

Ella le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Quiero ver a Laleh Askari en el momento mismo en que llegue. Hasta entonces, que no entre ni salga nadie.

—¿Y la clienta?

Fenton miró a Con de forma desapasionada y calculadora.

—Sédenla de nuevo hasta que yo haya tenido la oportunidad de hablar con la junta directiva.

Los médicos accedieron entre murmullos, pero la otra ya iba camino de la puerta, de modo que tuvieron que apresurarse para alcanzarla. Con hizo un esfuerzo para incorporarse, pero los brazos continuaban sin responderle. Se quedó allí tumbada, aturdida y sin poder creérselo mientras las puertas basculantes se abrían y se cerraban y las voces iban distanciándose.

—Esperen... —dijo con un terrible sentimiento de soledad que le iba calando los huesos. Todavía se acordaba de lo que le había dicho el técnico de laboratorio: «Es su descarga. Bienvenida».

La mujer regresó, esta vez sola. Procurando no acercarse a Con, conectó de nuevo su DCL al quirófano y se mantuvo de espaldas a ella mientras introducía instrucciones.

—No soy un clon —le dijo, otra vez con voz entrecortada.

La técnica de laboratorio se movió ligeramente, pero no respondió. Con luchó para incorporarse y quedar sentada. Esta vez, sus brazos, obedientes, hicieron fuerza contra la mesa. Notó un tirón suave y, al bajar la vista, vio que tenía una vía

insertada en el dorso de la mano y otra en el pliegue del codo. Tenía que desconectarlas antes de que aquella mujer la sedara de nuevo.

De pronto se quedó paralizada.

Sus tatuajes habían desaparecido. Todos, el brazo entero. Su brazo izquierdo estaba limpio. Más que limpio: imaculado. Y las uñas tampoco eran de color naranja, pero mostraban una longitud poco natural. ¿Cuándo le habían crecido tan deprisa? Con ademanes inseguros, se llevó una mano al lóbulo de la oreja y se palpó el cartílago. Tampoco tenía ya los piercings. Ni siquiera encontró los agujeros. Luego se examinó la pierna y se topó con algo que estuvo a punto de lograr que se viniera abajo: no había cicatrices en la rodilla. Como si el accidente nunca hubiera sucedido. Pero sí que había ocurrido, de modo que ¿qué significaba aquello?

«Ya sabes lo que significa.»

Una nebulosa empezó a envolver sus pensamientos, los sedantes estaban haciéndole efecto. Los brazos cedieron, y cayó de espaldas sobre la mesa. Tan solo había una explicación. Una explicación terrible, ineludible.

Había muerto.

Ella no.

La otra. La original.

Y si Con D'Arcy había muerto, ¿en qué la convertía eso?

Menos mal que el sedante le hizo efecto antes de responder.

Cuando Con se despertó por segunda vez en el quirófano, a su lado se encontraba Laleh. Llevaba el pelo cortado a la altura de los hombros, cosa que no le cuadró, hasta que cayó en la cuenta de que hacía dieciocho meses que no se veían. Le costaba trabajo acordarse con precisión, porque sus recuerdos le parecían muy recientes. Como si tan solo hubieran transcurrido unas horas desde que acudió a Palingénesis para efectuar la recarga. Todavía notaba en la lengua el sabor del wasabi, aunque eso resultaba bastante imposible. Ni siquiera era el mismo órgano.

—Bienvenida de nuevo, Constance. —Laleh le estaba cortando las uñas deprisa y metódicamente.

—Es cierto, ¿no?

—Sí, Constance. —Afirmó con la cabeza al tiempo que recortaba la última uña.

—¿Cómo... he muerto?

—Ahora no tenemos tiempo para eso, Constance.

—¿Cómo? —preguntó enfadada.

Laleh lanzó una mirada nerviosa hacia la puerta.

—Te juro que no lo sé. Tu chip biométrico registró un fallecimiento hace veinte horas. La empresa no espera a averiguar los detalles, la descarga se inicia automáticamente. Eso ya lo sabes. Ahora tenemos que irnos, Constance. ¿Puedes andar?

—No... he probado —balbució Con—. ¿Por qué no... puedes decir...?

—¿Puedes hacerme un favor, Constance? —pidió Laleh.

Ella asintió con la cabeza para no correr el riesgo de seguir farfullando. No tenía ni idea de por qué la otra se empeñaba una y otra vez en repetir su nombre. Parecía un ritual, como un mantra o una frase de las que se empleaban para la meditación, y cada vez que lo pronunciaba sonaba como una campanilla dentro de su cabeza, nítida y tranquilizadora.

—Dime quién eres, Constance —dijo Laleh.

Ella se había esperado alguna clase de prueba psicológica.

—¿Nada más?

—Nada más, Constance.

Con abrió la boca, pero no consiguió articular ni siquiera la primera sílaba. La frente se le cubrió de sudor. La cerró para que no le colgara abierta como si fuera idiota.

—Con. Stance. —Laleh la ayudó dividiendo el nombre en trozos más manejables.

Pero no sirvió de nada.

—Yo... soy... —prosiguió aquella a la vez que afirmaba con la cabeza. Aguardó unos instantes y volvió a motivarla.

Al tercer intento, Con lo pronunció con ella. De manera entrecortada, como un motor oxidado.

—Yo... soy...

—Muy bien. Ahora, el resto, Constance —la estimuló Laleh.

En el tiempo que tardó en decir cómo se llamaba, podría haber cantado *Station to Station*. Fue humillante, y para cuando terminó estaba sonrojada y avergonzada.

Laleh sonrió para darle ánimos.

—Bien, muy bien. Ha estado genial para empezar. Ahora quiero que practiques tú sola: «Soy Constance D'Arcy». Dilo diez veces seguidas.

—¿Qué problema hay con...? —Se le trabó la palabra *conmigo*.

—Los pronombres personales y los nombres son difíciles al principio. No sabemos muy bien por qué, pero tienes que practicar el ejercicio de pensar en ti misma como Constance Ada D'Arcy.

A Con le entraron ganas de decirle a Laleh que aquello era una tontería, que sabía exactamente quién era, pero su lengua se negó a cooperar. Se le debió de notar la frustración en la cara, porque la otra le dio un apretoncito en el hombro para tranquilizarla.

—No pasa nada, Constance. A todo el mundo le ocurre esto al principio. La reanimación no es tan fluida y sin tropiezos como puede parecer en los folletos. —Mientras hablaba, ayudó a Con a incorporarse hasta que quedó sentada y empezó a retirarle las vías intravenosas—. Pero dentro de un par de días todo será más fácil. Te lo prometo. Tu nuevo cerebro ha generado en muy poco tiempo vías neuronales equivalentes a veinticuatro años. La relación entre cuerpo y mente es increíblemente delicada, e incluso con la ayuda de fármacos eso representa un fuerte choque para el sistema. En circunstancias normales, llamaríamos a un terapeuta para que te ayudara a pasar el mal trago, pero ahora no hay tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Con temiendo la respuesta.

—Porque, si no te sacamos de aquí, la doctora Fenton va a borrarte.

—¿Borrarme? —balbució.

—Constance, ¿puedes ponerte de pie? —le dijo Laleh ayudándola a bajarse de la mesa.

Ella no se veía capaz; sin embargo, encontró los pies y se levantó, aunque tambaleándose adelante y atrás. Un instante después, se le nubló la vista con un millar de puntitos grises y se le doblaron las rodillas.

Laleh la sostuvo para que no se cayera.

—Ya pasará, ya pasará.

—Ha sido un mareo de mil demonios —dijo Con un poco atontada y sintiendo cómo le latía la sangre en los oídos, aunque llamarlo «mareo» era quedarse corta. Al fin y al cabo, nunca se había puesto de pie... con aquel cuerpo.

Cuando se le aclaró la vista, Laleh la ayudó a ir hasta un pequeño armario del que disponían todos los clientes de Palingénesis por si fuera necesario efectuar la descarga antes de tiempo. Los clones, como los hermanos gemelos, no tenían las mismas huellas dactilares que sus originales, de modo que para abrirlo se requería un anticuado PIN y un frotis bucal. Dentro había una muda de ropa, un juego de llaves con un único llavero, una copia física del documento de identidad de Con, un segundo DCL con todos los contactos y la información bancaria, y una unidad de disco digital que contenía su partida de nacimiento y varios documentos legales firmados por un notario que demostraban que ella era el clon de Constance Ada D'Arcy. El equipo necesario para empezar su nueva vida.

Laleh la dejó para que se vistiera y se adelantó a echar un vistazo al pasillo. Cuando volvió, Con estaba luchando por atarse los cordones de las deportivas. Lograr que le funcionaran las capacidades motrices estaba siendo todo un reto. La asistente se arrodilló junto a ella y terminó la tarea.

—¿Por qué la doctora Fenton quiere borrarame? —preguntó Con.

—Porque tienes un desfase de dieciocho meses. Eso queda tan fuera de nuestro margen de seguridad que ni siquiera contamos con información fiable al respecto. A la junta directiva le preocupa que, si te dan el alta y tú te vuelves... —dijo antes de hacer una pausa para buscar el término apropiado para decirlo de forma diplomática— poco fiable, esto se convierta en una pesadilla para las relaciones públicas.

Palingénesis no puede permitirse dar más munición a los detractores de la clonación.

Era demasiada información que asimilar de golpe, pero Con sabía que Laleh estaba en lo cierto. En los primeros tiempos de la compañía, hubo incidentes de clones que sufrieron brotes psicóticos. El trágico enfrentamiento de un clon con la policía de Chicago terminó cuando este asesinó a toda su familia y después volvió el arma contra sí mismo. Insistió hasta el final en que solo estaba dispuesto a negociar con David Lyons. La policía intentó, sin éxito, convencerlo de que en realidad él era David Lyons. Los críticos todavía señalaban «la masacre de Chicago» como una prueba de la necesidad de aplicar una moratoria sobre la clonación de ámbito federal. En los años que siguieron, Palingénesis trabajó de manera incansable para tranquilizar a la opinión pública asegurando que dichas anomalías ya estaban superadas. Si la empresa llegara a la conclusión de que Con hacía peligrar dicho esfuerzo, haría lo que fuera necesario para proteger sus intereses.

—Mientras permanezcas dentro del centro —prosiguió Laleh—, no eres una persona. ¿Lo entiendes? Pueden borrarte y reescribir lo que se les antoje. Nadie sabría nunca que has sido revivida.

A Con la recorrió un escalofrío.

—Gracias.

—No me las des todavía. Esto podría ser una equivocación. La junta podría estar en lo cierto. Te seré sincera: las posibilidades de que no sufras problemas psicológicos son bajas.

—¿Cómo de bajas?

Laleh apartó la mirada.

—No lo sé. Palingénesis ha llevado a cabo simulaciones para desfases de hasta doce meses, pero es algo puramente teórico. Sabemos que, conforme aumenta el desfase, más se

tensiona la capacidad del cuerpo de aceptar una descarga. Por eso impedimos el acceso de los clientes al sistema después de solo noventa días, y tú has pasado dieciocho meses sin recarga.

—¿Cuál es la descarga más desfasada que se ha intentado?

—La tuya. De lejos, y no hay manera de saber cómo te afectará. —Laleh titubeó un instante—. Mira, si quieres, puedo volver a sedarte. Será muy tranquilo. Sin dolor, te lo prometo. Pero supongo que te mereces tomar esa decisión tú misma.

A lo mejor, si comprendiera mejor lo que le aguardaba, las dificultades con que iba a encontrarse fuera, habría vuelto a subirse a la mesa de exploración y habría dejado que Laleh le pusiera de nuevo las vías intravenosas. Pero, a pesar de lo mucho que la había afectado últimamente la depresión, en ningún momento había contemplado la posibilidad de suicidarse. Y no pensaba contemplarla ahora.

—Bah, ya me he calzado —respondió con la esperanza de parecer más valiente de lo que se sentía.

Laleh sonrió; ahora ambas eran cómplices.

—Pues, en ese caso, sígueme.

La condujo por un pasillo largo y sin ventanas. Avanzaban despacio, y Con iba palpando la pared para ayudarse a conservar el equilibrio. Caminar le resultó más complejo de lo que recordaba y para dar un paso completo tuvo que concentrarse en cada pierna por separado. A pesar de la iluminación fuerte y de lo alto que era el techo, percibió que estaban muy por debajo del nivel del suelo. Pasaron junto a una serie de puertas abovedadas y numeradas desde U1 hasta U8, y finalmente se detuvieron en un puesto de enfermería en el que no había nadie.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Con.

—Durmiendo —contestó Laleh—. Si hay algún problema, las alarmas despiertan al personal del turno de noche. No te preocupes, he desactivado la tuya.

—¿Cómo es la seguridad?

—En el ala de los clientes, es intensa, pero de puertas afuera.

Con la miró con gesto interrogante.

—Está diseñada para impedir que la gente entre, no que salga —explicó Laleh—. Hemos tenido varios intentos de allanamiento por parte de los Hijos de Adán y otros pirados. Quieren vídeos de nuestros clones inactivos para sus campañas de propaganda. Pero nadie se ha escapado nunca, así que tenemos eso a nuestro favor.

De pronto se pusieron en guardia al oír unas pisadas. Por cómo sonaban, debían de ser guardias de seguridad haciendo la ronda, e iban hacia ellas. Laleh maldijo para sus adentros y miró alrededor buscando un sitio donde ocultarse. El puesto de enfermería era demasiado pequeño, y no había tiempo para llegar hasta la siguiente bifurcación del pasillo. Agarró a Con y tiró de ella en la dirección por la que habían venido.

Las pisadas se oyeron más fuerte. No tenían ninguna posibilidad de retroceder hasta la zona quirúrgica, sobre todo porque Con avanzaba torpemente, como un pingüino borracho. Laleh hizo un alto en la puerta marcada como U7, pasó su tarjeta de identidad, introdujo sus datos biométricos y, al ver que no se abría lo bastante deprisa, le dio un golpe con la mano.

—Venga —imploró—. ¡Ábrete!

Con un siseo de irritación, la puerta empezó a abrirse lentamente hacia dentro.

Laleh dejó escapar un suspiro de alivio.

—Me preocupaba que ya me hubieran impedido el acceso al sistema. —Empujó a Con al interior de aquel cuarto oscuro

—. Que no te vean, ¿vale? Yo los entretendré, pero seguro que registrarán esta habitación.

Se oyó una voz de hombre.

—¿Quién anda ahí?

La asistente se puso en tensión. Por el hueco de la puerta, con vio que se volvía y se dirigía hacia los dos guardias procurando adoptar un aire festivo y relajado.

—Uf, Gabe, qué susto me has dado. Bien podrías avisar.

—¿Laleh? Nadie debería estar aquí abajo a estas horas —dijo el guardia casi en tono de disculpa.

—Ya lo sé. Pero supongo que te habrás enterado de mi enorme cagada. La doctora Fenton está empeñada en que le tenga redactado un informe del caso para primera hora de la mañana, cuando llegue ella. Necesito revisar los ajustes en la cámara. No tardaré ni cinco minutos.

—No deberías estar aquí —dijo el segundo guardia sin conmoverse por su triste historia—. ¿Estás sola?

Con se apartó de la puerta y recorrió la estancia con la vista buscando un sitio donde esconderse. Varias pantallas de ordenador lo iluminaban todo como si fueran algas fosforescentes en una cueva submarina. Vio una fila de cápsulas idénticas colocadas a lo largo de ambas paredes de aquella sala alargada y estrecha, que tenía la longitud de un bloque de pisos. Se detuvo un instante, hipnotizada, pues comprendió dónde se encontraba. Cuando un cliente firmaba con Palingénesis, tardaban meses en fabricar a toda prisa un clon que coincidiera con la edad actual del cliente. Después de eso, los clones inanimados se guardaban en cápsulas médicas hiperbáricas que se controlaban solas —*úteros*, en la terminología de la empresa— en las que iban envejeciendo de forma paralela a los clientes, a la espera de entrar en la vida de sus originales si sobrevenía la tragedia. Con había leído algo sobre aquellos úteros, pero nunca había visto uno. No los había visto nadie que no perteneciera a Palingénesis, ni

siquiera los propios clientes. Y al mirar horrorizada el interior del que tenía más cerca, comprendió el motivo: si el mundo exterior llegase a ver los clones de aquella forma, sería la sentencia de muerte de la clonación legal en Estados Unidos.

«Tú eres uno de ellos.»

El mero hecho de pensar aquello le provocó una sensación de repugnancia. No, se reprendió a sí misma. Ella era de Lanesboro, en Texas, al noroeste de San Antonio. Y tenía veinticuatro años.

Una voz que sonó a humo retorcido le preguntó si aquello era cierto.

—Soy Constance D'Arcy —respondió desafiante, y a continuación se pellizcó con fuerza la piel de la muñeca, cosa que hacía desde pequeña, y se ayudó del agudo dolor para volver a centrarse. A través del cristal del útero distinguió el contorno borroso de un hombre desnudo, el rostro amarillento e inexpresivo, la piel con textura de pollo crudo. En el útero siguiente había un niño pelirrojo que no tendría más de siete años, en estado inerte. ¿Quién sometería a aquello a un crío? Se quedó mirando al pequeño, un Pinocho de gesto impasible, tan realista y tan cerca de estar vivo, allí abajo, rodeado de más criaturas que no encajaban en ninguna parte. Todavía no eran personas; la chispa necesaria para darles vida permanecía almacenada en otro lugar del complejo, dentro de un ordenador cuántico de proporciones inimaginables. Entonces, ¿qué eran hasta que llegara ese momento? ¿Qué era ella ahora?

«Descerebrados insolentes.» Así los había llamado Franklin Butler, el fundador de los Hijos de Adán y líder del movimiento anticlonación, en una manifestación llevada a cabo en los escalones del monumento a Lincoln. En aquel momento, ella solo captó las líneas generales y descartó la retórica airada. Pero, ahora que estaba en el otro lado de la raya, se estremeció al ver cuán horrible era aquello. La distancia que había entre ser testigo del odio y ser objeto de él

era ancha como un océano. Por suerte o por desgracia, eso era un problema para tratarlo en otro momento. Si los guardias de seguridad la encontraban, todo lo demás pasaría a ser irrelevante. El problema era que aquella sala, a pesar de las dimensiones que tenía, no ofrecía muchos sitios donde esconderse. La única opción que vio fue agacharse entre dos úteros y abrigar la esperanza de que no echaran más que un vistazo somero a la estancia. Pero, teniendo en cuenta el dinero que costaba un único clon, dudó que fueran a ser tan descuidados.

Se detuvo frente a un útero abierto y se quedó mirando el interior vacío. ¿Era posible que fuese el suyo? En el pasillo, las voces de los guardias sonaron con más intensidad. Iban a encontrarla y a borrarla. Había otro lugar en el que ocultarse, aunque de solo pensarlo le daban aún más escalofríos. Se quitó la camiseta y el sujetador y se metió en el útero vacío. Acto seguido cerró la tapa y la trabó con la camiseta para que no se bloquearan los cierres. Reprimió un sollozo de claustrofobia. No era capaz de desatar los cordones de las deportivas, de modo que lo más que pudo hacer fue bajarse los vaqueros y las bragas hasta los tobillos y rezar para que los guardias no se entretuvieran demasiado.

El haz de luz de una linterna barrió la sala. Con cerró los ojos y contuvo la respiración deseando poder sumergirse en la membrana de gel que formaba el lecho del útero. Todo fue bien hasta que empezó a dudar si no había oído bloquearse los cierres. ¿Y si se hubiera quedado atrapada allí dentro? Viva, consciente, pero confundida con un clon inactivo. Aporreando el cristal sin que hubiera nadie que la oyese. Nadie que la sacase de allí. Fue un pensamiento tan vívido, tan aterradoramente real, que empezó a sentir espasmos en las manos, como si sus dedos estuvieran intentando soltarse y huir. Las cerró en sendos puños. «Soy Constance D'Arcy», se recordó conforme iban acercándose los guardias. Repitiéndolo en silencio, como si estuviera rezando, se obligó a permanecer inmóvil. Uno pasó junto a su cápsula sin aminorar el paso,

pero ella no se atrevió a moverse hasta que oyó cerrarse la puerta de la cámara con un golpe seco. Solo entonces abrió los ojos.

De pronto salió Zhi de las sombras y tamborileó con los nudillos en el cristal para llamar su atención. Con se encogió y se llevó las manos a la cara para taparse los ojos.

—¿Dónde está Tommy? —preguntó él, impaciente por coger la carretera.

—¿Estás en condiciones de conducir? —le preguntó ella débilmente, metiéndose sin esfuerzo en aquel recuerdo. Estaba deseando continuar hacia Raleigh, pero tuvo que reconocer que Tommy llevaba razón: Zhi tenía cara de agotamiento. Habían actuado en cinco ciudades en seis días y estaban todos quemados. Bastante hartos unos de otros después de pasar una semana apretujados en una autocaravana con todo el equipo. Con los adoraba, pero ya estaban empezando a ponerse un poco de los nervios mutuamente. Igual que las familias.

Antes de la actuación, los integrantes del grupo habían votado continuar hacia Raleigh en vez de pasar la noche en Washington D. C. Había sido idea de ella, y eso que la actuación allí no era hasta dentro de tres días. Si fueran directamente, Zhi y ella dispondrían de cuarenta y ocho horas ininterrumpidas para ellos solos. Llevaban casi dos semanas sin estar a solas, y se moría de ganas de estar con él. Pensaban colgar el cartel de «NO MOLESTEN» en la puerta de la habitación del motel y no asomar la cara hasta el momento de la actuación. Dos días enteros en la cama con Zhi. Lo estaba deseando.

Tommy fue el único que se opuso a la idea y votó quedarse y dormir una noche entera como Dios manda. ¿Qué prisa tenían? Pero ganó la mayoría. Era la política del grupo. Aunque, visto en retrospectiva, ¿no era verdad que Zhi siempre levantaba la mano el primero para que todos supieran lo que prefería? ¿Y que Con siempre votaba lo mismo que él, con lo que Stephie y Hugh casi siempre hacían lo mismo?

Aquello dejaba al pobre Tommy como la inoportuna voz de la razón dentro del grupo.

—Sí, estoy perfectamente —respondió Zhi con una sonrisa—. Stephie y Hugh han ido a comprar caféina y algo de comer para la carretera. Solo queda encontrar a Tommy.

—Yo no lo he visto —respondió Con a pesar de que quería avisarlo de que quizá no deberían continuar el viaje hacia Raleigh esa noche. Pero aquello era un recuerdo, no una experiencia nueva, por muy real que pareciese. Tan solo podía vivirla de nuevo tal y como la había vivido. No habría revisiones. Tampoco ninguna forma de cambiar ni las palabras ni el resultado.

—A lo mejor está echando un pitillo —sugirió Zhi, y se volvió para irse—. Voy a mirar por ahí.

—¡Raleigh! —voceó Con a su espalda. Igual que tres años atrás, cuando lo que quería hacer ahora era decirle que los padres de Tommy habían pagado el traslado del cadáver de su hijo a casa en avión, que aunque no hubiera estado ingresada en el hospital no se habría atrevido a hacer acto de presencia en el funeral.

—Raleigh —respondió Zhi con una media sonrisa melancólica, y se perdió en la oscuridad.

Con le gritó que la esperase y empujó la tapa para abrirla. Después de todo, la camiseta había cumplido su misión, con lo que, tras salir de la cápsula, cayó y aterrizó desmañada en el suelo. Llamó a Zhi para que volviera, pero había desaparecido. En realidad no había estado allí, por muy real que le hubiera parecido. Sintió una sacudida por todo el cuerpo. Volvió a ver puntitos grises.

¿Qué le estaba ocurriendo?

Permaneció tirada en el suelo hasta que su corazón dejó de intentar entregarse a la muerte. Luego, sin ninguna elegancia, rodó hasta quedar boca arriba y, a oscuras, se subió los pantalones. ¿Qué demonios iba a hacer ahora? Era verdad que

no la habían descubierto; en cambio, estaba atrapada en el interior de una cámara subterránea con el fantasma del hombre al que amaba.

Estupendo.

De improviso le vibró el DCL en el bolsillo. Un mensaje entrante. Luchó con sus manos, que no querían colaborar, para ponérselo detrás de la oreja y abrir la ventana de los mensajes.

Soy Laleh. Lamento lo sucedido. ¿Te encuentras bien?

Con hizo un esfuerzo para teclear una respuesta sobre su pecho. Menos mal que existía la función de autocorrección.

He pasado un miedo horroroso. Por lo demás, estoy bastante bien. ¿Vas a volver?

No puedo. Gabe me está haciendo compañía hasta que llegue la doctora Fenton, pero seguramente podré guiarte hasta el exterior.

Estoy atrapada en una cámara subterránea.

Por lo que parecía, podía teclear pronombres, aunque al pronunciarlos en voz alta se sintiera como si la estuvieran arrastrando por la grava.

De pronto, la puerta de la sala emitió un chasquido y empezó a abrirse de nuevo.

¿Mejor ahora?, le escribió Laleh.

Algo.

En la pantalla de Con apareció un croquis de la sala. Una X marcaba su ubicación actual, y una línea de puntos mostraba la ruta hasta una puerta rodeada por un círculo de color rojo.

Dame acceso a tu cámara, pidió Laleh.

Con configuró los permisos.

Bien, así está mejor. ¿Preparada?

¿No hay peligro?

Ni idea. Vamos a averiguarlo.

Le llevó diez minutos llegar hasta el círculo rojo, porque cada vez que oía un ruido se quedaba paralizada. Se sentía extrañamente desconectada de su cuerpo. Como si fuera el avatar de un videojuego y ella no supiera manejar los mandos. Caminar en línea recta resultó ser todo un reto, al igual que la concepción espacial. Tuvo dificultades para calcular la distancia que había entre los objetos y ella, y se chocó más de una vez contra la pared, como si fuera un personaje de aquellos dibujos animados antiguos que tanto gustaban a su abuela.

La puerta daba a una escalera ascendente que la llevó hasta el aparcamiento subterráneo. Se hallaba prácticamente desierto, pero Laleh la guio por una ruta que daba un rodeo para eludir los puntos vigilados por las cámaras de seguridad y después por una rampa de salida de vehículos. Al llegar arriba, le desbloqueó por control remoto una puerta de servicio que condujo a Con a una zona de carga y descarga. Tal vez debería haber experimentado un mayor alivio al salir al exterior; al fin y al cabo, ya era oficialmente una persona, por lo menos según la definición interesada de Palingénesis, y no un experimento de laboratorio programado para ser borrado. Sin embargo, le costaba trabajo sentirse victoriosa: le dolía la cabeza, sus manos daban la impresión de tener voluntad propia y le ardían los pulmones tras haber subido aquel tramo de escaleras. Por no mencionar la vívida alucinación que acababa de tener. Esperaría hasta estar en casa sana y salva para celebrar su huida.

Al otro lado de la puerta se encontró con un muro de humedad estival. Su DCL dijo que estaban a mediados de junio, lo cual racionalmente le pareció que así debía de ser, pero de todas formas no le cuadró. Su memoria se aferraba al convencimiento de que tenía que estar en diciembre, pues era ese mes cuando se había levantado esa mañana.

Reconciliarse con el año y medio que había transcurrido desde entonces no estaba siendo nada fácil. Fuera como fuese, desde luego había faltado a las actuaciones con Weathervane.

Esperó que Kala lo entendiese. Después se le ocurrió que su original no había faltado. Habría acudido tras la recarga, dieciocho meses atrás. Pero, como aquello había sucedido fuera del alcance de la recarga, Con no guardaba ningún recuerdo de ello. Los pensamientos como aquel iban a conseguir que se volviera loca. ¿Qué más se habría perdido en los últimos dieciocho meses?

Laleh la dirigió hacia una mochila que estaba oculta tras un contenedor. Dentro había una caja de batidos de proteínas y cinco frascos distintos de pastillas.

Las pastillas te ayudarán a sobrellevar la transición, tecleó Laleh. Servirán para enmascarar algunos de los efectos secundarios hasta que te aclimates. Adelante, tómate ya mismo una de cada frasco.

¿Que me aclimate a qué?, respondió Con.

A estar viva.

Eso la hizo frenar en seco. Se quedó mirando aquella última frase.

¿A estar viva? ¿Qué quiere decir eso?

Perdón. Lo que hace Palingénesis es muy delicado y de una complejidad increíble. Al igual que cualquier trasplante, existe el riesgo de rechazo. Salvo que, en este caso, sería neurológico y psicológico.

¿Qué pastillas son estas?

Estabilizadores del estado de ánimo. Un antipsicótico. Las demás se ocupan de la adaptación neurológica.

¿UN ANTIPSICÓTICO?, tecleó Con. Estaba segura de no recordar nada así del folleto. Aunque ello podría explicar la alucinación que había sufrido en la cámara subterránea.

Sé lo que parece, pero Palingénesis cuenta con una normativa muy estricta a la hora de realizar la transición de un clon al mundo. Y nosotras acabamos de saltárnosla toda. Las pastillas forman parte de ese proceso, y espero que te ayuden a pasar el mal trago. Ojalá tuviera más tiempo para explicártelo, pero es que tienes que seguir moviéndote.

¿Por qué me estás ayudando?

Siguió una larga pausa, tanto que Con se preguntó si no se habría cortado la comunicación.

Porque esto ha sido culpa mía. Pasados noventa días, yo tenía la responsabilidad de detener tu cuenta. Sinceramente, creía haberlo hecho.

¿Qué va a ocurrirte a ti?, preguntó Con.

Me aplicarán una baja administrativa, pendiente de revisión. Se supone que debo redactar un informe, pero mañana me despedirán. Es lo que haría yo. Ayudarte no hará más que acelerar el proceso.

Gracias, tecleó Con. De verdad.

Espero que todavía lo digas en serio dentro de unos días. Ah, y al principio ve con cuidado con los alimentos sólidos. Tu tracto digestivo necesitará un tiempo para adaptarse. En la mochila hay también varios probióticos que debes tomar.

Los tomaré.

Ten mucho cuidado. Palingénesis no va a dejar pasar esto solo porque te hayas marchado. Se juegan demasiado.

¿Qué van a hacer? Pensaba que ya no podían borrarame.

Probablemente no. Pero yo no pondría la mano en el fuego por que no estén dispuestos a llegar hasta donde haga falta para proteger sus intereses. Si estuviera en tu lugar, haría saber que estoy viva a tantas personas como fuera posible. En estos momentos, el anonimato no es amigo tuyo.

Era un buen consejo. Con le dio las gracias a Laleh por tercera vez y cerró la ventana de los mensajes. Acto seguido, se echó la mochila al hombro y emprendió el regreso a su casa, deseosa de poner distancia entre Palingénesis y ella.

Con vivía en Takoma, un barrio situado en la zona noreste de la ciudad, en la frontera con Maryland. La manera más rápida de llegar era cogiendo el metro. Por desgracia, la ruta hasta la boca más próxima pasaba justo por delante de la entrada principal de Palingénesis. No le hacía gracia la perspectiva de enfrentarse de nuevo a los manifestantes, después del día que había tenido; sin embargo, hasta que pudiera andar un poco mejor, pensó que no debía arriesgarse a tomar esa ruta. Pero cuando dobló la esquina se encontró con que todo estaba en calma. Los manifestantes se habían retirado a sus casas y solo quedaban haciendo guardia unos cuantos partidarios incondicionales. Un miembro solitario de la resistencia llevaba en el hombro un letrero que decía: «CLONES ≠ HUMANOS». Sucinto, desde luego. Con, irónica, le dio el visto bueno con los pulgares, pero debía de ser demasiado tarde para el sarcasmo, porque el tipo sonrió, agradecido por su apoyo.

Ella pasó por su lado, lo bastante cerca para chocar las palmas con él, pero este en ningún momento se dio cuenta de lo que era Con. ¿Por qué iba a hacerlo? Dudó que aquel tipo hubiera visto alguna vez un clon en persona. No había mucha gente que los hubiera visto. Eso era parte del problema. Palingénesis había empezado trabajando para el Departamento de Defensa, fabricando copias de seguridad clónicas que sirvieran de apoyo a los soldados americanos, pero esa época ya había quedado atrás. Desde que la empresa entró en el sector privado, solo podían acceder a sus servicios los extraordinariamente ricos. El otro noventa y nueve por ciento de los americanos solo podían mirar con una mezcla de envidia y resentimiento, irritados por la sensación de estar excluidos o de quedarse atrás.

Era una combinación volátil, y los Hijos de Adán se habían aprovechado de aquel estado de agitación. «La gran riqueza no otorga a nadie el derecho de pervertir la naturaleza de la especie humana —bramaba Butler—. Ellos disfrutaban de los beneficios mientras nosotros sufrimos las consecuencias.»

Cuando Con llegó al metro, tanto la escalera mecánica como el ascensor estaban averiados, como era lo habitual. Para cuando alcanzó la estación, ya iba jadeando como si tuviera a un niño de cuatro años sentado en el pecho. Poseía la capacidad pulmonar y el tono muscular de un recién nacido, que era lo que suponía que era, pero dedicó unos instantes a maravillarse de que, después de todas aquellas escaleras, la rodilla no le doliera ni lo más mínimo. Por primera vez desde el accidente, no le dolía nada. Ni la espalda ni el cuello. Y la rodilla la tenía genial. Mejor que genial: recién estrenada. Le entraron ganas de correr. De saltar. De bailar.

Fue a comprar un billete en una expendedora automática, pero esta rechazó sumariamente su información bancaria. «TRANSACCIÓN RECHAZADA» fue el mensaje que apareció en su DCL. Estupendo. La máquina siguiente le dio el mismo error. Era un DCL barato que llevaba dieciocho meses sin sincronizarse, pero, al ver que ni siquiera podía entrar en la cuenta de su banco para mirar el saldo, comprendió que no había ningún fallo por su parte. Le habían cerrado la cuenta bancaria. ¿Por qué demonios había hecho tal cosa su original? ¿Cómo se suponía que iba a volver a casa sin dinero? ¿Tendría que ir hasta Maryland andando?

Se preguntó si su cuerpo tendría suficiente coordinación para saltar por encima del torniquete, pero al acercarse vio a un fornido policía negro.

—Ni se le ocurra —le dijo el poli al tiempo que enganchaba los dedos con gesto de naturalidad en su cinturón de herramientas.

—¿No podría usted dejarme pasar? No se enteraría nadie.

El poli soltó una risita al ver su audacia.

—Así no es como va a terminar esto.

La idea de subir todas aquellas escaleras la volvió osada. Por algo era ella la que se ocupaba de todas las negociaciones del grupo.

—Tiene razón —respondió—. Alguien se enteraría. Usted y yo. Lo sabríamos nosotros. Y eso sería muy importante. Yo escribiría canciones que hablaran de usted, que contaran que un día, el más extraño de toda mi vida, un agente de policía vio que estaba que ya no podía más y me prestó su ayuda, me salvó de ir andando en mitad de la noche los doce kilómetros que hay hasta Takoma. En el mes de junio.

El policía la miró impasible.

—Buen discurso.

—No es un discurso. De verdad necesito volver a mi casa. Por favor —dijo— Con sin querer excederse. En aquel caso se aplicaba lo de menos es más, lo comprendió de forma instintiva. Los policías odiaban que se jugara con ellos.

El agente tecleó algo en el aire para introducirlo en su DCL. Y el torniquete se abrió con un chasquido.

—Está bien —dijo con otra risita—. Adelante pues, escriba esas canciones.

A pesar de que andando se tardaba tres horas, Takoma solo estaba a cuatro estaciones de metro. Con utilizó ese tiempo para hacer inventario del contenido de la mochila. Además de las pastillas, Laleh le había dejado instrucciones sobre cuándo debía tomar las diversas medicaciones. Tras extraer una píldora de cada frasco, se metió una en la boca. De inmediato, se le quedó atorada en la garganta. Intentó expulsarla, hasta que la tosió y cayó al suelo junto con el batido de proteínas de color rosa que se había tomado para intentar tragarla. Menos mal que el tren iba casi vacío a esas horas de la noche. Dedicó un minuto a practicar la maniobra de deglutir, la cual tuvo que

recordar de forma consciente. Cuando creyó que ya la tenía dominada, probó de nuevo, y esta vez consiguió tragar cada pastilla sin vomitarla. De verdad que parecía una niña recién nacida.

Mirando por la ventanilla tintada del tren cómo iban pasando los túneles a toda velocidad, Con volvió a preguntarse cómo habría muerto. En cuanto le brotó ese pensamiento, supo que era peligroso pensar así en las cosas. Además, no estaba muerta. Estaba viva y viajando en un metro que se dirigía hacia el norte, hacia su casa. Pero ¿acaso la única razón de que estuviera viva no era que había muerto? De inmediato su mente hizo un esfuerzo por cambiar de tema, como si hubiera tropezado con un canal de televisión que estuviera echando una película de miedo. Si estaba viva, ¿cómo podía estar al mismo tiempo muerta? Esas dos ideas contradictorias se peleaban por coexistir en paz. Ella era una paradoja, y comprendió cómo debió de sentirse el pobre gato de Schrödinger encerrado en aquella caja.

Lo cierto era que se sentía como una impostora. Su última recarga se había efectuado hacía dieciocho meses. ¿Cómo podía ser Con D'Arcy si le faltaban los recuerdos de dieciocho meses? Sin ellos, estaba incompleta. Era una mentira. Ni siquiera sabía cómo había muerto. ¿No iba a saber algo así la verdadera Con D'Arcy? De pronto la invadió la urgente necesidad de ver el cadáver de su original. Era algo morboso, pero serviría para zanjar el asunto, ¿no? En el tren se oyó una campanilla y el aviso de que estaba llegando a la estación de Takoma. Se levantó de un brinco y se dirigió hacia las puertas. Ya había pensado bastante por el momento. De aquello no podía salir nada bueno.

Su edificio se encontraba a solo unas pocas manzanas de la boca de metro. Las puertas del vestíbulo emitieron un pitido cuando su DCL entró en su radio de alcance, pero no se desbloquearon. Con ahuecó las manos sobre el cristal y miró con expresión optimista el vestíbulo desierto. Hacía más de diez años que tenían conserje en el edificio. Lo construyeron

en la primera década, durante un desenfreno de actividad de construcción que generó una sobreabundancia de pisos de alquiler, y fue víctima de los cambios de tendencia que azotaron la región de Washington D. C. La crisis económica tampoco ayudó. Se disparó el número de viviendas vacías, a continuación se desplomaron los precios y ahora los edificios como el de Con estaban administrados por empresas gestoras de tercera que a duras penas sacaban alguna rentabilidad a construcciones desvencijadas que no eran más que una fuente constante de gastos. Sin embargo, Con no podía quejarse. Si alguna vez decidieran hacer una reforma, ella no podría permitirse pagar el alquiler.

Finalmente, apareció un hombre mayor latino con cara de medio dormido que salía a pasear al perro. Ella no sabía cómo se llamaba él, pero su perro sí: Jocko. Le sostuvo la puerta para que pasara y se arrodilló para hacerle una carantoña al chucho, para que el dueño supiera que ella vivía allí. El hombre la miró de arriba abajo con suspicacia, pero no dijo nada cuando ella se coló al interior: no deseaba montar una escena en mitad de la noche.

Con tomó el único ascensor que funcionaba para subir hasta su planta. La mayoría de las luces del pasillo estaban rotas, y las que quedaban proyectaban sombras alargadas sobre el suelo. Eso causó estragos en su percepción espacial recién estrenada y, para guiarse, tuvo que avanzar pasando una mano por la pared cubierta de pintadas. Las puertas del apartamento nunca se habían actualizado, y todavía era necesario abrirlas con una llave física. Gracias a Dios, la suya aún funcionaba. Una vez a salvo dentro del piso, se recostó contra la puerta a oscuras, saboreando el aire acondicionado. Suponía un alivio estar en casa, y se puso a pensar en qué hacer a continuación. La cama. Dormir. No, necesitaba comer. Pero, primero, una ducha: tenía que quitarse de encima aquel olor a clon nuevo. Estaba deseando llevarse a la nariz el pelo recién lavado y percibir el olor artificial a coco.

Dejó las llaves en la mesa del recibidor, pero oyó que caían directamente al suelo. Al encender las luces, vio cuál era el problema: no había nada. Descubrió su imagen reflejada en un espejo de cuerpo entero que había en lugar de la mesa y se quedó paralizada, como si hubiera pillado a un intruso. ¿Quién era aquella? Desde el accidente había engordado, pero todos aquellos kilos habían desaparecido. Tenía la cara tan delgada como en su época universitaria. Se acercó un poco más a su imagen reflejada y se tocó la cara con los dedos. Piel lisa y suave como la de una niña pequeña, sin los daños causados por el sol y por la vida. Ni arrugas ni líneas de expresión. Era como si alguien hubiera dibujado su contorno pero hubiera omitido todo rasgo característico. Era horrible. El cabello le colgaba hasta la mitad de la espalda en una maraña de enredos y nudos. Detrás de ella había un cuadro enmarcado de Jesucristo que la contemplaba con una expresión que sugería que él tampoco la reconocía.

Antes de ponerse a reflexionar en qué momento su original había descubierto la religión, salió del cuarto de estar un niño de raza negra, como de unos diez años, vestido con camiseta y calzoncillos. Lanzó un bostezo y miró a Con con unos ojos soñolientos y semicerrados.

—¿Quién eres?

—¿Quién eres tú? —replicó ella.

—¿Dónde está mi madre?

Con miró detrás del pequeño, hacia el cuarto de estar. No reconoció ninguno de los muebles. ¿Y desde cuándo ponía imágenes de Jesucristo? Se le cayó el alma a los pies cuando comprendió lo que había sucedido. En algún momento de aquellos dieciocho meses se había mudado a otra parte. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza dicha posibilidad.

El niño empezó a poner cara de preocupación.

—¿Cómo has entrado?

—Yo antes vivía aquí. Todavía tengo la llave. No pasa nada.

Una antigua inquilina perpetrando un allanamiento de morada con una llave. Era imposible que no pasara nada. ¿Por qué no le sorprendía que la administradora no se hubiera tomado la molestia de reprogramar las cerraduras?

—Tienes que irte. Mi madre está a punto de volver de su turno de trabajo.

Durante un momento, Con hizo caso omiso de aquel consejo.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

El chico, inseguro, se encogió de hombros.

—Desde el verano pasado, creo.

Un año. Ella llevaba un año sin vivir en aquella casa. Dieciocho meses atrás, la idea de mudarse ni siquiera estaba en el horizonte. Aquel era el único apartamento que había tenido en Washington D. C., y precisamente en noviembre había negociado una reducción del alquiler. Entonces, ¿a qué vino aquella repentina mudanza?

—¿Tú sabes lo que le ocurrió a la mujer que vivía antes aquí? —preguntó.

—¿No eres tú? —respondió el niño.

—Sí —dijo Con, aunque de nuevo experimentaba el sentimiento de ser una impostora.

—Entonces, ¿por qué me lo preguntas?

Esa era una buena pregunta, sí. No sabía ni cómo empezar a explicarse.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el niño—. Tienes cara de enferma. ¿Necesitas ver a mi madre? Trabaja en el hospital.

Esa pregunta, extrañamente, la emocionó, y sintió el impulso irresistible de reír y llorar a la vez. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Lo que ella tenía no podía arreglarlo la madre de aquel niño.

—No estoy enferma. Es que estoy... —«Nueva», pensó, pero dijo—: Cansada. Pero gracias. ¿Cómo te llamas?

—DeMarcus.

—Pues gracias, DeMarcus. Me marchó, ¿vale? Lamento haberte despertado.

Le entregó la llave y, disculpándose de nuevo, salió del piso y cerró la puerta. Oyó que echaba el cerrojo. Niño listo.

Salió del edificio y cruzó la calzada para ir a un parque pequeño que se formaba en la intersección de tres calles. Necesitaba sentarse y ordenar las ideas. Había creído que al regresar a casa empezaría a obtener algunas respuestas, pero solo estaba acumulando más preguntas. Si no vivía allí, ¿adónde se había trasladado? ¿Por qué había dejado de acudir a Palingénesis para las recargas mensuales? ¿Cómo había muerto? ¿Estaba todo relacionado?

Pero lo primero era lo primero: ¿qué iba a hacer ahora, esa noche? Se sentía agotada. Si no dormía pronto, iba a desmoronarse. Pero ¿dónde? Estaba literalmente sin blanca. A lo mejor podía dormir allí, en el parque. Siempre había sido para ella un lugar en el que refugiarse. Constaba únicamente de un solo banco y un triángulo de hierba bajo un grupo de robles, pero en primavera se sentaba allí, apoyada en un tronco, con su guitarra y una libreta.

Adoraba aquel instrumento, una Martin D-28 antigua. Era su posesión más preciada. Se la había comprado Zhi en un tienda pequeña de guitarras que había en Detroit, para celebrar cantando su incorporación al grupo. Formaba parte de una de las últimas tandas fabricadas con palo de rosa de Brasil auténtico. Había sufrido mucho desgaste en manos de su anterior dueño, se notaba porque tenía los bordes del diapason

redondeados y doblados. Dos de las separaciones de los trastes no hacían juego con las demás, el clavijero parecía que lo hubieran utilizado como tope de una puerta, y la parte de atrás estaba llena de arañazos, como resultado de haber pasado años rozándose con la hebilla grande y vieja de un cinturón, supuso. Pero a pesar de haber sufrido la alquimia del paso del tiempo y del desgaste, o quizá precisamente por eso, aquella guitarra tenía una tonalidad magnífica, cálida y familiar.

Zhi había sido el principal compositor del grupo, pero siempre la había animado a ella a que escribiera. Ahora que ya no estaba, componer canciones se había convertido en su única salida y su único consuelo. Aunque no las cantaba en ninguna actuación; nunca había escrito nada tan íntimo ni personal, y la idea de compartirlo con un público..., en fin, simplemente no estaba preparada para eso. En cambio, tenía la idea de reunir en un álbum las canciones que había ido escribiendo en su libreta. Algún día. Cuando por fin se organizara.

Por el otro lado de la calle llegó un SUV que se paró sin hacer ruido junto al bordillo de su antiguo edificio. Casi antes de que se detuviera del todo, se abrieron las puertas y se aparearon tres hombres, todos trajeados de negro. Fueron hasta el portal y se perdieron de vista en el interior. Con se irguió. ¿Cómo habían abierto la puerta? Estaba claro que no vivían allí.

El SUV permaneció junto al bordillo con el motor encendido. Esperando. Vigilando. Ella no tenía forma de comprobar si eran de Palingénesis, pero ¿quiénes podían ser si no? Si hubieran llegado solo unos minutos antes, ella se habría visto atrapada dentro del edificio sin modo de salir. Laleh llevaba razón cuando le dijo que no iban a rendirse tan fácilmente.

El conductor bajó la ventanilla. Era de raza blanca y tenía un rostro enjuto y lleno de marcas de acné, que a la luz del salpicadero parecía la superficie de la Luna. Llevaba la barba recortada en una línea fina que le dibujaba el contorno del

mentón. Giró la cabeza, oteó el parquecillo de pasada y de pronto se volvió como si hubiera vislumbrado algo. Se inclinó hacia delante y observó a Con directamente, con unos ojos fríos e inexpresivos como los de un tiburón. Ella, con miedo hasta de respirar, resistió el impulso de echar a correr y rezó para que las sombras de los robles la ocultaran a la vista.

Dos de los hombres salieron del edificio. Eso sacó al conductor de su ensimismamiento y le hizo apartar la mirada. Con, sin hacer ruido, se levantó del banco y se tumbó en el suelo.

—¿Hay algo? —preguntó el conductor con una voz que llegó flotando hasta ella en el aire de la noche.

—Ha estado aquí —respondió el otro.

—¿Cuándo? ¿Cuánto hace?

—El niño no está seguro. No hace mucho.

—¿Cómo hizo para subirse al tren? ¿Cómo ha conseguido llegar aquí antes que nosotros?

—Está yendo con cuidado.

—Chorradas, no es más que una chica. Alguien tiene que estar ayudándola. —El conductor escupió por la ventanilla—. Que García se quede aquí por si vuelve. Vosotros dos os venís conmigo.

Los dos hombres aceptaron con un gruñido y volvieron a subirse al SUV. Al cabo de unos minutos, se marcharon. Y transcurridos unos minutos más, Con se perdió en la noche.

En las horas que pasaron después de que estuvieran a punto de atraparla en el edificio de apartamentos, Con no dejó de moverse, impulsada por una mezcla de adrenalina y miedo. Se sentía tonta. Laleh la había advertido de que Palingénesis no iba a rendirse con facilidad, pero ella no se había tomado dicha advertencia lo suficientemente en serio. En vez de eso, se había ido derecha a casa, donde, si hubiera llegado unos minutos después, o si aquellos hombres se hubieran presentado unos minutos antes... Dejó aquella idea sin terminar, con un sentimiento de mal agüero. La conclusión era que había tenido muchísima suerte y no podía darse el lujo de volver a actuar de manera tan descuidada.

Con la preocupación de que Palingénesis estuviera rastreando su DCL, decidió apagarlo. Era probable que simplemente la hubieran seguido hasta su casa, pero más valía prevenir que curar. Al final, el cansancio hizo que se cayera de rodillas cuando tropezó con la enorme raíz de un árbol que había arrugado las losetas de la acera como si estuvieran hechas de papel de fumar. Tenía que encontrar un sitio donde dormir, y ya hacía mucho que no podía hacerse la remilgada.

Se hizo una cama en un callejón que discurría por detrás de un restaurante etíope, encima de un montón de cajas de embalaje aplastadas, y se sirvió de la mochila a modo de almohada improvisada. El contenedor de basura del restaurante formaba un biombo que impedía que la vieran desde la calle. Pero tenía sus desventajas. El calor del verano había convertido aquel contenedor rebosante de basura en una olla fétida a fuego lento, y el intenso perfume a comida putrefacta se extendía por todo el callejón. Lo bueno era que Con supuso que serviría para disuadir a los turistas. Había que estar muy motivado para entrar allí a buscarla.

El claxon de un automóvil la despertó con un sobresalto. Como no tenía encendido el DCL, solo pudo calcular la hora que era por el sol nublado que se filtraba en el callejón. No tenía la sensación de haber dormido tanto tiempo. Estaba tendida de costado, bañada en sudor, débil y con náuseas. Se le acercó Gamma Jol en zapatillas y bata de andar por casa. Era un albornoz, pero ella siempre lo había llamado *bata*. Como si así se volviera adecuado para llevarlo puesto al ir a hacer la compra.

—¿Cuándo vas a dejar de meterte en peleas en el colegio?
—le preguntó Gamma.

Con encogió los hombros. Volvía a tener doce años y acababa de suspender por segunda vez. Se había peleado de nuevo, esta vez con una niña blanca que le había pasado los dedos por el pelo fingiendo que estaba sucio y desaliñado. En vez de enfrentarse a su madre, acudió a casa de Gamma.

Sacudió la cabeza para intentar librarse de aquella alucinación, pero su abuela le entregó una bolsa de guisantes congelados, como diciendo: «Pequeña, no vas a librarte de mí tan fácilmente». Se la apretó contra la hinchazón de la cara. Los guisantes, congelados formando bultos, parecían muy reales. Todo parecía muy real. El aroma dulzón y borboteante del guiso de carne de cerdo en la cocina. Fela Kuti en el estéreo. En casa de Gamma Jol siempre había música puesta.

—¿Alguna vez has ganado una pelea? —le preguntó su abuela.

Con volvió a encogerse de hombros. No, no había ganado nunca. Era menuda, y ellos eran más numerosos. Siempre eran más. Pero lo importante no era ganar. Proferían insultos contra su padre, que había dado la vida por su país; se burlaban del aspecto físico de ella; la empujaban..., y eso era el detonante. Gamma chasqueó la lengua como si comprendiera la actitud desafiante de su nieta.

—¿Me harás una trenza esta noche? —le pidió Con. A ver si Amber Thornton se atrevía a pasarle por el pelo aquellos dedos suyos que parecían morcillas.

—Ah, así que suspendes otra vez y crees que tu abuela va a arreglarte ese estropicio.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí? —dijo ella, haciendo la verdadera pregunta.

—Sí, pero solo una noche. —Gamma Jol sonrió y le estrujó la cara con aquella mano encallecida que Con adoraba y odiaba, y que adoraba odiar.

Pasaron otros dos años hasta que regresó a su casa. Hacía poco había anunciado que ya no iba a cantar más en el coro de la iglesia. En los últimos años se había convertido en una atracción, una niñita dotada de una voz inmensa, y su madre disfrutaba mucho de toda la atención y los elogios que ello le proporcionaba. Hacerle frente había sido lo que más miedo le había dado en toda su vida, y transformó toda la tensión latente que había ido acumulándose entre ellas en una hostilidad manifiesta. La casa de Mary D'Arcy nunca había sido un sitio agradable en el que criarse, pero desde la discusión se convirtió en un lugar claramente venenoso. Con, a sus doce años, sabía con toda exactitud cómo reaccionaría su madre a sus suspensos. Con voz siniestra, diría que había sido consecuencia de la «mala influencia» de Antoine D'Arcy, aun cuando este ya llevaba seis años muerto. Ella era ahora lo bastante mayor para sospechar lo que de verdad quería decir con eso su madre de raza blanca, y le daba miedo lo que pudiera hacer si volvía a decirlo.

—Pequeña, vas a acabar conmigo —dijo Gamma Jol poniendo los ojos en blanco con un gesto de exasperación—. Venga, ayúdame a preparar la cama en el sofá.

Con sintió el deseo de ir detrás de su abuela y cogerla de la mano, pero descubrió que no podía moverse. Gamma Jol desapareció de su vista, la imagen de la cocina se disolvió en

neblina y humo y volvió a ser un callejón. Sabía que había sido otra alucinación, pero no por ello le había parecido más irreal ni hizo que añorase menos a su abuela. Aquello era lo que le había advertido Laleh: su cuerpo intentaría rechazar su consciencia. Hasta el momento, la sensación era la de la peor ruptura del mundo.

Cuando ya se sintió algo más estable, se incorporó y se tomó otra tanda de las pastillas que le había dado Laleh, y se ayudó a tragarlas con un batido de proteínas, lo que solo consiguió que su estómago hiciera ruidos de impaciencia. Necesitaba comida. Comida de verdad. Pero costaba dinero, y ella no tenía. En fin, siempre podía escarbar en el contenedor en caso de emergencia. Nada como comida etíope de ayer para empezar bien la jornada. Lo pensó en broma, pero terminó comprendiendo que no era una idea tan descabellada consolarse con ello.

Lo inteligente sería pedir a sus amigos que le prestasen algo de dinero. Odió tanto tener que pedir auxilio que de hecho le pareció más atractivo escarbar en el contenedor, pero es que tenía problemas. Problemas graves. Tal vez hubiera llegado la hora de suspender el primer mandamiento tomado del libro de *Zhi te ha dejado sola en el mundo*, que decía así: «No volverás a fiarte nunca de nadie». El único problema de pedir auxilio era que para ello tendría que encender de nuevo el DCL, lo cual podría hacer que volvieran a echársele encima los lobos de Palingénesis. Todavía resonaba en sus oídos lo último que le había dicho Laleh: «En estos momentos, el anonimato no es amigo tuyo». Con estaba empezando a ver que llevaba mucha razón. Era necesario que la vieran y que quedara claro que existía en este mundo. Así pues, ¿cómo podía hacer para matar dos pájaros de un tiro? ¿A quién conocía que viviera por allí?

A Kala Solomon.

Estuvo a punto de echarse a bailar de pura alegría. Su amiga vivía allí cerca, en Silver Spring, un barrio situado justo en los límites de la ciudad, en Maryland. Siempre que no se

hubiera mudado en aquellos dieciocho meses. No conocía su dirección exacta, pero había estado en su casa en un par de ocasiones, de modo que no debería costarle mucho dar con ella. Además, Kala era amiga suya y la ayudaría. Y más le valía, después de todas las veces que ella había sacado de un apuro a su grupo.

Kala vivía en una casa enorme que compartía con un desfile continuo de compañeros de piso. Ninguna de las personas que habían firmado el contrato original de alquiler seguía viviendo allí, pero, dependiendo del momento, podía haber entre ocho y doce inquilinos. Aquella casa vieja probablemente causó sensación en su época, pero una época de otro siglo. Los muchos años de abandono la habían dejado en un estado de degradación e indiferencia. El propietario vivía en Canadá, no se sabía dónde, y se limitaba a realizar el mantenimiento mínimo necesario para que siguieran fluyendo los alquileres. La pintura, de color blanco, estaba descascarillada y dejaba ver el ladrillo rojo de debajo, y el porche delantero estaba escorado hacia un lado, como un barco en una tempestad. Con cruzó el jardín delantero atravesando la hierba, que le llegaba hasta la rodilla y que se había vuelto de color marrón bajo el inclemente sol del verano, y llamó al timbre.

Transcurrido un minuto, abrió la puerta un joven blanco vestido con una sudadera de los Knicks que le quedaba demasiado estrecha y un pantalón corto. Se quedó allí de pie, con un cuenco de cereales en la mano, esperando a que Con se identificase. Cuando ella le preguntó si Kala seguía viviendo allí, él levantó un dedo en el aire y le cerró la puerta en las narices. Maldición. Miró su imagen reflejada en una ventana. Empleando la definición más caritativa, no tenía lo que se dice un día de buen pelo. Con sumo cuidado, extrajo el envoltorio de un caramelo que se le debía de haber quedado pegado mientras dormía. Estupendo.

Antes de terminar de peinarse un poco con los dedos para presentar un aspecto más decente, volvió a abrirse la puerta.

Por la rendija asomó el rostro de Kala. Cuando vio quién era, compuso un gesto a caballo entre la irritación y la indigestión.

La chica apoyó la cabeza en el marco de la puerta y esperó. Con tenía preparado un discurso entero, pero de inmediato se salió del guion.

—Hola —dijo.

—Hola —contestó Kala devolviendo el servicio y nada más. Parecía estar sorprendida de verla, pero no porque pensara que se había muerto. A lo mejor no se había enterado de la noticia.

Como no sabía qué otra cosa decir, se repitió, solo que usando más palabras:

—¿Cómo te va?

—¿Que cómo me va? —repitió Kala —. Acabo de volver del trabajo y justo me había metido en la cama. Así es como me va.

—Lo siento. Ya sé que es muy temprano, pero es que se trata de una emergencia.

—Como siempre en tu caso.

El tono desconcertó a Con. Su amiga no estaba cansada y huraña tras una larga noche, estaba enfadada.

—¿Qué significa eso?

Kala lanzó un suspiro.

—¿Qué es lo que quieres?

—Verás, estoy en una especie de aprieto.

—¿Y te ha dado por recurrir a mí?

—Necesito de verdad que me ayudes —le dijo Con.

—Oye, ¿te estás quedando conmigo? —dijo Kala con una expresión de incredulidad—. ¿Crees que voy a ayudarte?

Tenía la sensación de haberse perdido una página del guion. Se hacía obvio que Kala estaba furiosa por algo, pero ¿por qué? ¿Y por qué le cantaba las cuarenta, después de todas las veces que ella había acudido al rescate de Weathervane porque la vocalista principal estaba demasiado resacosa para hacerse cargo? Notó que empezaba a crecer en su interior un familiar sentimiento de desafío, el que surgía siempre que alguien se precipitaba en sacar conclusiones acerca de ella o se enteraba de algún chismorreó por boca de otro y daba por hecho que era cierto sin preguntárselo a la cara. Nunca se había tomado bien aquellas cosas, y no iba a hacerlo ahora.

—¿Se puede saber cuál es tu problema? —saltó Con.

Kala abrió los ojos como platos, primero por la sorpresa y luego por la furia. Abrió la puerta del todo y salió al porche. Su familia era de las islas de Samoa, e incluso yendo descalza le sacaba sus buenos quince centímetros. Le apuntó a la cara con un dedo.

—No juegues conmigo —le dijo—. Sabes exactamente cuál es mi problema.

Más tarde Con se preguntaría por qué había tardado tanto tiempo en darse cuenta de algo que era obvio: lo que tenía alterada a Kala había ocurrido después de la última recarga. No lo recordaba porque no lo tenía en su memoria. Continuaba regresando por defecto al 26 de diciembre, igual que un reloj averiado que vuelve siempre a las doce en punto. Pero había pasado un año y medio, y los bolos que había aceptado hacer para Weathervane ya pertenecían a un pasado lejano.

—Sabías perfectamente la mucha falta que nos hacía aquella gala de Nochevieja —le dijo Kala—. Y nos dejaste tirados.

¿Cómo? En la lista no figuraba ninguna gala de Nochevieja. El último bolo iba a ser el del día 30. Lo recordaba con total nitidez. Y no era para menos: para ella era algo que había sucedido el día anterior.

La mirada de perplejidad que reflejaba el semblante de Con no le estaba haciendo ganar puntos con Kala.

—¿Así que eso es lo que te ocurre? Necesitas ayuda, ¿y qué? ¿Ahora sufres de amnesia? —Se puso un dedo en la sien e imitó el sonido de un coco hueco haciendo chasquidos con la lengua—. Muy típico.

—Lo siento —dijo Con sin saber muy bien qué era lo que sentía.

—Ah, ahora resulta que lo sientes, y se supone que con eso ya está todo arreglado. ¿En serio? Teníamos la oportunidad de tocar en la Glass House, y a ti se te fue la pinza y nos dejaste tirados.

—¿Cómo hicisteis para que os concedieran actuar allí? —Era una pregunta razonable, aunque desaconsejable.

—¿Qué quieres decir con eso? —estalló Kala—. ¿Que no podíamos tocar en la Glass House sin apoyarnos en el éxito de la gran Con D'Arcy?

—Yo no he dicho eso —replicó Con retrocediendo. La Glass House eran palabras mayores, y normalmente se reservaba para representaciones de carácter regional o nacional. Sinceramente, a Con le sorprendió que Weathervane hubiera logrado un encargo para tocar allí, con o sin ella. Constituía un éxito enorme para un grupo de aquel tamaño, sobre todo en una gala de Nochevieja. Lo que más le sorprendía era que ella hubiera accedido a cantar con ellos. La Glass House era donde Despertar a los Fantasma había hecho su último bolo. El representante había pasado años dándole la tabarra con la macabra proposición de que buscara a Stephie para un reencuentro, que preferiblemente debía celebrarse en el aniversario del accidente. Con prefería sacarse los ojos antes que volver a poner un pie en aquel lugar. ¿Cómo se le habría ocurrido semejante idea?

—Necesitábamos aquel bolo. Pero no, tenía que convertirse en el espectáculo de Con. Cuando tu nuevo novio te sacó de

allí, Jasper tiró del cable, lo apagó todo y puso a un DJ de su equipo para que se encargara del resto de la noche. Nos fuimos de allí en el más absoluto ridículo. Un mes más tarde, el grupo se separó.

¿Novio? A Con la cabeza le daba vueltas, y el estallido de Kala la había ido obligando a retroceder por los escalones del porche. Terminó saliendo de la sombra y el sol le iluminó el rostro. La otra se la quedó mirando fijamente, boquiabierta.

—Pero ¿qué te ocurre? —le preguntó, ya consumida toda su cólera.

Con no sabía por dónde empezar.

—¿Estás enferma? —dijo Kala.

—No.

—Entonces, ¿qué...? —Dejó la frase sin terminar y se fijó en el brazo izquierdo de Con, limpio de tatuajes. Ella, avergonzada, intentó tapárselo con el otro brazo, como si la hubieran pillado desnuda. En cierto modo, nunca había estado más desnuda en toda su vida. Su amiga levantó la vista y la miró a la cara, y después volvió a mirar la ausencia de tatuajes.

—¿Eres un cortaypega? —Esta vez fue Kala quien dio un paso atrás al tiempo que su mano buscaba a tientas la puerta.

El término *cortaypega* distaba mucho de ser el apelativo más cruel para un clon, pero de todas formas le dolió. Sobre todo, viniendo de una amiga.

—Sí, pero escucha...

—Deberías haberlo dicho. ¿Y si me contagias una fibrosis quística o algo peor?

Kala abrió la puerta, pero se quedó unos instantes en el porche; una curiosidad malsana superaba por el momento a la repugnancia. La mayoría de las personas nunca habían visto un clon, no en vivo. Y menos aún el de una amiga. Y estaba claro que la había dejado conmocionada.

—Vamos, Kala. No puedes pillar una fibrosis quística.

Una página web de conspiraciones había publicado un estudio que afirmaba que existía relación entre varios casos espontáneos de enfermedades genéticas en niños y el contacto con los clones. Daba igual que las enfermedades genéticas no fueran transmisibles. Aquel estudio quedó desmentido por tratarse de ciencia basura, pero las encuestas revelaron que el cincuenta y ocho por ciento de los estadounidenses estaban convencidos de que dicha amenaza era real. Varios estados promulgaron leyes que prohibían que los clones trabajaran en lugares donde hubiera niños.

—Eso no es lo que yo tengo entendido. Y, la verdad, quiero que salgas de mi porche.

—¿Lo dices en serio? —repuso Con, pero bajó otro escalón más con las manos levantadas con gesto de apaciguamiento.

Una vez que estuvo a una distancia que no entrañaba peligro, Kala volvió a mirarla.

—¿Esto quiere decir que Con ha muerto? —preguntó con voz baja y dolida—. ¿Está muerta?

Ella sabía a qué se refería, pero aun así le costó trabajo admitirlo en voz alta.

—Sí, me parece que sí.

—¿Cómo ha muerto? —Tal vez Kala estuviera furiosa, pero darse cuenta de que su amiga ya no estaba viva supuso un duro golpe para ella. La muerte se las arreglaba para hacer que los viejos conflictos de repente parecieran nimios.

—Tenía la esperanza de que tú lo supieras.

—¿Yo? Para nada. Llevo una eternidad sin hablar con ella. Lo último que supe fue que estaba viviendo en la zona de Richmond.

—¿Richmond?

La idea de haberse marchado de Washington D. C. para irse a vivir a Richmond o a cualquier otro sitio dejó a Con estupefacta. Llevaba tanto tiempo intentando escapar de aquella ciudad que ya casi había abandonado dicha idea. La gravedad del accidente y todo lo que había perdido la habían anclado en la solitaria órbita de Zhi, con la depresión realizando su silenciosa labor de zapa, poniendo en duda la cordura de toda idea que se le ocurría para el futuro. Volver a estudiar: demasiado esfuerzo. Volver a casa: allí no había nada para ella. Crear un grupo nuevo: ¿qué clase de persona desleal e insensible haría algo así? De esa manera transcurrieron dos años, en una inercia de odio hacia sí misma. Y de pronto, en algún momento tras la última recarga, se había mudado a Richmond. Había averiguado el modo de salir de aquí.

—Sí, con ese tipo que llevaste contigo a la Glass House en Nochevieja. Tu novio.

—¿Qué novio? —dijo Con intentando digerir la idea de que no solo se había trasladado a Richmond, sino que además lo había hecho por un novio que cinco días antes no existía. No había forma de que todo aquello fuera cierto, salvo porque se lo estaba diciendo el tono de voz de Kala. Tenía un millón de preguntas, aunque estaba claro que su amiga no tenía interés en contestarlas.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó esta enfadada.

—Un sitio donde quedarme.

—No. Imposible.

—Kala, por favor. No tengo adónde ir. Esta noche he dormido en un callejón. Por favor.

La otra se ablandó, pero no cedió.

—¿Por qué no vuelves a Richmond y ya está?

—Porque no puedo.

—¿Y eso?

—Nunca he estado allí —respondió Con de mala gana.

—¿De qué estás hablando?

—Tengo una laguna en la memoria de dieciocho meses. Desde la última vez que hice una recarga. No recuerdo haberme mudado a Richmond. No recuerdo lo que sucedió con tu grupo. Nada en absoluto. —Estaba al borde de las lágrimas, como si por fin hubiera accedido a sincerarse y confesar un crimen horripilante. Fue lo que más trabajo le había costado decir en toda su vida.

—¿Lo ves? No eres Con. No es verdad.

—Sí que lo soy —respondió ella, pero sin convencimiento. Últimamente se sentía como una impostora, y esta era la prueba.

—No, eres una copia mala de ella. Ni siquiera eres una persona. —Kala se interrumpió de repente, por lo visto se había percatado de la vehemencia con que lo había dicho, pero dio la impresión de resolver algo en su cerebro. Volvió a entrar en la casa y cerró de un portazo dejando a Con sola en el jardín, perpleja y furiosa.

De más joven, ella había tenido que hacer frente al racismo, pero por lo general la gente de su pueblo natal sabía disfrazar el tema como si fuera otra cosa y rara vez lo decía a la cara. La vida y la experiencia habían hecho que se construyera una coraza para protegerse de ello, pero era algo totalmente distinto que una amiga la mirase a los ojos y le dijese que no era una persona. Le entraron ganas de subir de nuevo los escalones y aporrear la puerta hasta que Kala volviera a salir. Terminar lo que habían comenzado. Pero no pudo moverse del sitio. Era como si la otra le hubiera arreado un puñetazo y la hubiera dejado sin energía.

De pronto se abrió la puerta otra vez. Con se preparó, pero en vez de su amiga salió el tipo que había abierto la primera vez con la sudadera de los Knicks. Bajó hasta la mitad de los escalones y se detuvo.

—¿Tú eres Con D'Arcy?

—Sí, ¿por qué? —respondió ella con cautela.

—Anoche vino aquí un tipo preguntando por ti.

Se le puso de punta el vello de los hombros, como la hierba de una pradera barrida por una racha de viento.

—¿Preguntando por mí? ¿Qué le dijiste?

—Que no conocía a ninguna Con D'Arcy —respondió el joven.

—¿A qué hora vino?

El otro se encogió de hombros.

—A eso de las doce. No sé. Anoche estaba bastante colocado. Ese tipo me dio un miedo que te cagas.

—¿Por qué?

—Por la forma en que miraba. Como si estuviera buscando algo detrás de mí. Y eso que me miraba directamente. Era como si tuviera rayos X en los ojos.

—¿Cómo era físicamente? ¿Tenía cicatrices en la cara? ¿Como marcas de acné? —preguntó Con.

—Ah, sí, tal cual. Dejó un número de teléfono para que le llamase si tú aparecías por aquí.

De modo que Palingénesis no solo sabía dónde vivía, también sabía dónde vivían sus amigos.

—¿Y vas a llamarlo?

El joven rio con un bufido.

—Para nada. No soy un narrador fiable. —Dudó unos instantes—. ¿De verdad eres un clon?

Ella asintió de mala gana.

—¿Te importa que te haga una foto? —preguntó él.

Se puso a su lado y le hizo unas cuantas fotografías. Fue una grosería, pero no pudo hacer nada. No podía correr el riesgo de ofenderlo en esos momentos. El chico le dio las gracias como si ella fuera una celebridad y volvió a meterse en la casa.

Antes de que se cerrase la puerta, salió Kala. Bajó los escalones del porche con un fajo de billetes en la mano, como quien sostiene un escudo contra espíritus malignos. Era dinero para que se fuera, y se lo plantó en la mano. Con todavía estaba en modo defensivo, preparada para lanzar a su amiga todos los insultos que se le ocurrieran, pero se acordó del callejón y sopesó qué valoraba más, si su amor propio o su supervivencia. Así que lo cogió.

—No vuelvas a venir por aquí —le dijo Kala sin valor para mirarla a los ojos.

—No volveré.

—Lo siento.

—¿Por qué, concretamente?

Kala no tenía respuesta, y huyó hacia la seguridad de la casa. La puerta se cerró con un golpe. Y ya no volvió a abrirse.

El primer sitio donde paró Con fue una cafetería que había cerca de allí. El dinero que le había dado Kala no le serviría para alquilar una habitación donde pasar la noche, pero, si lo administraba bien, quizá la librara de morirse de hambre durante unos cuantos días. Tenía la esperanza de que ese tiempo fuera suficiente para que se le ocurriera un plan. Pero lo primero era lo primero. Su cerebro estaba llevando a cabo una agresiva huelga de manos caídas y se negaba a hacer nada hasta que le dieran de comer. Los batidos de proteínas ya no le servían, y la única palabra que por lo visto era capaz de articular era *beicon*.

Después de pasar una noche en las calles, el aire acondicionado le pareció el paraíso. Miró a su alrededor buscando algún sitio donde sentarse, consciente de que la cafetería, que por lo general era un lugar bullicioso, había enmudecido nada más llegar ella. Agachó la cabeza sintiéndose el blanco de todas las miradas. ¿Era una paranoia suya o todos se habían percatado y sabían lo que era? Un camarero le bloqueó el paso rascándose la nuca. Era un hombre joven, de raza blanca, y mostraba el incómodo lenguaje corporal de quien no se ha peleado nunca y evita las confrontaciones a toda costa.

—Vamos —le dijo con una mezcla de vergüenza y exasperación—. No puedes entrar aquí.

Reinaba un silencio sepulcral. Todo el mundo estaba esperando a ver el desenlace de aquel duelo.

—¿Por qué no? —dijo Con. Como tenía reciente el encuentro con Kala Solomon, quería averiguar cómo había sabido aquel camarero que ella era un clon.

—Vamos —repitió él como si debiera resultar obvio.

—Lo único que quiero es comer algo.

—Lo siento. No puedo permitir que molestes a los clientes.

Aquel camarero no sabía que ella era un clon: por su apariencia, y por cómo debía de oler, creía que era una vagabunda. Sintió una desagradable punzada de humillación. Ella no era ninguna vagabunda. «Ya, ¿y cómo llamas, si no, a alguien que duerme en los callejones?», le dijo la vocecilla de su cabeza, a la que le gustaba jugar a hacer de abogado del diablo. A lo mejor aquello era lo que significaba ser un sintecho. A lo mejor uno no se daba cuenta de que lo era hasta que alguien lo trataba de ese modo. Otra desagradable lección urbana que servía de advertencia y que había que superar o evitar.

—Tengo dinero —dijo enseñándolo con ademán desafiante.

El camarero recurrió a un jefe, ante el cual ella repitió lo mismo. Finalmente, este cedió. El camarero regresó y la condujo hasta un asiento situado al fondo de la barra. Lejos de los demás clientes.

—Mi jefe dice que tienes que pagar por adelantado.

Con puso varios billetes encima del mostrador. Él los recogió, pidió disculpas por segunda vez y le preguntó qué iba a tomar. En la carta figuraban las calorías, para los clientes que querían conservar la línea. Ella hizo todo lo contrario y pidió el Desayuno Obstruccionista, lo más calórico de todo: tres huevos, dos tortitas, beicon, tostadas, gachas de maíz, fruta y café. Y un extra de beicon.

El camarero hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No hay beicon. La impresora de alimentos está averiada.

Ella, desilusionada, lo sustituyó por salchichas de soja.

Laleh la había advertido de que fuera despacio al ingerir alimentos sólidos, pero Con se moría de hambre y no estaba para medias tintas. Cuando llegó la comida, la devoró con la ferocidad de un naufrago. Desde la noche anterior ya

caminaba con más naturalidad, pero sus manos aún tenían problemas con la mecánica del cuchillo y el tenedor.

Cosa extraña, cuanto menos atención les prestaba más iba mejorando, así que, para distraerse, se puso a ver las noticias en el monitor montado por encima de la barra. Algunas personas todavía echaban de menos el gesto colectivo de ver el mismo canal en lugar de perderse en sus DCL. Perderse le habría venido bien a ella. Cualquiera cosa con tal de aislarse de la cafetería y de todas aquellas miradas. Aun así, dudó en volver a encender su DCL. Tarde o temprano tendría que conectarlo, ya que era el único cordón umbilical que la comunicaba con el mundo, pero por el momento podía quedarse dentro de la mochila.

Las noticias le resultaron demasiado familiares: continuaban activas las mismas guerras, y los debates previos a las próximas elecciones tan solo servían para subrayar que las divisiones raciales, regionales y socioeconómicas seguían estando tan arraigadas como siempre. El Partido Secesionista Independiente tenía puesta la mira en ganar su primer escaño en el Congreso. La noche anterior, cuando se dirigía a Silver Spring, le preocupó que el mundo le resultase irreconocible tras haber estado ausente un año y medio; que se sintiera igual que un viajero en el tiempo de alguna película antigua, perdida en un futuro incomprensible lleno de mochilas cohete. Pero la verdad era que las cosas habían cambiado muy poco. Se notaba sobre todo en los detalles: un restaurante que había echado el cierre y vuelto a abrir con dueños nuevos; un agujero en el suelo del que había brotado un edificio de seis plantas... Eso no hacía que las diferencias resultasen menos discordantes, pero al menos no tenía que vérselas con coches voladores.

Los cambios más incomprensibles parecían ser los reservados a su propia vida. Sin saber cómo, en aquel año y medio la Con D'Arcy original había hecho lo que no había sido capaz de hacer en los tres años anteriores. Eso la tenía muy desconcertada, pero también, extrañamente, se sentía

orgullosa de su original. Ojalá la hubiera conocido, para poder preguntarle dónde había encontrado la fuerza necesaria para marcharse por fin de Washington D. C. Naturalmente, eso ya era imposible. La Con original estaba muerta, en alguna parte. De nuevo sintió la necesidad de saber lo que había ocurrido. Y no solo de saber cómo había muerto la original, sino todo lo demás, cada segundo de aquellos dieciocho meses. Le resultaba fundamental para llenar las lagunas. Si lo supiera todo, la paradoja de que hubiera dos Constance Ada D'Arcy quedaría resuelta. Y solo entonces dejaría de sentirse una embustera. Al menos, eso esperaba.

Desde que entró en la cafetería, los demás clientes procuraron no acercarse a ella; sin embargo, ahora un hombre se sentó en la banqueta de al lado. Era de ascendencia japonesa, aparentaba treinta y tantos años y tenía una cabellera engominada que parecía una escultura lisa y brillante. Llevaba un chaleco de paño con dibujo de espiguilla y una camisa impecable con el cuello abierto, un poco demasiado para una cafetería de Silver Spring. Dio la vuelta a la taza de café que tenía delante y le sonrió a Con.

—¿Qué tal lleva la mañana? —le preguntó con un acento que ella no supo identificar. Del sur, puestos a adivinar, pero con todos los rasgos característicos cuidadosamente pulidos hasta que solo había quedado un levísimo rastro.

Ella hizo ademán de coger su mochila. Él alzó una mano con la palma extendida, para indicar que venía en son de paz.

—¿Quién es usted? —le preguntó Con.

—Me llamo Peter Lee.

—¿Y qué es lo que quiere, Peter Lee?

—Charlar un momento. Eso es todo —respondió él, y deslizó una tarjeta de visita por el mostrador en dirección a ella.

Decía: «VERNON GADDIS, PRESIDENTE EJECUTIVO DE GADDIS, S. L.».

Con enarcó una ceja. Conocía aquel nombre. Todo el mundo lo conocía. Vernon Gaddis era el ángel inversor que había apostado por Abigail Stickling en una época en la que una joven investigadora se enfrentaba a la condena y al ridículo de la comunidad científica a causa de sus teorías radicales. En el año 2019 financiaron una pequeña empresa de reciente creación llamada Palingénesis y continuaron hasta lograr que la clonación humana fuese una realidad. El otro detalle relevante que conocía Con era que Vernon Gaddis también era un clon.

Tres años atrás... No, espera, cinco. Cinco años atrás. Constantemente tenía que recordarse a sí misma que ya no estaban en 2038. Cinco años atrás, Gaddis y su esposa se habían estrellado en el Atlántico Norte a bordo de su Gulfstream. En Washington D. C. se activó el clon de él en cuestión de segundos. Pero resultó que su esposa no era cliente, y por lo tanto no tenía clon. El nuevo Vernon llevaba años defendiéndose de quienes lo acusaban de haber asesinado a Cynthia Gaddis sabiendo perfectamente que su clon sobreviviría al accidente. Aunque no llegaron a presentarse cargos criminales, los medios de comunicación se volvieron locos todos a la vez con el escándalo que siguió, y la complejidad de la percepción del público obligó a Gaddis a marcharse de la empresa de la que había sido cofundador. Se escribieron incontables artículos sobre el tema. ¿Se podía acusar a un clon de un delito cometido por su original? ¿La clonación había generado un vacío legal en cuanto a los asesinatos? ¿Cuándo redactaría el Congreso leyes amplias y de ámbito nacional sobre la clonación en vez de ceder su papel de liderazgo a un batiburrillo de normativas estatales en conflicto? Vernon Gaddis se convirtió en un ermitaño, rara vez se aventuraba a mostrarse en público. Con, que tan solo había pasado una noche siendo un clon, estaba empezando a comprender la decisión que había tomado aquel tipo.

Sintiendo curiosidad por lo que pudiera querer de ella, cogió la tarjeta de visita por una esquina, entre el dedo pulgar y el índice, y apretó para iniciar el vídeo que llevaba impreso. Apareció un hombre negro de mediana edad y cabello blanco como la nieve que esbozó una sonrisa.

«Hola. Me llamo Vernon Gaddis.»

El vídeo fluyó suavemente hacia un resumen escueto y bien producido de Gaddis, S. L., y sus actividades fundamentales: telecomunicaciones, bienes inmuebles, terapias climáticas, biotecnología y captación de apoyos, por nombrar unas pocas cosas. Al parecer, la compañía metía la mano en todo... excepto en la clonación. En ningún momento se mencionaba a Palingénesis. Una vez finalizado el vídeo, comenzó una segunda grabación, esta vez un mensaje personal. Vernon Gaddis aparecía sentado tras un escritorio, con gesto grave y pensativo.

«Constance, te pido disculpas por no haberme puesto en contacto contigo antes. No puedo ni imaginar lo difícil que te habrá resultado todo. Para mí sería un privilegio ofrecerte refugio. Una oportunidad para recargar las pilas. Hay asuntos de los que quisiera hablar contigo que estoy convencido de que nos beneficiarán mucho a los dos. Si aceptas mi invitación, Peter te llevará hasta mi domicilio. Espero que la consideres. Estoy deseando conocerte.»

El vídeo terminó.

—¿Dónde está exactamente su domicilio? —quiso saber Con.

—En Maryland. En la isla de Charles.

—¿En serio?

La isla de Charles era una cuña estrecha de ocho kilómetros situada en la bahía de Chesapeake que se había convertido en un refugio para las élites acaudaladas que necesitaban escapar de la rutina de Washington D. C. Estaba formada, estrictamente, por multimillonarios, mansiones y yates. Con

había ido allí una vez, a cantar en una boda. Ochocientos invitados vestidos de etiqueta. Se pagó el alquiler de tres meses. La isla entera, a la que se accedía únicamente por un puente privado de dos carriles, constituía una urbanización cerrada por una verja, con personal de seguridad propio y un foso enorme, si se quería ver de esa forma. El refugio perfecto para el clon más polémico de todo Estados Unidos.

—¿Y Vernon Gaddis es su...?

—Mi jefe —dijo Peter.

—Entendido. ¿Y qué es lo que su jefe quiere de mí?

—Como acaba de decir, hay asuntos que quisiera hablar con usted y...

—Que nos beneficiarán mucho a los dos. Sí, esa parte la he pillado. Pero ¿qué significa? Si puede beneficiarlo tanto, ¿por qué no ha venido él en persona?

Por la cara que puso Peter, estaba claro que Con había tocado una fibra sensible.

—Últimamente, el señor Gaddis rara vez sale de la isla, pero si marca usted el número que figura en su tarjeta, verá que está esperando su llamada.

Ella, con cautela, le devolvió la tarjeta, como si esta pudiera dar un salto y morderla. Hacer una llamada implicaba volver a encender su DCL, pero tenía que admitir que sentía bastante curiosidad por saber qué quería el antiguo socio comercial de su tía. Merecía la pena arriesgarse. A regañadientes, lo sacó de la mochila, lo encendió y se lo colocó detrás de la oreja. Vio que tenía varios mensajes y llamadas perdidas, pero eran de un número que no conocía, de modo que por el momento los ignoró. En cuanto empezó a marcar, Peter se puso de pie y se alejó unos metros para no oír la conversación.

El DCL sonó una única vez antes de que Gaddis atendiera la llamada.

—Constance. Soy Vernon Gaddis. ¿Sabes quién soy? —preguntó con una falsa modestia que le hizo poner los ojos en blanco.

—Usted fue el socio comercial de mi tía Abigail.

—Así es. Uno de los grandes honores que he tenido en la vida. De hecho, es de tu tía de lo que tenemos que hablar.

—¿Y eso? —preguntó Con.

—Constance, en Palingénesis las cosas llevan mucho tiempo yendo mal.

—Ya, anoche me hicieron la visita guiada —repuso ella.

—Eso ha sido solo la punta del iceberg, me temo. Y también sé que desde entonces te han tratado muy mal. Es terrible, simplemente terrible.

—¿Cómo sabe usted eso? No me conoce. Además, ¿no le echaron del puesto de presidente ejecutivo después de que se estrellase con su avión?

No era lo que se podía considerar una exhibición de buen tacto, pero la fingida preocupación de Gaddis le sonaba totalmente fuera de lugar. La estaba manipulando. Estaba llevando la conversación por un camino que ya tenía preparado previamente. Con quería saber cómo reaccionaría cuando ella lo apartase del guion.

Al otro extremo de la línea, Gaddis lanzó un profundo suspiro, pero luego, en vez de ofenderse, reaccionó con una risita. Debía de necesitarla con urgencia.

—Eso es verdad —dijo—. Me echaron. Pero conservé mi puesto en la junta directiva. ¿Te gustaría saber cómo votaron la opción de deshacerse del problema de Constance D'Arcy?

En realidad, ella no quería saberlo, aunque lo podía adivinar.

—Anoche se presentó un equipo de hombres en el edificio de mi antiguo apartamento —dijo.

Eso captó la atención de Gaddis, aunque no dio la impresión de estar muy sorprendido.

—¡No me digas! Esa mujer es increíble.

—¿Qué mujer? —preguntó Con.

—Brooke Fenton, por supuesto. Mi sucesora.

—Es una buena pieza.

—Decir eso es quedarse corto. Lo irónico es que a Brooke la elegí yo. Se me suele dar algo mejor juzgar a las personas. Cuando la junta votó destituirme como presidente ejecutivo tras el accidente, me tranquilizó el saber que ella iba a seguir mis pasos. Más tarde me enteré de que se había servido del accidente como pretexto para quitarme de en medio. Después, dio un giro e intentó arrebatarme a Abigail el control del laboratorio de investigación. Fue un golpe maestro de principio a fin, pero en aquella época yo estaba demasiado afligido con mi duelo para defenderme.

—¿Y qué tiene que ver conmigo todo esto?

—Precisamente es lo que me gustaría saber —respondió Gaddis—. Preferiría no entrar en detalles por teléfono. Baste decir que en la reunión de la junta directiva se mostró evasiva, una actitud nada característica de ella, cuando yo la presioné sobre el hecho de que tú hubieras podido ser revivida después de tanto tiempo. Yo ayudé a diseñar los sistemas y protocolos que rigen al revivir a un clon. Los laboratorios y las cámaras subterráneas de Palingénesis constituyen una de las instalaciones de información sensible compartimentada más sofisticadas del mundo. Se aplican una docena de mecanismos a prueba de fallos para garantizar que no se reviva a un clon una vez rebasada la fecha de desconexión. Haría falta que sucediera una catástrofe para que el sistema entero fracasara de manera tan espectacular. O eso, o es un sabotaje de alguien de dentro, porque a los úteros de Palingénesis no se puede acceder desde el exterior.

La posibilidad de que Con debiera su existencia a un acto de sabotaje daba una perspectiva nueva a todo. Laleh había hecho que pareciera un simple error humano, pero ¿y si allí había algo más? ¿Podía estar involucrada ella misma?

—Bueno, ¿y qué es lo que quiere? —preguntó Con.

—Desconozco lo que está planeando hacer Brooke, pero el mero hecho de que se haya tomado un interés personal por tu situación ya es motivo para sospechar. Sin embargo, una cosa sé con seguridad: la junta directiva no ha autorizado una operación de intimidación y secuestro. Los hombres que fueron anoche a tu apartamento no obedecían órdenes de Palingénesis. Sean cuales sean los intereses que Brooke está protegiendo, no son los de la empresa. Me gustaría llevarte a un lugar seguro hasta que todo esto se aclare.

Era una oferta tentadora. El dinero que le había dado Kala no iba a durarle mucho, y ni siquiera se había puesto a pensar en un sitio donde dormir esa noche. Mientras reflexionaba sobre la oferta, llegó otra llamada procedente del mismo número desconocido que llevaba llamando toda la mañana. Saltó el contestador, pero Con se percató de que tenía el prefijo 804. Richmond. Kala le había dicho que su original se había ido a vivir allí con un novio. De repente, la política interna de Palingénesis dejó de captar su atención.

—Ya lo llamo yo más tarde —dijo.

—¿Perdón? —dijo Gaddis, pero ella ya estaba cortando la llamada.

Peter se puso de pie y la miró con gesto interrogante. Ella señaló con un dedo los aseos. Él afirmó con la cabeza y volvió a sentarse. Su DCL ya estaba sonando.

Encerrada a salvo en el cuarto de baño, Con repasó las llamadas perdidas. Había varios mensajes del mismo prefijo 804, pero antes de que tuviera la oportunidad de escuchar ninguno de ellos volvió a sonarle el DCL.

—¿Hablo con el clon de Constance D’Arcy? —preguntó un hombre cuya voz sonaba como si hubiera envejecido doce años en el interior de un barril.

—¿Quién llama?

—Darius Clarke. Soy detective del Departamento de Policía de Richmond —respondió él como si le irritara ligeramente que Con no lo supiera ya—. Hemos recibido una notificación de Palingénesis de que Constance D’Arcy ha fallecido. Necesito hacerle un seguimiento a usted, para confirmar una serie de cosas.

—¿Qué es lo que tiene que confirmar? —Se había devanado los sesos pensando en quién podría decirle lo que le había sucedido a su original. No se le había ocurrido acudir a la policía, pero ¿quién mejor que ellos para proporcionarle respuestas?

—Que Constance D’Arcy ha fallecido.

—¿Es que no lo saben?

El detective carraspeó como si aquella pregunta no le hubiera gustado y se le hubiera quedado atorada en la garganta.

—No tenemos el cadáver. Hasta que recibimos la llamada de Palingénesis, se había investigado como un caso de persona desaparecida.

Con se dio cuenta de que, aunque estaba obsesionada con saber el modo en que había muerto su original, no se había permitido hacer especulaciones. Por alguna razón le pareció un tema tabú, algo peligroso. Pero que su original llevara desaparecida el tiempo suficiente para que la policía tomara cartas en el asunto no era una buena señal. ¿Qué había pasado con su vida en aquellos dieciocho meses?

—¿Sigue ahí? —preguntó el detective en tono impaciente.

—¿Qué puede decirme usted?

—No es así como funciona esto. Pero puedo darle algo de información cuando nos veamos. Mi sargento opina que podría resultar útil tener una conversación con alguien como usted.

—¿Como yo? —No le gustó el modo en que el detective dijo eso.

—Un clon. Usted posee los recuerdos de la víctima. ¿Quién la conoce mejor que usted? No es frecuente que consigamos entrevistar a la persona desaparecida mientras está desaparecida. Sería de gran ayuda poder entender su forma de pensar.

—¿Me asesinaron? —Fue una pregunta desagradable de formular.

—Esto es mejor hablarlo en persona.

—De acuerdo, pero la verdad es que no tengo ningún modo de desplazarme hasta Richmond.

—No será necesario. En estos momentos me encuentro en Washington D. C. Calculo que habré terminado en Palingénesis sobre las once, así que digamos a las doce. —No era una pregunta.

La actitud del detective Clarke no tenía nada que inspirase colaboración, y, como ella se había criado en Lanesboro, era muy cauta a la hora de relacionarse con la policía. Su interacción con ella siempre había sido amable y cordial cuando estaba con su madre, pero a solas resultaba imposible predecir cómo iban a tratarla. No conocía al detective Darius Clarke, pero no abrigaba muchas esperanzas de que fuese uno de los buenos. Hablaba como un empleado metomentodo que se las estaba dando de jefe. Como esos con los que se había tropezado cuando el grupo estaba en alza: representantes y promotores, en su mayoría hombres, que se sabían guardianes a los que uno no tenía más remedio que seguir el juego si quería avanzar.

Lo cierto era que Clarke representaba una oportunidad para llenar muchas lagunas, y ella no creía tener la suficiente fuerza

de voluntad para negarse.

—A las doce me viene bien —dijo.

El detective nombró un garito que había en Indiana Avenue, cerca del barrio chino. Con le dijo que allí estaría, pero la línea ya se había cortado.

Cuando regresó, vio que Peter Lee la estaba esperando en la barra. Ella le dijo que tenía que irse.

—Debo advertirle que es una equivocación —dijo él.

—¿No va a intentar impedírmelo?

Peter sonrió.

—No, no es así como funciona. Y de todas formas no serviría de nada.

—¿Va a tener problemas con su jefe?

—No, él ya sabía que usted diría que no. Estas cosas tienen que seguir su curso.

—¿Qué cosas? —preguntó Con.

—Ser un clon. —En un principio sonó paternalista, pero no hubo nada que sugiriese que era algo más que una simple constatación de los hechos. Peter le entregó la tarjeta de visita que ella había dejado en la barra—. Quédese con esto. El señor Gaddis desea que sepa que su oferta sigue en pie. Llámelo cuando esté dispuesta.

—Dígale que espere sentado —repuso Con, y echó a andar en dirección a la puerta. Se volvió cuando oyó que Peter la llamaba por su nombre. Tenía la cartera en la mano y le tendía varios billetes nuevecitos.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella.

—Digamos que admiro a las personas que se hacen las duras.

—Gracias —dijo Con con cautela, pero cogió el dinero.

—Sin embargo, no llegará muy lejos haciéndose la dura.
Espero que en el fondo haya algo más.

—Sé cuidarme sola.

Peter sonrió y afirmó apreciativamente con la cabeza.

—Vaya con cuidado ahí fuera.

Ya hacía varios años que el barrio chino lo era solo de nombre, pero todavía se encontró con la Arcada de la Amistad en colores verde y rojo y con sus siete pagodas doradas cuando salió del metro. Se abrió paso por entre la maraña de oficinistas que habían salido a comer, la mitad de los cuales iban ensimismados en sus DCL y se fiaban de las advertencias digitales de los bordillos para saber cuándo tenían que detenerse en un cruce. Los trenes habían llegado con retraso, de modo que Con llegaba tarde a su cita, pero hizo un alto en una tienda antes de acudir a su encuentro con el detective Clarke. Necesitaba un cepillo para el pelo y algo de maquillaje.

Dado lo escaso de su presupuesto, tal vez aquello fuera lo menos indicado para gastarse el dinero, pero es que se había mirado bien en el espejo de la cafetería. Tenía preguntas que solo podría responder Darius Clarke y no podía permitirse el lujo de presentarse con el aspecto de un..., bueno, clon, aunque odiaba usar esa palabra. Quizá el tío fuera un gilipollas con todo el mundo, pero algo había notado en su tono de voz que parecía personal. En Virginia era ilegal la clonación, y los clones que cruzaban las fronteras de aquel estado carecían de protección jurídica. Si Clarke era contrario, no tendría ninguna obligación de ayudarla a ella. Para tener alguna posibilidad, necesitaba convencerlo de que era un ser humano a pesar de lo que afirmasen las leyes de Virginia. Cuanto menos pareciera un juguete infantil dotado de sentidos, mejor.

Se encerró en el cuarto de baño de una cafetería, se quedó en ropa interior y se lavó en el lavabo con toallas de papel y jabón de manos. Las muestras de perfume que había cogido en la droguería ayudaron a enmascarar el olor del contenedor de basura un poco, pero solo un poco. Cuando Despertar a los Fantasmas iba de gira, ella se había acostumbrado a la higiene

personal en plan guerrillera. Stephie lo denominaba «baño a la francesa». Trágicamente, los tres chicos del grupo no mostraban mucho interés por el jabón. Con se acordaba de lo malísimamente mal que olía Tommy después de haber pasado varios días sin salir de la autocaravana. Al principio eso la ponía furiosa; en cambio, ahora, visto desde lejos, casi sintió nostalgia de aquella nube tóxica que iba dejando tras de sí el teclista del grupo.

Con el pelo no tuvo tanta suerte. En la parte de atrás de la cabeza se le había apelmazado todo cuando estuvo dentro del útero de Palingénesis, y ahora ni siquiera pudo meterle el cepillo. Debería haber comprado más bien unas tijeras. Qué va, necesitaría un machete para hacer algún progreso significativo. El último paso fue el de maquillarse, lo cual, una vez más, supuso una lucha para sus manos a la hora de aplicarse la base y la sombra de ojos para disimular la extraña perfección de su piel de recién nacida. Por lo visto, la memoria muscular era la que más tiempo estaba tardando en aprender de nuevo. Cuando retrocedió un paso para examinar la labor realizada, comprendió que no había logrado su deseo de transformar totalmente su imagen. Lo más que consiguió fue no parecer demasiado trágica. Esperó que con eso fuera suficiente.

Ya llevaba casi una hora de retraso cuando se reunió con el detective de Virginia. El interior del restaurante era todo maderas oscuras e iluminación tenue, y uno tenía la impresión de haber entrado instantáneamente en la medianoche. La hora punta del almuerzo estaba en plena ebullición. Todas las banquetas de la barra estaban ocupadas, al igual que la mayoría de las mesas, principalmente por grupos de tres o cuatro personas, pero también había varios hombres comiendo solos. Con cayó en la cuenta de que no conocía en absoluto a Darius Clarke; todos le parecían policías. Y probablemente lo fueran, dado que aquel restaurante se encontraba solo a unas pocas manzanas de los juzgados y de la sede central de la

policía de Maryland. O eso, o es que estaba teniendo lugar una convención de trajes baratos.

Hacia el fondo, un individuo negro que llevaba un traje azul le hizo señas con la mano para que se acercara.

—¿Darius Clarke? —dijo Con al tiempo que tomaba asiento frente a él, en el sofá.

El susodicho afirmó con la cabeza sin dejar de comer para estrecharle la mano.

—¿Le ha costado encontrar el sitio? —le preguntó con la boca llena.

—Lo siento. Ha habido retraso en el metro.

—Washington D. C. —repuso él con el entusiasmo de alguien que se descubre un bulto sin diagnosticar en la espalda.

Al verlo de cerca, Con se percató de que era más joven de lo que parecía por la voz. No tendría más de treinta años. Algunas personas obtenían cierta ventaja siendo viejos cabrones, y Darius Clarke daba la impresión de estar hecho a medida para una mecedora, un porche y un paisaje que no le gustara mucho. Llevaba una barbita meticulosamente recortada y terminada en punta y unas gafas negras que enmarcaban unos ojos de mirada aguda e incisiva. Todo ello le daba un aire de profesor de universidad severo. Un hueso duro de roer que se enorgullecía de no conceder nunca un sobresaliente.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Clarke arrugando la frente.

Por lo visto, el truco del perfume no había funcionado del todo.

—Comida etíope —respondió Con dando a entender que era lo que había almorzado.

—¿Qué hace usted?, ¿bañarse en ella?

Clarke dejó el tenedor con aire teatral; al parecer había perdido el apetito, y apartó el plato. Se limpió la boca con un extremo de la servilleta y la miró de arriba abajo. Más bien, la analizó.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella.

—Nunca había visto a uno de ustedes de cerca —contestó Clarke como si ella fuese una atracción de feria y él hubiera pagado la entrada para contemplar al monstruo.

La sorprendió que él le hablase en aquel tono frío y desapasionado, pero al mismo tiempo prefería que se lo dijera a la cara. Como tenía una mezcla de varias razas, lo que siempre la había exasperado más era que la gente susurrase justo desde donde ella no oía. Lo que Clarke pensara mejor que lo dijese a las claras. De ese modo, por lo menos, ella sabría con exactitud a qué se enfrentaba. Así y todo, ello no impidió que montara en cólera. Lo suyo no era precisamente morderse la lengua, pero reconoció que ponerse a lanzar improperios no iba a llevarla a ninguna parte. Así que le dio a Clarke lo que vio que quería, bajó la mirada y pidió perdón de nuevo por haber llegado tarde. Y el truco funcionó. Él se relajó ahora que creía haber dejado claro quién mandaba allí.

Con hizo ademán de coger la carta.

—¿Le parece bien que pida algo de comer? —A pesar de lo mucho que había desayunado, volvía a tener hambre. No le haría ningún daño a la Mancomunidad de Virginia pagar aquella consumición.

Clarke empujó la carta a un lado.

—Eh, no vamos a almorzar. Esto no es una cita romántica. Necesito que me responda a un par de preguntas, y después vuelvo a coger la carretera. Ya se me está haciendo tarde.

—Venga —dijo Con haciéndole ojitos—, comeré deprisa.

La expresión de Clarke indicaba que no se sentía atraído en absoluto.

—Puede pedir lo que le apetezca... cuando me vaya. — Colocó una grabadora encima de la mesa, entre ellos, y recitó su nombre, su número de placa y también la hora, la fecha y el sitio en el que estaban—. Entrevista inicial con el clon de Constance Ada D'Arcy. —Pronunció *clon* de la forma en que otras personas pronunciaban *pedófilo*—. ¿Qué edad tiene?

Ella se quedó sentada sin decir nada. Por lo menos, Clarke tuvo la dignidad de no repetir la pregunta; eso había que concedérselo. Detuvo la grabadora y se escarbó los dientes con la lengua en busca de algún resto de comida. Quizá no fuera la mejor idea generar un antagonismo con él, pero tenía la impresión de que, si le permitía que la avasallara, eso se transformaría rápidamente en una costumbre.

—Creía que había almorzado comida etíope —dijo Clarke.

Ella se encogió de hombros.

—Estoy desnutrida.

—Vale... —Dejó la carta delante de ella—. ¿Qué quiere tomar?

Con llamó a un camarero que pasaba y le pidió lo primero que vio en la carta, pues no quería dar a aquel hijo de puta la oportunidad de cambiar de opinión. Hacía nada había tomado pastel de carne. Pero a caballo regalado no le mires el diente.

Ella misma alargó la mano por encima de la mesa y volvió a poner en marcha la grabadora.

—Tengo veintidós años. Supongo que ya veinticuatro.

—No, me refiero a qué edad tiene usted. A cuánto hace que Palingénesis la puso en línea. ¿Es el término correcto, en línea?

Aquella pregunta la pilló desprevenida.

—Revivida. No lo sé exactamente. ¿No se lo ha preguntado a ellos?

Clarke tecleó una nota en su DCL, pero no respondió a la pregunta.

—Tengo entendido que todos los clientes de Palingénesis llevan implantado un chip biométrico.

—Así es. Notifica a la empresa cuando se produce un fallecimiento. De esa forma son los primeros a la hora de activar el clon. Imagino que por eso se enteraron antes que usted.

Clarke asintió con la cabeza.

—Pues debería haber también datos del GPS asociados con el chip de Constance D'Arcy. En Palingénesis insisten en que no pueden acceder a ellos.

Eso era verdad. Varios años antes, saltó la noticia de que estaban recopilando y almacenando datos del GPS del paradero de sus clientes. Aquello provocó un furor por la preocupación por la privacidad. Resultó que a los multimillonarios no les gustaba más que a las personas normales que alguien siguiera todos sus movimientos. A fin de evitar una crisis de relaciones públicas y una sublevación entre su clientela, Palingénesis modificó el diseño de sus chips para que todos los datos del GPS que tuvieran más de treinta y seis horas se borrarán continuamente. Tras el fallecimiento del cliente, las treinta y seis últimas horas se preservaban y se encriptaban a unos precios exorbitantes. En la actualidad, las únicas personas que podían acceder a esa información eran los clientes, los representantes nombrados o sus clones. Con comprendió por qué estaba allí en realidad, y no era para que Clarke la entrevistara para saber cómo era Constance D'Arcy.

—Usted quiere que le dé los datos del GPS para encontrar el cadáver —le dijo.

—Exacto —contestó Clarke—. Contribuiría a orientarnos en la dirección correcta.

—¿Cómo cree usted que... —empezó a decir, pero se trabó en la palabra siguiente— murió Constance?

—Mire. No es mi intención ofender a Palingénesis, pero nosotros no nos dedicamos a aceptar lo que nos dice cualquiera. Hasta que tengamos un cadáver, no pienso especular con la causa de la muerte.

—Entonces, ¿podría ser que aún estuviera viva?

Clarke encogió los hombros.

—Palingénesis opina que no, pero nosotros no estamos descartando esa posibilidad. Eso le resultaría extraño a usted, ¿a que sí? Constance D'Arcy reaparece vivita y coleando mientras usted va por ahí fingiendo ser ella. A saber qué harían con usted entonces. Sentaría un peligroso precedente.

—Yo no estoy fingiendo —susurró ella, pero el sentimiento de ser una impostora regresó más fuerte que nunca. Y Clarke también llevaba razón en que era peligroso. La única y sacrosanta ley que regía la clonación estipulaba que jamás debía existir más de una sola versión de una persona. Si la Con D'Arcy original resultara estar viva, tendría precedencia la vida de ella. No sabía qué pensar al respecto, o tal vez sería más exacto decir que no sabía cómo reconciliar sus sentimientos contradictorios al respecto. Por un lado, deseaba más que nada que su original estuviera a salvo. Por el otro, no quería morir; al fin y al cabo, ella también era Con D'Arcy. Otra manera más de convertir su existencia en una paradoja.

Clarke volvió a encogerse de hombros.

—¿Y bien? ¿Va a ayudarnos o no?

—Puede que sí. ¿Me harán ustedes un favor a mí?

Él frunció el ceño.

—Esto no es una negociación.

Esta vez fue ella la que se encogió de hombros. ¿Cuántos gerentes de locales le habían dicho eso mismo a lo largo de los años?

—Todo es una negociación.

—Creo que le interesaría ayudarnos.

—A una chica puede interesarle más de una cosa.

Clarke puso los ojos en blanco.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero tener acceso a todo lo que descubra.

—Desde luego que no —respondió él.

—Y, si resulta que mi original está muerta, quiero que consiga el certificado de defunción y lo introduzca en el sistema lo más rápidamente posible.

—¿Por qué? —quiso saber Clarke—. Ah, para convertirse en ella, ¿verdad? ¿No es así como funciona?

—Yo soy ella —dijo Con.

—Lo que usted diga.

—Lo soy.

—Jurídicamente no —atacó Clarke.

—En efecto, jurídicamente no, y hasta que lo sea no puedo acceder a mi cuenta bancaria.

—Ni conseguir un empleo —le recordó él.

A Con no le gustó lo mucho que parecía estar disfrutando de su crisis.

—También necesito que me traiga una maleta con unas cuantas cosas más. En realidad, solo quiero mis cuadernos y mi guitarra. Envíelos a Washington D. C., ya que no es seguro para los clones viajar al sur del río Potomac.

Clarke se recostó en su asiento.

—Haré lo que pueda con el certificado de defunción. Pero no puedo ayudarla con lo de enviarle esas cosas.

—¿No puede o no quiere?

—Elija usted. Ninguna de esas cosas le pertenece.

—¿De qué está hablando?

—La Mancomunidad de Virginia no reconoce la clonación ni los clones. Lo cual quiere decir que, según sus leyes, usted no posee entidad jurídica. Si Constance D'Arcy está muerta, sus bienes son propiedad de su marido. Si quiere algo, tendrá que hablarlo con él.

Con sintió que le huía toda la sangre del rostro.

—¿Su qué?

—Su marido —repitió Clarke.

—¿Estoy casada? —farfulló aturdida. Kala había mencionado algo acerca de un novio, pero nada de un marido. Eso era imposible. Era como si aquel detective estuviera describiendo a una completa desconocida.

Clarke puso cara de no entender.

—Bueno, usted no lo está. Pero su original sí, se casó hace poco más de un año. ¿Cómo es que desconoce eso? Tenía entendido que le habían pasado los recuerdos de ella.

—Mis recuerdos —repuso Con a la defensiva.

—Vale. ¿Y cómo es que no sabe que existe él?

—Me faltan algunos —admitió Con.

—¿Cuáles?

Apenas lo oyó; estaba esforzándose por asimilar lo que le estaba diciendo el detective. ¿Que se había casado? ¿Cómo? Desde Zhi, no había salido con nadie más de unas pocas semanas. ¿Y ahora debía creerse que había conocido a un hombre, se había ido a vivir a Richmond y se había casado con él? Era absurdo.

—¿Cuáles? —repitió él.

—Los del último año y medio.

Clarke lanzó un largo silbido.

—¿Y todavía pretende decirme que usted es ella?

—Estoy casada —dijo Con hablando para sí misma, intentando encontrarle la lógica.

Él se percató de su angustia y siguió ahondando en la herida:

—¿Quiere ver una foto?

Le envió una imagen al DCL, pero ella la bloqueó. Ya se sentía abrumada sin ver la cara de su marido.

—No quiero ver ninguna maldita foto.

Clarke sonrió por primera vez.

—No hay problema. Si no quiere verla, no se lo reprocho. De todas formas, no es su vida. Pero ¿qué me dice? ¿Entrará en el servidor encriptado y desbloqueará el GPS? ¿Para hacer el bien?

—No —respondió Con en voz baja, desafiante, como un martillo envuelto en seda.

Clarke se irguió.

—¿Y entonces?

—Si le entrego los datos del GPS, ¿luego qué?

—Luego yo doy con el paradero de Constance D'Arcy de un modo o de otro.

—Y a mí me deja tirada como una colilla.

Él se encogió de hombros.

—No veo qué tiene eso que ver.

—Vemos las cosas de manera distinta. Como usted ha dicho, supongo que tendré que hablarlo con mi marido.

Cogió la mochila y se levantó; de repente sintió la necesidad de salir al exterior y alejarse del detective Darius Clarke y su corrosivo desprecio.

—¿Adónde cree que va? —le dijo agarrándola de la muñeca.

—Suélteme. —Con intentó zafarse, pero él apretó hasta hacerle daño.

—Si estuviéramos en Virginia... —No terminó la frase.

—Pero no estamos. Esto es Washington D. C. Tengo derechos.

—¿Derechos? —Negó con la cabeza y dejó escapar una risita, como si ella le hubiera contado un chiste que ya conocía pero que seguía pareciéndole gracioso. Dejó las esposas sobre la mesa—. ¿De verdad se cree que alguien va a armar un escándalo cuando descubran lo que es usted? Adelante, grite, me da igual. Nadie va a acudir al rescate de una Gucci flacucha.

—Suélteme —repitió Con.

Clarke la acercó más a él.

—¿Sabe por qué los llaman así? Porque los clones son una imitación de las personas reales. Pero usted no es ninguna Gucci, ¿a que no? Usted es una copia barata de un original más barato todavía. No está forrada, como ellos, no tiene dinero para esconderse. ¿Cómo piensa solucionarlo? —Le soltó la muñeca y cogió el tique de la consumición—. Va a necesitar un amigo. Convendría que tuviera eso en cuenta.

—Oh, ¿ahora vamos a ser amigos?

—¿Dónde durmió anoche? —le preguntó Clarke retóricamente—. A lo mejor yo podría mover los hilos para que usted fuera una informante confidencial en lo que atañe a este caso. De ese modo podría pasarle unos cuantos billetes. Para que aguante un par de noches sin dormir en la calle.

Con dudó. Al día siguiente a aquellas horas, estaría otra vez sin blanca. A lo mejor tenía suerte y antes de que se hiciera de noche alguien le ofrecía comida y un sitio donde dormir. O a lo mejor no. Tal vez el mundo lo conformaba gente como

Clarke y Kala. En ese caso, no solo se enfrentaba a pasar otra noche más en la calle, sino a vivir para siempre como una marginada. ¿De verdad podía permitirse el lujo de rechazar aquella oferta? Pero colaborar con Clarke no sería más que una solución a corto plazo. Pasados unos pocos días, volvería a encontrarse en la misma situación. Solo tenía una pieza con la que negociar; no podía darse el lujo de venderla barata.

—¿Puedo irme? —pidió.

—¿Y el pastel de carne?

—He perdido el apetito.

—Sigo necesitando esos datos del GPS —dijo él.

—Y yo necesito recuperar mi vida. Dígale al marido que si quiere esos datos debe llamarme a mí.

Clarke sonrió y negó con la cabeza.

—Supongo que lo que dicen de los clones es cierto. En realidad, no tienen alma. Constance D'Arcy está desaparecida, probablemente muerta, y usted ni siquiera quiere hacer lo que tiene que hacer.

—No está muerta —dijo ella, y se volvió con la intención de marcharse—. La tiene usted delante.

Con caminó hasta que se hubo atenuado un poco su furia contra Darius Clarke, aliviada de perderse entre la muchedumbre de turistas que paseaban contemplando las maravillas del National Mall. Se detuvo en el Jardín de las Esculturas de la National Gallery of Art, al pie de una estatua de metal rojizo, descolorida por el paso de los años y por la intemperie. Se erguía por encima de ella como un insecto gigante, pero una placa la identificaba como Cheval Rouge (caballo rojo). Se la quedó mirando unos instantes, intentando comprender qué había visto Alexander Calder cuando la creó en 1974. No se parecía a ese animal, pues según su experiencia los caballos no tenían seis patas, pero aun así le resultó hermosa, fuera lo que fuese.

A la sombra de un enorme álamo encontró un banco vacío en el que podría recobrar y reflexionar. Ahora que ya se había calmado un poco, se arrepintió de no haber aceptado aquel maldito pastel de carne. ¿Y por qué le había dado tanto miedo ver la fotografía del marido? Aquello iba a atormentarla hasta que averiguase algo más de él. Se había quedado tan aturdida que ni siquiera había preguntado cómo se llamaba. Pero es que había tenido un día abrumador, desde la sorpresa y el pánico de descubrir que era un clon hasta enterarse de que la muerte de su original podría no haber sido natural ni accidental. El trato despectivo del detective Clarke ya fue más de lo que podía soportar. Y luego estaban aquella laguna de dieciocho meses y las dudas que había generado respecto de sí misma y que la estaban carcomiendo. La noche anterior, creyó que si lograba llenar los huecos vacíos se sentiría menos impostora, pero de momento estaba sucediendo lo contrario. Con cada nueva revelación, se iba apartando más y más del convencimiento de que era Con D'Arcy.

Esa necesidad de conocer cada detalle de los dieciocho meses de recuerdos que le faltaban estaba empezando a ser una obsesión. ¿De qué otra manera iba a explicar que hubiera rechazado hacer una visita al refugio de Vernon Gaddis? Había pasado una noche al raso sin que le robasen ni le hiciesen algo peor, pero aquello había sido nada más que suerte. Para sobrevivir en las calles de una ciudad se requerían cualidades que ella no poseía y que quería evitar adquirir a toda costa. Pero, al verse obligada a elegir entre tener un lugar seguro en el que dormir y buscar respuestas de aquel policía, no había dudado ni un segundo. Y sabía que volvería a elegir lo mismo. Estar sin techo le daba mucho miedo, pero mucho más le daba llevar aquella vida a medias, preguntándose quién y qué era.

Si Vernon Gaddis estaba en lo cierto y Brooke Fenton había orquestado la reanimación de Con y su huida de Palingénesis, eso quería decir que a lo mejor la doctora también era responsable de que hubiera desaparecido la Con D'Arcy original. Si había muerto, necesitaba saberlo, pero, si no era el caso, también. Fueran cuales fuesen las consecuencias. Para ella, ahora todo lo demás era simplemente ruido de fondo. ¿Y de verdad iba a quedarse en Washington D. C. esperando y a fiarse de Darius Clarke? No era exactamente que la hubiera abrumado transmitiéndole confianza respecto de cuáles eran sus intenciones. Así pues, ¿por qué no iba ella misma a Richmond? Tenía acceso a los datos del GPS de su original. Lo único que necesitaba era un coche.

Se echó a reír ante su desesperación. Con lo que le habían dado Kala y Peter Lee, solo le faltaban unos pocos miles de dólares. Y ahora ¿qué?

Aun sabiendo que era un esfuerzo fútil, intentó entrar en su red social privada. Después de que las redes sociales gigantescas murieran en la década de los veinte, víctimas de las cambiantes preocupaciones jurídicas y culturales acerca de la privacidad, fueron suplantadas por otras privadas administradas por el propio usuario. Diseñadas por programadores bien intencionados y antiempresas que

utilizaban códigos abiertos, las nuevas redes privadas confeccionadas por el usuario eran gratuitas, fáciles de configurar, descentralizadas y no las manejaba ninguna empresa. Con había leído en alguna parte que en todo el mundo existían más de veinte mil millones de redes sociales privadas, conectadas mediante un complejo entramado. Pero su original había cambiado las credenciales en los últimos dieciocho meses, y sin ellas ni siquiera podría ver su red privada, así que mucho menos acceder a su cuenta personal.

Después de eso, dedicó un rato a repasar sus contactos con la esperanza de que alguien le dejara una cama para esa noche. No tardó mucho en darse cuenta de que Kala había estado muy ocupada durante todo el día. Tenían amigos en común y enseguida se había propagado el rumor de que Con D'Arcy había muerto en Virginia y que su clon estaba pidiendo limosna. ¿Cómo que limosna? Eso volvió a sulfurarla, aunque supuso que Kala sí que la había ayudado en una cosa: ahora Palingénesis ya no iba a poder hacerla desaparecer sin más. Demasiadas personas sabían que existía. Pero, a corto plazo, su amiga le había cerrado muchas puertas antes de que ella siquiera hubiera tenido la oportunidad de llamar a ellas.

Las pocas personas que respondieron parecieron sentirse verdaderamente conmovidas por la noticia. El consenso era que Con había llevado una vida muy dura, y deseaban que hubiera encontrado la manera de superar su dolor. Resultaba entrañable saber que la gente se apenaba por tu muerte, pero no le pareció normal que ella tuviera que oír algo así. Los elogios eran para los que sobrevivían, no para los que se habían ido. Con se encontraba en la singular posición de ser ambas cosas. Le preguntaron si sabía cómo había muerto. Nadie se atrevió a pronunciar la palabra en sí, pero estaba claro que a la gente le preocupaba que se hubiera quitado la vida. No le gustó la idea. No estaba tan deprimida. ¿Verdad? ¿Pudo ser eso lo que le ocurrió?

Todo el mundo tenía preguntas, y Con notaba que estaban preparando mentalmente las publicaciones que pensaban subir

a las redes sociales. ¿Cuánta gente podía decir que conocía personalmente a un clon? Con les respondió lo mejor que pudo, con la esperanza de granjearse un poco de buena voluntad. Pero cuando les mencionaba que necesitaba un sitio donde quedarse la respuesta siempre era una negativa contundente. Para algunos era una inconfundible actitud sesgada en contra de los clones, pero para otros era algo más simple: su amiga había muerto, y la idea de dejar entrar en su casa a un ser vivo que les recordaba dicha pérdida era demasiado.

Frustrada, se quitó el DCL de la oreja y echó la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo a través de las copas de los árboles. A nivel del suelo no se notaba ninguna brisa; en cambio, en lo alto las ramas se agitaban como si las meciera alguna mano invisible. Cuando volvió a bajar la vista, vio a una mujer de raza blanca a escasa distancia de ella, de pie. Su postura crispada le resultó familiar, pero tardó unos instantes en ubicar aquel rostro congestionado. Brooke Fenton. Echó mano de su mochila y miró a su alrededor.

La otra pareció leerle el pensamiento.

—Estoy sola. Solo quiero hablar.

—¿No tiene la intención de borrarame? —le dijo Con. Si echase a correr en dirección sur, se encontraría en el Mall a campo abierto, sin ningún sitio donde ocultarse; pero si huyera hacia Constitution Avenue encontraría multitud de museos y oficinas y quizá pudiera perderse de vista. Dependiendo de los refuerzos que hubiera traído consigo la doctora Fenton.

Esta negó con la cabeza.

—Ya hemos dejado eso atrás. Ahora ya te ha visto la gente. Ha hablado contigo la policía de Richmond, y constas como alguien que existe, de modo que queda descartado lo de que yo te borre, aunque quisiera, lo cual, créeme, no es así.

—¿Ahora soy una persona? —dijo Con acordándose de la naturalidad con que Fenton ordenó que la sedaran hasta que la

junta directiva decidiera cómo deshacerse de ella—. Pensaba que era un producto.

—Te pido perdón si te he ofendido —dijo la otra—. Era una situación difícil, y me expresé mal.

Ella tomó nota de aquella astuta disculpa que no lo era en realidad.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Por el detective Clarke. Estuvo esta mañana en Palingénesis interrogando a varias personas. Mencionó que iba a reunirse contigo. Ordené que lo siguieran.

Sonaba plausible, pero Con todavía tenía dudas respecto de su DCL, y lo apagó por si acaso.

Fenton se acercó un poco más.

—¿Puedo sentarme? Diez minutos.

—Este banco es para todo el mundo —replicó ella intentando parecer calmada. Mantuvo la mochila bien cogida con ambas manos.

Las dos mujeres estaban sentadas la una junto a la otra, con la vista al frente. Al final, Fenton carraspeó para hablar.

—Sé que hemos empezado con mal pie y que seguramente jamás me considerarás una amiga, pero estoy convencida de que podemos ayudarnos mutuamente.

—¿Por qué? ¿Porque esos hombres que envió usted anoche a mi apartamento no lograron encontrarme?

—¿Hombres? —Fenton puso un gesto de desconcierto de lo más convincente—. ¿Qué hombres?

—Guárdese para otro el numerito a lo Meryl Streep, no me lo creo. No me fio de usted.

—Pues es una lástima, porque tienes graves problemas, Constance.

—Vale —dijo ella al tiempo que se levantaba—. Si hemos llegado a la parte de la conversación donde empiezan las amenazas, me largo.

—No te estoy amenazando —dijo Fenton—. Algo salió mal en tu reanimación.

—Sí, ya me he enterado. Tengo un desfase horroroso.

—No, los síntomas de un desfase extremo son de naturaleza psicológica. Esto es otra cosa. Es fisiológico. Hemos encontrado una anomalía.

—¿Qué clase de anomalía? —preguntó Con volviendo a sentarse en el banco.

—Una ausencia. En el registro de tu descarga quedaron anotados una serie de espacios vacíos. Cuando los comparamos con las recargas que tenías acumuladas, vimos que no coincidían.

Con no sabía lo que significaba nada de aquello, aparte de que parecía estar calculado para asustarla. El hecho de saber eso no impidió que el tema la intrigase.

—¿Qué es?

—Lo único que sabemos con seguridad es que no fue un error por nuestra parte.

—Pero no creen que fuera un accidente —dijo acordándose de la conversación con el detective Clarke. ¿Qué le habría sucedido a su original en Virginia?

—Demasiadas cosas han tenido que salir mal para que ahora estés aquí sentada en este banco. Y me temo que no se puede achacar todo a un error humano. Alguien quería sacarte urgentemente de Palingénesis.

—¿Quién? —preguntó Con, aunque ya sabía la respuesta antes de que se la diera Fenton: Vernon Gaddis. No le había pasado inadvertido el hecho de que aquella mañana le hubiera

contado una historia muy similar—. ¿Por qué Vernon Gaddis iba a sabotear su propia empresa?

—No está intentando sabotear Palingénesis; esto es algo entre él y yo. Vernon lo ha pasado mal en estos últimos años. ¿Conoces la trágica pérdida de su esposa? Le costó caro en muchos sentidos, pero nunca ha superado el tener que retirarse del puesto de presidente ejecutivo.

—Tengo entendido que usted se sirvió del accidente que tuvo con el avión para obligarlo a que se marchase e intentar hacerse con el control del laboratorio de investigación de Abigail Stickling.

—La junta directiva fue la que obligó a Vernon a marcharse, e hizo bien —replicó Fenton con un inconfundible deje de resentimiento en el tono de voz—. Vernon creía que iba a conservar el control a través de mí, su pequeña protegida. De hecho, en cierta ocasión me lo llamó a la cara. Lo que quería en realidad era un títere. Y cuando yo mostré un mínimo indicio de autonomía, me acusó de haberlo traicionado e intentó que me quitaran de en medio. Y en cuanto al laboratorio de tu tía, llevas mucha razón en que intenté hacerme con el control. ¿Te imaginas algo más corrosivo para una empresa de tecnología puntera que ser rehén de su propia división de investigación? Abigail esgrimía como un arma lo prometedoros que eran sus inventos. Tentaba a los miembros de la junta con su último descubrimiento y luego se encerraba de nuevo en su laboratorio diciendo que aún no estaba listo. O que el momento no era el adecuado. Nadie se atrevía a enfadarla. La empresa se vio en la posición insostenible de suplicar unas migajas. Era cosa de locos.

»Vernon Gaddis y Abigail Stickling crearon algo verdaderamente revolucionario y llegaron a considerarlo una extensión de ellos mismos. A su forma de ver, ellos eran Palingénesis, y la empresa no podía sobrevivir sin ellos. Insistían en retener un grado de control que resultaba descabellado. Pero, cuando la empresa necesitó crecer, sus

egos no lo consintieron. Es algo que ocurre muy a menudo, hasta tiene nombre: síndrome del fundador. Vernon ha pasado estos últimos años resolidificando su control sobre la junta directiva y socavando mi papel de administradora de la empresa a la menor oportunidad. No sé cómo lo ha hecho, pero ha manipulado tu reanimación y te ha sacado de Palingénesis. Todavía desconozco con qué fin.

Con tuvo que reconocer que era una versión de lo más convincente. Pero, claro, también la de Vernon Gaddis. Uno de los dos era un mentiroso consumado. Fuera como fuese, no disponía de información suficiente para adivinar quién estaba diciendo la verdad, así que mejor no creer a ninguno de los dos.

—¿Por qué yo? —preguntó.

—No te ofendas, pero tú eres pobre —respondió Fenton—. Lo que quiero decir es que, a diferencia de cualquier otro clon de esa empresa, no vales por lo menos quinientos millones de dólares ni tienes a un equipo de abogados a tu entera disposición. Eso te hacía perfecta.

—¿Qué es lo que usted quiere de mí? —preguntó Con yendo al grano.

—Necesito hacer una recarga de tu consciencia para averiguar qué te ha hecho Vernon.

—¿Y por qué no ha intentado volver a capturarme sin más?

—No he intentado capturarte otra vez porque tampoco lo intenté anoche. No serviría de nada. En un estado emocional no propicio sería imposible generar una imagen de tu consciencia. Solo puede cargarse cuando da su consentimiento el cliente. Así que aquí estoy, pidiéndotelo.

Interesante. Aquello explicaba el hecho de que Fenton estuviera empleando una ofensiva cautivadora. Y, además, la colocaba en una situación muy singular.

—Así que ahora ya sabemos de qué modo puedo ayudarla yo a usted. ¿Cómo va a ayudarme usted a mí?

Fenton sonrió como si Con acabara de poner sobre la mesa exactamente la carta que necesitaba para hacer su jugada.

—Tú tienes un grado de desfase del que no existen precedentes. ¿Qué tal te está yendo? ¿Ya has empezado a sufrir alucinaciones?

—No —mintió ella acordándose de lo real que le había parecido Zhi y del ruido que hicieron las zapatillas de su abuela al rozar contra el hormigón.

—No sé por qué, pero no te creo. Ya sé por la señorita Askari que estás sufriendo apraxia. Problemas con la memoria muscular. Ni siquiera pudiste atarte los cordones, ¿no es cierto? ¿Y qué me dices de las dificultades de pronunciación, la visión doble, las alteraciones en la propiocepción...?

—¿En la qué?

—La cinestesia del cuerpo: problemas para conservar el equilibrio, coordinación básica..., esa clase de cosas.

—Un poco —admitió Con.

—¿Te ha costado reconocerme hace unos minutos? ¿Has tenido problemas para recordar mi rostro?

Ella afirmó con la cabeza.

—Eso se denomina prosopagnosia. Incapacidad para reconocer las caras. Hay todo un ramillete de agnosias esperándote. Si te tomas la medicación que te ha dado la señorita Askari, paliarás los síntomas durante un tiempo. Pero la cosa va a ir a peor, mucho.

—¿Acabará matándome? —quiso saber Con.

—Hay cosas peores que morir. Créeme.

—Vaya, es usted toda amor y felicidad. —Quiso creer que Fenton estaba exagerando, que la estaba alimentado a base de pesimismo y de verlo todo negro para convencerla de que

hiciera lo que ella deseaba. Sin embargo, algo le decía que no iba a tener esa suerte.

—Pero, si me ayudas, Palingénesis pagará los costes de un clon nuevo. Llevará seis meses generar uno de la edad apropiada, pero cuando esté listo encajará a la perfección en tu consciencia.

Aquello del clon nuevo era una manera de edulcorar la situación y subrayaba lo desesperada que estaba la otra por eludir el desafío de Vernon Gaddis. Pero, incluso aunque se fiara de Fenton, cosa que sinceramente no era el caso, la perspectiva de ser su rata de laboratorio le pareció aterradora. Y tampoco se fiaba de que fuera a cumplir su parte del trato una vez que hubiera obtenido lo que buscaba.

—Lo pensaré —dijo con la voz de cuando era una adolescente de dieciséis años que esquivaba los cambios de humor de su madre, cada vez más repentinos, evitando dar respuestas firmes a cualquier pregunta.

La doctora Fenton no dio muestras de apreciar su actitud de indiferencia y se dejó llevar por la cólera:

—Eres una necia.

—Ándese con cuidado, doctora. No le conviene ponerme en un estado emocional no propicio.

Fenton frunció el ceño.

—¿Puedo al menos hacerte unas cuantas pruebas? Como tomarte una muestra de sangre.

—Ni hablar —contestó Con—. No me fío ni de usted ni de Vernon Gaddis.

La otra entrecerró los ojos.

—¿Has hablado con Vernon?

—Sí, esta mañana.

—¿En persona? —dijo, pero ella notó que su cerebro estaba trabajando a toda velocidad. Estaba muy pálida, parecía que en

lugar de sangre tenía leche.

—No, por lo visto no le gusta salir de su isla.

—Vaya, veo que ha hecho una labor ejemplar envenenando el pozo. Bien, pues que así sea. Sigues siendo una necia, pero no dejes de tomar la medicación. —Fenton le entregó una tarjeta de visita—. Si cambias de opinión o si los síntomas empeoran, llámame, por favor. Déjame que te ayude. Es por el bien de las dos.

Con cogió la tarjeta y la pasó por su DCL para agregar los datos de Fenton a su lista de contactos, junto con los de Gaddis. Ese día estaba acumulando una buena colección. Pero no pensaba que terminase llamando a ninguno. A pesar de todas las advertencias apocalípticas de la doctora, solo le preocupaba una cosa: ¿cómo había muerto su original?

Nada más le importaba.

Pero antes tenía un hombre al que ver por un asunto de un coche.

Las puertas aún tardaron otra hora en abrirse, pero la fila de asistentes al concierto recorría toda la manzana y se perdía de vista al doblar la esquina. Era un público más joven, y con dinero, aunque se esforzara mucho por no dar esa impresión. Con no reconoció el nombre que figuraba en la marquesina, pero le encantó la idea de perderse en el dulce anonimato de una actuación en directo. El tipo de música daba igual; lo que daría ella por bailar y cantar hombro con hombro con personas que no sabían nada de su vida...

Allí no, por supuesto. En cualquier otro sitio menos aquel.

Con el paso de los años, la Glass House había ido adquiriendo la categoría de mito en su pensamiento. Lo último que recordaba de aquella noche era que se subió a la autocaravana para ir a Carolina del Norte, así que, para ella, allí fue donde ocurrió de verdad el accidente. El sitio en el que su egoísmo puso en acción el destino del grupo. Era un territorio convertido en sagrado por los sentimientos de pérdida y de culpabilidad. Allí fue donde terminó su futuro y comenzó su verdadera vida.

Aunque no había vuelto desde entonces, habría jurado que era capaz de describir fielmente la Glass House, hasta las vigas mismas que la sostenían. Sin embargo, al contemplarla desde el otro lado de la calle se dio cuenta de que era más pequeña de lo que la recordaba, menos majestuosa. ¿Dónde estaban las ventanas? Ni siquiera logró encontrar el espacio donde Zhi dejó la autocaravana con el motor encendido cuando se fue a buscar a Tommy. Había aparcado bajo un árbol de gran tamaño, pero no había ni uno solo en toda la manzana. Hasta la marquesina estaba en el lado en que no debería estar, como si sus recuerdos estuvieran reflejados en un espejo. El momento más importante de su vida y su memoria no era más

que un mosaico chapucero de los diferentes locales en los que había actuado. ¿Qué más recordaría erróneamente de la última noche de Zhi?

Zhi. ¿Cómo estaría? En cuanto estabilizase su vida, debería hacerle una visita. Abrigió la esperanza de que su original hubiera ido a verlo; no le gustaba pensar que había estado solo durante aquellos dieciocho meses.

En vez de probar suerte en la fachada principal, fue por el callejón que discurría por el lateral y llamó a la puerta del escenario. Apareció un portero negro gigantesco que abrió la puerta una rendija para ver a qué venía aquel alboroto, y se quedó sorprendido de verdad cuando vio que la responsable era Con. Esta le explicó quién era y por qué no estaba en la fila con el resto de la gente. El portero la escuchó con ademán impasible y después dejó que la puerta metálica volviera a cerrarse. Al cabo de unos minutos, se abrió de nuevo y el portero le indicó con una seña que entrara, como si le estuviera haciendo un favor. Dijo que Jasper estaba ocupado en la planta de arriba y la condujo hasta la sala principal, donde la dejó sentada a la barra. A su alrededor, el personal se apresuraba a prepararlo todo para cuando abriese el local. Aquello fue como estar en casa; siempre le había dado esa sensación, sobre todo en las giras, cuando el grupo tocaba cada noche en un sitio distinto. No había dos locales iguales; sin embargo, en todos se experimentaba la misma energía de estar caminando por la cuerda floja. No había nada igual en el mundo.

Para cuando por fin Jasper Benjamin bajó de su oficina, el público ya estaba empezando a entrar en tromba en la sala, deseoso de hacerse con un sitio cerca del escenario. Fue hasta la barra, se puso al lado de Con y dibujó una empalagosa sonrisa de vendedor. Era uno de aquellos hombres blancos de cuarenta y tantos años que ansiaban desesperadamente convencerse a sí mismos de que no aparentaban la edad que tenían. El problema radicaba en el hecho de que resultaba obvio que Jasper sabía que sí la aparentaba y lo llevaba muy mal. La característica que lo definía había sido siempre la

desesperación de un hombre que hacía grandes esfuerzos para compensarlo. En su caso, eso significaba vestir ropa cara y exhibir una personalidad radiante que se veía desde la órbita lunar. Con lo había oído decir en una ocasión: «Si no tienes un cuadro bonito, por lo menos cómprate un marco caro».

Esta noche, dicho marco consistía en una llamativa cazadora deportiva color mandarina, una camiseta retro de Trouble Funk, unos vaqueros negros de firma que relucían en la oscuridad y unos zapatos italianos de piel rojos y anaranjados que probablemente habían costado más de lo que pagaba ella de alquiler. Llevaba encima más joyas de las que Con había poseído en toda su vida, una barbaridad. Debería ir acompañado de un aviso de embargo. Para completar el efecto, detrás de él venía un individuo de raza blanca gigantesco que hacía que el portero pareciera el chaval con el que se meten los demás. Con sabía que se llamaba Anzor, lo sabía todo el mundo. Iba adonde iba Jasper y, aunque la mitad de las cosas que se decían de él no fueran verdaderas, no era un tipo agradable, y ella no prestó mucha atención a la forma en que la estaba mirando: como si fuese la última langosta que había en el tanque y él fuera a elegir qué cenar.

—Bienvenida de nuevo. Cuánto tiempo —dijo Jasper al tiempo que suavemente le apoyaba una mano en la espalda, como si ella corriera el riesgo de caerse de la banqueta—. He oído contar cosas increíbles de ti.

—Ah, ¿sí? —replicó ella en voz lo bastante alta para que se la oyera por encima del estruendo.

—¿No te ha traído nadie algo de beber? —le preguntó él, y chasqueó los dedos para llamar la atención del camarero de la barra—. La señora tomará un vodka T.

—Así estoy bien. No necesito una copa.

De todas formas, el camarero le sirvió una. Con la aceptó con una sonrisa. Mejor mostrarse agradecida que luchar contra la creciente hospitalidad de Jasper. Según su experiencia, los

hombres empeñados en hacer exhibición de su generosidad se sentían resentidos cuando la gente se la rechazaba y rara vez la ofrecían de nuevo. Se jugaba mucho en ese segundo ofrecimiento.

Bebió un sorbo y se dio cuenta de cómo la estaba mirando Jasper. No de la forma evaluadora y de arriba abajo en que los hombres miraban a las mujeres, catalogando supuestas imperfecciones en un abrir y cerrar de ojos. Hacía mucho tiempo que había aprendido a pasar ese tipo de miradas. No, esta vez era otra cosa. Primero Kala, después el detective y ahora Jasper Benjamin: cuando la miraban, era como si estuvieran haciendo un esfuerzo para decidir qué clase de araña era la que se habían encontrado en su cuarto de baño. Y si era de las peligrosas.

—¿Qué? —Le salió un tono más a la defensiva de lo que era su intención.

Jasper esbozó una sonrisa tímida, juvenil, la que probablemente reservaba para cuando creía que estaba siendo encantador. Y, de hecho, era posible que le hubiese funcionado cuando era joven, pero ahora... Ahora parecía un gesto ensayado y ya convertido en algo fijo.

—Es que estaba pensando en si sería capaz de distinguir la diferencia. Ya sabes, si no supiera cuál es cuál.

—¿Y? —No supo por qué se lo preguntó, dado que no le apetecía nada oír la respuesta.

Jasper la miró con los ojos entornados.

—Me parece que sí. No estoy seguro. Estás distinta, pero creo que no sabría decir por qué. Así que perdóname, pero tengo que preguntártelo. Creía que únicamente los ricos podían permitirse tener un clon. ¿Eres una millonaria secreta y te has dejado caer por los barrios bajos, con el resto de nosotros?

—¿Estaría aquí si lo fuera? —replicó Con.

—Ahí me has pillado. Entonces, ¿cuál es tu secreto?

Ella no estaba dispuesta a contarle la relación que guardaba con Abigail Stickling.

—Que he tenido suerte, supongo.

Jasper reflexionó unos instantes mientras asimilaba esa respuesta y fingía que ella había respondido a lo que él le había preguntado.

—Siempre he pensado que sería genial tener uno, ¿sabes? Corre el rumor de que Palmer Bratt es un clon. ¿Te imaginas?

Con también lo había oído. Palmer Bratt era una de las actrices que más dinero ganaban de todo el mundo. Según la prensa sensacionalista, había muerto de manera accidental en el set de la película *Estación planetaria* durante una escena de acción que salió mal. Sus defensores emitieron un comunicado redactado en términos muy firmes con el que desmentían todo, y la actriz siempre se había negado a responder preguntas sobre aquel tema; afirmaron que la acusación era absurda y malintencionada. Aun así, los rumores persistieron. Los sabuesos aficionados que había en internet señalaron la brusca disolución de sus dos años de matrimonio con el cantante Delonte Anders y ciertos cambios minúsculos en una cicatriz que tenía Palmer en el cuello desde la infancia. Costaba trabajo discernir si el misterio había hecho aumentar o disminuir su popularidad.

Había toda clase de películas que trataban del tema de la clonación humana, la mayoría de ellas de terror, pero no todas. Además de contenido televisivo, musical y literario. Alan Delaney describió en sus memorias su trascendente experiencia como clon, y dicho libro se convirtió en un superventas en más de treinta países. Todo el concepto de la clonación humana había provocado una reacción enorme, ya que los integrantes del mundo de la cultura intentaban desentrañar su compleja y a menudo contradictoria maraña de opiniones diversas. La clonación les encantaba y la odiaban.

La temían y le ponían objeciones basándose en toda clase de argumentos, pero también la envidiaban y se sentían excluidos.

Especular con qué famosos eran en secreto clones pasó a ser un pequeño negocio en sí mismo. La propia Palingénesis se mantuvo firmemente en silencio acerca de ese tema; ni confirmaba ni desmentía las identidades de su clientela. Se especulaba con que unos cuantos famosos desesperados habían aprovechado la estricta política de no divulgación de la empresa para filtrar bulos como que ellos mismos eran clones, con la esperanza de que la polémica reviviera sus moribundas carreras. En la política, el juego era mucho más sucio. Señalar a los adversarios como clones era un método probado de desacreditar a los rivales. Múltiples teorías de la conspiración afirmaban que, pese al escándalo del 33, el Gobierno de Estados Unidos seguía patrocinando un programa de clonación secreto para personal clave de la Casa Blanca. Todos los posibles candidatos, procedentes de ambos partidos, de las próximas elecciones presidenciales habían firmado el compromiso de no aceptar la existencia de clones si ganaban en el mes de noviembre.

Salió el primer grupo al escenario e interpretó su primer número. A Con le sorprendió lo buenos que eran. El público se apiñó frente a ellos moviendo la cabeza con gesto apreciativo.

—¿Qué tal la copa? —le preguntó Jasper casi gritándole al oído para que lo oyera.

—Muy buena —respondió Con bebiendo otro sorbo para apaciguarlo, y descubrió que era cierto. Pero, por si acaso, se obligó a no beber más. Ese día, solo había tomado el desayuno, la única comida de toda su vida, técnicamente, y a su cuerpo aún le faltaba experiencia con el alcohol. Seguro que tenía la misma tolerancia que un gatito que solo ha mamado de su madre.

—Sea como sea —dijo Jasper—, no sabes lo planchado que me quedé cuando fracasó aquella actuación de Weathervane.

Llevaba mucho tiempo intentando volver a traerte aquí, y ya estábamos muy cerca de conseguirlo. Fue genial verte por fin actuar otra vez. Actuar de verdad, quiero decir.

—¿A qué te refieres con lo de «por fin»? —le preguntó Con. Sabía con seguridad que Jasper había acudido por lo menos a otra media docena de actuaciones.

—Aquella noche, estuve yo presente —dijo él—. Y te vi.

—¿Que me viste? ¿Qué noche?

Jasper se esforzó por hacer memoria.

—Fue después de Navidad. Weathervane y tú en el Chandelier, creo.

La del Chandelier era la segunda actuación que figuraba en la lista de Kala Solomon, la noche del 27. Tal vez para él aquello hubiera ocurrido hacía mucho tiempo, pero para Con era algo muy reciente.

—Estuviste... —Jasper Benjamin nunca se quedaba sin saber qué decir, pero dejó la frase sin terminar. Tal vez fuese un tipo avasallador, chillón e irritantemente obtuso, pero la cualidad que lo salvaba siempre había sido la de que, en el fondo, primero era fan y después promotor de un local. Cuando hablaba de música, se transformaba en un niño grande que simplemente la adoraba—. Fue una de las mejores actuaciones que he visto en toda mi vida. Y las he visto todas. Aquella noche, parecías una bomba en plena explosión. El local estaba solo lleno a medias, pero nadie podía apartar los ojos de ti.

—Vale, tranqui —dijo Con, que se sintió excesivamente adulada.

—Lo digo en serio —insistió Jasper, y para demostrarlo adoptó un tono serio—. No te lo tomes a mal, pero te he visto mucho en estos últimos años, actuando con un grupo o con otro. Siempre me ha dado la impresión de que preferías estar en otra parte. Sin embargo, aquella noche sucedió algo, fue

como si se hubiera encendido un interruptor. Yo solo había visto a Despertar a los Fantasmas una vez, cuando tocasteis aquí, pero en esa ocasión fue igual. Me puso la carne de gallina. Y luego, en los bises, cantaste aquella canción nueva. —Imitó con las manos una explosión a cada lado de la cabeza.

A Con le sorprendió que Jasper, a pesar de toda su grandilocuencia, fuera tan observador. Creía que ella había disimulado mejor los sentimientos encontrados que con frecuencia le provocaba el hecho de actuar. Sintió curiosidad por saber a qué canción se refería.

—No sé cómo se titulaba —dijo él—. Saliste al escenario solo con Kala y tocaste un tema nuevo en el que habías estado trabajando. Ella al bajo y tú a la guitarra. Nada más. Alucinante. Intenté que el operador de la consola me pasara el audio, pero, por desgracia, aquella noche no estaba grabando.

En los tres últimos años, Con había escrito tantas canciones que no tenía ni idea de cuál podía ser. Pero el hecho de que hubiese cantado alguna de ellas le resultó casi más asombroso que la noticia de que se había casado. Ya no tocaba los temas antiguos de Despertar a los Fantasmas, y desde luego que nunca jamás tocaba los nuevos. ¿Qué era lo que había cambiado?

—Ya sabes que únicamente contraté a Weathervane para Nochevieja porque estabas tú —le dijo Jasper—. Quería verte dándolo todo. Necesitaba tenerte actuando aquí.

—¿Y yo accedí?

Él se llevó una mano al pecho como si hubiera recibido una herida mortal.

—Sí, accediste. Lo cual me dejó totalmente conmocionado, que lo sepas.

—¿Y qué ocurrió?

—No sabría decirte. El grupo hizo bien la prueba de sonido. Pero luego a ti se te fue la pinza. Pensé que aquel tipo

con el que estabas iba a arrearame un puñetazo. Tuve que recurrir a Anzor para que lo invitara a salir del local. Luego, según me contaron, tu chico te llevó a Virginia con él y ya no volviste nunca. Kala Solomon se puso hecha una furia cuando le dije que, al no estar tú, la actuación se cancelaba.

—Eso me han contado —repuso Con; comprendió la actitud agresiva que había mostrado Kala hacia ella esa mañana. Ese tal marido suyo era cada vez más impresionante. Apenas había terminado de tragarse el fantasioso cuento de hadas de que su original se había enamorado y casado en aquellos dieciocho meses. Y ahora se suponía que tenía que creerse que, en algún momento entre el 26 de diciembre (fecha en la que efectuó la última recarga) y la Nochevieja, aquel Romeo le había puesto la vida totalmente patas arriba. Debíó de ser un romance de lo más arrasador. ¿Quién sería aquel tipo?

—En fin, ¿y de qué querías hablar con el bueno de Jasper? —le preguntó él refiriéndose a sí mismo en tercera persona, por supuesto.

—Pues..., bueno, tengo una proposición que hacerte.

—Qué curioso, yo también.

Con dejó pasar ese comentario y continuó:

—¿Todavía te interesa que yo actúe en la Glass House?

Jasper acababa de decirle lo mucho que deseaba que ella tocara en su local, pero ahora que estaban negociando se rascó el mentón y entornó los ojos como si ella estuviera intentando venderle vino a un bodeguero.

—Puede que me interese. ¿Podrías traerte también a Stephanie Martz?

—Me parece que ahora vive en el oeste —respondió Con. Era mentira; no tenía ni idea de dónde estaba actualmente Stephanie, pero, aunque lo supiera, aquello no era una opción.

Nada más lejos de su intención que arrastrar consigo a otra persona para lo que era necesario hacer.

—Pues es una lástima —dijo él—. Dos serían mejor que una, ¿sabes? Con eso sí que podría montar una actuación de las buenas. Pero si solo vas a estar tú creo que voy a pasar.

—Venga, Jasper. Desde que te conozco, siempre te ha puesto cachondo que yo viniera a tocar a la Glass House. Ahora que te estoy diciendo que sí, ¿te entra miedo?

—Bueno, claro que quiero que toques —dijo él—. Soy fan tuyo. Pero los chavales que vienen aquí... —Hizo un gesto con la mano, abarcando al público que aguardaba—. A estos no les apetece tanto como a mí.

—De modo que no te interesa.

—Eh, yo no he dicho eso. A lo mejor, si antes te viera actuar... ¿Tienes algún bolo próximamente en algún sitio?

—Ya sabes que no —contestó Con—. Oye, lo único que necesito es que me prestes un coche para una semana. Tengo un tema personal del que ocuparme en Virginia. Cuando vuelva, localizaré a Stephie y prepararemos una actuación. Incluso trabajaré gratis.

Jasper la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿Que te preste un coche? Nena, ni que fueras a traer de vuelta a los Beatles. ¿Tengo cara de ser el dueño de Hertz? No pienso prestarte ningún coche. Pero si de verdad necesitas dinero, tengo amigos con los que deberías hablar.

—¿Qué amigos? —dijo ella con cautela.

—¿Por qué no terminamos esta conversación arriba, en mi oficina, que está más tranquila?

Ya, como que iba a caer en aquella trampa.

—Olvidalo. Me marchó.

Jasper le puso una mano en el brazo para detenerla.

—Tienes que comprender lo singular que eres. Hay mucha curiosidad por los clones.

—¿De qué estás hablando? —respondió Con al tiempo que se zafaba de él.

—De que se puede ganar mucho dinero. Hay muchos hombres que pagarían una pasta por tener la oportunidad de... —Dejó la frase en suspenso, como si el hecho de no decirlo en voz alta le otorgara respetabilidad.

—Follarse a un clon —rugió Anzor, que habló por primera vez—. El último tabú.

Con se encogió de hombros.

—Vale, ya hemos terminado.

Buscó con la mirada la vía de salida más rápida. Detrás de Jasper alcanzó a ver un rostro conocido, inmóvil. Lo perdió de vista momentáneamente cuando la multitud saltó, pero al volver a pisar el suelo apareció de nuevo. Como un peñasco en medio del oleaje. Allí estaba el tipo de la cara llena de marcas de acné. Con una mano se tapaba el oído a la vez que recorría el público con la mirada buscándola a ella. ¿Cómo diablos había dado con su paradero? Se bajó de la banqueta y se libró de Jasper, que le imploraba que lo dejara explicarse. Anzor se adelantó para cerrarle el paso, pero ella se agachó y se escabulló por detrás de un grupo de mujeres que bailaban al ritmo de la música.

Se abrió paso como pudo, empujando a contracorriente por entre el gentío que llenaba el local. Lo bueno de ser pequeña era que a veces resultaba más fácil moverse en medio de una multitud. Miró atrás, por encima del hombro, esperando en cualquier momento ver a Anzor viniendo en pos de ella. Lo malo era que, a pesar de estar rodeada por una gran masa de gente, sabía que nadie acudiría en su defensa. Supondrían que el personal de seguridad estaría echando a un cliente alborotador y se harían a un lado.

Allá delante, el letrero de salida parpadeaba igual que un faro. Con se abrió paso entre otro grupo de personas... y fue a caer directamente en los brazos de uno de los hombres de Cara de Acné. El tipo le hundió las manos en los hombros y le hizo daño. Levantó la vista para mirarlo, pero él tenía el rostro eclipsado por una corona de focos de color rojo que iluminaban el escenario desde arriba.

—La tengo —dijo hablando a su DCL, pero la música ahogó su voz. Lo repitió a gritos, pero no obtuvo respuesta. Agitando una mano por encima de la cabeza, intentó empujarla por delante de él, en dirección a Cara de Acné. Con forcejeó furiosa y le dio un pisotón en el pie, pero el otro iba calzado con gruesas botas militares y ni se enteró. Tal como esperaba ella, el gentío se apartó y les dejó espacio; no querían estropear la diversión participando en aquella trifulca.

Alguien, o algo, llegó por la derecha y chocó contra su captor: fue Anzor, más rápido de lo que cabía esperar de un tipo de sus dimensiones. Con se liberó y cayó al suelo. La multitud se agitó y se dividió creando un espacio vacío. Un tercer individuo se sumó a la refriega. Anzor le doblaba en tamaño, pero ambos eran disciplinados y actuaban en tándem, y se desplegaron en abanico a su alrededor mientras él les lanzaba tremendos puñetazos. Ella, desde el suelo, se sentía como uno de los ciudadanos de una película antigua de Godzilla, contemplando con impotencia a los monstruos destrozando la ciudad.

El grupo no había dejado de tocar. Comenzaron a brillar unas luces giratorias, lo cual no hizo sino añadir más surrealismo a la escena. Ella fue gateando hacia la puerta del escenario buscando la seguridad de la multitud, que iba de acá para allá siguiendo el movimiento de vaivén de la reyerta. Anzor alcanzó con un puñetazo a uno de los hombres y lo lanzó por los aires. Fue a aterrizar cerca de Con, se incorporó medio atontado y la vio. La agarró de una pierna. Ella le lanzó una patada con la otra, lo alcanzó y notó que la pierna quedaba libre. Se escabulló rápidamente entre el público y salió

disparada en dirección a la puerta del escenario, donde le bloqueó el paso el mismo matón que la había dejado entrar.

—¿Qué? —le dijo, dispuesta a pelear aunque fuese una batalla perdida.

—No podrás entrar de nuevo.

Con casi se echó a reír.

—No te preocupes, no pienso volver.

El portero se encogió de hombros y la dejó pasar.

Ella salió al callejón y echó a correr sin rumbo fijo, deseosa de poner distancia con la Glass House. No sabía muy bien quién le daba más miedo que la capturase: Anzor o Cara de Acné. Recorrió dos manzanas antes de darse cuenta de que con tanto apretujón había perdido un zapato. Estupendo. Se arrodilló para quitarse una piedra puntiaguda de la planta del pie y siguió andando.

Era duro reconocerlo, pero quizá Washington D. C. se hubiera acabado para ella. Había investigado todo lo que había podido acerca de aquellos dieciocho meses que le faltaban. La historia comenzaba en Virginia, de modo que allí era adonde tenía que dirigirse, a pesar del peligro. ¿Podía ser peor que Washington D. C.? No veía cómo y, de todas maneras, en su fuero interno sabía que ya le daba igual. La única cuestión era cómo llegar allí. Acudir a Jasper para que la ayudase había sido una pérdida de tiempo, pero él la había hecho ver con cierta claridad la falta de solidez de su situación. No iba a lograr desplazarse a Virginia simplemente con su cabezonería. Necesitaba ayuda.

Hizo la llamada. Cogieron el teléfono al primer timbrazo.

—Hola, Con —dijo Peter Lee. Parecía sinceramente contento de tener noticias de ella—. ¿Qué tal se encuentra esta mañana?

—No podría estar mejor. ¿Cómo está usted?

—Ahora, mejor. ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Peter.

—Dígale a su jefe que quiero hacer un trato.

—Se alegrará mucho. Enviaré un coche a recogerla.

Con se despertó descansada por primera vez desde que se fue de Palingénesis. Fue un alivio poder pensar de nuevo con la cabeza despejada. Y también no seguir oliendo a comida etíope del día anterior gracias a la mejor ducha de toda su vida. En serio, el que diseñó aquella ducha con chorros que proyectaban el agua desde todas direcciones se merecía un Premio Nobel. Aun así, hicieron falta cuatro lavados con champú y acondicionador para que su cabello empezara a estar siquiera remotamente limpio. Todavía necesitaba las atenciones de un estilista experto, pero por lo menos ya podía pasarse los dedos por él. A veces, lo importante eran las pequeñas cosas.

Había llegado a la isla la noche anterior, demasiado tarde ya para reunirse con Vernon Gaddis. Peter le dijo que era de los que madrugaban y se acostaban temprano. Con se alegró de tener primero la oportunidad de lavarse y dormir. Se incorporó en la cama y le preguntó a la casa qué hora era. Una alegre voz con acento británico le respondió que ya era primera hora de la tarde. No le extrañó que se sintiera tan bien. Cuando las cortinas se abrieron automáticamente, penetró en la habitación un haz de intenso sol.

Lo más probable era que no mereciera la pena rescatar su ropa, y volver a ponérsela haría fracasar el propósito de haberse dado una ducha, pero Peter le había dicho que podía servirse del contenido del armario. Lo que encontró fue una percha de prendas de mujer, todas nuevas y con la etiqueta todavía puesta. En el suelo había una pirámide de cajas de zapatos. Al pasar la mano por las perchas, se percató de que todo era de su talla. Lo habían comprado antes de que ella hubiese accedido siquiera a venir. Era una demostración de poderío, había que reconocerlo, y Con decidió no pensar más

en el motivo por el que Vernon Gaddis sabía cuál era su talla de ropa.

Ya vestida, salió al balcón de su dormitorio. Quería echar un vistazo a la finca a la luz del día. Hacía otro día caluroso y húmedo, pero soplaba una brisa procedente del mar que lo volvía soportable. Durante el trayecto de ida se había fijado en que la residencia se hallaba construida en el extremo más alejado de la isla, sobre una lengua de tierra que se doblaba hacia el interior de la bahía. De noche, la casa le pareció gigantesca, y al asomarse por el balcón de la tercera planta vio que no se había equivocado. Vernon Gaddis vivía en un castillo. Tal vez fuera sumamente hipermoderno, pero la piedra negra y desgastada por la intemperie le aportaba un inconfundible toque medieval. Y aunque viviera en una isla que contaba con personal de seguridad privado, había construido altos muros en torno a su propiedad. Lo único que le faltaba era un foso y un puente levadizo.

El estómago le rugía con impaciencia para recordarle que no había tomado una comida como Dios manda desde la mañana del día anterior. Preguntó a la casa por Peter; esta le respondió que se encontraba en las cocinas y le preguntó a su vez si deseaba que le indicase cómo se iba. «Espera un momento, ¿“cocinas”, en plural?» La casa fue guiándola, dándole instrucciones en cada bifurcación, aunque no lograba discernir de dónde provenía aquella voz incorpórea. Esta le hizo atravesar la casa y bajar por una amplia escalinata hasta un vestíbulo con suelo de mármol que le recordó más a un hotel que a una vivienda particular. Desde los muebles hasta el diseño, pasando por las obras de arte, todo mostraba una perfección impersonal, aséptica. Contempló el techo abovedado, que se elevaba a doce metros de altura. Una lámpara de araña, propia de una estación de tren, colgaba de una cadena de hierro forjado, gruesa como el ancla de un barco.

Ella había tocado en locales más pequeños que aquel vestíbulo.

La casa tampoco se había equivocado: era cierto que allí había más de una cocina, y todas eran más grandes que su antiguo apartamento de Washington D. C. Junto a la encimera de una de ellas estaba Peter Lee, repasando los menús de la semana con el cocinero, pero hizo una pausa al ver a Con.

—Buenas tardes. Seguro que tiene hambre.

—Sí que podría comer algo —respondió Con usando uno de los eufemismos más grandes del siglo XXI.

—¿Desayuno o almuerzo?

—Desayuno. Decididamente, desayuno.

—¿Qué le parece una tortilla? Café, tostadas, gachas, una macedonia de frutas...

—¿Y beicon como guarnición? —pidió Con, esperando no parecerse demasiado a Oliver Twist. Llevaba soñando con el beicon desde el episodio de la impresora de alimentos averiada de la cafetería.

—Es usted mi alma gemela. Toda la carne que consumimos procede de aquí, de una cooperativa ganadera sostenible. El señor Gaddis invierte en ella —explicó Peter al tiempo que despejaba un hueco para Con en la mesa de la cocina, que era rústica y de madera, abarrotada de papeles y libros. Era el primer lugar de aquella casa que parecía ocupado por alguien y no colocado con sumo cuidado para una sesión de fotos. Peter le explicó que allí era donde el señor trabajaba casi todos los días. Desde que falleció su mujer, prefería el ajetreo de la cocina a la soledad de su estudio.

—¿Y sus hijos? —Con recordó haber leído que Vernon Gaddis y su mujer tenían tres.

Por el semblante de Peter cruzó una levísima expresión, pero fue demasiado fugaz para que ella pudiera identificarla. El cocinero, que estaba junto a la encimera, hizo un alto en su tarea con el cuchillo suspendido por encima de una cebolla.

—Los hijos no viven aquí, en la casa —explicó Peter. Se hacía obvio que la historia era mucho más larga, pero su tono dejó claro que aquel no era un tema abierto a debate.

—Y bien, ¿está su jefe? ¿Cuándo voy a conocerlo? —preguntó Con.

—Por desgracia, el señor Gaddis ha tenido que desplazarse a Washington D. C. esta mañana.

—Creía haber entendido que nunca salía de la isla —repuso ella, frustrada por aquel retraso. Necesitaba ir a Virginia, y no tenía tiempo para jueguecitos.

—Lo que dije fue que raramente salía. Ha sido una emergencia, pero calcula que estará de vuelta para la hora de la cena. Abriga la esperanza de que usted lo acompañe.

«¿Cómo que “abriga la esperanza”?» No comprendía por qué las personas con poder tenían que hacer como que podías elegir, cuando en realidad te tenían contra la pared y ambos lo sabíais. A lo mejor los ayudaba a dormir por la noche.

El cocinero le sirvió el desayuno y ella se lo tomó en silencio mientras Peter terminaba lo que estaba haciendo. No logró discernir en qué consistía exactamente su trabajo, pero se notaba que se le daba bien. Irradiaba competencia, y su presencia resultaba reconfortante. Tras rebañar el plato con la tostada, Peter se ofreció a enseñarle la casa.

—Una cosa: ¿podría prestarme unas tijeras? —le dijo Con señalándose el pelo—. Necesito hacer algo con esto.

Peter rio abiertamente por primera vez desde que ella lo conoció.

—Puedo hacer algo mejor. Sígame.

Echó a andar a paso vivo, con la resolución de un hombre capaz de moverse por aquella casa con los ojos vendados si fuera necesario. Con se apresuró para no quedarse rezagada. Entraron en un cuarto pequeño que era, esencialmente, una

barbería individual. Se hallaba tan bien equipada como cualquier peluquería en la que hubiera estado ella.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

—Al señor Gaddis le gusta arreglarse el pelo una vez a la semana. Estábamos manchando mucho el suelo del cuarto de baño, así que construyó esta estancia.

—¿Usted también hace de peluquero?

—Así es.

Peter giró el sillón de barbero para ella y le indicó con una seña que se sentara en él.

—En serio, ¿cuál es exactamente la descripción de su puesto de trabajo?

Él rio otra vez, y Con descubrió que le gustaba que lo hiciera.

—Creo que tanto él como yo hemos convenido en que soy el mayordomo.

—¿Y en qué consiste eso, exactamente? —Era una de esas palabras que Con conocía, pero que nunca había pronunciado en voz alta.

—El mayordomo era el jefe de los sirvientes en los palacios italianos y españoles. Yo me encargo de supervisar los asuntos del señor Gaddis, de administrar su casa y de procurar que su vida transcurra sin problemas.

—¿Y eso incluye cortar el pelo?

—Soy un hombre de múltiples talentos. Pero debo advertirla de que hace mucho tiempo que no le corto el pelo a una mujer. Siempre que no busque algo que sea muy estiloso, creo que podré arreglármelas.

No había muchas personas a las que Con se atreviera a confiarles su melena. Pero Peter tenía algo que la empujó a sentarse en el sillón. Él le soltó la coleta y emitió un carraspeo a modo de disculpa.

—Es posible que tengamos que subir y recortar bastante.

—¿Cuánto, hasta dónde? —preguntó ella, aunque sabía con toda exactitud la penosa situación por la que atravesaba su cabello—. Bueno, ¿sabe qué? Haga lo que tenga que hacer.

—Es lo que hago normalmente.

A lo largo de los treinta minutos siguientes, Peter eliminó todo lo que no fuera pelo sano y a continuación se puso a darle forma a lo poco que quedó. Había sido modesto: era todo un mago con las tijeras. Mientras trabajaba iba charlando con Con, y durante un rato esta tuvo el convencimiento de que la vida había vuelto a la normalidad. Simplemente se estaba arreglando el pelo, tal y como hacían millones de mujeres. También ayudó el hecho de que Peter no la miró de forma rara ni le hizo preguntas sobre su condición de clon. Sospechó que, como trabajaba para Vernon Gaddis, ya había dejado de ser un tema interesante. Resultaba agradable charlar de cosas corrientes. Le preguntó cuánto tiempo llevaba trabajando para él, y Peter le respondió que había empezado un año después del accidente de avión. Eso había sido en el 35, de modo que habían pasado casi cuatro años.

—¿Dónde ha aprendido a cortar el pelo? ¿Formaba parte de las tareas estándar de un mayordomo? —preguntó Con.

—Mi padre tenía una barbería. Trabajé en ella desde los siete años.

—¿En dónde vivía?

—En Madison Parish. En una localidad pequeña llamada Tallulah —respondió Peter.

—¿Es de Luisiana? —Había captado detalles de un acento sureño, pero no se le habría ocurrido pensar en dicho estado.

Su sorpresa debió de notársele en la cara, porque Peter le sonrió de oreja a oreja y por un instante permitió que le saliera su verdadero acento.

—Por estos lares no hay mucha demanda de mayordomos cajunes, querida. Tuve que formarme para adaptarme.

—Pues quienquiera que lo entrenase lo hizo bien.

—¡Hurra! —exclamó Peter.

—¿Ha estado en el ejército? —La ropa la había desconcertado, pero ahora que tenía más información quedaron explicados su actitud y sus modales.

—Diecisiete años.

—Mi padre también estuvo —dijo Con, para su propia sorpresa. Nunca hablaba de él—. Murió en acto de servicio.

—El señor Gaddis me ha dicho que era *ranger*. Lamento su pérdida —dijo Peter con tanta seriedad como si aquello hubiera ocurrido el día anterior.

—No pasa nada. Yo era muy pequeña —repuso ella desviando el tema con pericia ensayada.

—No es verdad que no pase nada, sobre todo cuando uno es pequeño.

Por la manera en que lo dijo, Con percibió su dolor a flor de piel. No dijo nada, le dejó espacio para que continuase si así lo deseaba, pero él, en vez de continuar, le preguntó cómo se llamaba su padre.

—Cabo Antoine D'Arcy. ¿Lo conoció usted?

Peter negó con la cabeza.

—El ejército es muy grande —dijo—. ¿Me permite que le pregunte dónde?

—En Centroamérica. En la frontera entre México y Guatemala.

—Operación Vigilancia del Sur —dijo él. Tristemente, estaba informado—. Aquello fue una masacre de principio a fin. Perdimos a mucha gente buena.

Aquel tema puso fin a la conversación, y él continuó trabajando en silencio. Con rara vez hablaba de su padre; para ella, era más una idea que una persona. Solo tenía seis años cuando falleció, y ya antes de eso pasaba más tiempo fuera de casa que dentro. Tampoco ayudó el hecho de que, poco después de que ella se fuese a vivir con su abuela, su madre hubiera sacado de su casa todo rastro de Antoine D'Arcy. Con pasó por allí una tarde en que creía que su madre estaría trabajando para llevarse unas cuantas cosas y se encontró con una enorme hoguera en el patio trasero y a Mary D'Arcy acurrucada en una tumbona desvencijada, leyendo la Biblia.

Peter, una vez que hubo terminado, se apartó y cogió un espejo. Ella se quedó sin habla al contemplar la transformación. Tenía el pelo negro y liso de su abuela, pero nunca lo había llevado tan corto. Le daba miedo terminar pareciendo un recluta novato, pero el mayordomo había conseguido darle un estilo que se aproximaba a un corte a lo chico. Le sentaba mejor de lo que ella se habría esperado. Estaba, se atrevió a decir, casi guapa. Y más importante era que, por primera vez, parecía una persona. No ella misma, no del todo, pero sí una persona. Si alguien mirase en su dirección, ya no le preocuparía que se preguntase a qué especie pertenecía ella. Para sorpresa de ambos, rodeó a Peter con los brazos y lo estrechó, agradecida.

—Entonces, ¿he aprobado?

—No tienes ni idea. Muchísimas gracias.

—Me alegra que haya quedado contenta —respondió él zafándose del abrazo.

—Peter, ¿puedo preguntarte una cosa? ¿De manera extraoficial? ¿Cómo es tu jefe en realidad? —A lo mejor era una ingenuidad por su parte pensar que iba a darle una respuesta sincera. Él trabajaba para Vernon Gaddis, y el hecho de que le hubiera cortado el pelo no lo convertía en un coleguita suyo. Aun así, lo cierto era que se fiaba de él, y eso

ya quería decir algo. Rara vez confiaba en una persona con tanta rapidez.

—Bueno, esa es una pregunta complicada. Pero imagino que usted quiere saber si se puede confiar en él.

—Algo así.

—Se puede. ¿Significa eso que haya que confiar en él? No estoy seguro de que me corresponda a mí decir eso, la verdad. Él me salvó la vida, así que es posible que no tenga una opinión objetiva a ese respecto.

—¿Te salvó la vida? —dijo Con.

—Tiene usted que entender que la situación del señor Gaddis es increíblemente compleja. Además, los ricos no piensan como usted y como yo. Ni siquiera estoy seguro de que vivan todo el tiempo en este planeta. En ocasiones, el señor Gaddis me sorprende, pero siempre me ha tratado de forma justa. Así y todo, al final, depende de cada uno mirar por nuestros propios intereses, porque nadie más lo hará, a no ser que sus intereses coincidan con los nuestros. ¿Me comprende? Esa es la mejor respuesta que puedo darle.

—Gracias —repuso Con—. Eso me ayuda mucho.

Después, Peter se excusó diciendo que tenía trabajo que hacer y que si necesitaba cualquier cosa se la pidiera a la casa. Ella pasó el resto de la tarde explorando y reflexionando sobre lo que le había dicho de coincidir en los intereses. Una cosa estaba clara: la conversación de aquella noche iba a ser interesante. A pesar de la hospitalidad de Gaddis, no eran amigos. Más bien lo contrario: él simplemente necesitaba algo de ella. También existía un cincuenta por ciento de probabilidades de que todo lo que le había dicho Brooke Fenton fuera verdad. Iba a tener que andarse con pies de plomo.

La casa era una habitación tras otra de espacios perfectamente decorados. Todas estaban vacías y carentes de toda vida. Era como estar paseando por un hotel de lujo fuera

de temporada, cuando todos los clientes ya se habían marchado. Además de la cocina doble, la casa contaba también con una sala de cine; una biblioteca enorme que era más propia de una universidad antigua de Inglaterra; una habitación de juegos equipada con un bar bien surtido y mesas de billar, pimpón y tejo; un gimnasio completo; una cancha de ráquetbol, y una bodega de atmósfera controlada en la que había varios miles de botellas de vino. Pasó junto a un salón de baile tan grande que sus pisadas levantaron eco cuando entró en él. Pero al llegar a la zona médica, que parecía un hospital, la envidia de Con empezó a transformarse en compasión. Peter le había dicho que Gaddis rara vez salía de la isla. No se había construido una barbería y una consulta médica por comodidad, sino para no tener que abandonar la seguridad y la privacidad de la isla. A pesar de todo aquel dinero, seguía estando atrapado. Aquello no era un hogar, era una cárcel de lujo.

En la planta de arriba encontró las habitaciones de los hijos. Estaban immaculadas y fosilizadas en ámbar, con juguetes y prendas de vestir esparcidos por ahí, tal como se habían quedado. Aquello le recordó a Con a esos padres que a veces lloran de ese modo la pérdida de un hijo porque no son capaces de afrontar la realidad. En la mesa de uno de los niños había deberes del colegio sin terminar. Sin embargo, Peter había dicho que no vivían en aquella casa. No iban en el avión siniestrado, de modo que ¿dónde estaban?

Por la ventana del dormitorio de la hija Con vio una limusina que subía por el camino de entrada y se detenía junto a la puerta principal. De ella se apeó Vernon Gaddis y se dirigió con paso vivo hacia la casa. Se dijo que debería haberse dado una ducha y haberse puesto presentable, ya casi era la hora de cenar.

Un poco después de las ocho, Peter condujo a Con hasta una terraza que daba a los rompeolas que impedían que la isla fuera engullida por la bahía de Chesapeake. El sol ya estaba muy bajo en el cielo del oeste y enmarcaba la casa en un halo dorado. Gaddis estaba sentado en un extremo de una mesa que fácilmente tenía capacidad para treinta comensales. Se puso de pie para saludarla. Llevaba un traje impecable, hecho a medida. Con, tras ducharse, sufrió pensando qué ponerse. ¿Debía escoger alguna de las prendas nuevas del armario, para demostrar su gratitud, o eso haría que pareciera débil? Se había probado varias cosas, pero al final se decantó por la camiseta y el vaquero que traía puestos cuando llegó, y que se había encontrado lavados y doblados encima de la cama. No dejaba de insistir en que ella era Con D'Arcy, así que bien podía demostrarlo con sus actos.

—Buenas tardes —dijo Gaddis—. Lamento no haber estado presente cuando te despertaste, pero es que tuve que ir a Washington D. C. a apagar un fuego. Confío en que Peter te haya cuidado bien. Me ha dicho que has tenido la valentía de permitir que te cortase el pelo.

—Bueno, él ha tenido la valentía de cortármelo.

El susodicho sonrió por aquella broma, pero no dijo nada. Sirvió el vino y volvió a desaparecer en el interior de la casa. Vernon Gaddis levantó su copa y esperó a que Con hiciera lo mismo.

—Bienvenida a mi hogar. Gracias por estar aquí.

—Gracias a usted —dijo ella al tiempo que entrechocaban las copas. Estaba deseosa de ir al grano, pero sabía que sería un error ser la primera en sacar el tema. Se hizo el silencio entre ambos. Gaddis sonrió para incitarla. Buen intento. Era

joven, pero no tonta. Así que probó el vino y le hizo un cumplido, aunque lo único que sabía de él era que se trataba de un blanco.

—¿Sabes?, este era el sitio de la casa que más le gustaba a tu tía —dijo Gaddis poniendo fin al punto muerto—. Cuando se alojaba en la isla, pasábamos horas aquí sentados, planificando el futuro de Palingénesis. Ella adoraba estas vistas, aunque eran mejores antes de que construyéramos los rompeolas.

—No pasa nada, la verdad es que nunca había visto el mar —admitió Con—. Es precioso.

—¿Nunca? ¿Cómo es posible? Tú eres de Texas. ¿A qué distancia estabas del Golfo? ¿A un par de horas?

—Mi madre no creía en las vacaciones.

—Tu madre no creía en las vacaciones —repitió Gaddis con una risita de incredulidad—. De modo que Abigail no exageraba cuando dijo que su hermana era una buena pieza.

Por lo general, a Con no le gustaba mucho que alguien que no fuera ella hablase mal de su familia. Sin embargo, estaba dispuesta a dejar pasar aquello por el bien de la diplomacia.

—Mi madre, la madre de mi madre y probablemente la madre de la madre de mi madre. Lo de ser una buena pieza es algo típico de esa rama de mi familia.

—Es posible que eso también lo mencionase Abigail. Sin embargo, a ti te tenía mucho afecto.

—Oh, seguro que sí —se apresuró a responder Con, demasiado rápido. Tenía una larga lista de adjetivos que le servirían para describir el tono de la carta que acompañaba a la oferta de su clon. El de *afectuosa* no era uno de ellos.

—¿Quién crees que te pagó la universidad?

—Mi abuela —respondió ella con precaución.

—No, tu abuela se limitó a redactar el cheque. El dinero procedía de Abigail. De manera discreta. Para no alterar todavía más la relación entre tu madre y tú.

A Con le entraron ganas de negarlo, pero ya estaba viendo que lo que decía Gaddis era muy plausible. Siempre había sido un misterio de dónde había sacado Gamma Jol el dinero después de que su madre le hubiera prohibido a Con estudiar en la universidad de Austin. Su abuela decía que era una cantidad que tenía ahorrada para cuando vinieran mal dadas, pero ahora resultaba que todo el tiempo había provenido de su tía rica.

—¿Y ha podido apagar ese fuego? —preguntó ella para cambiar de tema y sacar a Gaddis de aquel terreno cómodo. La maniobra pareció funcionar, porque su expresión se volvió sombría.

—No, me temo que no. Hoy me han retirado de la junta directiva de Palingénesis.

—Lo siento. ¿Ha sido por mi culpa?

—Siempre iba a haber consecuencias por haberme involucrado. No sé cómo se ha enterado Brooke de que tú y yo hemos hablado. Supongo que ya no importa. Ya hace mucho tiempo que estaba buscando una excusa. —Gaddis volvió a llenar su copa de vino—. Aun así, aunque ya sabía que eso iba a suceder, ha sido más doloroso de lo que esperaba. Me ha acompañado hasta el exterior de la empresa que ayudé a fundar y a construir de cero, como si fuera un delincuente común.

—He sido yo. Yo le he contado a la doctora Fenton que estuvimos hablando. —Con no veía motivos para no decírselo: o Gaddis ya lo sabía y la estaba poniendo a prueba, o acabaría enterándose. Sería mejor que lo supiera ahora por ella—. No sabía que eso iba a valerle a usted que lo expulsaran de la junta directiva.

—Ya —repuso él dejando su copa en la mesa—. ¿Has hablado con Fenton después de hablar conmigo?

—Sí, la he visto.

—La has visto. —La diferencia entre ver a una persona y hablar con ella por lo visto era crucial para Gaddis—. ¿Así que has vuelto a Palingénesis?

—No, ella acudió a mí.

—¿En persona? Acudió a ti en persona. —Lo dijo como si Con acabara de revelar el secreto para convertir el plomo en oro—. Interesante. ¿Y qué te dijo Brooke en su defensa?

—Me dijo que fue usted quien me sacó de Palingénesis. Que usted es el responsable de la anomalía que tuvo lugar en mi descarga.

—¿Una anomalía? —Gaddis estaba genuinamente sorprendido—. ¿De qué tipo?

Si estaba fingiendo, era muy buen actor. Con se recordó a sí misma que Brooke Fenton había estado igual de convincente; aquellas personas no se habían hecho ricas por ser un libro abierto. Se esforzó por describir lo mejor posible lo que le había contado Fenton de la serie de espacios vacíos que se habían registrado en su descarga.

—Qué hija de puta —dijo Gaddis, y golpeó con el puño el reposabrazos de su silla, igual que haría un juez con un martillo.

—¿Usted sabe de qué se trata? —le preguntó ella—. Fenton dijo que no tenía ni idea.

—Ya, y una mierda que no. Es más lista de lo que yo la consideraba.

Con esperó a que continuara hablando, pero Gaddis se quedó ensimismado en sus pensamientos y contempló fijamente la bahía como si hubiera avistado en el horizonte un barco hundiéndose. Ella lo perforó con la mirada para intentar

forzarlo a hablar. «Dime algo.» Al ver que aquello no surtía efecto, cogió su copa de vino. Si toda la velada iba a ser un punto muerto, a lo mejor era un buen momento para averiguar la capacidad que tenía su cuerpo nuevo para aguantar el alcohol. Por suerte, Peter hizo una oportuna reaparición con la cena. Ensalada verde, crema de cangrejo azul y unas chuletas a la brasa que, de tan tiernas, parecían estar a punto de despegarse del hueso. Solo hacía unas horas que había comido, pero volvía a tener un hambre feroz. Se preguntó en voz alta si alguna vez se hartaría de comer o de dormir.

—¿Estás de broma? —le dijo Gaddis riendo, ya desaparecido como por arte de magia todo rastro del enfado anterior. Era como si una copia exacta de Vernon Gaddis, gregaria y encantadora, se hubiera sumado a la conversación —. Durante el primer mes que pasé yo siendo un clon, creo que dormía catorce horas al día. Solo salía de la cama para comer. Por suerte, todavía no estaba conmigo Peter, de modo que aún me tiene un poco de respeto.

Eso fue reconfortante. Con estaba viviendo en su nueva realidad completamente sola, y le resultó tranquilizador saber que lo que le estaba ocurriendo era normal.

—¿Cómo te sientes emocionalmente? —le preguntó Gaddis ahora que se había nombrado a sí mismo su mejor amigo.

—No muy bien. Nadie cree que sea yo —respondió ella sin saber muy bien si debía confiarse al enemigo, pero dolorosamente consciente de lo mucho que necesitaba decirle aquello a alguien que lo entendiera. Lo más irritante era que estaba segura de que él también lo sabía.

Gaddis asintió con gesto solidario.

—¿Y tú? ¿Quién crees que eres?

—No lo sé. Me cuesta mucho distinguirlo con claridad en mi cabeza.

—Te entiendo perfectamente. Yo pasé por lo mismo, y solo tenía un desfase de dos semanas. El tuyo es de dieciocho

meses. No puedo ni imaginar cómo debes de sentirte.

—Ni siquiera tengo el mismo aspecto físico.

Gaddis asintió con la cabeza.

—Lo normal sería que Palingénesis te hubiera dado la opción de volver a ponerte los tatuajes, las cicatrices, las marcas distintivas, el envejecimiento de la piel... Tienen a dos cirujanos plásticos en plantilla. Eso ayuda mucho, créeme. En ocasiones los clientes optan por partir de cero, pero nueve veces de cada diez quieren parecerse lo más posible a su original. Yo mismo, desde luego, y aun así lo pasé mal.

Con bajó la vista hacia su brazo izquierdo, sin tatuajes. Lo comprendía. Sería maravilloso mirarse al espejo y por lo menos reconocer a la persona que te estaba devolviendo la mirada.

—Es que tengo la impresión de estar volviéndome loca, ¿sabe?

—Sí. Y no eres la única. —Gaddis lanzó un profundo suspiro. Movi6 los dedos, yema contra yema formando una pirámide, adelante y atrás—. ¿Cuánto, exactamente, es lo que sabes de tu tía Abigail?

—Prácticamente nada —admitió Con.

—Era una persona extraordinaria. Una entre un millón. Yo soy un adicto al trabajo, y comparado con ella parecía un vago inútil. Y, para colmo, poseía la mente más brillante que he conocido en toda mi vida. Gracias a Dios que no le interesaban los negocios, porque me habría dejado sin trabajo. Nos conocimos en una conferencia que tuvo lugar en Boston en la primavera del 19. Ella había estudiado Computación Cuántica en el MIT y tenía un doctorado en Medicina por Harvard. Era una mezcla poco corriente, un peso pesado. Su tesis doctoral sobre la clonación humana había llamado la atención, pero no había tenido suerte a la hora de atraer inversores.

—¿Por qué no?

—Porque era, como ya sabes, una buena pieza. Los inversores quieren saber que van a poder controlar lo que están comprando. —Gaddis sonrió al recordar a su antigua compañera—. Y Abigail no se dejaba controlar. Ahuyentó a mucha gente. Yo tuve una reunión con ella como cortesía hacia un amigo. Había oído lo que se contaba y no abrigaba expectativas de que saliera nada de aquello. Pero la reunión se alargó hasta la cena. Para cuando terminamos el postre, toda la trayectoria de mi vida se había alterado. Íbamos a cambiar el mundo los dos juntos. Lo que en ningún momento me paré a preguntar fue si el mundo quería cambiar.

»Cuando se puso en contacto con nosotros el Departamento de Defensa, fue de lo más lógico. El amor que siente este país por las guerras pequeñas nos había exigido más de lo que podíamos dar. Para el año 28, la cohesión operativa de nuestras fuerzas especiales se había degradado hasta el punto de que el mando de operaciones especiales ya no podía cumplir con sus compromisos internacionales. Tienes que comprender que un solo operador de primera clase representa varios años de entrenamiento y más de diez millones de dólares. Una inversión considerable para dejarla expuesta a una bala perdida. —Gaddis chasqueó los dedos—. Pero ¿y si Palingénesis ofreciera copias de seguridad de esos soldados? ¿Cómo sería devolver al campo de batalla a un soldado muerto en combate en cuestión de semanas y con una pérdida mínima de entrenamiento o de la integridad de su unidad? Toda esa valiosa experiencia y esos conocimientos prácticos se conservarían en lugar de perderse de manera trágica. Y sus familias no habrían perdido a una madre o a un padre. Éramos patriotas. Ganábamos todos, se mirase como se mirase.

—Hasta que empezaron a darse cuenta —dijo Con sin saber muy bien por qué le estaban dando una lección de historia. Era un relato que en Estados Unidos ya conocía todo el mundo a aquellas alturas. En el 32, el *Washington Post* publicó la noticia de que una pequeña empresa de biotecnología denominada Palingénesis estaba suministrando

clones del personal clave de las fuerzas especiales. Dicha noticia estalló en la consciencia de los americanos y fracturó todavía más un país ya dividido. La cuestión de qué era lo que constituía un vida humana pasó de las especulaciones de la ciencia ficción a las mesas de comedor de todas las familias de la nación. Enemigos tradicionales en política descubrieron, incómodos, que se encontraban en el mismo lado de aquel problema, mientras que alianzas que antes eran inquebrantables se venían abajo separadas en facciones enfrentadas.

Tampoco ayudó el hecho de que el Gobierno federal, atrapado en su propio y eterno lodazal burocrático, no promulgara ninguna ley significativa acerca del tema. Afirmar que había que votar a favor de una legislación que declarase que los veteranos de guerra con condecoraciones no eran seres humanos resultó ser un suicidio político. No llegó a votarse ni un solo proyecto de ley. Con lo cual, cada estado tuvo que decidir por sí mismo. Los primeros que aprobaron leyes contrarias a la clonación, entre otros Illinois, Massachusetts o Georgia, simplemente prohibieron de plano el procedimiento. En los años siguientes, otros estados fueron cada vez más lejos, como si estuvieran compitiendo en un concurso nacional de pureza para ganar el premio al más anticlonación: afirmaron que los clones no tenían categoría de personas y endurecieron las limitaciones de la cláusula de la Constitución que obliga a respetar todas las resoluciones judiciales tomadas por los demás estados de una forma que no se había visto desde antes de la Guerra de Secesión. El resto del mundo adoptó diversas posturas respecto del tema: la Unión Europea aprobó una amplia moratoria sobre la clonación humana, mientras que China, Corea y Japón comenzaron a desarrollar programas propios. Si había que dar crédito a los rumores, la familia real saudí había pagado una fortuna a Palingénesis para el mantenimiento de su propia clínica de clonación privada en Riad.

—¿Te sorprendería saber que la mayor parte de esa primera generación ya ha desaparecido? —dijo Gaddis.

—¿Desaparecido? ¿Cómo?

—La inmensa mayoría de los clones se quitaron la vida. Los que no se suicidaron quedaron destrozados por las adicciones y la depresión. Y un descorazonador número de ellos simplemente desapareció de la faz de la tierra. No tenemos ni idea de dónde están ahora.

—¿Qué sucedió? —preguntó Con sin poder creérselo. Aquella parte de la historia no la conocía.

—Lo que sucedió fue que eran clones. Una vez que terminaron de servir a su país, nuestro Gobierno los abandonó. La nación los abandonó. No se hizo ningún esfuerzo por facilitarles la transición hacia un mundo que desconocía que ellos existían. El proyecto era tan secreto que ni siquiera sus propias familias sabían la verdad. Cuando la prensa publicó la historia, quedaron destrozadas.

—No tenía ni idea —dijo Con, que por fin había perdido el apetito.

—Ni tú ni nadie, porque no se ha vuelto a hablar de ello. No interesa al país sacarlo a la luz. La única ocasión en la que nos acordamos de los veteranos es en los partidos de fútbol. — Gaddis se sirvió el vino que quedaba en la botella.

—Dios —dijo ella en voz baja, sintiéndose arder de cólera—. Y sabiendo todo eso, ¿usted de todas formas decidió ofrecer la clonación al público general?

—Sí, así es —respondió él, sorprendido por la actitud desafiante de Con. Si había creído que confesar sus pecados iba a ser la clave para ponerla de su parte, le esperaba un buen batacazo.

—¿Por qué? ¿En qué diablos estaba pensando?

—Ojalá tuviera una respuesta más noble, pero soy un hombre de negocios. Estaba pensando en que allí podía

ganarse mucho dinero. Abigail quería hacer una pausa, hablar de las ramificaciones, pero no había tiempo para eso. Una vez que los medios le echaron la zarpa a la historia, supe que tenía que dar un paso decisivo o arriesgarme a que todo lo que había construido terminara arrastrado por la marea de la opinión pública. Sinceramente, creí que, una vez que superásemos el escepticismo primitivista de los americanos, lograríamos convencerlos de todas las cosas buenas que estaba haciendo Palingénesis. Nosotros nos burlamos de la muerte. Literalmente. Ese ha sido el sueño de la humanidad desde que salimos de las cuevas, y Palingénesis lo ha hecho realidad. — Gaddis se interrumpió, avergonzado él mismo de su fervor—. Tienes que comprender que en aquella época yo era un fanático de la clonación. No podía estar más equivocado.

Eso sorprendió a Con. No pensaba que fuera un hombre dado a reconocer sus errores.

—¿Y qué lo hizo cambiar de opinión?

—El accidente de avión —respondió Gaddis son sencillez—. En él morimos tanto Cynthia como yo. Ella siempre había apoyado mi trabajo, pero nunca deseó tener un clon. Así que, cuando a mí me revivieron en Palingénesis, me encontré solo. Desorientado. En estado de negación. ¿Te resulta familiar?

—Sí, mucho.

—Yo fundé Palingénesis, pero no entendía lo que significaba ser un clon. Creía que sí, que empatizaba, pero estaba demasiado enamorado de su potencial. No veía los estragos que causaba en nuestros clientes sino como un precio aceptable que pagar. Fue necesario que yo muriese para que viera lo poco ético que era todo.

—¿Poco ético? Entonces..., ¿ahora no considera que los clones sean personas?

Gaddis negó con la cabeza.

—No, nada por el estilo. Por supuesto que somos personas. También he tenido tiempo de sobra para reflexionar sobre eso,

créeme. Fue lo único en lo que no me equivoqué cuando me desperté hace cinco años.

—¿Así que los clones son personas pero usted está en contra de la clonación? ¿Cómo se entiende eso?

—¿Cuánto tiempo hace que eres un clon? ¿Dos días? ¿Qué tal está siendo la experiencia hasta ahora? —preguntó él retóricamente.

Con se libró de responder gracias a Peter, que, con su impecable don de la oportunidad, eligió aquel momento para resurgir. Se inclinó hacia Gaddis para susurrarle algo al oído. A este se le endureció el semblante. A lo lejos se oía el retumbar sordo del mar chocando contra los rompeolas.

—¿Están aquí todos? —preguntó el anfitrión.

—Sí, señor. En el vestíbulo. ¿Les digo que se marchen?

Gaddis frunció el ceño.

—No, eso solo serviría para empeorar las cosas. A Aldous no le gusta salir de la casa más que a mí. Le sentará muy mal haber montado el espectáculo para nada. Tráelos aquí.

—Sí, señor —dijo Peter, y se fue a buscarlos.

—¿Algún problema? —quiso saber Con.

—Acaba de llegar mi otro fuego —respondió Gaddis.

—Debería irme —dijo ella al tiempo que se levantaba—. Ya terminaremos luego la conversación.

—No, conviene que te quedes. Esto también te concierne a ti.

Peter condujo a tres individuos hasta la terraza. Incluso desde lejos, Con percibió su furia contenida. No tenían paciencia para entretenerse con ceremonias y pasaron directamente por delante de Peter. A juzgar por la mirada que este dirigió a Gaddis, con gusto los habría arrojado a los tres a la bahía de Chesapeake si su jefe le hubiera dado la orden. Este lo despidió con la mano al tiempo que los tres hombres se

colocaban a su alrededor. Si hubiera sido Con, habría sentido el impulso de levantarse y buscar un poco de espacio, pero Gaddis se limitó a tomar un sorbo de vino y contemplarlos con frialdad.

—Caballeros —les dijo—, ¿a qué debo el placer?

—¿Es cierto? —preguntó enfadado el primero, un sij de gran estatura que tenía la frente surcada de arrugas de tanto fruncir el entrecejo.

—¿Lo es? —preguntó el segundo, un individuo de raza blanca rechoncho y dotado de una nariz patricia y mofletes de golfista.

El tercero, también de raza blanca, no dijo nada. Era el más bajo de los tres, pero a Con su seriedad le resultó intimidante. Permanecía con las manos metidas en los bolsillos y llevaba la cazadora deportiva echada hacia atrás con mucho estilo.

—¿El qué? —dijo Gaddis.

—No te hagas el tonto —dijo el segundo hombre—. Nos ha llamado James. Dice que esta tarde tú le has informado de que Palingénesis te ha expulsado de la junta directiva y que ahora tienes la intención de apelar. ¿Es cierto?

—¿Por qué no nos sentamos todos? —sugirió Gaddis en tono amigable.

—Responde a la pregunta, Vernon. ¿Tienes intención de apelar?

—Así es —confirmó él.

Sus invitados estallaron, furiosos; su fingida cortesía iba erosionándose a toda velocidad. Únicamente el tercero permaneció en silencio, aunque su mirada se tornó glacial detrás de su expresión benevolente. Gaddis aguantó estoicamente mientras lo acusaban de traición.

—Teníamos un trato —dijo el segundo hombre.

—Soy muy consciente de ello.

—Acordamos que si tu caso llegaba al Tribunal Supremo, dejarías el asunto. Ese fue el trato.

—Lo sé, y lo siento —dijo Gaddis.

—¿Que lo sientes? —repuso el primero golpeándose el dorso de una mano contra la palma de la otra—. Eso no es suficiente. Ni de lejos. Hay demasiado en juego para todos nosotros.

—Sí —dijo Gaddis—. Todos nos jugamos algo. Estamos juntos en esto. Es un sentimiento maravilloso, pero yo soy ese del que se espera que lo sacrifique todo.

—Es un sentimiento tuyo —replicó el segundo con el rostro tan congestionado que Con pensó que iba a darle un infarto—. Tuyo. Eres tú el que ha venido predicando eso desde el principio.

El tercer hombre, que no había hablado todavía, carraspeó. Sus colegas enmudecieron y se volvieron hacia él.

—Nadie está pasando por alto el precio imposible que estás pagando tú, amigo mío —dijo con voz de político, grave y compasiva.

—Son mis hijos, Aldous —dijo Gaddis—. Me estáis pidiendo que abandone a mis propios hijos. Que renuncie a mi derecho a reclamarlos. Que admita públicamente que no lucharía por ellos hasta el amargo final. ¿Cómo crees que se sentirán sabiendo que su padre ha puesto la conveniencia política por delante de ellos? ¿Podrías hacerlo tú?

—Vernon, lo comprendemos —contestó Aldous—. Créeme. Todos hemos sufrido. Ya lo sabes. Pero no estás pensando con nitidez. Si este caso llega a juicio, perderás. Cinco contra cuatro. Puede que seis contra tres.

—Eso no lo sabemos con seguridad —repuso Gaddis.

—Cinco contra cuatro. En el mejor de los supuestos. García votará con la mayoría, y tú perderás. Eso es lo que nos dice la investigación que hemos realizado de toda nuestra oposición.

Es un acuerdo cerrado. Y después, todos lo perderemos todo. El Tribunal Supremo habrá asestado un golpe mortal a la situación jurídica de los clones en este país. Todo aquello por lo que hemos trabajado en estos cinco años se perderá. Lo siento, pero este no es nuestro momento.

Gaddis no se lo refutó. No dijo nada en absoluto, pero Con se dio cuenta de que seguía en sus trece. Conocía aquella expresión muy bien, por haberse criado con su madre: significaba que los hechos habían dejado de tener importancia; que la verdad se había tornado incómoda, ya fuera porque contradecía sus creencias o porque se convertía en un obstáculo para lo que ella deseaba. Con desconocía lo que estaba ocurriendo dentro de la cabeza de Gaddis, pero, fuera lo que fuese, vio que no iba a cambiar de opinión.

Eso no disuadió a Aldous de intentarlo:

—Pero, si en noviembre gana nuestro candidato, hay dos jueces que ya tienen setenta y muchos años. Tenemos una oportunidad de poner al Tribunal a nuestro favor en los ocho próximos años.

—¡Yo no dispongo de ocho años! —saltó Gaddis.

—Lo sé —concedió Aldous—. No es justo, pero debemos tener paciencia. Escoger el sitio adecuado. Lo sabes de sobra.

—Claro que lo sabe. Después de todo, el plan fue suyo —dijo el primero.

A lo largo de la siguiente hora, los tres hombres probaron todos los métodos que se les ocurrieron para convencer a Gaddis. Ninguno les funcionó, aunque al final Con, si alguien le hubiera pedido su opinión, se habría puesto de parte de ellos. Ninguno lo hizo. Se sentía igual que una persona no invitada en una trifulca familiar. Ni una sola vez aquellos hombres acusaron su presencia. Pero tampoco Gaddis se tomó la molestia de presentarla, y eso que había afirmado que aquello la concernía. Por la conversación, Con adivinó que eran todos clones, pero por lo visto ella era de su misma clase.

Bien podría haber sido invisible. Había una lección que aprender de todo aquello: Gaddis le permitía escuchar en silencio, pero para tener voz hacía falta poseer mil millones de dólares. Haría bien en recordarlo.

Cuando los tres hombres finalmente vieron que no había forma de convencer a Gaddis, se prepararon para marcharse. Su cólera se había disipado y había sido reemplazada por un sentimiento mudo de decepción. Aldous, el líder indiscutible, se volvió hacia él al tiempo que se abrochaba los botones de su americana.

—Ya sabes que no soy de los que profieren amenazas vacuas, pero si sigues adelante con esto, tienes que comprender que habrá consecuencias. No me dejarás alternativas.

—Lo comprendo —respondió Gaddis—. No te lo tendré en cuenta.

—Hablemos pronto de nuevo. No quisiera que me tuvieras como tu enemigo.

—Estaría bien —dijo Gaddis.

Se levantó para estrecharle la mano a cada uno de ellos, como si el tema estuviese zanjado. A Con toda aquella farsa le pareció de lo más estrambótico, y no entendió que la gente rica se pelease siquiera. Cuando se quedaron solos de nuevo, Gaddis se sentó otra vez en su silla y estuvo largo rato contemplando la bahía. Al parecer, era su postura favorita.

—No se equivocan —dijo—. Es probable que yo pierda el caso.

—¿Qué caso? —preguntó Con adoptando un tono compasivo. Era mejor que la frustración que sentía en realidad.

—Claro —dijo Gaddis—. A veces se me olvida que no para todos es el centro del mundo. En realidad es bastante simple. Cuando nuestro avión se estrelló, Cynthia y yo estábamos regresando de París. Era nuestro aniversario de

boda, y era la ciudad que más adoraba ella. La parte trágica de la historia es que después de nuestro viaje ella tenía que ir a Barcelona para participar en un congreso. La idea era que yo volviera a casa solo, pero en España tuvo lugar un atentado terrorista que obligó a aplazar el congreso en el último momento. Así que mi mujer regresó a casa conmigo. Si no hubiera sido así, ahora estaría viva. Fue uno de esos sucesos azarosos que tienen consecuencias imprevisibles. —Llegado a ese punto Gaddis hizo una pausa, consciente de que había entrado en un territorio más personal del que pretendía—. En fin. Cuando viajábamos, solíamos dejar a los niños en Virginia, con la familia del hermano de ella. Son sus padrinos, y sus hijos tienen más o menos la misma edad que los nuestros. Nos veíamos con frecuencia, y los niños formaban todos una piña. Cuando yo reviví en Palingénesis, llamé para que me enviaran a mis hijos a casa. Pero se me informó por medio del abogado de mi cuñado de que se quedarían en Virginia con ellos.

—¿Por qué?

—Porque, para la familia de Cynthia, Vernon Gaddis falleció en aquel accidente de avión junto con su esposa. No reconocen mi existencia. Perdí a mi mujer. No he visto a mis hijos ni me he comunicado con ellos de ninguna forma. Ahora estoy a punto de perderlos de manera permanente, junto con mi fortuna y todo lo que he construido.

—Vaya —dijo Con, que ahora comprendía su dilema.

—Las leyes del estado de Virginia respecto de los clones son inequívocas en este tema. Y también el hermano de Cynthia. Como es el padrino, ha reclamado la custodia de mis tres hijos. Además, presentó una demanda en los juzgados de Virginia para que se leyera el testamento, el cual estipula que, en caso de que fallezcamos Cynthia y yo, nuestro patrimonio debe ponerse en un fideicomiso a nombre de los niños, que será administrado por mi cuñado, porque, evidentemente, yo soy gilipollas.

—¿Se quedaría sin blanca?

—En la miseria total. Como era obvio, apelé en Virginia y presenté una demanda contraria en los juzgados de Maryland. Fallaron a mi favor, y Virginia falló a favor de mi cuñado. Un duelo de criterios. El caso conjunto se ha enviado al Tribunal Supremo, si es que este decide aceptarlo, cosa que ya ha anunciado que sí. Y aquí es donde estoy seguro de que voy a perder.

—Y esa es la razón de que sus amigos estén tan furiosos.

—Si el Tribunal Supremo dictamina que yo no soy Vernon Gaddis, eso dejará zanjado a nivel federal el asunto de si los clones son personas o no. Su resolución se superpondrá a las leyes de todos los estados y acabará con la clonación legal en Estados Unidos. Todos los clones que haya serán despojados de sus derechos y sus propiedades. De modo que, o peleo por mis hijos con todos los recursos de que dispongo, o los sacrifico en aras de un bien mayor. Cosa que estaba más o menos resignado a hacer hasta la reunión que he tenido hoy con la junta directiva.

Con no tenía hijos ni interés en tenerlos, pero se imaginaba lo que debía de ser que a uno lo obligaran a escoger en semejante disyuntiva.

—Entonces, ¿a qué obedece ese cambio de opinión?

—A que no creo que nada de esto sea accidental. Está ocurriendo algo que llevaba mucho tiempo preparándose. Lo noto, pero no sé lo que es. Ni lo que lo motiva.

—Entonces, ahora ¿qué?

—Ahora tenemos que llegar a un acuerdo —dijo Gaddis—. ¿Te apetece postre?

El postre fue tarta de arándanos y helado. Gaddis se tomó un whisky escocés, pero Con lo rechazó. Todavía estaba con su primera copa de vino y tenía la intención de continuar con ella. Él acercó su silla para hablar en voz queda. Sin chaqueta, con la corbata aflojada, adoptó una postura conspiratoria y se enrolló las mangas.

—En el año 32, el *Post* dio la noticia sobre la clonación, y Palingénesis empezó a ofrecérsela al sector público. En los ocho años siguientes, sus dos fundadores han sido eliminados de manera sistemática de la empresa que crearon.

—Mi tía se suicidó.

—Por favor —se burló Gaddis—. Abigail Stickling era la persona menos proclive a suicidarse que he conocido nunca.

—Los medios dijeron que sufría una depresión —dijo Con.

—Sí, se sentía frustrada por los contratiempos que venía teniendo en su trabajo, pero distaba mucho de estar deprimida. Esa es simplemente la tapadera que ha empleado Palingénesis.

—¿Usted no cree que se quitase la vida?

—No digo eso, desde luego que fue ella. Y sí, estoy al tanto de todas esas teorías absurdas que afirman que era su clon, a pesar de que ella no era médicamente capaz de tener uno. Los originales y los clones son idénticos en muchos aspectos, pero hay maneras de distinguirlos: las huellas dactilares, la erosión por el medio ambiente, los daños causados por el sol... Esas cosas no pueden falsificarse. No tengo la menor duda de que era Abigail Stickling la que cayó desde aquella azotea. Lo que nunca he comprendido es la razón.

—Usted cree que está todo conectado —le dijo Con.

—Ya sé que suena raro. Y ha habido ocasiones en las que he pensado que estaba paranoico. Seré el primero en reconocer que mi imaginación me ha jugado malas pasadas en los cinco años que han transcurrido desde que falleció Cynthia, pero nunca he dejado de pensar que aquí había algo más profundo que simple mala suerte.

—¿Y cree que Brooke Fenton es quien está detrás de todo?

—Ahora, sí.

—Sabrá que ella dice lo mismo de usted —dijo Con, tanto para recordárselo a sí misma como para comunicárselo a Gaddis.

—Por supuesto que dice lo mismo. Necesita un chivo expiatorio, y yo le he hecho el juego.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere Fenton?

—Cuando creamos la empresa, yo accedí a que Abigail tuviera autoridad absoluta para decidir si se debía dar a conocer su trabajo y cuándo. Tenía sus inconvenientes, pero a fin de cuentas solo había una Abigail Stickling. A partir del momento en que Fenton me sustituyó como presidente ejecutivo, entró en guerra con ella por el control de los laboratorios de investigación y desarrollo. Exploró todos los recursos que tenía a su disposición para echar la zarpa al inmenso filón de propiedad intelectual que estaba desarrollando Abigail. Nada funcionó. Cuando tu tía murió, Brooke Fenton invadió el laboratorio de investigación como Aníbal cruzando los Alpes. ¿Y sabes qué fue lo que encontró? Absolutamente nada. Abigail lo había borrado todo. Habían desaparecido años enteros de investigación. Aquello hizo que Palingénesis retrocediera una década o más. En aquel momento, yo pensaba que simplemente era demasiado egocéntrica para dejar tras de sí algo que permitiera que otros siguieran sus pasos, que tuvieran éxito donde ella había fracasado. Habría sido una maniobra muy propia de ella.

—Sin embargo, ahora ya no está tan seguro.

—Ahora me pregunto si había algo de cierto en todo aquello. ¿De verdad quedó borrado todo el trabajo de investigación de Abigail, o eso también formaba parte de la tapadera de Brooke? Puede que me equivoque, pero eso me resulta más plausible que la idea de que Abigail se suicidara y de que dieciocho meses después se reviviera a su sobrina a pesar de que había rebasado en quince meses el plazo médico para la desconexión. Y de que la misma ayudante que a todas luces la había liado con la desconexión fuese la que te ayudara a escapar de la cámara subterránea.

—¿Cree que Laleh Askari estaba implicada? —preguntó Con haciendo memoria por si recordaba algún indicio de que aquella le hubiera mentido. Odió dicha posibilidad.

—Bueno, me gustaría hacerle yo esa misma pregunta, salvo por el hecho de que, por lo visto, ha desaparecido.

—¿Así que usted cree que Brooke Fenton fingió la destrucción de los trabajos de investigación de Abigail y está sirviéndose de mi consciencia para robárselos a Palingénesis? —dedujo Con esforzándose para hacerse a aquella idea.

—Sí, eso es lo que creo. Pero ni siquiera la presidenta ejecutiva puede salir de la empresa llevándose esa clase de propiedad intelectual. Eso es absolutamente imposible. Necesitaría un mensajero, alguien que no tuviera ni idea de que estaba transportando algo de valor.

—De modo que usted quiere efectuar una descarga de mi consciencia.

—Sí, aunque para ello necesitaríamos tener acceso a una clínica de Palingénesis, cosa que ya no tengo. Lo que me gustaría hacer es realizar un escáner de tu cabeza. Tengo un experto que podrá decirnos si estoy en lo cierto o si mi imaginación me ha jugado otra mala pasada. Llevará unos días analizarlo. Entretanto, será un gusto tenerte aquí como invitada.

—Yo tengo una contraoferta.

—Sí, ya lo supuse —contestó Gaddis—. Oigámosla.

—Quiero un coche y dinero suficiente para una o dos semanas.

—Quieres ir a Virginia, ¿a que sí? A pesar del peligro, a pesar de los riesgos, estás preparada para ir hasta allí en coche.

—Pues sí, ¿es una tontería?

—Depende de a quién preguntes. ¿Te importa decirme el motivo?

Con dudó si decir lo que estaba pensando, sabedora de que iba a parecer una estupidez.

—Es difícil de explicar, pero... quiero saber qué le ha sucedido a mi original en estos dieciocho meses. Necesito saberlo.

—Naturalmente que sí. —Gaddis afirmó con la cabeza. En su mirada se notaba que lo comprendía.

—¿Es raro que tenga curiosidad por saber qué ha sido de ella en estos dieciocho meses? —le preguntó Con—. No dejo de pensar en ello.

—Sería raro que no pensaras en ello.

—¿En serio?

—Claro. Es una cosa que tienen en común todos los clones con los que he hablado en estos últimos años. Por muy pequeño que sea el desfase que experimenten, siempre tienen esa sensación de estar incompletos.

—¡Eso es! —exclamó Con incorporándose de pronto. Había estado buscando la palabra exacta que definiera cómo se sentía. Incompleta. Le faltaba aquella parte de sí misma. De nuevo sintió alivio al ver que ella no era la única—. ¿Le sucedió a usted?

—Estaba obsesionado —respondió Vernon.

—Así me siento yo.

—Mi última recarga la efectué justo antes de salir hacia París. Tenía una necesidad urgente de saber todo lo que había ocurrido entre Cynthia y yo, hasta el más mínimo detalle. Adónde habíamos ido, qué habíamos hecho, si ella estuvo contenta o no... Contraté a investigadores privados para que volvieran sobre nuestros pasos. Les ordené que hablasen con el personal de hoteles y restaurantes, con cualquier persona con la que hubiéramos tenido contacto. Revisé nuestros mensajes de texto para intentar deducir cuál había sido nuestro estado de ánimo. Cynthia era muy buena fotógrafa, de modo que había toda una colección de fotos y vídeos. Lo examiné todo. Reconstruí el viaje entero.

—¿Y sirvió de algo? —quiso saber Con.

—Sí y no. A ver, nada iba a ser suficiente, pero al final recuperé bastante información para quedarme en paz. Sabía que para Cynthia había sido un viaje maravilloso y que nuestra vida en común había terminado con un broche de oro. Eso me ayudó a seguir adelante.

—Lo siento —dijo Con rememorando los últimos recuerdos que tenía de su vida anterior: se despertó el Día de Navidad y fue a ver a Zhi. Ya hacía un año y medio de aquello, pero para ella solo habían transcurrido tres días.

—Imagino lo que ha debido de ser para ti —dijo Gaddis.

—¿A qué se refiere?

—A que yo solo tuve un desfase de dos semanas. Tú has perdido un año y medio. Y en ese lapso han sucedido un montón de cosas: te has enamorado, te has ido a vivir a otra parte, te has casado... Son hitos muy importantes en tu vida.

—¿Usted cree? ¿Es mi vida? —replicó Con expresando en voz alta una pregunta que no dejaba de aguijonearla.

Vernon se puso serio y carraspeó de forma significativa.

—Claro que lo es. ¿De quién si no? ¿Recuerdas tu infancia, tu vida anterior?

—Sí, pero...

—Pero nada —dijo él en tono firme—. Por lo que a mí respecta, no existe ninguna diferencia entre tu original y tú. ¿Dirías que una persona que sufre amnesia no es ella misma porque hay una parte de su vida que no recuerda? ¿Qué le da a nadie el derecho de decir que tú no eres tú? Eso debes decirlo tú, y nadie más.

—Entonces, ¿comprende por qué tengo que irme?

—Lo comprendo. Totalmente —respondió Gaddis con tristeza—. Es muy mala idea. En Virginia no son bienvenidos los clones. Al último que atraparon en ese estado lo encontraron colgado de un árbol. Pero sé que a ti todo eso te da igual. Sé que nada que yo pueda decirte conseguirá que hagas caso a la razón. Cuentas con mi total comprensión, pero precisamente por eso no puedo permitirte que vayas. Si estoy en lo cierto al imaginar lo que hay dentro de tu cerebro, será la única copia que quede en el mundo. Si te sucediera algo en ese estado, se perdería todo.

—Vale, pues si usted no quiere ayudarme, a lo mejor Brooke Fenton sí. Si le soy sincera, no me fío de ninguno de los dos, pero voy a darle a usted la primera oportunidad. Pienso ir a Virginia de un modo o de otro. Usted dice que sabe por lo que estoy pasando; vale, pues entonces sabrá que esta guerra entre Brooke Fenton y usted me importa un pimiento, igual que Palingénesis o que la labor de investigación de mi tía. Lo único que me importa es averiguar qué le ha sucedido a mi original. Nada más. Cuando regrese, quienquiera de ustedes dos que me haya proporcionado un coche tendrá acceso a lo que hay dentro de mi cerebro. Con mi consentimiento, que es la única manera en que podrá hacerse con ello.

Gaddis emitió una risita.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —dijo Con enfadada.

—Me recuerdas a Abigail.

—¿Tenemos un trato?

—¿Puedo hacerte un escáner del cerebro antes de que te vayas? —pidió él—. Y también me gustaría que mi médico te hiciera una exploración física antes de que te dejemos ir a Virginia.

—Sí, de acuerdo.

Vernon Gaddis le tendió la mano para que se la estrechara.

—En ese caso, tenemos un trato.

Segunda parte

Cruzar el río

«Aprenderé de mí mismo, seré mi propio alumno; llegaré a conocer mi yo, el misterio de Siddharta.» Miró a su alrededor como si estuviera viendo el mundo por primera vez.

Siddharta, Herman Hesse

Dos días después de haber cenado con Vernon Gaddis, Con se marchó de la isla de Charles al volante de un compacto eléctrico de dos puertas, último modelo, con matrícula de Virginia. Tenía el color de unas gachas de avena frías y no era muy bonito, pero así lo había querido ella, teniendo en cuenta el lugar al que se dirigía. Cuanto menos llamase la atención, menos la llamaría ella. Además de aquel coche tan encantador, Gaddis conectó su DCL nuevo a estrenar a una cuenta bancaria que le duraría por lo menos un par de semanas. Era temprano, el cielo estaba despejado y ella se sentía muy animada. El primer día tras salir de Palingénesis había sido una loca carrera por la supervivencia. La vida se había reducido a las necesidades básicas: comida, agua y refugio. Se hacía difícil trazar un plan cuando una estaba hambrienta, cansada y asustada todo el tiempo. Su campo visual se había estrechado hasta concentrarse únicamente en la manera de ir sin peligro desde el punto A hasta el punto B. Ahora las cosas eran distintas. Tenía un plan. Estaba en acción.

En realidad, era raro lo bien que se sentía y lo raro que era sentirse bien. Consciente de sí misma. Despierta. Tras el accidente, había perdido todo interés por sí misma, como si estuviera pidiendo perdón por estar viva mientras que sus amigos habían muerto. Ahora sentía que había regresado su curiosidad, como si estuviera saliendo de la nebulosa de un potente anestésico. Había vivido aquellos tres años como una inquilina negligente dentro de su propia piel, pagando el alquiler y permitiendo que a su alrededor todo fuera degradándose. Estaba bastante segura de que su original se había dado cuenta de lo mismo, pero no había necesitado convertirse en un clon para despertar y salir de Washington D. C. Con necesitaba saber cómo lo había hecho.

El automóvil se sacudió cuando dejó la carretera estatal de Maryland y se incorporó a la I-95, la autopista federal que discurría desde Maine hasta Florida. La sacudida la sobresaltó, y se aferró a los reposabrazos como si fueran un salvavidas, pero simplemente se debió a que el coche se conectaba con la red interestatal de control del tráfico, el algoritmo que coordinaba los millones de vehículos que utilizaban aquella ruta a diario. De manera automática, el intenso tráfico matinal se modificó para hacer un hueco a Con sin que un solo vehículo redujera la velocidad. Su coche aceleró hasta alcanzar los ciento treinta kilómetros por hora y se sumó al Tetris inmensamente complejo de alta velocidad que eran las carreteras a Washington D. C. por las mañanas.

Se obligó a soltarse de los reposabrazos y sacudió las manos para aflojar la tensión. Aquel era solo el tercer coche en el que había estado desde el accidente. Se recordó a sí misma que en las autopistas federales era ilegal la conducción no autónoma. Sí, había muchas personas que se resistían a colaborar, puristas que se aferraban a la idea de la «carretera abierta» y estaban en contra de lo que consideraban una supervisión excesiva por parte del Gobierno, pero se ceñían tozudamente a las vías secundarias y jamás se conectaban con la mente de colmena de una autopista. Pues muy bien, podían quedarse con aquellas carreteras en tanto en cuanto no se acercaran a ella.

El pánico momentáneo hizo que se detuviera un momento a pensar en qué diablos estaba haciendo. Pese a todas las advertencias, pese a todo lo que sabía que podía estar esperándole, allí estaba, cruzando el puente Woodrow Wilson en dirección al estado de Virginia, tristemente famoso por no ser nada comprensivo con los clones. Allí matar a un clon ni siquiera se consideraba asesinato, sino destrucción de la propiedad, un delito de sexta clase. Lo había racionalizado consigo misma: se quedaría solo unos pocos días, los justos para rellenar las lagunas que tenía en la memoria. Se prometió

no ser avariciosa. Nadie sabía que iba. Mientras se mantuviese en un plano discreto, no le sucedería nada.

Un alegre letrero le dio la bienvenida a Virginia, y comenzó a sentir en el pecho una tensión que iría incrementándose a medida que fueran pasando los días. Era verdad que allí no la buscaba nadie, pero, si se le averiase el coche en la cuneta de la autopista, o si se alojase en un motel donde no debía, o si comiese en un restaurante inapropiado, o si la reconociese alguien, entonces tendría problemas de los graves, y no los vería venir hasta que ya fuera demasiado tarde. Pero lo que más miedo le daba era que nada de todo aquello cambiaba las cosas, ni siquiera el hecho de que no contaba con un segundo clon y si muriese ahora estaría muerta de verdad. Aunque supiera que en Virginia la esperaba una turba de linchamiento con una soga, habría ido de todas formas. No tenía más remedio. Descubrir la verdad sobre aquellos dieciocho meses perdidos se había convertido en algo adictivo, excepto que sabía que no había terapia en el mundo capaz de aplacar aquella compulsión. Lo que primaba en este momento era la necesidad de saber la verdad.

Allá abajo, el sol bailaba inocentemente sobre el río Potomac como si formara parte de una historia totalmente distinta.

Su marido vivía a las afueras de las afueras de Richmond, en una urbanización moderna imposible de distinguir de todas las demás urbanizaciones de clase media-alta que se habían construido en los cincuenta últimos años. Las diferencias más llamativas radicaban en lo que le faltaba. A pesar del tamaño de las parcelas, Con no vio ni una sola piscina; todas habían sido víctimas de la normativa cada vez más estricta y la fiscalidad cada vez más alta aplicadas al agua. En lugar de piscinas eran obligatorios los paneles solares y las cisternas. Las áreas de césped también se habían reducido de tamaño desde que Con era pequeña, y casi lo único que le gustaba de aquella urbanización era el amplio espacio dedicado a árboles recién plantados. Incluso así, los arbolillos, que probablemente

eran varios miles, estaban demasiado inmaduros para ofrecer sombra, lo cual no hacía sino recalcar el hecho de que todo aquello había sido inventado por una constructora y no era un vecindario auténtico.

El coche se aparcó solo al otro lado de la calle en la que vivía su marido, y Con se quedó sentada un momento, contemplando la casa. Había abrigado la esperanza de que le transmitiera alguna impresión del hombre que vivía dentro, pero mostraba la esterilidad institucional que tenían todas las comunidades planificadas. Todas las casas de aquella manzana eran casi idénticas, aunque no del todo, hasta en las leves variaciones en el color de la pintura, seleccionadas sin duda alguna en el catálogo de muestras de la fascista asociación de propietarios. Y todas eran gigantescas hasta pasarse de vueltas; si no viniera de una vivienda que parecía un castillo, se habría sentido intimidada por el innecesario tamaño que tenían todas las cosas. Siendo objetivos, todo lo de aquella urbanización le pareció horrible.

Cuando iba de camino, ya sabía que no iba a resultarle un sitio familiar, pero esperaba reconocerlo como un lugar en el que imaginarse a sí misma: una afinidad espiritual, si no práctica. Pero no, nada. Habiendo pasado una gran parte de su vida intentando escapar de su pequeña localidad natal de Texas, no lograba entender que alguien se exiliara voluntariamente a las afueras. Pero eso era exactamente lo que había hecho. Aquel era su hogar. Allí vivía con su marido. Un tal Levi Greer. Eso y aquella dirección fueron los únicos datos que le permitió a Vernon Gaddis que le proporcionara. Le pareció demasiado peligroso conocer más.

Tal vez debería haber ido directamente a buscar a su original. Antes de salir de la isla de Charles, entró en la cuenta segura en la que se guardaban los datos del GPS encriptados del chip biométrico de Con D'Arcy. Tal como decía en su publicidad, Palingénesis solo había conservado las treinta y seis horas inmediatamente anteriores al fallecimiento. Por lo visto, dichas horas las había pasado en una granja situada solo

sesenta kilómetros al sur de donde se encontraba ahora. Y desde entonces su original no había salido de allí. Con deseaba mantener la esperanza de que existiera una posibilidad de que su original aún siguiera con vida, pero hasta a su justificable escepticismo respecto de Palingénesis le estaba costando trabajo explicarlo. Esa era la razón por la que había viajado hasta allí. No era que su muerte no fuese importante, pero marcaba el final de la historia, y ella no quería empezar por el final: quería conocer a aquella mujer, comprender cómo había vivido. Solo así se sentiría preparada para ver cómo había muerto.

Eso implicaba ponerse el traje de mujer adulta y averiguar qué la esperaba detrás de la puerta número uno. Abrió la portezuela del coche con la intención de bajarse, pero de repente volvió a cerrarla y accionó el seguro. El corazón le retumbaba en el pecho como un tambor. Hasta aquel momento, Levi Greer no había sido más que una silueta, una figura de cartón en la que pinchar un millar de posibilidades. Pero en el momento en que abriera la puerta de aquella casa se transformaría en un ser real, en la respuesta a la pregunta de si ella era de verdad Constance Ada D'Arcy. ¿Y si no sentía nada al verlo? ¿Qué le diría eso acerca de sí misma? ¿Cómo podía ser Con D'Arcy si no amaba a quien Con D'Arcy había amado?

Basta.

Con un último empujón, se obligó a apearse del coche y se dirigió hacia la acera antes de convencerse de lo contrario. Llamó al timbre y dio un paso atrás, como si hubiera encendido la mecha de un cohete de fuegos artificiales pero no supiera muy bien lo que ocurriría cuando prendiera la chispa.

Salió a abrir un individuo de veintitantos años, de raza blanca, demacrado, delgado y con cara de profundo cansancio, de ese que va acumulándose tras los ojos igual que la placa de sarro y transformándose en un siseo constante en los oídos. Tenía debajo de los ojos bolsas grandes semejantes a

neumáticos viejos y llevaba varios días sin lavarse el pelo, que subía y bajaba en un mar de furiosos remolinos. Su camiseta retro de Kendrick Lamar estaba llena de lamparones que se solapaban, lo que indicaba que no se había cambiado de ropa por lo menos en dos días. ¿Aquel era Levi Greer? ¿El casanova que la había cautivado y la había seducido para que se fuese a vivir a Virginia? ¿Cómo era posible? ¡Pero si era un desastre de hombre! Aunque, a su estilo, no le faltaba atractivo. Por debajo de aquella barba desaliñada había unos pómulos altos, pronunciados, y sus ojos verdes insinuaban que poseía una intensidad oculta si uno se tomaba el tiempo necesario de conocerlo. Y debía de sacarle a ella como treinta centímetros. ¿Cómo hacían para besarse? Intentó imaginarse en los brazos de él.

De pie en el umbral, Levi Greer se sobresaltó al verla y se quedó clavado en el sitio moviendo la boca sin decir nada, como un cantante que sale al escenario pero se olvida de la letra de la canción. Con había estado tan ensimismada pensando en lo que sentiría al encontrarse con él que no había tomado en cuenta el efecto que ella misma iba a causarle. ¿Existía siquiera algún precedente de que el clon de tu esposa desaparecida, a la que creías muerta, se presentara en la puerta de tu casa? La expresión de su rostro era inescrutable, pero ella vio que en su fuero interno sus sentimientos estaban librando una dura batalla por el derecho de dictar cuál tenía que ser su reacción.

—Llevas el pelo demasiado corto —le dijo Levi mirándola fijamente y con gesto suspicaz, como haría el camarero de un bar acercando a la luz un billete de cien dólares que podría ser falso—. Así que es cierto que tenía un clon. Increíble.

—¿Es que no lo sabías?

—Me lo dijo la policía, pero no quise creerlo. Pero supongo que, en realidad, a quien no conocía era a Con. —Se apoyó contra el marco de la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho—. Hay que ver, eres igualita. —Evitaba mirarla, como si ella

fuese un eclipse que fuera a dejarlo ciego si lo mirase directamente.

—Una camiseta muy guay —comentó ella por decir algo. Siempre había sido una admiradora de Kendrick Lamar, y lamentaba no haberlo visto cuando estaba en su mejor momento.

Levi cogió la tela para ver lo que llevaba puesto.

—Ah, esta. Sí, claro. Me la regaló ella.

«Ella.»

Tan solo los separaban unos centímetros; en cambio, Con percibía el abismo que se extendía entre ambos. Había ido a averiguar si sentiría algo por él; pues bien, ya tenía la respuesta. Aquel individuo era un desconocido para ella, y no sentía nada. Ninguna chispa. Ninguna atracción. Nada. Aquel no era su marido. Cuando las implicaciones de aquello fueron cayendo a su alrededor, empezó a dolerle la cabeza. Sintió en los oídos un pitido grave, como el de una alarma antiaérea; su visión se estrechó y el cordón que mantenía juntas todas sus extremidades se deshilachó y se rompió.

Cuando se despertó, estaba tendida en un mullido sofá azul y blanco que hacía juego con la moqueta, con las cortinas y con todas las demás cosas que había en aquel cuarto de estar, coordinado hasta decir basta. ¿De verdad se había desmayado? Hacía mucho que no le pasaba, desde un día cuando estaba en octavo curso, en clase de gimnasia. Al darse cuenta de que estaba dentro de la casa de Levi Greer, la curiosidad la empujó a incorporarse. En la mesa del fondo había una foto de boda en un marco de plata. La cogió. Sintió un súbito calor en las orejas y en el cuello, como si hubiera irrumpido en un momento de intimidad de otra persona. La feliz pareja estaba de pie en la entrada del juzgado, ambos cogidos del brazo. Levi Greer y Con D'Arcy. Ni siquiera reconoció a la mujer que Levi estaba abrazando.

Feliz.

Sonriente.

Enamorada.

¿Qué derecho tenía a sonreír de esa manera? Se sintió furiosa, después envidiosa y por último llegó el sentimiento de culpabilidad. Fichas de dominó cayendo una tras otra. ¿Y Zhi? ¿Cómo podía haberlo traicionado de aquel modo? Claro que ella no había traicionado a nadie. Ella en realidad no vivía allí. Y en realidad Levi Greer no era su marido. Entonces, ¿quién era ella? ¿En qué la convertía aquello? Notó el escozor de las lágrimas, pero se obligó a reprimirlas. No era el lugar ni el momento.

¿Y dónde demonios estaba Levi Greer? Se levantó con cuidado, probando a ver si sus piernas estaban lo bastante firmes para sostenerla. Posó la mirada en una camiseta deportiva enmarcada que había en la pared. Picada por la curiosidad, se acercó a verla. Era de los Pathogens, la franquicia deportiva de Richmond, y tenía «GREER» grabado en la espalda. En el ángulo inferior del marco había una fotografía en la que se veía a los integrantes del equipo levantando un trofeo por encima de la cabeza. Entre ellos distinguió a Levi Greer. Sonreía de oreja a oreja y tenía una mano en el trofeo y un dedo de la otra levantado con gesto de triunfo. ¿Se había casado con un deportista? Ni siquiera le gustaban los deportes ni los videojuegos. Pero al menos eso explicaba que él pudiera permitirse tener una casa como aquella.

Levi Greer apareció en el umbral, con un vaso de agua en la mano. Se sorprendió al verla de pie.

—Ya estás mejor.

Se lo entregó y ella, avergonzada, le dio la foto de boda.

—¿Es verdad? —preguntó él en voz baja cuando ella hubo vaciado el vaso—. ¿De verdad ha muerto?

—No lo sé.

—Vamos —dijo Levi—. No hagas eso. Si ella no hubiera muerto, tú no estarías aquí. Así es como funciona, ¿no? Así que cuéntame. Ya no aguanto más esto.

Con notó que volvía a dolerle la cabeza. Cada vez que Levi decía «ella» en vez de «tú» era como si le diese un puñetazo en la cabeza.

—Eso es lo que dice Palingénesis.

—Pero ¿tú entonces no la has visto? Podría ser que aún estuviera viva.

—Es posible —admitió Con.

Levi, en vez de sentirse ilusionado con la perspectiva, se enfadó.

—Entonces, ¿por qué no estás ayudando a la policía a encontrarla? Me han dicho que tú eres la única persona que tiene acceso a sus coordenadas de GPS.

—Es complicado.

—No es complicado —replicó él—. Mi esposa ha desaparecido. Tú eres la única que sabe dónde está. ¿Qué hay de complicado en eso?

—Antes quería conocerte a ti. Esperaba que pudiéramos hablar —dijo Con sabiendo que sonaba muy egoísta. De repente, su crisis existencial le pareció insignificante comparada con la pena y la preocupación de aquel hombre. No se sintió capaz de vivir consigo misma si resultase que su original seguía con vida, herida o en peligro. Por supuesto, si estuviese viva, ella no tendría que vivir consigo misma durante mucho tiempo. Una de las estrictas leyes que regían la clonación en aquel país estipulaba que en ninguna circunstancia podían coexistir.

—¿Conocerme a mí? ¿Para qué? Creía que ya tenías los recuerdos de ella.

—No los tengo todos. —Le dolió admitirlo, sobre todo ante él.

Eso pareció sorprender a Levi, que dedicó un momento a recalibrar.

—¿Cuánto te falta?

—Mi última recarga fue el 26 de diciembre de 2038. A partir de ahí, no recuerdo nada.

Los ojos de él se despejaron al reconocer la fecha.

—Esa fue la noche en que la vi cantar por primera vez. ¿No te acuerdas de eso?

Con negó con la cabeza. Ya estaba insertando aquella parte de la historia en la línea cronológica. Eso quería decir que después de conocer a Levi Greer se había trasladado a Virginia y había dejado de hacer recargas. Ni siquiera le dijo que tenía un clon de reserva. ¿Por qué? ¿Pensó que ya no iba a necesitarlo? Las preguntas no dejaban de acumularse, cada una de ellas era una astilla que se le clavaba en la piel y que solo podría extraerse con las respuestas que Greer parecía cada vez menos dispuesto a proporcionarle.

—Bueno, pues ya me has conocido —dijo él en tono duro y grave—. ¿Qué es eso tan importante de lo que querías hablar conmigo? ¿Por qué no quieres ayudar a la policía a encontrar a Con?

—Porque necesitaba ver esto, ¿vale? —respondió ella señalándolo a él y la casa—. No lo entiendo. ¿Cómo es que estamos casados? ¿Cómo es mi vida? Yo...

Levi la interrumpió poniendo las manos delante de su rostro.

—No es tu vida, Con. Y no estamos casados.

Greer dio un paso al frente; ella, sin querer, retrocedió; una danza antigua y cruel coreografiada por muchas generaciones de hombres y mujeres. Con intentó ver en su semblante algo

que le dijera qué pretendía en realidad. ¿Era de aquellos para los que una discusión con una mujer conducía inevitablemente a la violencia? Quisiera pensar que ella no habría sido capaz de casarse con un hombre así, pero había tíos que no se mostraban tal y como eran hasta que ya era demasiado tarde. Si Levi daba un paso más, ella lo sabría. Plantó los pies con firmeza en el suelo. No iba a pasar de allí.

Pero él no dio el paso. Se quedó donde estaba y su expresión cambió de la furia al cansancio y después a la desesperación.

—Es que necesito saber qué le sucedió. No puedo soportar esto. Tú no sabes lo que es no saber nada.

Pero ella sí que lo sabía, y de todas formas aquel hombre había pasado por un infierno por su culpa. Tal vez por la amenaza existencial que representaba, hasta aquel momento Con se había resistido a pensar en él como una persona real. Había sido una crueldad por su parte.

—Por favor —le imploró Levi—. Dile a la policía dónde está. Lo que quieras. Haré lo que sea.

—Se lo diré. Te lo prometo —respondió Con—. ¿Podemos hablar después? Tengo muchas preguntas. Hay cosas que yo también necesito saber.

Él se enjugó las lágrimas y asintió con la cabeza.

—¿Eso es lo único que quieres?

Eso lo era todo.

Cuando se despidió de Levi Greer, tenía toda la intención de cumplir su promesa. Incluso sacó los datos de contacto de Darius Clarke y puso el dedo en el botón de llamar. Pero luego volvieron a acumularse las preguntas, y su necesidad de saber, como un picor insistente, volvió con más fuerza que antes. «¿De verdad estás a punto de llamar a la policía? —la acusó una vocecilla—. ¿En serio te has arriesgado a venir a Virginia para dejarlo todo en manos de Darius Clarke?» En el momento en que le dijo a Levi lo que él quería saber, él se cerró en banda. De modo que ya no obtendría ninguna respuesta, no le cupo la menor duda. Así que introdujo en el coche las coordenadas del GPS y dejó que este la llevase hasta una pequeña granja de Buffum, una comunidad independiente ubicada en el condado de Dinwiddie.

Estaba a mitad del siglo XXI, pero Con se dijo que la periodista Dorothea Lange habría reconocido aquel sitio. Daba la impresión de estar abandonado desde antes de la Guerra de Secesión y tenía un letrero gastado que decía «SE VENDE» colgando lacio de una estaca clavada en el suelo. La carretera sin asfaltar que llevaba hasta la casa, tapiada con tablones, estaba bloqueada por una verja de hierro oxidado provista de un candado y una cadena. Con le dijo al coche que se aparcase en la hierba de la cuneta de la estatal 670. Ya eran casi las doce del mediodía, el sol calentaba como un horno en lo alto del cielo sin nubes. A mano izquierda se elevaba un silo viejo para el grano, orgulloso y desafiante contra el calor, aunque hacía mucho tiempo que había perdido gran parte de la pintura. Junto a él se erguían los restos esqueléticos de un establo inclinado con cansancio hacia el oeste. Con había visto de pequeña un centenar de granjas como aquella. Virginia y Texas estaban separadas casi por dos mil kilómetros, pero una pérdida era una pérdida. Antes de ser lo bastante mayor para

entender el dolor que acarreaban las ejecuciones hipotecarias, aquella decrepitud romántica de las construcciones abandonadas le parecía preciosa.

Naturalmente, era fácil encontrar pintoresca una granja abandonada a las doce menos cuarto de un día de verano. Cuando se hiciera de noche, resultaría siniestra, toda convertida en sombras esquivas y sueños inquietos, y la línea de árboles que formaba un círculo desdibujado en torno a la propiedad se llenaría de espectros y leyendas. Era curioso cómo funcionaban aquellas cosas. Los edificios no distinguían el día de la noche. No mutaban, tan solo cambiaba la luz, y con ella el modo en que Con los percibiría. Mejor marcharse de allí mucho antes de que llegara ese momento.

Pensando en eso, apagó el motor. Se apeó y abrió el portón del maletero. En el sitio donde debería encontrarse la rueda de repuesto estaba el equipo de emergencia que le había preparado Peter. No había dicho ni una palabra, pero Con se dio cuenta de que no le agradaba mucho su decisión de viajar a Virginia. Dentro de la bolsa había un botiquín de primeros auxilios, provisiones y agua, trescientos dólares en efectivo, una muda de ropa, una linterna, un mapa del estado de Virginia, un segundo DCL, una navaja de supervivencia y un aerosol de pimienta. «¿Sabes manejar armas de fuego?», le había preguntado él. Con enarcó una ceja y le recordó que ella era de Texas. Salir a cazar ciervos mulo con sus tíos era una tradición de los Stickling todos los años por Acción de Gracias. Eso hizo reír a Peter, pero de todas maneras le dio un cursillo intensivo de cómo se usaba una Smith & Wesson Shield de nueve milímetros. En aquel momento Con pensó que estaba exagerando, pero ahora, al contemplar aquella granja, agradeció su preocupación.

Sacó el agua y la linterna y se metió la pistola en los vaqueros. Acto seguido, se coló por debajo de la verja y echó a andar por el camino sin asfaltar, que era largo y curvo. ¿Había sido una buena idea ir sola? Seguramente, no. Pero el simple hecho de que una persona reconociera la ley de la gravedad no

implicaba que pudiera ignorarla y salir volando. Sencillamente, la pulsión de saberlo todo era demasiado intensa.

Greer le había preguntado si su original continuaría con vida. Mirando a su alrededor, Con deseó desesperadamente imaginar una buena razón para haber ido hasta allí, pero no se le ocurrió ninguna. ¿Dónde empezar a buscar? No le hacía gracia la perspectiva de ponerse a recorrer aquellos campos, aquella maraña de malas hierbas, arbustos espinosos y vegetación silvestre. Podía pasar días enteros vagando por allí sin tropezarse con nada, aparte de animales salvajes. ¿En Virginia habría serpientes venenosas? Eso acabaría mal. Y después, algún pobre idiota se toparía con dos cadáveres idénticos. Sí, era mejor empezar mirando en el interior de las construcciones.

El silo no era más que una caja de resonancia. Las puertas del establo estaban cerradas con candado, pero Con encontró un hueco entre dos tablones sueltos y se coló por él. La recibió un olor mohoso a heno petrificado, y todo el viejo establo gruñó como un anciano respondiendo a una visita no deseada. Las grietas abiertas en el tejado destrozado proyectaban sobre el suelo haces de luz que parecían las teclas de un piano. Se limpió el sudor de la frente y miró arriba y abajo buscando algún indicio de actividad humana.

Las tablas del suelo de la planta superior emitieron un crujido. Con se quedó paralizada. Justo acababa de llegar de ahí y estaba sola, se dijo, pero aquello bastó para que rompiera a sudar. Agitada, decidió que allí concluía su registro del establo. Salió parpadeando al exterior y se quedó unos instantes apoyada en la pared, a la sombra, bebiendo de la botella de agua, hasta que oyó el zumbido de las cigarras por encima del retumbar de su corazón. «Ha sido una temeridad — se dijo a sí misma—, regresa al coche y llama a la policía.» Al fin y al cabo, aquel era su trabajo.

Su necesidad de saber le respondió con una carcajada: «Quien manda aquí no eres tú. Venga, termínate el agua y registra la casa».

La casa se hallaba enclavada en un pequeño montículo desde el que se divisaba toda la propiedad. Era una modesta construcción colonial de dos plantas, psicótica en su rigurosa simetría: una chimenea en cada extremo, cuatro columnas que sostenían un pórtico que daba sombra a la entrada principal y cinco ventanas perfectamente espaciadas, todas tapiadas con tablones. La hiedra se había enroscado a las columnas y se había extendido hasta las ventanas del segundo piso. No había forma de abrir la puerta principal sin tocarla, pero de todos modos Con introdujo la mano a través de ella y probó el picaporte. La puerta ni se movió. No supo decir si eso le produjo alivio o no.

Rodeó la casa abriéndose paso por entre la crecida vegetación, que le llegaba hasta la cintura, buscando una manera de entrar. Al doblar la última esquina, frenó en seco. Los tablones que tapiaban la puerta trasera estaban retirados y cuidadosamente apilados a un lado. Era algo reciente, por lo que parecía. La puerta exterior se mantenía abierta gracias a que hacía tope con un cubo lleno de pelotas de cróquet viejas. Alumbró con la linterna la puerta de rejilla y la oscuridad del interior de la cocina. No vio a nadie, pero ni siquiera una detective aficionada como ella pasaría por alto las huellas de pisadas que atravesaban el suelo en dirección al comedor desierto y después se perdían de vista.

Volvió a mirar hacia los árboles, que ahora tenían un aspecto más amenazador y daban la impresión de haberse acercado mientras ella estaba de espaldas. Tenía la inquietante sensación de que alguien la estaba mirando y, a pesar del calor, se le puso toda la carne de gallina. Estaba siendo ridícula. Una persona no podía percibir que la estuvieran mirando. Lo sabía porque vivía en una ciudad muy poblada. Cada día la miraban cientos de personas, y jamás había notado nada. De modo que era absurdo estar en medio de una granja abandonada, en la

puerta de aquella casa vacía, y pensar que podía notar que la estaba observando alguien.

Aun así...

—¿Hola? —voceó en dirección a la oscuridad, y de inmediato deseó no haberlo hecho. Tan solo le contestó el silencio de la podredumbre. Ese era el momento en el que una persona inteligente saldría corriendo; en cambio, Con empujó la puerta de rejilla, cuyas bisagras oxidadas se quejaron ruidosamente. Aquello parecía una cuestión de vida o muerte: si no seguía adelante, bien podría tumbarse allí mismo, entre las malas hierbas, y morir. Allí había una canción; si lograba salir ilesa de aquella casa, estudiaría la posibilidad de escribirla.

Siguió las huellas de pisadas por la cocina hasta el vestíbulo de la entrada, donde continuaban por la escalera de madera que llevaba a la planta de arriba. Volvió a llamar a voces y luego subió. Llevaba la mano continuamente pegada a la culata de la pistola, como si la tranquilizase saber que seguía estando allí. A cada paso se iba haciendo más intenso un leve olor a fruta demasiado madura, y cuando llegó al descansillo ya resultaba abrumador. Había un pasillo que partía en ambas direcciones, jalonado de puertas y con el suelo repleto de basura, como si los propietarios hubieran huido a toda prisa y hubiesen ido dejando atrás toda clase de trastos. Todas las puertas estaban cerradas excepto una. Por supuesto, era la situada al fondo del todo. Y, por supuesto, era adonde conducían las huellas de pisadas.

Miró con anhelo la escalera, con la esperanza de convencerse de que ya tenía la respuesta que buscaba. No era ninguna experta, pero lo que estaba haciendo que le picaran los ojos no era fruta podrida. Era el olor de la muerte. Por una vez, parecía que Palingénesis llevaba razón. Pero no había ido hasta allí para dar media vuelta en el último momento. Tenía que asegurarse. Así que echó a andar por el pasillo poniendo cuidado en pisar solo encima de las huellas. Le parecía

importante no dejar ningún rastro de su presencia en aquel lugar.

Al llegar a la puerta, tomó aire antes de girar el picaporte. No sirvió de nada. El olor que la recibió fue un hedor rancio y viscoso, como un puñetazo en plena cara. Retrocedió tambaleándose, se dobló por la cintura y vomitó en el pasillo. Su visión explotó en un rosetón de fuegos artificiales de color anaranjado, y tuvo que apoyarse en la pared para no caerse al suelo. Cuando por fin se le despejó la cabeza, escupió, se limpió la boca con la muñeca y se arriesgó a echar otra mirada al interior de la habitación.

La luz del sol, casi imperceptible, se filtraba a regañadientes por unas ventanas opacas a causa de la mugre. El aire estaba lleno de partículas de polvo que parecían esporas procedentes de alguna ciénaga fétida. En el empapelado de la pared, de un amarillo descolorido, se dibujaba el contorno de una cómoda que antes había estado apoyada contra él. En un somier metálico y desnudo, debajo de una sábana blanca, yacía tendido un cuerpo humano. O lo que Con adivinó que era un cuerpo, pero, si quien estaba allí tumbada era la Constance D'Arcy original, la topografía no coincidía en absoluto. El cuerpo estaba hinchado y deforme. Un pie colgaba por debajo de la sábana, y el tobillo estaba lleno de manchas y amoratado. Tapándose la nariz y la boca con el cuello de la camiseta, dio un paso y cruzó el umbral.

Alargó la mano hacia la sábana prometiéndose levantarla solo lo necesario para asegurarse. Pero cuando reconoció los ojos, los mismos que siempre le devolvían la mirada desde que fue lo bastante alta para verse en un espejo, siguió adelante. Temblando, tiró de la sábana para dejar al descubierto aquellos labios que habían besado a Zhi; luego, los intrincados tatuajes que cubrían todo el brazo izquierdo, ahora totalmente distorsionados y deformados por la podredumbre; después, las manos que habían aprendido a tocar la guitarra. Solo cuando vio las cicatrices que cruzaban aquella rodilla destrozada decidió soltar por fin la sábana.

La violencia que se veía en todo el cuerpo era espantosa. La habían apuñalado, una y otra vez. Eran cuchilladas profundas, enloquecidas, cualquiera de ellas habría sido fatal; sin embargo, el asesino no se había conformado con una sola. Porque había un asesino. Eso ya era indiscutible.

—Lo siento, lo siento muchísimo —susurró Con, pero no supo si le hablaba al cadáver o a sí misma. Constance Ada D’Arcy estaba muerta.

—Sí, estamos muertas —afirmó el cadáver.

Con se sobresaltó y retrocedió. Miró a su alrededor y vio que ya no estaba en Virginia. Aquello era su antiguo dormitorio de Lanesboro. El señor Bob, el osito de peluche que la había protegido durante tantas tormentas desde que ella recordaba, estaba serenamente sentado en la almohada. A través de las tablas del suelo oía a su madre en la cocina, con la radio evangélica de fondo.

—No eres real —le dijo Con—. No puedes serlo.

—Ni tú tampoco —contestó el cadáver, que ahora se había transformado en ella de pequeña—. ¿Lo entiendes ahora?

Ella asintió con la cabeza, sintiendo la humedad de las lágrimas en la cara. Todas las cosas que recordaba las había hecho aquella persona. No ella.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos muerto, eso es todo —explicó la niña—. El cómo no importa.

—Yo no estoy muerta —replicó Con sin convencimiento.

—Pero deberías estarlo. En lo más hondo de ti misma, sabes que así es.

Sí, lo sabía.

—Tengo miedo —dijo.

—Ya lo sé, pero será mejor así. Sentirás paz, te lo prometo. ¿No quieres volver a sentirte en paz?

Con asintió. Estaba muy cansada.

—Pero tienes que darte prisa. Puede que esta sea nuestra única oportunidad —dijo la niña.

—¿Cómo?

—Ahí —dijo la cría señalando el suelo, junto a la ventana—. El cristal roto.

Con recogió una esquirra preguntándose vagamente por qué había cristales rotos en el suelo del dormitorio.

—Hubo una tormenta —prosiguió aquella—. El árbol de fuera rompió la ventana. Mamá debió de dejarse algunos cristales cuando pasó la escoba.

Aquello tenía sentido. Lanesboro estaba todo el tiempo azotado por tormentas terribles. Hasta el señor Bob afirmaba con la cabeza, y él era el que más la quería. Con se miró la muñeca.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le dijo la niña—. Nuestro destino es estar juntas.

Aquello la sacó de su estupor. Soltó el trozo de cristal. «Sal de aquí. Sal ahora mismo.»

—No —gimió la niña, aunque ya estaba volviendo a convertirse en un cadáver—. No eres real. No eres nada.

Con huyó por el pasillo, y con cada paso la alucinación fue difuminándose. Al llegar al descansillo, chocó contra la pared, pero, sin saber cómo, se las arregló para no tropezar y caer rodando escaleras abajo. Oyó algo que caía con estrépito al suelo, pero no se detuvo a ver qué era. Salió corriendo por la puerta de rejilla a la luz del sol, con la esperanza de que el aire fresco se llevara el olor de aquella habitación, pero ya se le había metido dentro de la cabeza y no lo olvidaría jamás.

De nuevo se le revolvió el estómago; se metió entre la vegetación y vomitó hasta que su cuerpo aceptó de mala gana que ya no le quedaba nada más que echar. Agradecida, se

arrodilló y se tumbó de costado. Se quedó allí tendida, jadeando, escuchando el perezoso zumbido de los grillos. Una mariquita roja y negra trepó a medias por una hoja y después se fue volando. Le pareció muy real, pero también la niña de aquella habitación. La doctora Fenton le había dicho que su estado iría empeorando, pero no le había advertido que sus alucinaciones iban a volverse suicidas. Necesitaba regresar al coche, donde tenía las pastillas.

De pronto oyó voces a lo lejos. Estaba todavía tan desorientada que, al principio, no asimiló que fueran reales. Hasta que aparecieron dos hombres por el lado de la casa por el que había salido ella. Ambos llevaban botas, pantalones militares y chalecos policiales parecidos al que encontró ella en la antigua taquilla de su padre cuando tenía nueve años. Su madre le echó una buena bronca cuando la pilló con él puesto. Los hombres llevaban armas cortas en el cinturón.

Era la primera vez que los veía a la luz del día, pero reconoció al instante al más alto de los dos: era el que conducía el SUV que se detuvo delante de su antiguo apartamento aquella primera noche; el mismo que se presentó en la Glass House cuando ella fue a hablar con Jasper. Sería capaz de reconocer en cualquier parte su rostro duro y cubierto de marcas de acné. ¿Cómo había conseguido seguirla hasta allí? Solo llevaba unas horas en Virginia. A no ser que trabajase para Gaddis y que todo aquello formara parte de una complicada trampa.

Se tendió boca abajo y rezó para que la vegetación fuese lo bastante densa para ocultarla. Al llegar a la puerta trasera de la casa, los dos hombres hicieron un alto y hablaron en voz baja entre ellos. Finalmente, el más joven desapareció en el interior de la casa y Con se quedó a solas con Cara de Acné. Este se apartó de la casa y echó a andar más o menos en dirección a ella, que se aplastó contra el suelo y contuvo el aliento. El hombre manipuló su DCL para solicitarle actualizaciones, pero las respuestas no parecieron dejarlo muy contento.

—Sigue buscando —ordenó.

Regresó el hombre más joven.

—¿Y bien? —le preguntó Cara de Acné.

—Despejado, pero es evidente que aquí ha estado alguien. Y hace poco. He visto vómito reciente en el pasillo, frente a la habitación.

—Ha activado los sensores. Ya sabemos que hay alguien aquí —contestó Cara de Acné restándole importancia.

¿Habían estado haciendo guardia frente a la granja, esperando a que ella apareciese por allí? Sí. Y eso quería decir que Cara de Acné sabía algo que se suponía que solo debía saber ella: la ubicación del cadáver de su original. ¿Era un cebo? ¿Una manera de atraerla a ella a aquel lugar para que ellos pudiesen capturarla?

—Y esto. —El joven le mostró la Smith & Wesson, todavía dentro de la funda.

Con se llevó una mano a la cadera y maldijo por lo bajo. Por lo menos, ahora sabía qué era lo que había oído caer al suelo en medio del pánico por salir de la casa.

—¿Desde cuándo está armada? —dijo Cara de Acné.

—Bueno, ya no. ¿Estamos seguros de que es ella?

—Tenemos que suponer que sí. ¿Quién, si no, iba a saber que tenía que venir a este lugar?

—Sí, señor —concedió el más joven—. Puede que ya se haya ido.

—¿Sin el coche? No, sigue aquí.

—¿Hemos descubierto algo del automóvil?

—Está registrado a nombre de una empresa de limpieza de Richmond —contestó Cara de Acné.

—¿Y quién es el propietario de esa empresa?

—Un proveedor de material de fontanería de Arlington. Todavía estamos averiguando quién es el dueño.

—Es raro.

—Sí —coincidió Cara de Acné—. Muy raro.

—Esta granja es muy grande, señor. Si se ha escondido entre los árboles...

—En ese caso, la habría interceptado Rodgers. No, anda por aquí, en alguna parte. Búscala. No podemos permitirnos el lujo de volver a perderla. Pero usa únicamente armas no letales. No debe sufrir daños, bajo ninguna circunstancia. Si le ocurre algo en la cabeza, ese tipo se pondrá hecho una furia.

—Entendido, s...

Los dos giraron la cabeza hacia el cielo.

—¿Qué diablos es eso? —rugió Cara de Acné tirando de su compañero hacia un costado de la casa.

Con no veía lo que estaban mirando sin delatarse, pero Cara de Acné parecía estar alarmado de verdad.

—No lo sé, señor. ¿Tenemos algo en el aire? —preguntó el joven.

—Llama y averígualo.

El joven tardó solo un instante en informar.

—No es nuestro.

Con estaba tan preocupada de que no la vieran aquellos dos hombres que no oyó al tercero a su espalda hasta que la agarró por el cuello y la obligó a incorporarse. Protestó e intentó zafarse, pero él la sujetó sin esfuerzo.

—La tengo, señor.

—Que no se te escape —le dijo el joven al tiempo que se apresuraba a ir hacia allí con un par de esposas—. Tenemos que largarnos.

Cara de Acné se tapó la oreja con la mano para aislar el auricular y dijo:

—Repita. La tenemos atrapada. Repita. —Fuera lo que fuese, no le gustó. Intentó discutir, pero la voz que hablaba al otro lado lo hizo callar.

Con sintió que la empujaban boca abajo contra la hierba. Las esposas se le clavaron en las muñecas, y le pusieron un saco de color negro por la cabeza.

—Alto —ordenó Cara de Acné—. Suéltala.

—¿Señor? —dijeron los otros dos hombres al unísono.

—Ya me habéis oído. Dejadla. Nos reclaman. Reunión en el punto de encuentro dentro de sesenta segundos.

La rodilla que le hacía presión contra la espalda se apartó y las esposas se soltaron. En cambio, el saco se lo dejaron puesto. Oyó que se marchaban, pero tardó un buen rato en moverse de nuevo. ¿Qué acababa de ocurrir? Cara de Acné y sus secuaces iban detrás de ella desde el principio. ¿Qué habían visto allá arriba que los asustó tanto como para irse sin ella? Rodó hacia un costado y se quitó el saco. Allá en lo alto, el cielo mostraba un azul de cuento de hadas, y tardó un minuto en descubrir lo que había allí: un punto negro que volaba en círculos como un buitre, esperando y observando. Un dron.

¿A quién pertenecía aquel dispositivo y para quién trabajaba Cara de Acné? Había recalado que a ella no debía ocurrirle nada en la cabeza, de modo que era evidente que estaba enterado de la existencia de aquellos espacios vacíos que tanto deseaban Vernon Gaddis y Brooke Fenton. Pero Gaddis la había tenido en la isla de Charles y la había dejado marchar. Y en Washington D. C., Fenton le había dicho que la cosa no funcionaría si la capturaban por la fuerza. Bueno, pues uno de ellos estaba mintiendo. Puede que los dos. Pero antes necesitaba largarse de allí. El problema era que no se sentía a

salvo simplemente marchándose sola. Cara de Acné conocía su cara y sabía qué automóvil conducía. La estaría esperando.

Volvió a mirar el cielo. El dron ya no estaba.

No le hizo falta más. Necesitaba ayuda.

Encendió su DCL y rezó para que en aquella zona hubiera cobertura. Había la mínima. No gran cosa, pero era suficiente. Sacó el contacto del detective Darius Clarke, marcó el número y lo dejó sonar.

Estaba llamando voluntariamente a la policía; ¿de verdad habían llegado las cosas a aquel punto? En aquel día de primeras veces, aquello no era lo más extraño que había sucedido, pero había ocurrido. Por lo menos, Levi Greer sabría por fin la verdad.

No era la primera vez que estaba dentro de una sala de interrogatorios de una comisaría de policía. Estando en el instituto, la detuvieron por allanamiento de morada por acceder de noche a una piscina. A los demás chicos los dejaron en libertad con una advertencia, pero a ella y a una chica latina las llevaron a la comisaría. La policía llamó a su madre, que decidió dejarla allí todo el fin de semana para curarla de sus malos hábitos. Esta sala no era muy diferente de aquella. No había ni reloj ni ventanas, de modo que no tenía forma de calcular cuánto tiempo llevaba allí metida. Una parte de ella sintió deseos de aporrear la puerta y exigir que le devolvieran su DCL, pero no quería darles esa satisfacción. ¿Y si se negaban? En ese caso, lo único que habría conseguido llamando a la policía sería cambiar un potencial captor por otro.

En el techo había una arcaica cámara de vigilancia que observaba todo en silencio desde un rincón.

Los policías habían descendido a la granja como un ejército. Una vez que Clarke hubo visto el cadáver que había dentro de la casa, la escoltó hasta un coche patrulla que la trasladó a la comisaría, donde la encerraron en esa sala de interrogatorios sin ventilación. Alguien se apiadó de ella y le trajo un bollo rancio y una botella de agua. El agua se la bebió, agradecida, pero el bollo lo mordisqueó un poco y luego lo apartó a un lado. Cada vez que le daba un bocado, su memoria le traía recuerdos de lo que había visto en el interior de aquella granja. Un batiburrillo de imágenes escabrosas, intermitentes, que no lograba apartar de sí. En ellas abría una y otra vez la puerta de aquella habitación que había al fondo del pasillo y se le llenaba la boca de sabor a podredumbre.

Pero no estaba de duelo, sino furiosa. Todas aquellas imágenes le habían dado mucho que pensar. Como, por ejemplo, por qué el cadáver yacía apaciblemente en la cama cuando no había nada de apacible en la manera en que había muerto. En su momento no se percató, pero ahora se daba cuenta de lo sumamente ordenada que estaba la habitación. Las delicadas huellas de pisadas en el polvo. Nada de sangre en ninguna parte. Lo que hubiera pasado no ocurrió allí. Aquella casa era únicamente el escenario. Eso quería decir que habían trasladado allí a su original después de asesinarla. Sin embargo, las treinta y seis últimas horas que tenía guardadas el GPS no indicaban eso, sino que ella había estado allí todo el tiempo. Así pues, ¿qué le decía aquello? ¿Cuántas personas sabrían engañar al chip de Palingénesis? De inmediato le vinieron dos nombres a la mente.

Se sintió muy ingenua por haberse aferrado a la esperanza de que lo que le había sucedido a su original hubiera sido un accidente. No sabía si había sido Vernon Gaddis o Brooke Fenton, pero uno de los dos había corrido un riesgo enorme al sacarla furtivamente de Palingénesis. ¿Por qué pararse allí? No iban a quedarse a esperar a que una chica sana de veinticuatro años falleciese por causas naturales. Habrían capturado a su original y la habrían asesinado, sabiendo que con ello se activaría la reanimación del clon. Se prometió averiguar cuál de los dos había sido y hacérselo pagar. Pero antes necesitaba salir de aquella sala.

La cerradura electrónica se desactivó con un fuerte chasquido mecánico. Entró el detective Darius Clarke y tomó asiento al otro lado de la mesa. Su salvador. Sin saludarla, procedió a colocar ordenadamente sobre la mesa sus papeles y su grabadora, además de un único vaso de café que a Con le recordó con exactitud por qué le caía tan mal aquel tipo. Traía cara de cansado, aunque decir eso era quedarse corta. Lo que parecía era un hombre que llevaba muchas horas en pie y había visto demasiado: rostro sin afeitarse y ojos hinchados. Se movía con la lentitud que imponía el verdadero agotamiento.

Pero, a pesar de todo eso, aún estaba, extrañamente, concentrado y alerta. Con no habría sabido decir si se había tomado alguna droga o no. Llegó a la conclusión de que no, simplemente le encantaba su trabajo. Eso era lo que lo ponía en forma.

—¿Va a comerse eso? —preguntó Clarke refiriéndose al bollo.

Ella se lo acercó.

—No, todo suyo.

Clarke se lo zampó en tres bocados de lobo.

—Llevo sin comer nada desde el desayuno de ayer —dijo.

A Con le ocurría lo mismo, pero no estaba segura de que volviese a comer jamás. Clarke se limpió los dedos en la manga y puso en marcha la grabadora. Recitó los nombres de ambos y seguidamente su número de placa, la fecha y la hora.

—¿De verdad son las cuatro de la madrugada? —preguntó Con. A la granja había llegado a las doce del mediodía. Según eso, había un largo periodo de tiempo en blanco. ¿Cuánto había dormido?

—Ha sido un día muy largo —respondió Clarke.

—¿Dónde estoy?

—Nos encontramos en la comisaría de Glen Allen. Policía del estado de Virginia, área ocho.

Con no conocía bien Virginia y eso no le aportó ninguna precisión.

—¿Pueden devolverme mi DCL?

—Antes, terminemos con esto —replicó Clarke levantando la tapa de su vaso de café y soplando dentro—. Después, ya veremos.

—¿Qué es lo que tenemos que terminar? Ya le he dado lo que usted me pidió. ¿Qué más hay?

Él la miró con gesto impasible, como si estuviera teniendo paciencia con un niño que se negaba a colaborar.

—A ver, ¿qué es lo que quiere saber? —prosiguió Con, recordándose a sí misma que su objetivo era salir de allí, no pelearse con Clarke. No iba a complicarse la vida, pero respondería a las preguntas que él le formulara. No iba a darle una excusa para que la retuviera allí más tiempo del que fuese absolutamente necesario.

—Empecemos por el principio.

—Defina «el principio».

Clarke la miró como advirtiéndola de que no se hiciese la graciosa con él.

—Llega usted a la granja. ¿Qué ocurre a continuación?

—Primero miré dentro del silo y del establo. Me dio la impresión de que hacía una eternidad que nadie iba por allí.

—¿Y estaba usted sola? —preguntó Clarke.

—Pues sí.

—De acuerdo —dijo él tomando nota—. ¿Y después? En la casa, ¿qué vio?

—Ya lo sabe —repuso ella.

—Quiero oírsele decir a usted.

—Vi... —empezó Con, pero se interrumpió cuando volvió a reproducirse en su mente aquella serie de imágenes sórdidas—. La vi a ella. Ya está.

—Muerta —apuntó Clarke—. ¿Qué impresión se llevó?

—Pero ¿qué cojones? —replicó ella. Cerró los ojos con fuerza en un vano intento de no ver aquello—. Fue horrible. Realmente horrible.

—¿El vómito que había en el pasillo era de usted?

—La asesinaron —dijo Con en defensa propia.

—En efecto —dijo Clarke, como si fuera la primera vez que tomaba en cuenta dicha posibilidad—. ¿Le resultó duro verla en ese estado?

—¿Qué cree usted?

—No tengo ni idea. ¿Acaso ello no valida toda su existencia?

—Váyase a la mierda. —Le salió impulsivamente antes de impedirlo. Iba a tener que ser más cuidadosa, ya no estaba en Washington D. C. No podía permitirse el lujo de enfrentarse a Clarke. Aquel era su territorio, y ya había dejado claro de qué modo quería gobernarlo. Por suerte, pareció inclinado a dejar pasar aquel arrebato por el momento.

—¿Qué ocurrió después?

—Salí corriendo. Al exterior. Necesitaba aire fresco.

—Y luego me llamó a mí.

—Y luego lo llamé a usted —coincidió Con.

—¿Y estaba sola?

—Sí, como ya he dicho.

Clarke la contempló sin darse ninguna prisa. Ella notó que estaba intentando decidir si le estaba ocultando información. Para ser sincera, así era. No sabía con exactitud por qué no había mencionado a Cara de Acné ni a sus hombres ni tampoco aquel dron desconocido que los había hecho salir huyendo. Quizá porque hasta a ella misma le pareció una locura total y era el típico detalle que podría hacer dudar a Clarke a la hora de dejarla en libertad. Él le había preguntado por el cadáver y ella le había respondido. Era todo lo que iba a conseguir.

—¿Se sintió inspirada para finalmente cumplir con su deber de ciudadana? —dijo Clarke sin disimular su escepticismo.

Con se inclinó hacia delante. No vio otra opción que ofenderse por lo que el detective estaba insinuando.

—¿Qué es lo que quiere de mí? Ya tiene lo que necesitaba, ¿no?

Él lanzó un suspiro y también se inclinó hacia delante, imitándola, para hacerle ver hasta qué punto no la creía.

—Vuelva a contármelo todo. Desde el principio.

Con no encontró palabras que describieran lo mucho que lo odiaba.

Durante las horas siguientes, Clarke la llevó de acá para allá mientras relataba cómo había hecho aquel horrendo descubrimiento en la granja, cada vez con un enfoque ligeramente distinto, buscando alguna cosa que le refrescara la memoria: la cronología, los sonidos, los olores, las emociones... Fue agotador, como una pelea verbal a puñetazos. Él le lanzaba continuamente golpes para abrir agujeros en su relato mientras ella hacía todo lo posible por ir parándolos y mantenerlo todo más o menos ordenado. Tampoco ayudó el hecho de que Clarke era bueno, y mucho, en su trabajo. Al final, hasta ella tenía dudas de lo que estaba diciendo, incluidas las partes que sabía que eran ciertas.

Aquello duró tanto que empezó a sospechar que el otro albergaba motivos ulteriores.

—¿Soy sospechosa?

—¿Eso es lo que cree? No, aún no tenemos la hora exacta de la muerte, pero, a juzgar por el estado de descomposición del cadáver, yo diría que ha pasado bastante tiempo. Al menos en eso queda usted fuera de sospecha. Constance D'Arcy lleva muerta desde antes de que naciera usted.

—Inteligente.

—Pero es una magnífica coartada —repuso Clarke.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí en realidad? Si no soy...

—¿Por qué estuvo esta mañana en casa de Levi Greer? —le preguntó él interrumpiéndola en mitad de la frase. Era la

primera vez que lo mencionaba, y dio la sensación de que por fin estaba yendo al asunto que tenía de verdad en mente.

—Fui para hablar.

—Quiere decir para hacer un trato.

—Pues sí, supongo. Me dijo que, si le entregaba a la policía los datos del GPS de la ubicación de su mujer, me ayudaría a... —Dejó sin terminar la frase, no sabía muy bien cómo expresarlo.

—¿A convertirse en una mujer real?

—Sí —respondió Con sin hacer caso de la provocación.

—Eso debió de resultarle un alivio enorme. Me acuerdo de lo decidida que estaba usted en Washington D. C. Peleona. —Agitó el puño en ademán desafiante, como si aquel recuerdo le resultase entrañable—. Entonces, ¿por qué no ha cumplido su parte del trato?

—¿De qué está hablando? Lo he llamado a usted, ¿no?

—Claro —dijo Clarke mostrándose de acuerdo—. Al final. Pero no inmediatamente. Antes fue usted a esa granja. ¿Qué es lo que estuvo haciendo allí?

—Necesitaba verlo con mis propios ojos.

—Que estaba muerta.

Con asintió con la cabeza.

—Y lo estaba —continuó Clarke—. Y luego me llamó a mí.

Ella asintió otra vez. Estaba cansada de caminar en círculos.

—¿Por qué la noté tan asustada? —prosiguió aquel.

—No estaba asustada.

—No, yo diría que el término más exacto es *aterrorizada*. Puedo ponerle la grabación, si lo desea —se ofreció.

—No, por favor.

—¿Quién estaba con usted en la granja?

Eso la pilló desprevenida.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. —Clarke se había levantado de la silla y estaba de pie, erguido por encima de ella—. Sabemos que había alguien allí, así que no me cabree negándolo. Era Greer, ¿verdad? ¿Qué más cosas formaban parte de ese trato? ¿Qué hizo usted para él estando allí?

Con vio por fin en torno a qué había estado Clarke dando vueltas todo el tiempo.

—Usted cree que Levi Greer asesinó a su mujer.

—No me diga —replicó él mostrando interés—. ¿Qué la hace decir eso?

—El hecho de que yo he encontrado un cadáver y usted en realidad quiere hablar de por qué Levi Greer estaba en la granja conmigo. Dígame que me equivoco.

Clarke levantó la vista hacia la cámara, como si buscara confirmación.

—No se equivoca.

Con reprodujo mentalmente la conversación que había tenido con Greer. Era muchas cosas, pero a ella no le había dado la impresión de que hubiera matado a su mujer. ¿Y qué clase de asesino te suplicaría que condujeras a la policía hasta el cadáver? Uno que desconociera que su mujer tenía un clon o un chip GPS. No le habría quedado más remedio que mostrarse de lo más proactivo y servicial para cubrirse.

—¿Cree de verdad que ha sido él? —le preguntó ella.

—Oh, sé que ha sido él. En estos momentos lo están interrogando en Richmond. Lo cierto es que llevo investigándolo desde el principio. En todo momento ha afirmado que su esposa se fugó, pero si una mujer desaparece

hay que empezar por el hombre con el que comparte su vida. Sobre todo si ella está teniendo una aventura.

—¿Una aventura? —repitió Con, sinceramente sorprendida. Ella jamás en su vida había sido infiel, a no ser que contara el rollete que tuvo con Billy Tomlinson en sexto curso.

—Eso parece. Los datos del GPS de su vehículo indican que Constance D'Arcy hacía desplazamientos frecuentes a Charlottesville cada vez que Greer estaba de viaje con el equipo. Pasaba la noche fuera, pero nunca en un hotel. Tampoco hay constancia de que usara la tarjeta de débito ni la de crédito durante ese tiempo, ni siquiera para comprar chicles. Siempre dejaba el coche en el mismo aparcamiento público, incluso cuando desapareció. Casi como si no quisiera que nadie supiera adónde iba ni con quién quedaba.

—Eso no quiere decir que tuviera una aventura.

—Da lo mismo que la tuviera o no. Lo único que importa es lo que creía Greer. Y, desde luego, él creía que sí la tenía. Varios vecinos suyos han declarado que en aquella casa había peleas constantes. Estamos obteniendo una orden de registro para acceder a su DCL, pero los mensajes de texto que hay entre Greer y los integrantes de su equipo no pintan una imagen muy halagadora. La esposa de uno de ellos, que trabaja en un centro de acogida para mujeres víctimas de violencia doméstica, dice que hace un mes pidió explicaciones a D'Arcy de unos hematomas que tenía en el brazo y en el mentón, pero ella dijo que había sido un accidente.

—Entonces, si sabe todo eso, ¿por qué necesita que yo le diga que Greer estuvo en la granja?

—En primer lugar, porque sí que estuvo. Lo sabe usted y lo sé yo. Ayer faltó al entrenamiento y después de que fuera usted a verlo llamó para decir que estaba enfermo, pero no estuvo en casa en todo el día. —Clarke se apoyó contra el borde de la mesa y pasó varias páginas de su cuaderno—. Greer posee dos

vehículos: un SUV Mercedes del 2039 y un Ford Mustang Boss 302 del 2012. ¿Adivina cuál se llevó? Le doy una pista: el deportivo retro de treinta años de antigüedad que no tiene sistema de navegación autónoma. ¿Y dónde estuvo todo el día?

—¿Qué es lo que dice Greer?

—Que se fue al valle Shenandoah a pensar un poco. Muy convenientemente, es la zona de Virginia en la que hay menos cámaras de vigilancia. Y, además, apagó su DCL. Dice que quería estar solo. Huella digital nula. Lo estamos examinando, pero nadie va a decirnos que lo vio por allí.

—¿Por qué? —quiso saber Con.

—Porque estaba con usted en la granja —respondió Clarke con total certidumbre—. Todas las pruebas que tengo son circunstanciales, de modo que, si Greer ha mentido y estuvo en la granja con usted, lo tengo atrapado. Lo que no sé es por qué lo está protegiendo. —Volvió a sentarse y bajó la voz para adoptar un tono tranquilo y razonable—. Oiga, fui duro con usted en Washington D. C., lo reconozco. Si ha hecho un trato con él para ayudarlo a alterar la escena del crimen o destruir pruebas...

Con se echó hacia delante de golpe.

—No he hecho ningún trato.

Clarke agitó una mano para disipar su protesta.

—Relájese, no es usted a quien quiero pillar. Entiendo por qué ha pensado que no tenía más remedio que negociar con Greer, pero para usted yo soy un amigo mucho mejor que él, sobre todo con lo que se propone.

—Escúcheme, no sé adónde se ha ido hoy Greer con su coche, pero no ha estado en la granja. Lo juro.

—Pues, entonces, ¿quién era? —replicó Clarke—. Porque tengo la huella parcial de una bota que dice que usted está mintiendo.

—Unos hombres —soltó Con impulsivamente.

Él levantó las manos con gesto de incredulidad.

—¿Ahora hay hombres? ¿Qué hombres?

Ella, de mala gana, describió a Cara de Acné y a sus socios mientras Clarke la escuchaba profundamente impasible. Alzó la vista hacia la cámara y le hizo un gesto, como diciendo: «¡Verlo para creerlo!». Cuando Con terminó, él se frotó la nuca con un gesto de cansancio y carraspeó.

—A ver si lo he entendido bien: ¿un equipo de paramilitares le tendió a usted una emboscada, pero luego la soltaron porque se asustaron al ver un dron?

—Pues sí —respondió ella, consciente de que todo aquello sonaba ridículo.

—Ya llevamos un rato hablando. ¿Cómo es que no ha mencionado esto hasta ahora?

—Pensaba que usted no me creería —repuso Con.

—¿Y ha pensado que esto iba a incrementar su credibilidad? Venga, está empezando a cabrearme.

—Es la verdad.

Él la contempló durante largos instantes.

—Es un buen momento para hacer un descanso e ir al baño —dijo—. Pauso la grabación. —Esperó a que la luz roja se apagase para volver a hablar—. Mire, los clones no pueden testificar en los tribunales de Virginia, de modo que no se preocupe por todo eso. Pero mi capitán está convencido de que, si usted prestase declaración, serviría para apoyar la solicitud de una orden judicial. Eso es todo lo que necesito de usted. Una declaración.

—¿De que Greer estuvo en esa granja?

—Exacto. —Clarke lo dijo como si aquello fuera tan insignificante como una multa de aparcamiento—. No sé por qué usted lo está protegiendo con esa chorrada del equipo de

soldados. ¿Es porque le tiene miedo? ¿Él la sorprendió allí y la agredió? No sabía que su esposa tuviera un clon y estaba intentando repetir el asesinato. Un dos por uno.

—No, no era nada de eso.

—Pues entonces ayúdenos a conseguir una orden judicial para registrar el domicilio de Greer. No pretendo tenderle una trampa. Si allí dentro no hay nada, no hay nada. Pero si lo hay, y yo sé que lo hay, usted nos habrá ayudado a sacar a un asesino de las calles. De un modo o de otro, quedaré agradecido y estaré en situación de expedir un certificado de defunción. Usted podrá regresar a Washington D. C. y empezar una nueva vida. ¿No es eso lo que quiere? ¿Qué me dice?

Con se preguntó más tarde qué habría dicho a continuación si no se hubieran oído unos golpes en la puerta. Tal vez fuera porque ya llevaban varias horas allí y estaba agotada, pero habría soltado casi cualquier cosa con tal de salir de aquella sala de interrogatorios. Incluso habría entregado a Levi Greer al detective. Cuando lo conoció, le pareció un cachorrito grande y triste, pero estaba empezando a albergar dudas acerca de él; se había hecho el inocente y no había mencionado la existencia de una posible aventura amorosa ni ninguna pelea con el original de Con. Pero los golpes en la puerta la interrumpieron, y dio marcha atrás en lo que estaba pensando decir. Clarke hizo un gesto de fastidio, como un boxeador al que la campana le roba el KO en el último segundo, y miró furioso al policía de mandíbula cuadrada que asomó la cabeza por la puerta de la sala.

—Detective —dijo el policía—, ¿tiene un minuto?

—¿Qué es lo que quiere? ¿No ve que estoy ocupado?

—Le conviene ver una cosa.

Algo había en su tono de voz que captó la atención de Clarke. De mala gana, le dijo a Con que no se moviera del sitio y salió con el agente al pasillo. Estuvo fuera como un minuto y volvió a entrar con cara de preocupación.

—Vámonos. Tenemos que trasladarla.

Al ver que ella no se movía lo bastante deprisa para su gusto, la agarró por el brazo, la sacó por la puerta y la llevó hasta los ascensores.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Con, resentida de que la trataran con aquellos modales.

—Ha venido Franklin Butler.

Ella cerró la boca de golpe. Daba igual qué tipo de amenaza representaba Darius Clarke, porque palidecía en comparación con Franklin Butler y sus Hijos de Adán. No le gustaba imaginar lo que harían si la atraparan. Se abriría la veda. Todas las siniestras advertencias que le había hecho Vernon Gaddis acerca del estado de Virginia se convertirían en realidad.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó.

Clarke la miró como si ella fuese el alumno más inepto de una clase de recuperación.

—El cadáver de la esposa asesinada de un deportista profesional ha sido descubierto por su clon. Dos de los principales medios de comunicación ya están en la calle, y los demás no tardarán en presentarse aquí. ¿Qué le parece a usted que quiere?

En fin, dicho así, era posible que Clarke tuviera un poco de razón. Y en cuanto a lo que quería Franklin Butler, ¿qué era lo que quería siempre sino llamar la atención? ¿Y qué mejor sitio donde obtenerla que Virginia, en una comisaría de policía en la que tenían retenido a un clon? Si a ello se sumaba la presencia de los medios de comunicación de ámbito nacional, era una oportunidad hecha a medida para su marca de autoexaltación y fanfarroneo. Pero, conociendo a los Hijos de Adán, aquello podía tornarse peligroso rápidamente: la noticia atraería a todos los detractores acérrimos de la clonación que hubiera en cien kilómetros a la redonda.

—¿Cuántos son? —preguntó Con.

—En este momento, aquí hay solo unos veinte de esos lunáticos, pero dentro de una hora será una turba entera. Butler se ha traído un megáfono portátil y ya está lanzando proclamas.

Entraron en un ascensor. Clarke pulsó el botón del garaje, pero una mano impidió que se cerrasen las puertas: era un detective de origen latino vestido de paisano que se quedó haciendo tope. Lucía la expresión de un hombre que sabía lo

que les ocurría a los mensajeros que portaban una mala noticia.

—¿Qué ocurre, Moreno? —rugió Clarke.

—Richmond ha dejado en libertad a Greer.

Clarke lanzó un sonoro juramento y dijo:

—¿Por qué? Necesitamos tenerlo retenido.

—Se ha conseguido un abogado. Ya se sabe: poderoso caballero es don Dinero.

—Greer va a llegar antes que nosotros a la casa. ¿Cómo va el tema de la orden de registro?

—A la espera de su testigo —respondió Moreno.

—Ahora no hay tiempo para eso. Siga adelante con lo que tenemos. Espero que sea suficiente.

—Hecho.

—Y ponga un coche en el domicilio de Greer. Si huye o intenta llevarse algo de esa casa, quiero saberlo.

Moreno asintió con la cabeza y se retiró del ascensor. Clarke se quedó mirando furioso cómo se cerraban las puertas. Con y él guardaron silencio mientras la cabina bajaba hasta el garaje, donde los esperaban tres agentes uniformados.

—¿Qué estamos haciendo? —quiso saber Con.

—Es un cambio de turno. Vamos a aprovecharlo para sacarla furtivamente. Hemos hecho que una grúa trajera su coche desde la granja hasta aquí. La prensa no lo conocerá todavía, de modo que Bennett, aquí presente —dijo Clarke señalando a una mujer achaparrada y de ojos azules que parecía tener la mandíbula firmemente soldada—, se pondrá al volante.

—¿Y dónde estaré yo? —preguntó Con.

—En el maletero. Los otros dos agentes se irán primero; esperemos que de ese modo los periodistas se aburran y dejen

de reaccionar cada vez que vean un vehículo entrar o salir. — Clarke se volvió hacia la agente Bennett—. ¿Qué tal pinta la cosa ahí fuera?

—Está la prensa local más la CNN y la Fox. Los demás no tardarán en llegar —respondió la mujer.

—Buitres.

—¿Adónde van a llevarme? —quiso saber Con.

—A un motel. Ya está todo preparado. Ya terminaremos nuestra conversación acerca de esos hombres que estuvieron en la granja. Pero hasta que llegue ese momento es necesario que usted no llame la atención.

Dicho de otra forma: Clarke la protegería siempre que ella le fuera de utilidad. Después de eso, la dejaría libre y volvería a estar sola, lo cual quería decir que tenía que suponer que ya lo estaba en ese momento.

—Gracias —dijo con la esperanza de parecer convincente.

—Proteger y servir —recitó Clarke sin una pizca de ironía, y volvió a subir en el ascensor.

Desde los oscuros confines del maletero del coche, Con, en tensión, escuchó cómo iban atravesando la multitud de reporteros, cada vez más nutrida, que se agolpaban a la entrada de la comisaría. Ninguno hostigó el coche cuando salió del garaje, de modo que, al parecer, la treta de Clarke había funcionado. Franklin Butler, megáfono en mano, estaba pontificando sobre la arrogancia de las élites y sobre la amenaza existencial de la clonación. Sus proclamas provocaron un rugido de aprobación que a Con le costó creer que proviniera solo de veinte voces. El hecho de que los Hijos de Adán hubieran logrado congregarse a aquella hora tan temprana le resultó aterrador. Eran como cucarachas esperando a que se apagasen las luces.

Una vez que el coche se encontró a una distancia segura, abrigó la esperanza de que Bennett hiciera un alto y le

permitiera sentarse en el asiento del pasajero, porque viajar en el interior de un maletero era todavía menos glamuroso de lo que parecía; pero, por lo visto, ella no quería correr ningún riesgo. Para cuando el coche por fin se detuvo frente al motel, Con se había llevado ya más coscorriones que una piñata.

Bennett abrió el maletero y ella salió parpadeando por el sol matinal y miró aquel edificio de dos plantas provisto de un tejado de chapa verde que había sido equipado con anticuados paneles solares cuadrados. Al otro lado de los seis carriles de la carretera vio una hilera de la flor y nata de los locales de comida rápida, todos luchando por llamar la atención. Una gasolinera vieja se erguía desafiante contra el paso del tiempo. Había unas señales que dirigían el tráfico hacia la I-95 en dirección norte o sur, pero bien podría encontrarse en cualquiera de los mil pueblecillos por los que pasaban miles de carreteras interestatales.

—Habitación 211 —le dijo Bennett al tiempo que la guiaba hacia una escalera de hormigón que llevaba a la segunda planta, al aire libre.

—¿Usted tiene mi DCL? —preguntó Con.

—Eso háblelo con Clarke.

Ella señaló los establecimientos de comida rápida.

—¿Puede por lo menos darme algo de dinero para comer?

—Clarke —repitió Bennett, y empleó un tono de voz que le indicaba a Con que debería pensar en dar ya por finalizada la ronda de preguntas del día. Abrió la puerta de la habitación con una llave tarjeta pasada de moda. Y tanto: aquella habitación mohosa tenía pinta de no haber sido redecorada en cien años. Estaba claro que Clarke no había reparado en gastos.

Con aguardó junto a la puerta mientras Bennett examinaba el cuarto de baño y el armario. Cuando quedó satisfecha, dejó la tarjeta en una mesa, pero no le devolvió la llave del coche.

—Bueno, ¿y cuál es el plan? —preguntó ella.

—No moverse de aquí. Su rostro aparece en todos los informativos, pero nadie sabe dónde está. Mientras no salga por ahí, no le ocurrirá nada. Enviaremos una unidad para que pase por aquí cada hora, para comprobar que se encuentra bien. —Bennett no parecía en absoluto preocupada—. Clarke se pondrá en contacto con usted.

—¿Cuándo?

—Más tarde —respondió, y consiguió que esa respuesta ambigua pareciera definitiva. Sin decir nada más, dio media vuelta, salió y cerró.

«Más tarde.» Con puso los ojos en blanco y sacó el dedo en dirección a la puerta. Tenían la intención de dejarla allí tirada. Y si ella no hacía lo que le habían dicho, Clarke se quedaría las llaves y el DCL de forma indefinida. ¿Qué recurso tenía siendo un clon? Le gustaría saber si él la había trasladado a aquel motel por su seguridad o para servirse de ella como le viniera en gana, a salvo de miradas inquisitivas.

Separó un poco las cortinas y vio a Bennett caminando hacia el aparcamiento, donde había un coche patrulla con el motor en marcha. La agente se subió y el automóvil arrancó. Cuando se hubo perdido de vista, Con esperó cinco minutos y bajó al aparcamiento. Quedarse allí quieta, sin moverse del sitio, no era algo que ocupase un puesto principal en su lista. No sabía muy bien adónde ir, pero su intención era haberse ido mucho antes de que Clarke o alguna otra persona fuera a ver si seguía estando en aquel motel. Lo que quería era tener una charla con Levi Greer. No pensaba aceptar sin más aquello que le había dicho el detective de que su marido era un asesino, aunque sí que le había hecho unas cuantas preguntas difíciles.

Se agachó en cuclillas a un costado de su coche y buscó a tientas por detrás de la rueda rezando para que la policía no hubiera encontrado la caja imantada que Peter había escondido allí. Cerró la mano en torno a ella y la sacó.

La abrió empleando la huella dactilar, extrajo la llave de repuesto y dio gracias por los mayordomos. Peter estaba transformándose rápidamente en su persona favorita. Su mochila ya no estaba en el asiento trasero, pero el equipo de emergencia continuaba en el espacio destinado a la rueda de repuesto. Sacó su segundo DCL y lo encendió.

Había un mensaje de Laleh Askari. Lo había enviado hacía solo una hora y en él le preguntaba si podían verse. Aquello era interesante. Después de Levi Greer, ella figuraba en un puesto muy alto de su lista de cosas que hacer. Había preguntas que solo podía contestar Laleh. Había montado un buen espectáculo en Palingénesis; todas aquellas tonterías de la buena samaritana que deseaba ayudarla porque se sentía culpable y responsable habían resultado muy convincentes en su momento, pero ahora Con estaba segura de que la otra sabía más de lo que había revelado.

Cuando respondió al mensaje para preguntar en qué sitio podían verse, Laleh debía de estar esperando, porque contestó de inmediato y sugirió un parque público de Washington. Le preguntó a Con cuándo podría acudir allí. Su DCL le dijo que quedaba a un poco más de tres horas de su ubicación actual, así que le respondió que llegaría en cinco. Le pareció una buena idea llegar antes de la hora señalada y otear el lugar. Según Gaddis, nadie había visto a Laleh desde el día en que se fue de Palingénesis, de modo que resultaba de lo más oportuno que hubiese escogido este momento para ponerse en contacto con ella, justo cuando se le habían terminado las ideas y las opciones.

Una persona menos optimista tal vez habría pensado que aquello era una trampa. Al fin y al cabo, era posible que la persona que había incitado a Laleh a hacer esto también hubiera asesinado a su original. Pero eso no era suficiente para disuadirla de volver a verla.

El parque era un triángulo bordeado de árboles y situado en el cruce de Florida Avenue y la calle 1 Noroeste. La ola de calor

se había interrumpido momentáneamente, y la gente había salido a disfrutar de un día de temperaturas inusuales de tan suaves. Con aparcó cinco calles al norte del parque y paseó por el vecindario que lo rodeaba hasta que se conoció todas las rutas para regresar al coche. Si no podía, había tres bocas de metro distintas dentro de un radio de diez manzanas. También tomó nota de dónde estaba la estación de bicicletas compartidas más próxima, por si tuviera necesidad de recurrir a ella. No era perfecto, pero tener opciones hacía que se sintiera un poco mejor en su situación de presa fácil.

Una vez que quedó satisfecha, se compró un café y se sentó junto a la cristalera de la cafetería a buscar algo que se saliera de lo habitual. Mientras esperaba, consultó su DCL para ver las noticias. Bennett no había exagerado. Aún no se hablaba mucho del asesinato de Con D'Arcy fuera de la prensa local, pero en todos los artículos se incluía una foto de la Con original. En uno de ellos incluso habían desempolvado imágenes grabadas en los conciertos de Despertar a los Fantasmas. Todos se atenían a la misma narrativa básica: el cadáver de la Constance D'Arcy original, esposa de Levi Greer, estrella de los Pathogens de Richmond, había sido descubierto por su clon. La policía no quería confirmar si él era sospechoso, pero diversas fuentes que no se nombraban y que pertenecían a la policía decían que era una persona de interés para la investigación. Se decía que el clon estaba colaborando con los detectives, pero que no estaba disponible para hablar con la prensa.

A Con le gustaría saber si aquello se podía considerar colaboración. No recordaba cuándo le habían tomado aquella foto, pero por lo menos salía con el cabello largo, antes de que Peter se lo cortara. No obstante, si quería que no la reconocieran, para estar segura iba a tener que comprarse unas gafas de sol y un gorro.

En el parque había varios hombres jugando con herraduras. Aquello le recordó a su padre. Falleció cuando ella era tan pequeña que a veces se preguntaba si se acordaba siquiera de

él o si solo lo conocía de oídas, a través de un mosaico formado por fotografías y cosas que le habían contado tras su muerte. Sin embargo, aquel recuerdo lo reconoció inmediatamente como suyo en exclusiva, porque a Antoine D'Arcy le encantaban las herraduras. En las barbacoas familiares, su padre se instalaba en el jardín con una herradura en una mano y un cigarro en la otra. Si ella montaba alboroto, la ahuyentaba diciendo que aquel era un espacio para las personas mayores, así que aprendió que, si quería quedarse a mirar, debía estar muy callada. Su padre, cada vez que daba con la herradura en el blanco, cosa que en sus recuerdos sucedía todo el tiempo, la miraba y le guiñaba un ojo. Como si ella fuese su amuleto secreto de la buena suerte. Aquellas eran las ocasiones en las que lo veía más relajado. En casa nunca jamás reía, y sonreía muy raras veces. Su relación con la madre de Con estaba siempre a un paso de la bronca. Pero, después de tomarse unas cervezas bajo el sol de Texas, se desprendía de la coraza que había ido construyéndose tras varias ofensivas, reía y contaba anécdotas como los demás padres, y ella veía dibujarse el contorno del hombre joven y carismático que se había incorporado al ejército a los dieciocho años.

Era un recuerdo agradable y le aportó fuerzas renovadas. Tal vez no fuera la Con D'Arcy de aquel entonces, pero era la que estaba ahora aquí, rememorándolo: el peto que llevaba puesto, el plato con comida de la barbacoa depositado a su lado en la hierba, el aroma dulzón del cigarro de su padre, los demás padres soltando palabrotas y después mirando alrededor por si los había oído alguien... Todo aquello formaba parte de ella. Era innegable y tenía que contar para algo. Bebió un sorbo de café y volvió a pensar en su padre una vez más. Su padre. Había fuerza en aquello.

Laleh apareció con unos minutos de antelación. Se apeó de un vehículo compartido y atravesó el parque en dirección a la fuente. Con buscó algún indicio de que viniera acompañada, pero no le dio esa impresión. Quizá fuese por el hecho de que

continuamente se volvía para mirar a su espalda, como si a ella misma le preocupase que la estuvieran siguiendo. Aun así, aguardó quince minutos antes de salir de la cafetería y cruzar la calle. Dio un rodeo hasta el fondo del parque y apareció por detrás de Laleh, que había encontrado un banco vacío. Vio que ya no mostraba aquella seguridad en sí misma; estaba con la cabeza gacha, como si la hubieran pillado haciendo algo que no debía. Pese a estar sentada en un parque, rodeada de familias, en plena tarde soleada, cuando Con se sentó a su lado se encogió como si hubiera saltado sobre ella desde un callejón oscuro a las dos de la madrugada.

—¿Qué hay de nuevo, Laleh? —le preguntó.

—Con, ¿cómo estás? ¿Te encuentras bien?

—Dejemos ese tema —advirtió ella. No tenía el menor interés en la preocupación de Laleh por su bienestar—. ¿Estamos solas?

—Me parece que sí. No creo que me hayan seguido.

No era eso a lo que se refería Con, pero fue interesante que Laleh se hubiera imaginado algo así. Tal vez aquello no fuese una trampa después de todo. Desde luego, no estaba actuando como una persona que se sentía al mando de la situación.

—¿Por qué me has llamado? —le preguntó ella.

—He visto la noticia de lo sucedido a tu original. Lo siento mucho.

—¿Has visto lo que le hicieron?, ¿cómo murió? —quiso saber Con.

Laleh hizo una mueca de dolor.

—Yo no sabía lo que iba a suceder. Lo juro. Por eso estoy aquí. No lo sabía.

—Mentira. ¿Quién fue? ¿Quién te incitó a hacerlo? ¿Fenton o Gaddis?

—No sé cuál de los dos. Todo era anónimo y estaba encriptado.

—Sin embargo, tú crees que fue uno de los dos —replicó Con.

—Sí. Fuera quien fuese, se conocía Palingénesis de cabo a rabo. Se sabía la distribución de las instalaciones, nuestros procedimientos... Cosas que solo podían saber los de dentro.

—¿Y sencillamente quisieron que tú manipularas el proceso de desconexión?

—Sí, lo siento muchísimo —dijo Laleh.

—Basta. Me da igual —dijo Con, cada vez más impaciente con el tono de autocompasión de la otra—. ¿Me entiendes? Me da lo mismo que lo sientas. Así que límitate a decirme qué fue lo que ocurrió. ¿Cuándo acudieron a ti?

Laleh afirmó con la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Estupendo.

—En marzo del año pasado —contestó—. Tú estabas acercándote a los noventa días de desconexión. Yo había intentado varias veces ponerme en contacto con tu original para programar una recarga, pero en ningún momento me respondió. Entonces me hicieron la oferta. Debía anular tu desconexión. Llevaba siete años trabajando allí y ni siquiera sabía que se pudiera hacer. Pero ellos me enseñaron.

—Y lo hiciste. —Con no supo por qué le importaba, pero ella misma se sorprendió al preguntar—: ¿Por qué?

—Por mi hermano pequeño. Está enfermo. Es un cáncer, pero se lo descubrieron demasiado tarde. Ingresaron dinero en una cuenta del extranjero para pagar un clon.

Aquello era una pequeña fortuna. Casi debería sentirse halagada.

—Y ese clon ya no tendría cáncer —dijo.

—Era poco probable, y, de todas formas, esta vez sabríamos eliminarlo antes. Tú habías dejado de hacer recargas, de modo que no cambiaría nada. Yo desconocía lo que iban a hacer.

—Pero tampoco lo pensaste mucho, ¿a que no?

—No —respondió Laleh recuperando parte de su antigua entereza—. He pasado años viendo cómo multimillonarios engañaban a la muerte mientras se quejaban del sufrimiento que les suponía acudir todos los meses a hacer una recarga. ¿Por qué deben ellos vivir mientras mi hermano sufre una muerte lenta y horrible?

Mejoró un poco las cosas el hecho de saber que Laleh no se había visto motivada por la codicia pura. Eso no significaba que estuviera dispuesta a absolverla de toda culpa. Se habían puesto en contacto con ella hacía más de un año: fue el primer eslabón de la cadena que llevó al asesinato de Con D'Arcy. Decidió seguir adelante, no fuera a escapársele exactamente eso.

—¿Y qué ocurrió después?

—Nada. Eso fue todo. Yo creía que había terminado, hasta hace unas tres semanas.

—¿Qué ocurrió hace tres semanas?

—Que de improviso se presentó tu original —contestó Laleh.

—¿Cómo dices? —dijo ella con la carne de gallina.

—Una noche, cuando volví a mi casa, la encontré esperándome. Estaba asustada y nerviosa. Me dijo que se había metido en una situación que la superaba y que corría peligro. Le daba miedo que le sucediera algo malo y necesitaba mi ayuda.

—¿Sabía que tú habías manipulado la desconexión?

—Parecía saberlo todo. Dónde estaba el dinero. Todo.

—¿Cómo? —preguntó Con, incrédula.

—Me dijo que se estaba librando una batalla por el control de la empresa. Me parece que se había involucrado de alguna manera con Vernon Gaddis.

—¿Eso te lo dijo ella?

—No de forma explícita, pero cuando mencioné su nombre reaccionó de manera extraña. Como si Gaddis le diera miedo.

—Sabía que iba a morir —dijo Con dejándose caer contra el respaldo del banco. Durante todo aquel tiempo había dado por sentado que su original era una víctima inocente.

—Creo que sí. Esa fue la última vez que la vi. Después, desapareció y su muerte activó tu reanimación.

—Necesito hablar con Levi Greer —dijo ella.

—Lo han detenido. Me ha salido la noticia cuando venía hacia aquí.

Con lanzó una maldición. Tal vez Clarke fuera un hijo de puta, pero por lo visto se le daba muy bien hacer su trabajo. Vale, a lo mejor Levi Greer era un asesino, pero, si lo era, alguien estaba manejando sus hilos al igual que los de Laleh Askari. Había demasiadas coincidencias para pensar en otra cosa.

—Tengo que irme —dijo Laleh.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Esta noche tomo un vuelo hacia Inglaterra. Tengo familiares en Mánchester.

Después de salir de Washington, Con le dijo al coche que la llevase de nuevo al domicilio de Levi Greer. Si la policía lo había detenido, existía la posibilidad de que ya se hubieran marchado y de que el sistema de identificación de la casa la confundiese con su original y la dejase entrar. Se moría por echar una ojeada al interior para hacerse a la idea de cómo había vivido su original. Pero cuando llegó se encontró con un

coche policial aparcado en el camino de entrada y la puerta principal acordonada con cinta amarilla.

Dado que no tenía nada que hacer hasta el día siguiente, regresó al motel para pasar la noche. Hizo un alto en la oficina del gerente, pues sentía curiosidad por saber si el detective Clarke le había dejado algún mensaje. Una mujer de raza blanca de sesenta y tantos años y con cara de cansada levantó la vista de una manoseada revista de sudokus.

—No recogemos mensajes. Esto no es el Beverly Wilshire.

Le pareció justo. Y a pesar de aquel escaso interés que tenía el motel por registrar las visitas, dudó que hubiera pasado por allí el detective Clarke. ¿Por qué iba a tomarse la molestia? Ahora que tenía a Levi Greer entre rejas, lo más seguro era que ella descendiera bastantes puestos en su lista de prioridades. O que desapareciera del todo de ella. Con un poco de suerte, él ni siquiera se habría enterado de que su cautiva había hecho pellas.

Volvió a su habitación, puso las noticias y se dio una ducha. La muerte de Con D'Arcy ya era una noticia de alcance nacional. Envuelta en una toalla, se sentó en la cama y fue echando un ojeada a todas las cadenas de informativos para estar segura. Una de ellas mostraba imágenes de la policía registrando la granja mientras un reportero describía el horripilante descubrimiento del cadáver de la esposa de Levi Greer. En un ángulo de la pantalla se veía una foto de boda de la feliz pareja. Para que hiciera contraste, supuso Con. También sería un detalle por su parte que se refiriesen a ella llamándola algo más que «esposa». En otra cadena estaba teniendo lugar una acalorada mesa redonda acerca del tratamiento ético de los clones. Para su sorpresa, entre los participantes había incluso algo de solidaridad hacia la situación que estaba atravesando ella. El hecho de que contase con «recursos limitados» parecía obrar a su favor: era una manera educada de decir que era más pobre que una rata. Resultaba agradable oír algo positivo, pero no pasó por alto

que en la mesa no había ni un solo clon. Cuando pasaron a hablar de Levi Greer, los participantes ya no se mostraron tan amables.

Picada por la curiosidad, cogió su DCL para saber un poco más del hombre con el que se suponía que se había casado. Lo que encontró trataba más que nada de su carrera como deportista. Resultó que los Pathogens de Richmond eran un equipo en expansión que la temporada anterior había logrado llegar por primera vez a los *playoffs*. Levi figuraba como un factor muy importante del éxito del equipo y ocupaba el tercer lugar en las encuestas sobre el jugador más valioso. Cosa nada sorprendente, dejando aparte su faceta pública, los detalles biográficos personales eran escasos y no le servían a Con para saber qué clase de hombre era. Al igual que muchos de su generación, estaba claro que había rechazado la obsesión por vivir conectado a internet que había hecho presa a la sociedad en los albores de la era de las redes sociales. Pero, basándose en el puñado de entrevistas que él había concedido a lo largo de los años, Con llegó a la conclusión de que Greer era un joven de veintiséis años, nativo del estado de Virginia, que tal vez poseía la colección de sudaderas más extensa del mundo. De pequeño había ido pasando de un hogar de adopción a otro de la mano del Departamento de Servicios Sociales. No era una experiencia que hubiera comentado en público, pero, leyendo entre líneas, Con dedujo que había sido una época cruel de su vida. Sin embargo, el final feliz de la historia era que cuando Levi Greer tenía once años lo llevaron a vivir con una familia de Richmond en la que encajó muy bien y que lo acompañó hasta que fue a la universidad. Tras firmar su primer contrato profesional, fundó discretamente una ONG para proporcionar clases particulares y asesoramiento universitario a muchachos adoptados.

Era una historia de lo más emocionante. Con sintió el deseo de apreciar a Greer. Parecía un tipo humilde y a la vez consciente de su potencial, y resultaba fácil ver por qué era tan querido por sus admiradores. Pero ahora que había sido

acusado de asesinato, la prensa estaba sirviéndose de aquella misma narrativa para pintarlo como un maltratador controlador que tenía un lado oscuro.

Con dejó el DCL en la mesilla de noche para que se cargase y se quedó tumbada en la cama a oscuras, largo rato, preguntándose en qué se habría metido su original. Sabía que corría peligro y sabía lo de Laleh; eso quería decir que tenía que saber quién estaba orquestando todo aquello. Pero la verdadera pregunta era cómo lo había sabido. Estaba pasando por alto algo esencial. Abrigó la esperanza de que Levi Greer supiera más de lo que le había contado. Al día siguiente le haría una visita en la cárcel.

De uno en uno, los visitantes iban pasando por un escáner de cuerpo entero antes de someterse a un cacheo. A Con le preocupaba que alguien de la cárcel la reconociera, pero su presencia no pareció causar sorpresa a los guardias. Ella y las demás visitas fueron conducidas a una zona utilitaria en la que había varias mesas y sillas, austeras y metálicas, toscamente soldadas al suelo. Los visitantes se esparcieron por la sala para tener así la ilusión de un poco de intimidad. Todos habían tenido que entregar sus DCL en la entrada, de modo que no había otra cosa que hacer más que sentarse y esperar. Transcurrió una hora y después otra.

Justo cuando Con empezaba a preocuparse, sonó un pitido triste. Al fondo de la sala se abrió una puerta por la que comenzaron a salir reclusos vestidos con monos naranjas. El último de ellos era Levi Greer. Mientras que los demás presos iban solo esposados, él llevaba las manos y los tobillos sujetos con una cadena que le llegaba hasta un ancho cinturón. Cuando ella lo conoció, tenía cara de profundo cansancio; ahora parecía el hombre más apaleado que había visto en toda su vida.

Un guardia lo llevaba agarrado del codo, pero cuando Levi vio quién lo estaba esperando, retrocedió. Por un instante, Con creyó que simplemente daría media vuelta para regresar a su celda, pero pudo más su curiosidad o la inercia del guardia que lo conducía, porque se dejó sentar en la silla colocada enfrente de ella.

—¿Te cuento algo patético? —dijo Levi con una inspiración profunda—. No dejaba de repetirme una y otra vez que la policía estaba mintiendo, ¿sabes? Que me estaba haciendo un lavado de cerebro. Que era alguna clase de juego.

Tenía que serlo, ¿no? Pero tú la viste con tus propios ojos, ¿verdad? ¿Es cierto?

—Es cierto.

Levi se apoyó pesadamente en la mesa, como si necesitara ayuda para soportar el peso de lo que acababa de decirle. Comenzaron a temblarle los hombros. Con buscó su rostro para ver si estaba fingiendo. Necesitaba algo más que una actuación digna de un Óscar para convencerse. Así que permaneció sentada, sintiéndose muy mala persona, y lo dejó llorar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Levi bajando la cara para secarse las lágrimas con el canto de la mano.

—Hicimos un trato.

—Ah, sí. Así es. —Hablaba en un tono de voz sin inflexiones, sin afecto, sin ganas de pelear—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Por qué no me pediste las coordenadas del GPS?

Eso no era lo que Greer esperaba.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Me refiero a que tu mujer estaba desaparecida y tú ni siquiera preguntaste por ellas.

—Te dije que se las dieras a la policía.

—Sí, eso me dijiste. Pero ¿si fuera mi caso y hubiera desaparecido un ser querido para mí? —Estaba pensando en Zhi, imaginándose qué habría pasado si él llevase desaparecido una semana o más, cómo reaccionaría si se presentase en su casa alguien diciendo que sabía dónde estaba—. Por nada del mundo te diría que le entregases las coordenadas a la policía. No te habría perdido de vista hasta que las tuviera en mi poder. Te habría apuntado con una pistola a la cabeza si hubiera sido necesario. En cambio, tú dejaste que me fuera de tu casa como si hubiera ido a llevarte

un pedido de hamburguesas. Y luego el detective va y dice que te fuiste en coche de excursión a no sé dónde.

—Sí, así es. Me fui al lago Shenandoah, tal como dije. David, el hombre que me adoptó, me llevaba allí para que me relajase cada vez que necesitaba distanciarme un poco de todo.

—¿Te das cuenta de cómo suena todo esto? —dijo Con.

—Oh, ¿crees que no lo sé? —replicó Greer enseñando sus muñecas esposadas—. ¿Leíste *Macbeth* cuando estabas en el instituto? Trata de un rey escocés que ordena asesinar a uno de sus rivales, un tal Banquo. Después, el fantasma de este empieza a atormentar al rey. Banquo no dice nada, se limita a quedarse ahí de pie. Mirándolo fijamente. Juzgándolo. Más o menos igual que tú me estás mirando ahora. Excepto que yo no he asesinado a nadie. Pero aun así tengo que aguantar a ese maldito fantasma que me acusa de haber hecho daño a mi mujer.

—Quisiera creerlo.

—Yo no la maté.

—¿Y qué ocurrió, entonces? —preguntó Con.

—No tengo ni idea. ¿Por qué crees que me fui ayer a las montañas? Todo esto no tiene sentido. El primer año fue el mejor de mi vida. Ella estaba muy triste cuando nos conocimos, pero pasados unos meses salió de su depresión y se la notaba contenta. Por lo menos eso me parecía a mí, no sé. Todo marchaba como la seda. A mí estaba empezando a irme bien de verdad con el equipo, y ella estaba ocupada con su música escribiendo un montón de canciones nuevas. Y nos casamos. No quisimos hacer ningún fiestón, de modo que simplemente fuimos al juzgado. Era algo que no se esperaba ninguno de los dos, pero nos pareció bien. Incluso estuvimos hablando de vender la casa y mudarnos al centro. Ella odiaba vivir en las afueras, pero supongo que eso lo sabrás tú mejor que yo, ¿no?

Aquello era como atrapar unos cuantos acordes musicales sueltos e intentar imaginar la canción entera. La necesidad de conocer aquella historia con mayor detalle le resultaba insoportable. Pero el horario de visitas era corto y ella tenía demasiadas preguntas urgentes como para dedicarse a saciar su curiosidad.

—¿Qué fue lo que cambió? —preguntó.

—Nada y todo. Simplemente, ella fue distanciándose. Si yo le preguntaba, siempre me decía que todo estaba en orden. Yo estaba muy ocupado con el equipo, así que al final dejé de preguntar. Ya sé que no estaba prestando la atención que debía, pero me dije que cuando acabase la temporada nos iríamos a alguna parte. Para retomar las cosas, ¿comprendes? Y de repente me entero de que había estado haciendo un montón de viajes a Charlottesville mientras yo estaba de gira.

—¿Tenía una aventura?

—¡No lo sé! —contestó Levi alzando la voz—. Tal como me lo ha descrito la policía, es como si hablase de la vida de otra persona. Que si tenía hematomas y se los ocultaba a la gente; que si los vecinos decían que nos pasábamos el tiempo peleando...

—¿Y no era verdad?

—No, para nada. En parte me gustaría que eso fuera cierto. A lo mejor, si hubiéramos hablado las cosas, ella aún estaría aquí. Simplemente, no me esforcé lo suficiente. O puede que no tuviera ninguna posibilidad. ¿Qué opinas tú? Tú eres ella. ¿Me quiso alguna vez?

Con no tenía la respuesta, de modo que no contestó. Permanecieron unos instantes en silencio, rodeados por el murmullo indistinguible de las conversaciones más próximas. Todo aquello era tremendamente irónico. A ambos los atormentaban las mismas preguntas: quién era Con D'Arcy y por qué se había casado con Levi Greer. Ella sabía quién había

sido antes de conocerlo, mientras que él solo conocía la versión posterior a eso.

—En fin, ¿y cómo debo llamarte? No puedo llamarte Con sin más, ¿sabes? Se me hace un lío en la cabeza.

Desde el principio, ella había luchado por convencer a todo el mundo de que era Con D'Arcy. Pero la cosa era más complicada. Lo era y no lo era. Tenía algo de aquella persona, pues era mucho lo que compartían, pero por muchas preguntas que hiciera, por mucho que quisiera averiguar lo que había sucedido en aquellos dieciocho meses en blanco, nunca iban a ser sus dieciocho meses. Del mismo modo que la Con D'Arcy original no podría saber lo que había hecho ella en los últimos días.

—¿Qué te parece Constance?

—Tú odias ese nombre.

—Se me hace raro que tú sepas eso.

—¿Hay algo en esto que no sea raro? —replicó Levi—. De acuerdo, te llamaré Constance.

Le sonrió por primera vez desde que se conocieron; fue una sonrisa divertida, ladeada, provocada por lo absurda que era su situación. Con vio lo que debió de haber visto su original en Levi Greer: un hombre amable y callado que había vivido un infierno de pequeño y había salido de allí más o menos intacto. Bueno, pues había vuelto al infierno, y ella, por mucho que lo intentara, no lograba convencerse de que fuera culpa de él.

—Bueno, ¿qué más quieres saber?

—Si no la mataste tú, ¿quién fue?

—¿Eso no es competencia de la policía?

—La policía piensa que fuiste tú. Yo no. ¿De verdad quieres jugártela a que acabarán por cambiar de opinión?

—No te falta razón —concedió Levi.

—No creo que tuviera una aventura.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Lo sé porque yo no la tendría.

—Joder —murmuró Levi como si fuera una plegaria—. Vale. ¿Y quién la mató?

Con le preguntó si su mujer había mencionado alguna vez los nombres de Brooke Fenton o Vernon Gaddis, pero a él este último solo le sonaba por ser «el de la clonación». Levi le preguntó qué tenían que ver aquellas personas con el asunto, y Con, aunque no le parecía buena idea, le contó todo lo que sabía. Para cuando terminó, la expresión del otro reflejaba incredulidad y cautela.

—¿Te das cuenta de cómo suena todo esto? —le dijo, pagándole con su misma moneda.

—Soy consciente. Háblame de Charlottesville.

Levi lanzó un resoplido, como si hubiera aspirado una bocanada de humo.

—Cuando desapareció, la policía encontró su coche en un aparcamiento de Charlottesville, cerca del campus de la universidad. Según el historial de navegación, allí era donde aparcaba siempre que se desplazaba hasta Charlottesville. Cosa que hizo muy a menudo durante el año pasado. Siempre cuando yo estaba de gira con el equipo. Se quedaba a dormir allí, a veces dos o tres noches seguidas. Pero nunca me dijo ni una palabra.

—¿Tenía amigos allí?

—Dímelo tú.

Constance negó con la cabeza. Jamás en toda su vida había estado en Charlottesville.

—La policía peinó el aparcamiento, pero no encontró nada —dijo Levi—. Yo mismo he ido allí en coche un par de veces desde que desapareció. Pensé que, si lo veía con mis propios ojos, a lo mejor descubriría adónde había ido ella. Pero no hay

más que tiendas, restaurantes y cosas así. No sé qué creía que iba a encontrar. Está claro que no la conocía.

—¿De verdad piensas eso?

—Ni siquiera sabía que mi mujer tenía un clon. Tampoco sabía que estaba yendo a Charlottesville. Lo único que sé es que estaba planeando marcharse para siempre.

—Si había ido tantas veces allí, ¿por qué piensas que la última fue diferente? —preguntó Constance.

—Porque el otro día, después de que te fueras, eché un vistazo a la habitación que ella utilizaba como estudio y descubrí que faltaban unas cuantas cosas. Déjame que te haga una pregunta: si fueras a marcharte, ¿qué dos cosas no dejarías atrás?

Constance afirmó con la cabeza al comprenderlo.

—Mi guitarra y mis cuadernos.

—Exacto —dijo Levi—. Hasta se llevó el arbolito de Navidad de color morado. Pero los policías no mostraron mucho interés por esa teoría. ¿Has tenido alguna vez la sensación de no saber por qué motivo ocurre algo?

—Desde que tenía seis años.

—Cuando falleció tu padre —dijo él—. Ella hablaba mucho de eso. Yo quise invitar a su madre, tu madre, a la boda, pero Con no quiso.

—Ya no habría sido tu boda, habría sido el espectáculo de Mary D'Arcy, créeme.

—Eso es justo lo que dijo ella —afirmó Levi—. Joder, todo esto es de lo más raro. Sí, mi mujer ha muerto, pero...

—Pero aquí estoy yo.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo con todo esto? —dijo él clavándose cuatro dedos en el pecho.

—¿Puedo preguntarte cómo os conocisteis?

—¿De verdad no lo sabes?

—No, no tengo ningún recuerdo de ti. Ella te conoció y dejó de hacer recargas. No es necesario que hables de ello si no quieres.

—No, no pasa nada. Últimamente he estado pensando mucho en ello. Mi equipo estaba en Washington D. C. para un partido contra los Filibusters. Si ganábamos, llegaríamos por primera vez a los *playoffs*. Y ganamos. Unos cuantos de nosotros salimos a celebrarlo. Era el día siguiente a Navidad. Acabamos en un local de Shaw. Con estaba cantando con Weathervane. No pude apartar los ojos de ella. Se movía bien en el escenario, tenía presencia. Aquella noche no hablé con ella, pero puse una excusa y no regresé a Richmond en el autocar del equipo, para oírla cantar la noche siguiente. Creí que ahí iba a terminar todo, pero la actuación era en un local muy pequeño y después de cantar acabó a mi lado en la barra. Nos pusimos a charlar y ya no paramos. ¿Sabes esos momentos en que uno se da cuenta de que está pasando algo, pero está demasiado metido en ello para saber qué es? Como cuando vas en un tren a doscientos por hora, no mirándolo, sino dentro, y por lo tanto no lo ves en perspectiva.

Lo sabía de sobra. Así era exactamente como habría descrito ella el momento en que conoció a Zhi.

—Me quedé a dormir en su casa —prosiguió Levi—. Nos sentamos junto a aquel arbolito navideño de plástico y estuvimos hablando hasta que se hizo la hora de la siguiente actuación.

—Me encantaba ese arbolito —dijo Con.

—Pues se lo trajo cuando se vino a vivir aquí. Dijo que era su amuleto de la suerte y que la había llevado hasta mí o algo parecido. Éramos bastante cursis, no voy a negarlo. Incluso me tocó algunas de las canciones nuevas en las que había estado trabajando, aunque me obligó a jurar que guardaría el secreto.

—¿En serio? —Aquello sorprendió a Con todavía más que lo del árbol de Navidad y la ayudó a entender lo que debió de sentir su original hacia Levi Greer. Ella nunca había tocado canciones suyas para nadie. Jamás. No sabía qué era lo que se había torcido en aquel matrimonio, pero si su original confiaba en Levi Greer lo suficiente como para mostrarle aquellos temas era que en algún momento lo había querido.

—Y luego lo de aquella actuación de locos en la Glass House en Nochevieja. Tuvo una bronca monumental con Kala, y aquel gerente, el muy capullo, la amenazó con demandarla si no cumplía. Estuve a punto de hacerle tragarse los dientes de un puñetazo. Con lloraba sin parar. De verdad que pensé que iba a tener que llevarla al hospital.

—¿Qué ocurrió esa noche? —preguntó ella.

Levi puso cara de consternación.

—En serio no lo sabes, ¿no?

—¿Qué es lo que tengo que saber?

—Llamaron los padres de Zhi. Había fallecido esa mañana.

Con era muy consciente de su propia respiración y del pitido electrónico que tenía en los oídos. Levi estaba hablando, pero ella ya no lo oía.

—Tengo que irme —dijo al tiempo que intentaba tragar el nudo que tenía en la garganta, que parecía una soga rugosa. Necesitaba salir al aire fresco, o de lo contrario iba a vomitar.

En los escalones de la cárcel la estaba esperando Darius Clarke. Estaba apoyado a un lado de la puerta, pero se separó de la pared de ladrillos y se situó a su costado igual que una fragata que se prepara para abordar una goleta maltrecha. Lo único que quería Con era llegar a su coche antes de romper a llorar. De alguna manera había conseguido aguantar hasta ese momento, pero a cada paso que daba notaba que su improvisado dique estaba empezando a ceder para que se desbordara la histeria. Creía que ya había llorado a Zhi, pero

por lo visto eso solo había sido el primer acto de aquel drama; el cabeza de cartel estaba deseoso de salir al escenario. De repente ocurrió algo inesperado: miró a Darius Clarke y la necesidad irresistible de llorar se esfumó como si no hubiera existido nunca. Suciedera lo que sucediera, no pensaba llorar delante de aquel hombre.

—Habría jurado que la dejé en un motel —dijo el detective con un sonrisa divertida.

—Tenía cosas que hacer —replicó Con.

—Sí, ya lo he visto —dijo Clarke—. Enternecedor.

Ella se detuvo a mitad de la escalera y comprendió lo que había querido decir él. Lo que había tachado de ineficiencia en realidad era la cárcel haciendo tiempo hasta que llegase el detective.

—Ha estado observando.

—Pues claro. Me pasaron aviso tan pronto como se registró usted en este lugar. ¿De verdad cree que, si no fuera por eso, un clon entraría en una cárcel de Virginia? Además, ha sido una buena idea. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí. Podríamos haberle ido suministrando a usted preguntas para que Greer siguiera hablando. Si quiere que le dé mi opinión, ha sido una oportunidad desperdiciada. No todos los días tiene uno la ocasión de confrontar a un asesino con su víctima. Pero el mérito hay que concedérselo a él, ha sido una actuación de diez. Opino que está perdiendo el tiempo jugando a videojuegos, debería irse a trabajar a Hollywood; allí adoran a los cabrones capaces de echarse a llorar cuando se lo pide el director.

—Greer no la mató.

—Ya, fueron esos hombres misteriosos de la granja. Dígame otra vez para quién trabajan.

—Todavía no lo sé con seguridad.

—Esa es siempre la mejor parte de una buena teoría de la conspiración —dijo Clarke envolviendo sus palabras en un denso tono condescendiente.

—De verdad que no creo que haya sido él —insistió Con, pero no hizo un verdadero esfuerzo por convencerlo. Si

después de haber oído su conversación con Levi Greer seguía sin creerla, no quedaba nada que hacer.

—Ha sido él —dijo Clarke con absoluta certeza—. ¿Quiere saber por qué no he necesitado una declaración suya para obtener una orden de registro de su domicilio? Porque esa granja en la que encontró el cadáver, en fin, resulta que es el hogar de adopción en el que se crio Levi Greer. Y la habitación en la que usted encontró el cadáver de su mujer era el dormitorio en el que su padre le daba palizas. Los padres adoptivos son unos monstruos. No es de extrañar que nadie quisiera vivir en esa casa cuando corrió el rumor de lo que había sucedido en ella.

Clarke trasladó un archivo al DCL de Con y permaneció en silencio mientras ella iba pasando las páginas del expediente del caso de Levi Greer. Pintaba un retrato muy vívido de crueldad a manos de sus padres adoptivos, que en esos momentos estaban cumpliendo sendas condenas de cárcel por toda una serie de delitos. Las imágenes del que había sido el dormitorio de Greer en la infancia diferían poco de la actualidad. Con se detuvo en un conjunto de fotos que documentaban los horribles hematomas que presentaba el chiquillo en el torso.

—Greer tendría siete u ocho años cuando se tomaron esas fotos. No quiero ni pensar en el efecto a largo plazo que debió de ejercer aquello en un niño de tan corta edad.

—¿Esos archivos no están sellados? —Con recordaba haber leído eso en uno de los artículos que había encontrado acerca de Greer. No le gustaba la idea de utilizar contra una persona sus traumas infantiles.

—Sí que lo están —respondió Clarke—. Bien, dígame cómo es que podía conocer la existencia de esa casa alguien que no fuera él.

Ella devolvió el archivo prestado. Ya no quería ver más.

—Por dinero —dijo.

—Para nada. La persona que mató a Constance D’Arcy sabía muchas cosas de la vida de Levi Greer. Cosas íntimas, personales. A eso hay que sumarle el comportamiento errático que ha mostrado él en estos últimos meses. Los vecinos afirman que oyeron broncas fuertes provenientes del domicilio de los Greer en las semanas anteriores a la desaparición de Constance, y varios mensajes de texto cruzados con amigos suyos indican que le preocupaba que su mujer estuviera teniendo una aventura. Todos aquellos viajes a Charlottesville...

—No estaba teniendo una aventura.

Clarke se encogió de hombros y dijo:

—Al final, me da lo mismo que la tuviera o no. Lo que importa es lo que pensaba Greer. Eso no da derecho a una persona a hacer lo que hizo él.

—De lo que se le acusa de haber hecho —corrigió Con—. Ustedes aún no...

—Tenemos el arma homicida —interrumpió Clarke—. Todavía no se lo hemos dicho a la prensa, pero la hemos encontrado al registrar su domicilio. Una daga ceremonial de las fuerzas aéreas escondida en el sótano, debajo de una tabla del suelo. Se había limpiado, pero tras un examen se han hallado rastros de sangre del mismo tipo que la de ella en una grieta de la empuñadura. En estos momentos la están pasando por el sistema, pero seguro que aparece una coincidencia.

—Pero...

—Lo hizo él —insistió Clarke—. Tenía el motivo y la oportunidad. No puede aportar una coartada verificable para el día en que desapareció su esposa. Ya sé que ha montado toda una escenita ahí dentro, pero lo hacen todos. ¿Por qué cree que soy un hijo de puta escéptico?

—¿Por qué me dice todo esto? —le preguntó Con.

—Porque, de alguna manera, esta pequeña cruzada suya la ha convertido en noticia. La prensa nos ha estado llamando a la comisaría para pedirnos una entrevista con usted. Están empeñados en convertirla en el rostro de la clonación de este país. Le estoy dando esta información para que, si se le mete en la cabeza hablar con los medios, haga lo correcto y no pronuncie el nombre de Levi Greer. Ya sé que he sido un gilipollas, pero eso no hace que él sea inocente. El culpable siempre es el marido. Un jurado no tardará ni cinco minutos en deliberar sobre este caso, créame. Pero, si usted empieza a hablar de empresas, teorías de la conspiración y qué sé yo más, ensuciará unas aguas de por sí bien claras. Cristalinas. Y eso no puedo consentirlo. Ha muerto una mujer, y el hombre que la ha asesinado está encerrado ahí dentro.

Con no tuvo valor para decirle a Clarke que lo único que había conseguido con su pequeña presentación era dejarla impresionada con los esfuerzos tan complejos que había hecho para incriminar a Levi. Había muerto una mujer, pero él se había equivocado de asesino. Levi Greer no era más que el chivo expiatorio.

—No se preocupe. No me interesa en absoluto ser el «rostro» de nada —contestó.

—La prensa siempre se encarga de ser ella misma quien decide eso.

—Vale, pero no pienso hablar con nadie.

—Me alegra saberlo, porque quiero que se vaya de Virginia hoy mismo —le dijo Clarke—. Es demasiado peligroso que permanezca aquí.

—¿Y eso? —preguntó ella.

—Ahora que la prensa la ha convertido en un símbolo, ¿quién más cree usted que va a querer hacer lo mismo?

—Los Hijos de Adán —dijo Con, y comprendió que él llevaba razón. Los integrantes de aquel grupo siempre iban a

constituir una amenaza, pero ahora ella sería su máxima prioridad.

—Si la encuentran, le garantizo que no disfrutará de la experiencia. Será mejor, tanto para usted como para mí, que vuelva a cruzar el Potomac antes de que den con usted. ¿Me está oyendo?

—Sí —dijo Con, aunque no pensaba hacerle caso. Mientras estuvo conversando con Levi, ya llegó a la conclusión de que tenía que ir por su cuenta a Charlottesville.

—¿Me está oyendo? —le preguntó Clarke por segunda vez. Era obvio que le había decepcionado su respuesta.

—Sí, lo estoy oyendo.

—Bien. Pues lárguese de aquí antes de que pierda mi famoso encanto y mi buen humor. Si al amanecer no se ha ido, estará sola. Si vuelve a interferir en mi investigación, la entregaré a los Hijos de Adán personalmente.

Charlottesville solo estaba a unos cien kilómetros al oeste de Richmond, pero el coche no lograría llegar con la carga que le quedaba. Con buscó una estación de servicio y se dirigió primero hacia ella. Cuando llegó, el coche se detuvo en una de las cuatro plataformas. Se apeó y pagó en la máquina automática mientras una grúa hidráulica lo levantaba. La duración de las baterías había mejorado drásticamente desde que ella era pequeña, pero las recargas todavía tardaban una eternidad. Los fabricantes de automóviles al final fueron más listos y optaron por baterías intercambiables. Así que, en vez de enchufar el automóvil y pasarse horas esperando, los conductores simplemente paraban en la estación de servicio y cambiaban la batería agotada por otra llena en cuestión de minutos.

Con se quedó esperando debajo de la marquesina y se permitió volver a pensar en Zhi. Le costaba trabajo asimilar que ya hacía un año y medio que no estaba, cuando ella recordaba con toda nitidez haberse sentado junto a su cama tan solo unos días antes. No sabía por qué, pero, ahora que ya se le había pasado la impresión inicial, también había remitido la urgente necesidad de echarse a llorar. No era que no le doliese, pero le habían ocurrido tantas cosas que sentía un extraño distanciamiento respecto de aquella parte de su vida. Su original ya había llorado la muerte de Zhi; ¿también tenía que llorarla ella? Por supuesto, aquello hizo que otra vez volviera a sentirse culpable por no derrumbarse como quizá debería.

Salió de sus pensamientos y, al levantar la vista, se encontró con Peter Lee. No iba trajeado; ahora llevaba una camiseta, pantalones de trabajo y botas. No sabía por qué en la isla de Charles no se había fijado en lo musculoso que era. Y tampoco tenía un físico esculpido, de estrella de cine, sino potente, utilitario, que daba la impresión de haber sido forjado

teniendo en mente un trabajo concreto. La pistola que llevaba en la cadera daba una pista de cuál podía ser dicha tarea. Dio un paso atrás para apartarse de él. Peter le caía bien de verdad. Él era una de las razones por las que no quería creer que era Gaddis el que había incriminado por asesinato a Levi Greer; pero al verlo aparecer allí, de aquella guisa, le dio por pensar si no se habría equivocado de parte a parte en la opinión que tenía de él.

Peter levantó las manos y preguntó:

—¿Podemos hablar?

—Este es un país libre —replicó ella, aunque nunca le había parecido tan poco libre—. ¿Me estás siguiendo?

—El GPS del coche —explicó él.

Naturalmente, venían rastreando sus movimientos. El coche no le pertenecía a ella. Había sido una ingenuidad por su parte no haberlo pensado desde el principio.

—Tengo un DCL, ¿sabes?

—El señor Gaddis consideró que esto era demasiado importante para hablarlo por teléfono. ¿Va a quedarse ahí?

—Llevo un par de días de lo más raros, ¿sabes? —dijo Con, pero se negó a dejarse distraer por el tono de voz de él, tranquilizador y sedante. Aquello no era una maldita clase de yoga—. ¿Por qué llevas un arma, Peter? Lo pregunto en serio. ¿En qué consiste exactamente tu trabajo?

Él bajó la mirada hacia la pistola, como si se hubiera olvidado de que la llevaba.

—Soy el mayordomo del señor Gaddis. Hablo en nombre de sus intereses, miro por ellos y los protejo. Sean los que sean.

—¿Y eso incluye matar gente? —preguntó Con.

—De momento no, pero esto es Virginia y aún no ha acabado el día. En este estado no es que seamos muy

bienvenidos, ¿no?

Con entornó los ojos.

—¿Te incluyes tú?

—Primera generación. West Point, promoción del 21.

No tenía la más mínima idea de que Peter fuese un clon, y enterarse le resultó reconfortante.

—¿Cómo acabaste trabajando para Gaddis? Pasar de las fuerzas especiales a mayordomo parece una trayectoria profesional un poco extraña.

—Bueno, es una historia muy larga —repuso él, y a continuación tardó tanto en pensar lo siguiente que iba a decir que Con se preguntó si llegaría a pronunciarlo—. A mi original lo alcanzó una bala en La Habana durante la invasión de 2030. Y me activaron, o como lo llamen actualmente. Todo transcurrió sin el menor fallo. La vida continuó. Luego, en 2032, el *Times* y el *Post* publicaron aquel maldito artículo. Digamos simplemente que mi familia no se tomó bien la noticia de que yo era un clon.

—¿Pasaron dos años sin saberlo?

—No podía decírselo. Todo era un asunto de lo más secreto. Pero yo lo sabía cuando me inscribí en el programa. No tenía nadie a quien echar la culpa salvo a mí mismo. —Se encogió de hombros—. Mi hija acaba de cumplir los dieciséis. Me habría gustado mucho estar presente.

Por detrás de aquella lacónica afirmación, Con vio un dolor tan intenso que la única forma de sobrevivir a él sería encerrándolo bajo llave e ignorándolo durante todo el tiempo que fuera posible.

—No crea que se lo reprocho —dijo Peter—. Deberían haberlos informado. Escogí mi país por delante de mi familia. No tenía derecho a esperar otra cosa.

—Y entonces, ¿Gaddis te contrató? —Con recordó el tono de culpabilidad del susodicho al hablar del destino sufrido por la primera generación de clones. ¿Sería Peter algún tipo de penitencia?

—Eh, decir eso es quedarse muy corto. Antes me salvó la vida. Cuando me encontró, yo vivía en Tupelo con un nombre falso. Ya llevaba unos años malviviendo allí. Las drogas —dijo estoicamente—. El señor Gaddis pagó mi rehabilitación. Me contrató en 2036, y desde entonces trabajo para él. Debería habérselo dicho a usted en Maryland. Pero es que no es un tema del que suela hablar si puedo evitarlo.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —Al ver que Peter no decía que no, prosiguió—: Si tuvieras que hacerlo de nuevo, ¿lo harías?

—¿Se refiere a si aceptaría el clon? ¿O a si habría preferido morir en Cuba y ya está? Lo cierto es que voy cambiando de opinión. Algunos días no me parece tan malo estar muerto.

—¿Y ahora? ¿Tienes otro clon?

Peter soltó una risita.

—Ser mayordomo no está tan bien pagado como usted parece creer.

—De acuerdo, pero ¿si tu jefe te ofreciera uno?

Peter tardó solo un momento en responder.

—No. Ya he terminado con todo eso. La próxima vez que muera, quiero que sea la última. ¿Y usted?

—Yo todavía estoy adaptándome a este clon, no sé si querría empezar otra vez de cero.

—Lo comprendo —dijo Peter—. ¿Se ha enterado de lo de ese tipo de Nueva York? Mata a su mujer y después se suicida pegándose un tiro en la boca. La policía detiene a su clon acusándolo de asesinato. El clon no recuerda el crimen, como es obvio. Afirma que jamás ha pensado siquiera en matar a su

mujer, pero que no tiene forma de saberlo con seguridad. En el juicio, su abogado dice que no se debería hacer responsable a un clon de las acciones de su original. La fiscalía argumenta que eso crearía una carta blanca para que la gente cometiera crímenes sin que hubiera consecuencias.

—¿Y qué dijo el jurado?

—Lo halló culpable en menos de una hora. Van a apelar. Pero ese caso me hace pensar que sería agradable no recordar nada. Yo pasé un tiempo en una oscuridad total. Es probable que el ejército todavía conserve mi última recarga. Técnicamente, es propiedad mía. A veces pienso que sería bueno no recordar algunas de las cosas que hice con este cuerpo. De manera que quizá volvería al principio para empezar de cero.

—Pero ¿no te arriesgarías de todas formas a pasar otra vez por todo eso?

—No lo sé. ¿Usted está pasando otra vez por todo lo que hizo su original?

Con reflexionó acerca de su inesperada reacción, tan silenciosa, a la muerte de Zhi, sobre todo en comparación con la de su original. Pensó en la total falta de atracción que sentía hacia Levi Greer. Aquello la había preocupado al principio; pensó que a lo mejor eso demostraba que no era en realidad ella misma. Pero tal vez esa relación dependía precisamente de la química de aquellos días olvidados que transcurrieron entre Navidad y Nochevieja. El amor no era algo que viniera dado; requería acertar con el momento oportuno y una dosis considerable de suerte.

—No por todo —respondió.

—Exacto. Pero, aun así, yo sé que no lo haría. Tardé mucho tiempo en dejar de hacer caso a las personas que me decían que yo no era yo. Pero soy Peter Lee. Este Peter Lee. Me costó mucho verlo con claridad, y no tengo interés en que otro yo

tenga que aprender esa misma lección. Sería una clase de reencarnación despiadada, no sé si me entiende.

Con lo entendía, y de nuevo confió en él. Aunque se recordó a sí misma que dicha confianza no debía abarcar también a Vernon Gaddis. Peter trabajaba para él; no eran socios. Si aquel estaba detrás de todo, tal vez le resultase útil mantener a su mayordomo desinformado para ganarse la confianza de una crédula cantante de veinticuatro años. Por ejemplo.

—Bueno, ¿y qué es eso tan importante que has venido a decirme y que no podías contarme por teléfono?

—El señor Gaddis quisiera hablar con usted —respondió Peter señalando la calle.

—¿Está aquí, en Virginia?

—Así es como suele funcionar la cosa —repuso él en tono seco.

Eso la sorprendió bastante. Gaddis había dejado claro que haría falta una manifestación divina para que él cruzase el Potomac. En los informativos no se había mencionado ningún segundo advenimiento, de modo que sintió curiosidad por saber qué lo había hecho ir. Con todo, el vívido recuerdo de haber descubierto su propio cadáver en la granja y pensar que Levi Greer estaba encerrado en una celda por un crimen que ella estaba segura de que no había cometido la hicieron titubear. La persona que había orquestado aquello era capaz de cualquier cosa.

—¿Y si yo no quiero hablar con él? —preguntó.

—Me parece que le conviene oírlo por sí misma —repuso Peter—. Pero no voy a obligarla a hacer nada que no quiera hacer, si es eso lo que me está preguntando.

Uno de esos días, su curiosidad iba a causarle serios problemas, y no tendría a mano un clon que la sacara de ellos. Abrigó la esperanza de que ese día no hubiera llegado aún y

acompañó a Peter. Su coche se aparcaría solo una vez que le hubieran cambiado la batería.

El mayordomo la condujo hasta el aparcamiento que había detrás de una vieja hamburguesería, unos metros calle adelante. Tal vez Gaddis hubiera infringido su norma fundamental yendo a Virginia, pero, por si alguien estaba pensando en ocasionarle problemas, se había traído consigo su pequeño ejército privado para causarle problemas a esa persona. Con vio una limusina con el motor en marcha flanqueada por dos gigantescos SUV de color negro. Había varios hombres de tamaño antinatural y con traje oscuro formando un perímetro. Al menos dos de ellos tenían fusiles con correas, similares a los que había visto portar a su padre en las fotografías que se hizo con su unidad.

—El señor Gaddis está asumiendo un enorme riesgo personal al venir aquí a verla a usted —le dijo Peter al tiempo que le abría la portezuela de la limusina para que subiera.

Enfrente de ella estaban sentados Vernon Gaddis y una mujer de mediana edad y de raza blanca vestida con un austero traje de ejecutiva. Seguramente no medía más de un metro cincuenta, pero no daba la impresión de ser una persona que hubiera que tomarse a la ligera. Estaba tecleando sin parar en un ordenador portátil que tenía apoyado en las rodillas y no levantó la vista para saludar a Con.

—Te presento a una de mis abogados, Karen Harper. Le he pedido que nos acompañe.

—¿Sabe hablar?

—Cuando procede —replicó Gaddis. Dio un golpecito en la ventanilla al tiempo que miraba el logo montado en lo alto de un poste por encima del restaurante—. ¿Te gustan las hamburguesas?

—Soy de Texas —contestó Con, aunque, a decir verdad, llevaba años sin comerse una. Las que salían de una impresora nunca sabían como tenían que saber, y la mayoría de las

cadena de hamburgueserías habían cerrado o habían adoptado nuevas artimañas de venta. Hubo algunas que denunciaron que el declive de la hamburguesa con queso era una tragedia, pero la mayoría de las personas simplemente no podían permitirse pagar el precio que costaba una hamburguesa hecha con carne de verdad.

—Cuando yo era pequeño —dijo Gaddis—, en este país había más de cincuenta mil hamburgueserías. En todas las esquinas, en todos los aeropuertos, en todas las canchas deportivas... Hamburguesas, hamburguesas y más hamburguesas. Tan americanas como la tarta de manzana. Ahora ya casi no se ven, y eso me enfada y me entristece. Lo cual es una idiotez. No sabría decirte cuándo fue la última vez que me comí una. Entonces, ¿por qué me importa tanto? ¿Por qué cuanto más voy cambiando, más necesito que todo lo que me rodea siga estando igual? Es un fallo de diseño perverso de nuestra especie que algo incluso tan intrascendente como una hamburguesa con queso, que no afecta a mi vida en lo más mínimo, siga amenazando mi forma de entender el mundo. Irónico, ¿no te parece?

—Usted no inventó la clonación.

—Bueno, quien la inventó fue tu tía, pero yo la he vendido. Supongo que eso me convierte en el Ray Kroc de la clonación; ya sabes, el responsable de que McDonald's se convirtiera en la cadena de comida rápida con más restaurantes. Yo vendí a Estados Unidos uno de los cambios más profundos de la historia de la humanidad, y me siento frustrado y decepcionado por la incapacidad de este país para adaptarse a él. Aun así, hiere mis sentimientos el hecho de que la gente no esté comiendo suficientes hamburguesas con queso. Para eso se necesita una clase especial de hipocresía, ¿no crees? Pero aquí estamos, somos las hamburguesas con queso de Virginia.

—Me dio la impresión de que usted jamás iba a poner de nuevo un pie en este estado —comentó Con.

—Ha habido novedades.

—¿Cuáles?

—Quiero que regreses a la isla conmigo. Este no es un lugar seguro. —Gaddis hizo una pausa y se corrigió—: Bueno, nunca lo ha sido, pero ahora el asunto va más lejos.

—Me quedan cosas que hacer. No he terminado aquí.

—Hicimos un trato. Tú querías saber lo que le había sucedido a tu original. Ahora ya lo sabes. La policía tiene a un sospechoso bajo custodia. ¿Qué es lo que queda?

—Levi no es el asesino.

—¿Levi? —repitió Gaddis, a todas luces sorprendido de oírlo llamarlo por su nombre de pila—. El marido tuvo sobrado motivo y la oportunidad, y los detalles del crimen son muy personales para él. El hecho de que exista una conexión entre esa granja y su infancia es algo condenatorio. Además, hay pruebas de sobra en su contra. El arma homicida, por ejemplo.

—¿Todo eso lo sabe usted con exactitud? —replicó Con—. Según Clarke, nada de ello se ha hecho público todavía.

—Yo valgo tres mil millones de dólares —dijo Gaddis, considerándolo una explicación más que válida. Y ella supuso que lo era, porque semejante cantidad de dinero daba acceso a casi todo. O a casi cualquier persona. Para Vernon Gaddis, comprarle a Laleh Askari un clon para su hermano sería calderilla. También cabía la posibilidad de que supiera todo aquello porque él era quien había incriminado a Greer y necesitaba que ella se creyese dicha mentira.

—Estupendo para usted —respondió.

—Pero no necesito tener una fortuna para saber que Virginia no es un lugar seguro para ti. De modo que dame una buena razón para no querer regresar a Maryland conmigo.

—No quiero regresar porque a mi original la asesinaron para activarme a mí. Incriminaron a Levi Greer para que hubiera alguien a quien echar la culpa. O fue Fenton o fue

usted. Ambos quieren hacerse con lo que hay dentro de mi cabeza. Resulta muy obvio, aunque los dos se anden con rodeos y no quieran decirme abiertamente lo que es.

Para su sorpresa, Gaddis se rio como si acabara de darse cuenta del dilema que se le presentaba.

—De manera que, como necesito tu consentimiento para descargar tu consciencia, cuanto más te ofrezco mi ayuda...

—Menos me fío yo de usted. Sí, así es.

Gaddis hizo una pausa para sopesar sus opciones. Miro a su abogada, la cual asintió con la cabeza.

—Tengo los resultados del escáner que te hicimos antes de que te fueras.

—¿Y? —No le gustó nada el tono grave que había adoptado él.

—Cuando me contaste que Brooke te dijo que había visto un conjunto de espacios vacíos en el registro de tu descarga, me acordé de una cosa. Uno de los proyectos en los que estaba trabajando Abigail cuando falleció era una técnica para insertar datos accesibles en una recarga. «Consciencia aumentada», así la denominó ella. Experiencia al instante.

—Lo siento, eso me suena a ciencia ficción —dijo Con, consciente de lo irónico que era, proviniendo de un clon humano.

—En la actualidad, la mitad de la ciencia está por fin haciendo realidad los caprichos y los sueños de los escritores de la década de 1950 —dijo Gaddis—. En teoría, debería haber funcionado. En el cerebro hay mucho espacio sin usar, pero Abigail nunca consiguió añadir nada realmente sin corromper la descarga ni ocasionar daños fatales en el cerebro receptor. Por razones complejas, los sensores que registraban las descargas no supieron interpretar los aumentos de Abigail y dedujeron que eran zonas huecas. Un conjunto de espacios vacíos, si se quiere.

Con lanzó una exclamación ahogada. Ahora lo comprendía.

—Lo que quiere decir que usted estaba en lo cierto. Mi tía no borró los resultados de su investigación.

—Lo cual nos lleva de nuevo a Brooke Fenton —dijo Gaddis con el desdén que normalmente se reserva uno para los cánceres raros—. Ella fue la única persona que confirmó ese supuesto borrado. Yo deduzco que, cuando se percató del alcance de las investigaciones de Abigail, decidió ocultarlas y afirmar que ella las había destruido antes de su presunto suicidio. Todo este tiempo han estado donde estaban. Simplemente, Brooke ha estado haciendo tiempo hasta tener la oportunidad de llevárselas a escondidas.

—Pero ¿por qué iba a robar a su propia empresa? —preguntó Con.

—Porque nadie hace películas acerca de los Tim Cook de este mundo.

—¿Quién es Tim Cook?

—El presidente ejecutivo de Apple tras la muerte de Steve Jobs. Que también lo ha hecho muy bien. Pero la empresa nunca fue suya. Brooke siempre ha aspirado a alcanzar una grandeza como la de su predecesor, pero sabe que no la alcanzará jamás. Yo creo que buscará venderse al mejor postor. Yo diría que a los chinos; llevan diez años pisándonos los talones y serían capaces de entregarle a Brooke la propiedad de la isla de Hong Kong a cambio de las investigaciones de Abigail, porque sin ninguna duda ello les haría dar un salto y adelantarse a todo lo que tenemos nosotros actualmente.

—De modo que Brooke Fenton asesinó a Con D'Arcy para que yo sacara de Palingénesis las investigaciones de mi tía Abigail dentro de mi cabeza. En realidad, sin saberlo, soy su mensajera, como dijo usted. Y en eso consisten esos espacios vacíos que hay en mi cerebro. ¿Lo he entendido bien?

Gaddis le pasó una tableta.

—Sí, y eso te está matando.

Estupendo. Con fue pasando lentamente el análisis que había hecho el médico de su escáner. Una gran parte de él era técnica, pero entendió la conclusión. Llegó a una imagen de su cerebro; a un lado, para comparar, estaba el escáner de una descarga típica. La suya era mucho más oscura y presentaba zonas en las que no había nada. Los espacios vacíos.

—Lo que insertó Brooke ha corrompido tu descarga —le dijo Gaddis—. Tu cerebro lo está atacando de igual manera que el cuerpo rechaza un órgano trasplantado.

—¿Cuánto tiempo me queda? —Con le devolvió la tableta y se hundió en el asiento, adaptándose al peso de su nueva realidad. Imaginó que más adelante tendría toda clase de sentimientos al respecto, pero por el momento lo único que sentía era un entumecimiento cada vez más extendido. Durante todo aquel tiempo había estado luchando por conservar una vida que no lo sería en absoluto. Le pareció un mal chiste, una broma pesada que le había gastado un universo injusto y perezoso. En fin, por lo menos ahora ya no tenía que preocuparse tanto de que el desfase la estuviera volviendo loca.

—Sencillamente, no lo sabemos. Aún te queda un poco. ¿Seis meses? Tal vez algo más con la atención sanitaria adecuada. Vuelvo a insistir en que en ese aspecto nos encontramos en un territorio desconocido, así que es imposible decirlo siquiera con un mínimo de certidumbre. Lo bueno es que la medicación puede enmascarar la mayor parte de los síntomas hasta que llegue el final. Lo malo es que el final será rápido y llegará prácticamente sin previo aviso. —Casi como si se le hubiera ocurrido en el último minuto, añadió—: Lo siento.

Con afirmó con la cabeza.

—Gracias.

—Teniendo eso en mente, existe una posible solución — dijo Gaddis.

—¿Qué clase de solución?

—Fabricarte un clon nuevo. Uno que encaje correctamente con la edad de tu última recarga, con lo cual quedaría eliminado el desfase que estás experimentando. La otra buena noticia es que lo que te insertó Brooke Fenton no forma parte de tu última recarga. Eso quiere decir que todavía existe una copia de tu consciencia sin corromper en los servidores cuánticos de Palingénesis.

Era la segunda vez que le ofrecían un clon. Se sintió tentada de pedir además cien millones de dólares. Sabía que Gaddis no iba a parpadear. Había hablado con rodeos de la naturaleza exacta de las investigaciones de su tía, pero sabía muy bien en qué había estado trabajando esta y lo quería para sí. Con distinguió la codicia que se traslucía en su voz. Pero no era esa la razón por la que iba a rechazarlo.

—Supongo que eso quiere decir que no se puede trasladar esa consciencia a un clon nuevo —preguntó, conociendo ya la respuesta.

—Me temo que no. El daño ya está hecho. Lo único que estaríamos haciendo sería trasladar tu descarga corrompida de un cuerpo a otro. El resultado sería el mismo.

Con sabía que sonaría absurdo explicarle aquello a otra persona. Quizá solo lo entendiera Peter. Aunque solo habían pasado unos pocos días, habían cambiado muchas cosas. Ahora se veía a sí misma de manera distinta, y la idea de comenzar otra vez aquel viaje le resultaba horrible. Y, de todas formas, no sería ella la que empezara de nuevo; sería otra. Con la que se despertaría pensando que era el día siguiente de Navidad, y no tendría solo una predecesora con la que obsesionarse, sino dos.

No. No estaba dispuesta a regalar lo que había en el interior de su cerebro, y tampoco aceptaría otro clon nuevo.

Terminaría este viaje por sí sola. Aún había preguntas para las que necesitaba respuesta. Empezando con la de por qué la Con D'Arcy original le pidió ayuda a Laleh Askari. ¿Cómo sabía que estaba en peligro? ¿Y qué significaba eso?

—Me voy a Charlottesville —anunció.

Vernon Gaddis asintió con gravedad, desilusionado.

—¿Y cómo vas a ir?

—Andando si es necesario.

Él se apretó el canto de la mano contra la frente, como si esta corriese peligro de abrirse.

—Eres la mujer más tozuda que he conocido. Cuando te dije que me recordabas a tu tía, no era mi intención que te lo tomaras a pecho.

—Pero, si me deja quedarme con el coche y no me pone trabas, cuando termine le daré lo que quiere.

Gaddis reflexionó unos instantes.

—Quiero eso por escrito.

—Bueno, supongo que por eso se ha traído a su abogada.

El aparcamiento subterráneo que utilizaba su original para sus visitas clandestinas a Charlottesville estaba situado en Water Street, a solo unas manzanas del campus de la Universidad de Virginia. Los alumnos no regresarían hasta que terminase el mes de agosto, y la ciudad universitaria dormitaba plácidamente al sol de junio. Con aparcó y echó a andar por la acera mirando calle arriba y calle abajo. Le había parecido importante ir allí. A desandar los pasos de su original. A ver lo que debió de ver ella. A oír lo que debió de oír ella. Pero de pie en aquella acera se sintió como si estuviera llevando a cabo un ejercicio inútil. No tenía ninguna indicación que seguir, ni siquiera un sitio por el que empezar. No tenía nada salvo la certeza irracional de que, si allí había algo que encontrar, daría con ello.

Por lo menos, esa era la teoría. Y ahora ¿qué?

La policía había peinado todos los locales comerciales que había en un radio de cinco manzanas, pero se había parado allí. Era comprensible. En su momento, Con D'Arcy había sido solo una persona desaparecida, no la víctima de un asesinato. No era un asunto de la máxima prioridad, y, ahora que Clarke tenía un sospechoso encarcelado, ¿por qué iban a molestarse en seguir buscando? En cambio, estaba claro que en su búsqueda habían dado por hecho que su original había dejado el coche en aquel sitio para estar cerca de su destino. Con sacó un mapa en su DCL. El siguiente aparcamiento público más cercano estaba a más de quince manzanas de allí, y no había ningún espacio en la calle donde aparcar una noche sin la pegatina de residente. ¿Y si su original no hubiera dejado allí el coche porque le resultaba cómodo, sino porque era la única alternativa para que no se lo llevase la grúa? En ese caso, la policía simplemente se había rendido demasiado pronto.

Dibujó cuadrículas en el mapa del DCL y amplió la zona cinco manzanas más. Asustaba, porque era mucho terreno que abarcar, pero, complacida de tener un plan, echó a andar en dirección al campus sin tener un motivo mejor que lo bonita que era la zona. Pasó varias horas recorriendo vecindarios de edificios de ladrillo antiguos y no muy altos, deteniéndose en cada local a preguntar si habían visto a alguien que se pareciera a ella; esa pregunta causó cierta sorpresa, así que, a modo de tapadera, se inventó que tenía una hermana gemela. Y funcionó. Demasiado bien. Una hermana gemela desaparecida era algo que poseía un atractivo trágico y que suscitaba la curiosidad de la gente, y tuvo que improvisar toda una historia de fondo para su hermana imaginaria, solo para satisfacer las interminables preguntas que le hicieron.

A última hora de la tarde, su optimismo ya había dado paso a la deprimente realidad de que el trabajo de la policía era de lo más tedioso. Iba a llevarle un semana entera peinar toda aquella zona, e incluso entonces necesitaría tener una suerte loca para toparse con alguien que se acordara de su original. Si quería encontrar algo, tenía que empezar a pensar como un detective. El problema era que ella se dedicaba a la música, y, sencillamente, no era que ambas profesiones requiriesen de muchas habilidades en común. ¿Qué esperaba ver ella que hubieran pasado por alto profesionales entrenados? Entonces le vino a la memoria una cosa que le dijo Darius Clarke la primera vez que se vieron en Washington D. C.: no era frecuente conseguir entrevistar a una persona desaparecida mientras estaba desaparecida, y que eso lo ayudaría mucho a entender la manera de pensar de Con D'Arcy.

Había abordado aquello de una forma totalmente errónea.

No necesitaba entrevistar a la víctima; la víctima era ella. Puede que hubiera estado dieciocho meses ausente, pero seguía siendo Con D'Arcy. Entonces, ¿qué sabía ella que la policía desconocía? Bueno, para empezar, su original no estaba teniendo una aventura. Ni por lo más remoto. Distaba mucho de ser perfecta, pero aquel no era su modo de hacer las

cosas. Así pues, ¿quién o qué la hacía volver una y otra vez a Charlottesville? ¿Cuál era el atractivo de aquel sitio? Con la esperanza de que se le ocurriese algo de pronto, elaboró una lista de todos los locales comerciales que había dentro de un radio de quince manzanas desde el aparcamiento. En su inmensa mayoría eran restaurantes y bares. Como un millón de tintorerías. Tiendas. Bancos. Barberías. Salones de manicura. Gimnasios. Cafeterías. Tiendas de bicicletas. Licorerías. Estancos. Lo normal en una ciudad universitaria y nada que no se pudiera encontrar en Richmond, que era donde vivía su original. No iba a hacerse una hora en coche para ir a la tintorería.

De repente, algo le llamó la atención: Young Americans Music. Estaba solo a once manzanas del aparcamiento. En la red decía que allí se vendían guitarras y otros instrumentos. También ofrecían clases para todas las edades. Disponían de un pequeño estudio de grabación que se podía alquilar. Con se rascó la nuca y sonrió para sí. ¿Un estudio de grabación que llevaba el nombre de una canción de David Bowie? ¿Podía existir en todo el mundo algo que resultase más idóneo para Con D'Arcy? Levi había mencionado que faltaban de la casa la guitarra y las canciones de su mujer; para él, eso quería decir que ella lo había dejado, pero ¿y si el propósito de todos aquellos desplazamientos a Charlottesville hubiera sido la música?

Young Americans Music se encontraba en la esquina de un cruce bordeado de árboles y cerrado permanentemente al paso de vehículos. Brindaba a la calle una sensación tranquila, bohemia, y, ahora que estaba poniéndose el sol, había gente paseando por el centro de la calzada y otra que había salido temprano a cenar y que ya estaba sentada en las mesas al aire libre y mirando la carta. Con se detuvo un momento para dejar pasar a una familia de tres miembros que iba en bicicleta y luego cruzó la calle en dirección a la tienda. Por encima de la puerta había un letrero pequeño que colgaba de un ornamentado soporte de hierro forjado. De la Y salía el icónico

rayo que figuraba en la carátula de *Aladdin Sane*. Con aprecio el adorno, aunque en realidad el tema «Young Americans» no pertenecía a ese álbum.

Una campanilla de bienvenida tintineó alegremente cuando empujó la puerta. Dentro de la tienda el ambiente era oscuro y fresco. Se sintió de inmediato como en su casa, y se imaginó que su original debió de sentirse igual. De fondo se oía bajito la música de un antiguo álbum de Roberta Flack. Junto a la cristalera del escaparate había un magnífico piano de media cola Fazioli, en cuya tapa estaba sentado un gato de pelaje gris y ojos ámbar que se quedó mirándola con indiferencia. Había guitarras de todas clases repartidas por las paredes, desde el suelo hasta el techo. Debajo de ellas, amplificadores dispuestos en filas ordenadas. Con se detuvo a admirar una Gibson 1965 de doce cuerdas. En definitiva, era una impresionante y muy selecta colección de instrumentos. El propietario conocía su oficio.

Al fondo de la tienda, detrás del mostrador, había una mujer latina registrando los datos de un chico adolescente que lucía un penacho de pelo azul chillón y llevaba una guitarra a la espalda. Ella, de veintimuchos o treinta y pocos, tenía un rostro amable y delicado y una sonrisa que podría haber infundido energía a cualquier guitarra de la tienda. Por la forma en que conversaban, Con dedujo que el chico era un cliente habitual.

—Hasta la semana que viene, Tony —dijo la mujer al tiempo que le entregaba una bolsa de partituras—. Continúa practicando. Está empezando a sonar muy bien.

—Gracias, Elena —respondió el muchacho, y salió de la tienda con una sonrisa de oreja a oreja.

Y no era para menos: aquella chica era pura alegría. ¿Quién no iba a querer estar cerca de ella y absorber un poco de aquella positividad? Con estaba haciendo tiempo junto a un muestrario de ukeleles, que le traían recuerdos de cuando estuvo aprendiendo a tocar uno de color lila que le había

regalado Gamma Jol, lo bastante pequeño para cogerlo con sus manitas infantiles. Habría matado por tener una profesora como aquella mujer, o cualquier profesor, la verdad.

La mujer, una vez que hubo terminado con su alumno, le preguntó a Con si necesitaba ayuda. De pronto se quedó callada, y por su semblante cruzó un gesto que indicaba que la había reconocido.

—No sabía muy bien si llegaríamos a verte —le dijo con una sonrisa que ahora expresaba melancolía.

—¿Me conoce? —le preguntó Con, emocionada por aquella familiaridad.

—Pues claro —repuso la otra—. Éramos amigas.

—¿«Éramos»?

—Así lo creía yo, al menos. —Elena fue hasta la entrada de la tienda, cerró con llave y dio la vuelta al cartel de «ABIERTO» para que pusiera «CERRADO»—. Ven. Está aquí atrás, en el estudio.

—¿Quién? —quiso saber ella, pero siguió a Elena, que cruzó una puerta y continuó por dos salas de música y una oficina atestada.

Desembocaron en un pequeño patio particular. El suelo era de piedra gastada, y junto a los altos muros de ladrillo había unos parterres en los que crecía una maraña de plantas salvajes. Había una hamaca deshilachada colgada entre dos árboles y un batiburrillo de muebles colocados en círculo alrededor de un foso de piedra para hacer fuego. Una niña de no más de doce años, ataviada con un vestidito de flores, ejecutaba un punteo en una guitarra. Se interrumpió cuando las oyó llegar y levantó la vista con gesto tímido bajo una inmensa mata de pelo negro y rizado.

—Hola, Con —dijo.

—Hola... —contestó ella, preguntándose si aquella era la persona que deseaba verla. Allí parecía conocerla todo el

mundo.

—Dahlia —dijo Elena—, ve a preparar la mesa y pon una olla de agua a calentar en el fuego. Yo subo dentro de un minuto.

—Sí, mamá —respondió la pequeña, dejando la guitarra a un lado—. ¿Para cuántas personas?

La madre miró a Con con curiosidad.

—Para cuatro. Creo. Crucemos los dedos.

—Sí, mamá —repitió la cría con la sonrisa incontenible de su madre, y desapareció en el interior del edificio.

—Una preciosidad de niña —dijo ella.

—Gracias —dijo Elena—. Es una prueba de que hasta de las peores decisiones puede salir algo bueno.

Al fondo del patio había una cochera de dos plantas. Elena hizo un alto con la mano en el picaporte.

—Lleva todo el día aquí dentro, desde que se enteró de la noticia. Sé un poco amable con ella, ¿vale?

—Por supuesto —respondió Con como si supiera a qué se refería.

Entraron en la sala de control de un pequeño estudio de grabación. El suelo estaba cubierto por varias alfombras persas, echadas unas encima de otras. Había dos sofás mullidos llenos de cojines de espaldas a una consola de grabación. El equipo no era el último grito, y se veía que era de segunda mano, pero era profesional y estaba bien cuidado. Por la ventana rectangular que separaba la sala de control de la de grabación, Con vio a una mujer tocando el piano de espaldas a ellas. Por los monitores se oía una melodía familiar, un antiguo tema de Despertar a los Fantasmas titulado *Perdición fortuita*. Era la primera canción que había compuesto ella, aunque el grupo rara vez la había interpretado en vivo. Sintió que le subía un escalofrío por la espalda.

Elena fue hasta la consola y pulsó el botón de hablar.

—Eh, tenías razón. Ha venido.

El piano enmudeció, pero la mujer no se movió del sitio. Ella aguantó la respiración. Finalmente, aquella se rehízo y se levantó del piano. Ella no le veía la cara. Se abrió la puerta insonorizada que separaba ambas salas y la otra salió.

—¿Stephie? —dijo Con aturdida, sin podérselo creer.

Stephie Martz era la última persona en el mundo que esperaba encontrar allí, pero de pronto todo cobró cierto sentido. Por supuesto, allí era adonde iba su original. Hacer las paces con ella había sido una de las cosas que llevaba tres años pensando, pero siempre había encontrado una excusa para aplazarlo. Se sintió extrañamente orgullosa de que su original por fin lo hubiera hecho. Y también contenta por ella. Ojalá hubiera sido idea suya.

—No te esperaba tan pronto —le dijo Stephie—. Justo estaba tocando uno de tus antiguos temas y vas y apareces aquí, como por arte de magia.

—Llevaba años sin oír esa canción.

—Igual que yo —reconoció la otra—. Me ha venido a la cabeza esta mañana, y he estado todo el día dándole vueltas.

—Tienes el pelo larguísimo —le dijo Con, de pronto al borde del llanto.

—Me lo he dejado crecer. Tú lo llevas muy corto.

Ella se llevó una mano a la cabeza y dijo:

—Lo tenía fatal. Stephie, yo...

La aludida negó con la cabeza y acabó con la distancia que las separaba. La rodeó con los brazos y la estrechó contra sí. Aquello supuso una conmoción para Con, que dejó los miembros colgando inertes a los costados. Era la primera vez que la tocaba alguien. Que la tocaba de verdad. No se había dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba. Aunque fuera solo

a causa de un terrible malentendido, la sensación fue maravillosa. Pero era un malentendido, todo se basaba en una mentira. Con intentó zafarse del abrazo de Stephe, pero esta la estrechó con más fuerza.

—No soy ella —susurró Con.

—Lo sé.

Al oírla decir eso, rompió a llorar, suavemente al principio, después más fuerte y entrecortadamente, como un desprendimiento de tierra, y se apretó contra su amiga con desesperación.

Stephe continuó abrazándola y no dijo nada.

Con procuró no estorbar mientras Elena y Stephie terminaban de preparar la cena. Dahlia había puesto la mesa en la cocina, un tablero de forma ovalada con sillas desparejas, y le había mostrado dónde sentarse. Se encontraban en el apartamento situado encima de la tienda de música. Con tenía un millón de preguntas, pero ya habría tiempo para eso más tarde. De momento, se contentaba con estar sentada y cerca del calor de aquella familia; así procesaba el hecho de que Stephie había estado viviendo todo aquel tiempo a unas pocas horas de Washington D. C. Era de San Antonio, y ella siempre había dado por hecho que se habría ido a Texas, detrás del cuerpo de Hugh. Pero no, aquí estaba Stephie, feliz y enamorada.

Una vez que la cena estuvo lista, las cuatro se sentaron y Elena se dispuso a bendecir la mesa. Todas bajaron la vista, incluso su amiga, lo cual sorprendió a Con. En la universidad, a ambas las había unido la decisión de escapar de las asfixiantes expectativas de sus padres, que eran intensamente religiosos. Stephie era la persona que menos habría esperado que hubiera vuelto a la religión. Le gustaría saber si lo estaba haciendo solo por contentar a Elena, pero cuando esta terminó de dar las gracias en español, Stephie permaneció unos momentos más con los ojos cerrados antes de decir amén. Cuando levantó la vista, se dio cuenta de que Con la estaba mirando y sonrió como si la hubiera pillado fisgoneando en su bolso.

Una vez finalizadas las bendiciones, la mesa cobró vida. Comenzaron a circular la ensalada y el pan de ajo. Stephie puso música, y empezó a sonar la pista inicial de *The Bends*. Con levantó la vista para mirar a su antigua compañera de banda; primero las oraciones y ahora Radiohead, un grupo que Stephie odiaba a muerte. Ella había pasado la mayor parte de su primer año en la universidad intentando convencerla de su

abyecto error. Cuando ya quedó claro que la otra no iba a cambiar de opinión, la cosa degeneró en que Con empezó a martillearla con canciones de Radiohead a la menor oportunidad que se le presentaba. El golpe de gracia llegó cuando, en una actuación en Dallas, el grupo se lanzó a interpretar una versión previamente ensayada de *Just* durante un bis. Con le guiñó un ojo a Stephie con gesto malévolo, y esta se echó a reír y le sacó el dedo, pero no le quedó más remedio que continuar tocando aquel tema.

Esta vez le tocó a su amiga guiñarle un ojo a ella. Stephie levantó su copa de vino para brindar. Con no habría sabido decir por qué aquella antigua broma privada le daba ganas de llorar, y por un instante sintió un escozor en los ojos. Stephie se limitó a sonreír y negó con la cabeza, como diciendo que todo iba a ir bien. Ella la creyó. Entrechocaron las copas por encima de la mesa, y Con notó que se disipaba toda su angustia anterior por no sentirse querida.

—¿Qué pasa? —quiso saber Dahlia; su intuición infantil le decía que había algo que se estaba perdiendo.

—Es una antigua broma entre nosotras —explicó Con, pero, al ver que con aquello la pequeña no iba a quedarse satisfecha, le contó la historia completa.

—¿Y esto es Radiohead? —preguntó Dahlia cuando terminó—. Supongo que no está mal. Un poco triste.

—¿Lo ves? —exclamó Stephie en tono triunfal.

—Dahlia —dijo Con riendo—, ¿cómo me puedes hacer esto cuando acabamos de conocernos?

—¿Que acabamos de conocernos? —contestó la cría con un gesto de consternación—. Entonces, ¿no te acuerdas de mí?

—No, lo siento. No soy ella exactamente.

—¿Porque eres un clon...? ¿Es eso? —preguntó Dahlia con esa ausencia total de tacto típica de los niños.

—¡Dahlia Irma Diaz! —exclamó Elena.

—¿Qué? Eso es lo que se dice en la red —replicó—. ¿Está mal?

—Te pido disculpas —dijo Elena—. Dahlia estaba muy unida a... ella. Se quedó muy tocada cuando dejó de venir a vernos.

—No pasa nada, de verdad —dijo Con, y se volvió hacia la pequeña—. ¿Quieres preguntarme alguna otra cosa?

Dahlia miró a su madre, que le hizo un gesto severo para indicarle que podía hacerle preguntas, pero andándose con pies de plomo.

—¿Por qué dejaste de venir a vernos? —preguntó la niña.

—Sinceramente, no lo sé. Eso es lo que estoy intentando averiguar —respondió Con.

—Era genial —dijo Dahlia, no del todo contenta con la idea—. Ojalá te acordases de mí.

—Yo siento lo mismo —repuso ella, y lo decía en serio. No solo porque así se sentiría más completa, sino también porque deseaba haber llegado a conocer a aquellas personas como su original. Era muy agradable conocer a gente que notabas que iba a caerte bien, pero Elena y Dahlia ya habían pasado por eso con ella. Una segunda vez no sería lo mismo, y eso hizo que sintiera envidia.

—Pero ¿cómo se te ha podido olvidar? —le preguntó la chica.

—Ya sé que resulta difícil de entender, pero no es que me haya olvidado de ti. Es más bien... como si esa fuese otra persona que casualmente se parecía mucho a mí.

—Pero que no era la misma —dijo Dahlia—. ¿Por eso repites continuamente que tú no eres ella? ¿Distingues la diferencia?

—Solo porque hay cosas de ella que no sé. Cosas recientes. Por lo demás, soy la misma persona.

Dahlia no pareció quedar satisfecha con aquella explicación.

—Entonces, ¿por qué tienes que ser la una o la otra? ¿Por qué no puedes ser las dos a la vez? Ella pero no ella. Ella pero también tú.

—Es complicado —dijo Con. Pero descubrió que el hecho de que la niña aceptase sin problemas su peculiar dualidad le resultaba reconfortante. A veces, los críos sabían cuándo no había que hacer las cosas más complicadas de lo necesario.

—¿Y qué? ¿Qué tiene eso de malo? Lo complicado solo es malo para las personas que necesitan que las cosas sean simples.

—Puede que lleves razón.

Dahlia se encogió de hombros y, una vez despachadas las profundas reflexiones filosóficas, atacó sus espaguetis con el hambre voraz de un vikingo. Elena y Stephie intercambiaron una mirada de orgullo, y la segunda contó la historia de cómo había terminado viviendo en Charlottesville y siendo la propietaria de una tienda de música. Resultó ser que una tía suya era profesora de Derecho en la Universidad de Virginia. Tras el accidente, acogió a Stephie en su casa y le dio espacio y tiempo para que se curase del trauma. Contó que, entre el dolor por haber perdido a Hugh y el sentimiento de culpa por haber sobrevivido al accidente, durante el primer mes apenas había salido de la cama. Habló de él, no sin dolor, pero sí con una calma que tan solo el tiempo podía aportar.

Elena alargó una mano para retirarle un mechón de pelo de la cara, pero no la interrumpió.

—Mi tía tenía un hijo —prosiguió Stephie—. En el salón había un piano, y el pequeño no hacía más que aporrearlo. Empecé a enseñarle a tocar solo para que lo tratara con un poco de respeto. Una no puede pasar tanto tiempo en la cama compadeciéndose de sí misma cuando hay un crío de ocho años maltratando un Steinway. Resultó que se le daba muy

bien. Entonces fue cuando se me ocurrió la idea de abrir una tienda.

Cuando todo el mundo hubo terminado de comer, Dahlia recogió la mesa y se puso a fregar los platos sin que nadie se lo pidiese. Con no recordaba que las cosas fueran así cuando ella tenía doce años.

—Es una niña muy buena —comentó Con.

Elena sonrió ante el elogio y respondió:

—Oh, está presumiendo un poco. También sabe ser una buena pieza.

—No es verdad —replicó Dahlia desde la cocina, y todas rieron.

—¿Cómo os conocisteis vosotras? —preguntó Con.

Stephie posó una mano sobre la de Elena. Ambas se miraron como si estuvieran decidiendo en silencio quién iba a contar la historia.

Por lo visto, decidieron que fuera su amiga, porque dijo:

—Publiqué un anuncio en el que pedía un profesor de guitarra.

—¿Tú tocas? —preguntó Con a Elena.

—Ocho instrumentos —contestó Stephie—. Ahí es nada.

Elena hizo un gesto para quitarle importancia al tema.

—Me enseñó mi padre, y estudié música en el instituto. Pero si hubiera sabido que esta tenía intenciones ocultas, habría seguido buscando trabajo.

Stephie fingió sentirse ofendida.

—Ah, ¿conque era yo quien tenía intenciones ocultas?

Elena se encogió de hombros, exactamente igual que su hija antes, pero no pudo impedir que le asomase a la cara aquella sonrisa imposible de reprimir.

—Bueno, así es como lo recuerdo yo.

—Ya han pasado tres años —dijo Stephie—. Mi malévolos plan ha funcionado.

Elena le dio a esta un beso de buenas noches y se despidió diciendo que estaba cansada y que prefería acostarse temprano.

—¿Te veré mañana por la mañana? —le preguntó a Con.

—Si a ti te parece bien —respondió ella.

—Insisto —dijo Elena—. Voy a decirle a Dahlia que te prepare la habitación de invitados.

—Gracias.

La mujer le dio un cálido abrazo y dijo:

—Me ha gustado conocerte, y me alegro de que nos hayas encontrado de nuevo.

Stephie cogió la botella de vino y se llevó a Con al patio. Aunque todavía hacía mucho calor, hizo lo que afirmó que era «una fogatilla para ahuyentar a los mosquitos». Ella se puso cómoda en uno de los sofás. Stephie dejó de atizar el fuego y se sentó a su lado. Las dos se descalzaron y apoyaron los pies en el borde de la fogata.

—Menuda vida, ¿eh? —comentó Stephie.

—Son increíbles. Lo has hecho genial.

—Gracias. Sí, no sé qué haría sin ellas.

A Con le salió pedir perdón sin que pudiera contenerse. Reprimida durante tres años, no habría podido frenarse ni aunque hubiera querido. Y no quería. Supuso un descanso y un alivio soltarlo todo. El accidente. Lo mala amiga que había sido al expulsar a Stephie de su vida. Comenzó a llorar y a temblar de miedo. No quedaban muchas personas que logran que se sintiera vulnerable, y aquella era la primera de todas.

Pero no hubo necesidad. Con no vio en Stephie otra cosa que comprensión, y ahora esta también estaba llorando. Vaya par. Cortar el contacto con su mejor amiga había sido otra forma más de castigarse.

Stephie le tomó la mano entre las suyas.

—He escuchado cuando hablabas con Dahlia, lo de que no eras Con y todas esas chorradas. Es curioso, porque esto que acabas de decirme tú me lo dijo la otra Con hace un año, cuando se presentó de improviso en la tienda. Casi palabra por palabra. Es increíble.

—¿En serio?

—Literalmente —dijo Stephie.

—¿La perdonaste?

—Con, no hay nada que perdonar. En primer lugar, el accidente no fue culpa tuya.

—Claro que lo fue. Si yo no hubiera presionado a Zhi para que continuáramos el viaje hacia Raleigh, si nos hubiéramos quedado a pasar la noche en Washington D. C. como quería Tommy, no habría sucedido nada de esto.

—¿Si tú no hubieras presionado? Venga, Con. La única opinión que contaba en nuestro grupo era la de Zhi. Punto. Yo lo quería como a un hermano, pero era un engreído de tomo y lomo. Ya sabes cómo se ponía si no se salía con la suya, y lo que quería aquella noche era continuar hacia Raleigh. Además, fue él quien insistió en que fuéramos por todo el país conduciendo manualmente aquella autocaravana maltrecha. A lo mejor tú fuiste responsable de ayudarlo a que se saliera siempre con la suya, vale, pero Hugh y yo siempre nos plegábamos a todo. Por pereza y por cobardía. Yo ya estaba harta de discutir todo el tiempo con Zhi, así que escogía mis batallas. Resultó ser que escogí mal, y eso es culpa mía. Vi lo cansado que estaba él aquella noche. No tenía por qué subirme a la autocaravana. Ninguno de nosotros tenía la obligación. Es una pena, pero todos contribuimos a alimentar nuestras

deficiencias como grupo. Íbamos a ir a Raleigh de todas maneras. No tienes que martirizarte por eso.

—¿Cómo puedes tener una actitud tan zen respecto de todo esto?

—Porque ya he tenido esta conversación. Y la primera vez no tenía una actitud tan zen, créeme —respondió Stephie—. Mira, si necesitas que te perdone, y solo digo esto porque lo dijo ella, pues vale, estás perdonada. Pero espero que tú también me perdones a mí. Yo te saqué de mi vida tanto como tú a mí de la tuya. Me arrepiento de ello, pero a lo mejor las dos necesitábamos un tiempo para curar las heridas. No lo sé. Pero me alegré de verte de nuevo el año pasado, y me alegro de haberte visto ahora.

—¿Aunque eso signifique que mi original ha muerto?

—Como tú misma dijiste antes, es complicado. Pero nada de eso es culpa tuya, de modo que sí, me alegro. —Stephie se puso de pie—. Ven, voy a enseñarte una cosa.

Volviéron a entrar en el estudio y se sentaron la una junto a la otra ante la consola de la sala de control. Su amiga la conectó y puso una canción. Era un buen tema, sencillo pero melódico, con una guitarra que servía de base a todo lo demás. Stephie incrementó un punto los bajos y Con empezó a asentir con la cabeza.

—Es buena —dijo.

A Stephie, ese comentario le resultó gracioso.

—Pues la escribió ella, así que no me sorprende que te guste.

—¿En serio? —dijo Con, y escuchó más atentamente—. Soy una engreída incluso sin saberlo.

—No, para nada. Estaba muy inspirada cuando venía aquí. Jamás he visto a nadie tan concentrado.

Continuaron así mientras Stephie iba reproduciendo una pista tras otra, todas con diferentes grados de acabado. A Con algunas le resultaron desconocidas; en cambio, otras eran temas que había escrito después del accidente. Los que nunca se había atrevido a grabar. Resultaba abrumador oírlas sacadas de unas simples anotaciones en un cuaderno de canciones completas. Una de ellas sonaba exactamente tal y como se la había imaginado ella en su cabeza, pero otras habían evolucionado en direcciones distintas. La influencia de Stephie resultaba inconfundible; nunca había sido compositora; sin embargo, tenía el don de saber mejorar una obra en curso.

Con le dio un apretón a su amiga en el brazo. Aquello era emocionante e increíblemente desconcertante a la vez. Lo más difícil era oír su propia voz cantando una letra que había escrito ella, pero que no recordaba haber cantado.

Stephie apretó el botón de pausa.

—Perdona.

—No es culpa tuya. Es que me resulta muy confuso. — Con, con mímica, hizo como si le explotase la cabeza—. Una parte de mí incluso está celosa de no haber podido trabajar contigo en estas canciones. Estoy hecha un verdadero lío.

—Pues una parte de mí está furiosa por no haberlas terminado entre las dos. Eso sí que es estar hecha un lío. Mi mejor amiga se muere, y yo me preocupo por unas canciones tontas.

—Pero me parece que eso es lo que hacemos todos: buscar maneras de encontrarle el sentido a... —dijo agitando la mano en el aire de forma vaga— todo esto. La gente rara, como nosotras, usa la música.

Stephie soltó una carcajada y se recostó agradecida contra ella.

—Precisamente hablando de eso —prosiguió Con—, ¿tú sabes qué ha sido de mis cuadernos y de mi guitarra? En el domicilio de su marido no estaban.

—Claro que lo sé —contestó su amiga señalando hacia la otra sala—, están ahí dentro.

—¿En serio?

Con entro en la sala de grabación y vio sus cosas colocadas cuidadosamente debajo de una mesa. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Con gesto reverente, abrió el estuche y sacó la guitarra. La afinó e intentó tocar un acorde de do, pero no le salió bien. En su mente sabía qué tocar; en cambio, sus dedos tenían dificultades para obedecer. Por fin terminó poniendo los dedos en su sitio, pero tuvo que mirarse la mano y decirle a cada dedo adónde tenía que ir, como si fuera una niña que estuviera aprendiendo los primeros acordes. O un clon recordando cómo había que andar.

Stephie fue con ella a la sala y se sentó en la banqueta de un trillado órgano Hammond B3 conectado a una caja de bafles Leslie. Escuchó un momento mientras Con se afanaba en los acordes de *North Dakota*, un tema antiguo de Lyle Lovett. El country de Texas era la única música que soportaba su madre, y ella se había aprendido un centenar de canciones viejas para poder practicar sin oírla despotricar: Tish Hinojosa, Nanci Griffith, Townes Van Zandt, Terri Hendrix y otros muchos. Fue una sorpresa, aunque no tanto, que volviese a ellas ahora para recordar cómo se tocaba. Siempre has de empezar por el principio, le decía su abuela, de lo contrario te perderás.

Al tercer intento, sus dedos se movieron ya con menos rigidez. Stephie encendió el Hammond y retuvo el interruptor de encendido durante diez segundos antes de accionar el de arranque. Fue complementando la guitarra titubeante de Con con acordes suaves que le infundieron valor para dejar de mirar las cuerdas y continuar tocando guiándose por la memoria y por el tacto. Juntas, empezaron a cantar. Stephie se hizo cargo de la parte de Rickie Lee Jones y su voz de soprano raspada y etérea fue mezclándose con la de Con, un contralto más fuerte. La sensación fue igual que en los viejos tiempos, y

habría dado cualquier cosa por quedarse para siempre en medio de aquella canción. Pero cuando llegaron al final, dejó que se desvaneciera lentamente y ejecutó con un repiqueteo el último ritmo sincopado, los latidos del corazón de un náufrago, en la caja de la guitarra.

En la sala se hizo el silencio. Ninguna de las dos quería ser la primera en quebrar el hechizo. Con miró la guitarra, su guitarra, y por fin comprendió lo que significaba aquello y se sintió libre de remordimientos. Su original no había estado viniendo a Charlottesville porque tuviera una aventura, y tampoco se había llevado su guitarra y sus canciones de la casa de Levi Greer porque hubiera decidido abandonarlo. Había estado yendo allí a grabar música con Stephie.

—¿Y dices que un día se presentó en la puerta, así sin más?
—preguntó Con.

La otra rio y dijo:

—Ya lo creo. Yo estaba trabajando en el mostrador, y ella entró tranquilamente, como si llevase años viniendo a diario. Dijo que se había casado con un tipo de Richmond y que quería arreglar las cosas conmigo.

Eso parecía propio de su antiguo yo: una manera de hablar simple y directa. Echaba de menos aquella versión de Con D'Arcy.

—¿Cuándo fue eso exactamente?

Stephie hizo memoria.

—Hará un año, más o menos.

—¿Y de verdad había superado lo de Zhi? —dijo poniéndose de pie y metiendo la guitarra de nuevo en su estuche.

—No —respondió su amiga simplemente—. Pero creo que ya estaba empezando a aceptar que nunca iba a superarlo del todo. Había fallecido esa Nochevieja, y a Levi lo había conocido solo unos días antes. Decía que se encontraba en ese

momento en el que la pena le estaba diciendo que no tenía derecho a ser feliz, que había estado muy cerca de montar alguna bronca estúpida como excusa para mandarlo todo a la mierda incluso antes de que empezara siquiera. Estuvimos hablando mucho de ello, de si se nos permitía seguir adelante. Yo sé que no quiero olvidarme nunca de Hugh. Forma parte de mí, de una época increíble de mi vida, pero pertenece a mi pasado. Mi futuro es Elena. Creo que a Hugh le habría caído bien.

—¿Tienes idea de por qué mi original no quiso decirle a su marido que estaba viniendo aquí?

—Necesitaba terminar estas canciones, pero yo creo que también se sentía culpable por ello. Yo formaba parte de su antigua vida, me relacionaba con Zhi. Sé que amaba a su marido, pero todo era de él, ¿comprendes? Su casa, sus cosas, sus amigos... No habían iniciado una vida juntos, más bien ella se incorporó a la que ya llevaba él. Creo que, en parte, por eso acudió a mí: para conectar de nuevo con algo que fuera solo de ella.

—Te agradezco que la ayudaras —dijo Con—. ¿Cómo la viste al final?

—No sabría decirte. No la vemos desde hace seis meses, cuando dejó de venir, pero ese último día estaba de lo más rara.

—¿Seis meses? —Sin embargo, la policía había encontrado su coche en Charlottesville cuando su original ya estaba desaparecida, y los datos del GPS mostraban que había estado haciendo visitas con regularidad en los últimos meses. Si había dejado de visitar a Stephie, ¿por qué había seguido yendo?—. La policía piensa que su marido la asesinó porque estaba teniendo una aventura con alguien de Charlottesville.

—¿Aquí? Imposible. Cuando venía, trabajábamos. —Stephie reflexionó unos instantes—. Pero ese último día estaba nerviosa por algo. Había estado viajando con su marido, de

modo que yo estaba deseando que nos pusiéramos a trabajar enseguida. Inmediatamente supe que algo andaba mal.

—¿Mal cómo? —preguntó Con.

—Mal, sin más. La encontré poco concentrada, despistada. Me dijo que se había metido en un asunto y que ya no iba a poder venir más. Intenté que me dijese lo que era, pero me respondió que era peligroso contármelo. Me pidió que respetara su deseo y que no me pusiera en contacto con ella. Me dolió, no lo voy a negar. Justo acabábamos de reconciliarnos, y ya estaba marchándose otra vez. Estaba muy asustada.

—¿En qué se lo notaste?

Stephie señaló la guitarra y las canciones.

—En que dejó aquí todo eso. Me pidió que se lo cuidase. Solo por si acaso, dijo. Ahí fue cuando me di cuenta de que estaba sucediendo algo grave de verdad, fuera lo que fuese.

Con coincidió con ella. No era ni capaz de imaginar en qué circunstancias se desprendería voluntariamente de su guitarra. Su original había acudido a Laleh Askari para pedirle ayuda unas pocas semanas antes de morir, pero si ya temía por su vida seis meses antes eso cambiaba de manera muy significativa la línea cronológica de los hechos.

—Después, se fue y ya no volvió —dijo Stephie.

—Sí que volvió —dijo Dahlia en voz queda.

Ambas se giraron a la vez y descubrieron a la pequeña de doce años apoyada en la puerta, en pijama. No sabían cuánto habría oído.

—¿Tú la viste? —le dijo Stephie—. ¿Cuándo?

—Hace dos semanas. Fue algo muy raro.

—¿Por qué?

—Me ignoró.

—¿De qué manera te ignoró? —le preguntó Stephie.

—No había tenido ocasión de despedirme, así que pensé que sería un detalle hacerlo. Pero ella pasó de largo justo por mi lado como si no me conociera de nada.

—¿Dónde fue eso? —quiso saber Con.

—En Water Street —respondió Dahlia.

Era donde su original aparcaba siempre el coche. Le preguntó a la pequeña si había visto en qué dirección iba su original.

—Sé algo más que eso. Sé adónde se fue. La seguí —dijo en tono desafiante.

—¿Hasta dónde? —le preguntó Con arrodillándose delante de ella.

—No conozco la dirección —repuso Dahlia.

—Vale, pero ¿puedes enseñármelo mañana?

La niña miró a Stephie y preguntó:

—¿Puedo?

—Eso es cosa de tu madre.

Dahlia desapareció como si hubiera salido disparada por un cañón.

—Me había hecho la ilusión de que te quedaras unos días —dijo Stephie—. Soy egoísta, ya lo sé.

—Ojalá pudiera. No tienes ni idea.

—Bueno, sí que tengo algo de idea, pero lo entiendo —dijo—. Solo acuérdate de que nuestra puerta siempre está abierta. —Se puso de pie y le dio un abrazo—. No te olvides de nosotras.

Al día siguiente, Dahlia llevó a Con hasta una calle residencial tranquila de Belmont, un barrio situado en el extremo suroeste de Charlottesville. Lo primero que le saltó a la vista fueron los muchos espacios que había para aparcar, por no mencionar que todas las casas contaban con un camino de entrada para coches y un garaje. Teniendo bien las dos piernas, se tardaba veinte minutos a pie desde Water Street. Tal vez tuviera sentido que su original aparcase allí cuando iba a visitar a Stephie, pero, teniendo una rodilla mala, solo había una razón para que se diera una caminata tan larga: no quería que quedase ningún rastro de adónde se dirigía exactamente.

Fueron paseando con naturalidad por la acera, y Dahlia le dio con el codo cuando pasaron junto a la casa en la que había visto entrar al original de Con. Era una construcción común y corriente que se erguía a mitad de la manzana, fachada gris, carpintería gris, puerta gris y cortinas grises. Exactamente igual que las demás. Ella le preguntó a la niña por qué estaba tan segura de que aquella era la casa, y la pequeña señaló unos canteros de flores rojas que había a uno y otro lado de la puerta.

—Esas flores son dalias. Es la flor nacional de México.

La casa estaba oscura, todas las persianas estaban bajadas, en el camino de entrada no había ningún automóvil y no se veía ningún signo de vida. Aunque su original ya llevaba muerta más de una semana, el jardín delantero estaba perfectamente cuidado y la estrecha franja de hierba que separaba la acera del bordillo la acababan de segar. Aunque lo mismo se podía decir de todas las casas de aquella calle. ¿Tendrían un servicio de mantenimiento? También podía ser que hubiera ido alguien por allí.

—¿Viste si ella llamaba al timbre de la puerta? —preguntó Con.

—No, la casa la dejó entrar.

—¿Estás segura de que fue la casa y no una persona?

Dahlia afirmó con la cabeza.

—Oí la campanilla.

Aquello era interesante. Si alguien se había tomado la molestia de añadir a su original a la lista de excepciones de aquella casa, eso significaba que dicha visita no era la primera. Si su original hubiera alquilado aquella vivienda, la policía lo sabría. Así pues, ¿a quién pertenecía? ¿Y por qué había estado ella yendo allí durante esos seis meses?

—¿Viste a alguien más entrar o salir? —preguntó Con.

—No. Me quedé un ratito, pero me llegaron mensajes de texto de mis amigas y me fui con ellas.

—¿Por qué no se lo contaste a tu madre?

—No lo sé. Porque Con fingió no conocerme, como si yo no significara nada para ella. No sé. No quise contárselo a nadie. —Dahlia no disimulaba que se sentía dolida—. ¿Por qué hizo una cosa así?

—No lo sé. A lo mejor estaba intentando protegerte. —Abrigó la esperanza de que fuera eso, y pareció que la niña se animaba un poco.

Al llegar al final de la manzana, doblaron la esquina y se detuvieron. Con le dio las gracias y le dijo que se marchase a casa. La pequeña le rogó que le permitiera ayudarla, pero ella le recordó que su madre las mataría a las dos si no se iba directa a casa. Dahlia, de mala gana, aceptó y la rodeó con los brazos, se apretó a ella con fuerza y luego emprendió el regreso a toda prisa sin mirar atrás. Con se la quedó mirando hasta que se perdió de vista. Fuera lo que fuese lo que había acabado con la vida de su original, ahora ella estaba

acercándose al meollo y no podía correr el riesgo de que Dahlia volviera sobre sus pasos. Era lo que habría hecho ella a su edad, pero esa niña tenía una relación muy distinta con las personas adultas que había en su vida. Resultaba increíble cómo cambiaba la perspectiva de las cosas cuando uno se sentía a salvo.

Los clones no eran idénticos a sus originales; sin embargo, con dudaba que el típico sistema de seguridad de una vivienda hubiera sido diseñado teniendo eso en mente. Cuando entró en el sendero de acceso a la vivienda para peatones, desde el otro lado de la calle la saludó un hombre mayor de raza blanca que dejó de trabajar un momento en su jardín para hacerle un gesto con la mano. Le devolvió el saludo. Tal vez fuera por la engañosa seguridad que proporcionaba la luz del día, pero se sintió a salvo. Si había alguien en casa, ella no tendría más que ponerse a gritar hasta que un vecino llamase a la policía. Se podía considerar un plan, ¿no?

Subió por el sendero de acceso, que emitió un sonido de campanilla suave al reconocerla al tiempo que se abría la puerta principal. Dahlia no se había equivocado: la casa poseía el perfil biográfico de su original. Con empujó la puerta, y esta se abrió sin hacer ruido y dio paso a un vestíbulo que estaba a oscuras. Estupendo.

—¿Hola? —voceó, e hizo una mueca de disgusto al ver que no respondía nadie.

¿Cuándo iba a aprender que tenía que dejar de hacer aquello? Debería ahorrar tiempo, ponerse un cencerro en el cuello y terminar de una vez. Permaneció de pie en el vestíbulo, pidiendo perdón por todas las cosas que le había llamado a la gente de las películas de terror que había hecho lo que estaba a punto de hacer ella. Porque, pese a lo mucho que estaba disfrutando de la luz del sol, las respuestas que esperaba estarían en el interior de la casa.

Atravesó la puerta y, tras largos instantes de debate consigo misma, cerró tras de sí. Automáticamente se encendieron unas

luces que se activaban por el movimiento. En aquella casa hacía mucho frío, y preguntó la temperatura. Catorce grados. Zhi siempre tenía calor, pero hasta él se habría convertido en un polo allí dentro. Y su original no habría durado ni cinco minutos.

Se frotó los brazos desnudos para entrar en calor y cruzó el vestíbulo en dirección al salón. Se hallaba desierto, y la moqueta que cubría todo el suelo era nueva. Aún flotaba en el aire un olor a desinfectante y a pintura reciente. En circunstancias normales, habría supuesto que estaban preparando la casa para venderla, pero aquello le dio otra impresión. La habían limpiado hasta los cimientos. Todo rastro de su original que Con hubiera esperado encontrar allí había desaparecido hacía mucho. ¿De eso se trataba?

En la cocina encontró un paquete de agua embotellada. El plástico estaba desgarrado y faltaban varias botellas. Dentro de la nevera había un envase parcialmente consumido de carne al estilo sichuan, relativamente fresco, a juzgar por cómo olía. Sobre la encimera había un montón de correspondencia; Con lo ojeó un poco, pero era todo correo basura dirigido al «residente». En la planta de arriba había tres dormitorios. Los dos primeros estaban tan vacíos e inmaculados como la planta baja; en el tercero encontró un colchón individual tirado en el suelo, contra la pared. Había un flexo largo y estrecho para leer encima de una mesita improvisada con una pila de libros: una nueva biografía de Mark Zuckerberg, una historia de la edad dorada de Estados Unidos que era más gruesa que una pierna suya y un ejemplar manoseado de *El manantial*. Como aquello era el único indicio, aparte de las botellas de agua y la comida china, de que allí había alguien, lo trató como trataría un arqueólogo unas ruinas antiguas. Retiró la ropa de la cama, por si hubiera algo metido entre las sábanas y la manta. Después, levantó el colchón y palpó las tablas del somier. Nada. Buscó entre las páginas de los libros con la esperanza de encontrar... ¿El qué? ¿Una confesión escrita a mano en los

márgenes? Claro, ¿por qué no? Pero no: los libros estaban tan limpios como la casa.

Frustrada, se acuclilló junto al colchón e intentó encontrarle algún sentido a todo aquello. No sabía por qué, pero dudaba que su original hubiera vivido en una casa vacía durante seis meses poniéndose al día con sus lecturas. Más probable era que hubiesen retirado todos los muebles para limpiar y pintar. Se recordó a sí misma que su original no había muerto en la granja. ¿Estaría ahora en medio de su propia escena del crimen?

Nerviosa, bajó a la cocina y llamó a Darius Clarke. Al primer timbre le saltó el contestador automático. No había problema. Le dejó un mensaje para sugerirle que hiciera una visita a Young Americans Music y hablase con Stephie Martz. Además, le dio la dirección de aquella casa y describió lo que había encontrado, y lo que no, en ella. Después, como si se le hubiera ocurrido en el último momento, dijo que si no tenía noticias de él llevaría el asunto a la prensa. Esperaba que eso lo convenciera de que ella iba en serio.

Pero ¿qué estaba ocurriendo allí? Frustrada, registró una vez más todos los cajones y todos los armarios. Ya se le estaban acabando las ideas de qué hacer a continuación. Imaginó que podría averiguar a quién pertenecía aquella casa; no estaría mal para empezar. Y también estaba el jardinero del otro lado de la calle; podría preguntarle si había visto algo. Si aquello no funcionaba, se pondría a llamar a las puertas de todos los vecinos hasta que diera con alguno que sí hubiera visto algo. Y si eso tampoco funcionaba, podría quedarse allí esperando a que regresara alguien a buscar su libro de Ayn Rand. Se apoyó contra la encimera de la cocina y miró hacia la entrada de la casa, pasado el vestíbulo.

A un costado había una puerta en la que no se había fijado antes.

¿Cómo demonios se le había escapado aquello? Inundada de adrenalina, por lo visto iba demasiado concentrada en la

posibilidad de que alguien saltara sobre ella y había pasado por alto cosas importantes, como nada menos que una puerta. Qué reconfortante.

Daba a un garaje de una sola plaza que consistía en una plataforma de hormigón vacía salvo por una bolsa de basura pequeña y cuatro sacos de color azul oscuro que estaban apoyados en fila contra la pared del fondo. Cada uno tendría unos dos metros de largo y estaba hecho de plástico resistente. Resultaba desconcertante saber lo que era una cosa sin haberla visto nunca en la vida real, pero, gracias a una existencia entera de televisión y películas, supo inmediatamente que aquellos cuatro bultos informes eran bolsas para cadáveres y que ninguna estaba vacía. Las únicas preguntas por responder eran quién estaba dentro y si ella tendría el valor suficiente para mirar. La respuesta a la segunda la supo enseguida.

Se arrodilló y abrió la cremallera de la primera bolsa despacio y solo lo justo para bajar un poco el borde y ver el rostro. Era un hombre al que no reconoció, pero mostraba una expresión extrañamente pacífica. Picada por la curiosidad, abrió el resto de la cremallera. Lo habían desnudado y restregado con lejía. Aparte del hecho de que estaba muerto, con no vio nada raro en él. Y el olor a putrefacción no le estaba provocando náuseas, como le había ocurrido en la granja. Aquel hombre había muerto hacía poco. Por eso el termostato estaba regulado tan bajo. Aquella casa era, literalmente, un almacén de carne.

Se detuvo un momento para desanudar la bolsa de basura. Dentro estaban las botellas de agua que faltaban de la cocina, todas vacías. Olfateó una, pero no captó ningún olor. ¿Habrían tenido dentro algo más que agua? Con un escalofrío, abrió la cremallera de las dos bolsas siguientes. Otros dos muertos lavados con lejía. Una cosa era la violencia, pero aquello era peor. Desapasionado, aséptico. A aquellos hombres los habían tratado igual que a la carne envasada en un supermercado.

La última bolsa, en fin, ya era harina de otro costal, y le inspiró a Con un pánico repentino que no había experimentado antes. Reconoció la cara de inmediato. Venía persiguiéndola, atormentándola, desde la noche en que salió de Palingénesis. El hombre de la cara con marcas de acné estaba muerto. Alguien los había asesinado a él y a su equipo. Con debería haber sentido alivio por no tener que preocuparse más de él, pero no fue así. Por lo menos era un rostro conocido, pero ahora no sabría quién la perseguiría.

Necesitaba salir de allí. El hecho de que su original fuera a aquella casa con la suficiente frecuencia para que la reconociese el sistema de seguridad le producía una profunda inquietud. Aquellas muertes demostraban lo involucrada que había estado ella antes de que lo que estaba ocurriendo acabara siendo la causa de su muerte. Pero antes tenía que mandar fotos a Darius Clarke. A no ser que este lograra, por arte de magia, relacionar aquellos asesinatos con Levi Greer, que actualmente se encontraba en prisión, su acusación estaba comenzando a desmoronarse. Por lo menos esa era la esperanza que abrigó mientras se situaba a horcajadas sobre el primer cadáver para hacerle una foto.

De repente, oyó abrirse la puerta de la casa.

Despacio, miró atrás y vio un hombre de raza blanca, corpulento, con una camiseta ajustada que realzaba sus hombros y sus bíceps, duros como el acero. Llenaba el espacio de la puerta como si la hubieran fabricado a su medida. Con se giró hacia él y se apartó de los cadáveres.

—¿Quién cojones eres tú? —preguntó el recién llegado, pero no aguardó a recibir la respuesta. Alargó una mano y tocó el botón de la puerta del garaje con una delicadeza sorprendente. Ella, absurdamente, creyó que estaba abriendo para dejarla salir. Pero a medida que la persiana replegable iba levantándose vio los neumáticos de una camioneta que estaba esperando para entrar en el garaje marcha atrás.

Aquel tipo no pensaba dejarla salir, estaba abriendo para sus amigos.

Un segundo hombre blanco pasó por debajo de la persiana mientras esta seguía levantándose. También era un individuo corpulento, pero costaba trabajo distinguir cuánto era cerveza y cuánto era músculo. Miró primero a su compañero, después a Con y luego otra vez a su compañero.

—¿Quién es esta?

El que estaba en la puerta se encogió de hombros.

—No nos hemos presentado.

—¿Quién eres? —le preguntó el segundo hombre, y luego dijo, dirigiéndose a su espalda—: John, te interesa ver esto.

La puerta del garaje terminó de levantarse perezosamente. De la camioneta se apeó un tercer hombre. También era de raza blanca, algo mayor que sus compañeros, y tenía una barba negra entreverada de canas. Se movía con cuidado, apoyándose más en una pierna que en la otra. Los otros dos hombres aguardaron a que él proporcionase las respuestas. No se dio ninguna prisa en dárselas y dedicó unos instantes a contemplar fijamente a Con mientras se rascaba el dorso de la mano. Al verlo, ella se fijó en el tatuaje que llevaba en el antebrazo: un paraguas negro.

Aquellos hombres eran Hijos de Adán.

Todo fue ralentizándose hasta quedar reducido a un redoble de tambor lento, sincopado por el efecto del pánico. Ella quiso solicitar unos minutos de tiempo muerto para comprender por qué los Hijos de Adán conocían la existencia de aquella casa, de qué forma estaban relacionados con su original. En el otro lado de la calle, el jardinero puso en marcha un soplador de hojas y todo volvió a recuperar su velocidad normal. Si no salía de allí, iba a morir.

—Pero, hombre, ¿es que no sabéis quién es? —dijo John con una ligera desilusión.

—¿Quién? —preguntaron los dos al unísono.

—El clon que está saliendo en todos los informativos.

Los dos hombres la miraron con renovado interés.

—Vamos a tomárnoslo con calma —les dijo Con al tiempo que echaba a andar muy despacio hacia el mayor de los tres; su pierna tullida lo convertía en la menos mala de sus opciones.

—¿Y qué está haciendo aquí? —preguntó el segundo.

—Esa es una buena pregunta —replicó John. Hizo una seña al tipo corpulento de la puerta y este apretó por segunda vez el botón de la persiana del garaje. El motor cobró vida y la persiana comenzó a bajar.

Con salió disparada hacia la calle pidiendo socorro a gritos. Pero no consiguió llegar.

Con se despertó tendida en un sofá de cuero naranja que estaba tan agrietado y ajado como el pie de un anciano. Con cuidado, se incorporó hasta quedar sentada y cerró los ojos con fuerza esperando a que pasaran las náuseas. No recordaba cómo había terminado su intento fallido de escapar, solo sabía que el jardinero ni en un solo momento había levantado la vista de su soplador de hojas. No tenía ni idea de cuál de los Hijos de Adán la había dejado sin sentido, pero la hinchazón que notó en la nuca estaba húmeda, blanda y sensible. Respiró profundamente para despejarse la cabeza, pero lo único que consiguió fue llenarse los pulmones con el aire pestilente y opaco de diez mil cigarrillos. Entró a trompicones en el cuarto de baño, puso la mano bajo el grifo y bebió hasta que el dolor de cabeza comenzó a ceder. Lo que le vendría bien serían las pastillas que llevaba en la mochila, pero, que ella supiera, esta seguía estando en el garaje. Y, naturalmente, le habían quitado su DCL.

La habían sacado de la casa y la habían metido en un cuarto estrecho y sin ventanas que tenía un suelo de baldosas blancas y negras. El techo, de baja altura, tenía un montón de tuberías a la vista. La mezcolanza de muebles destartados le hizo pensar que aquello quizá fuese un trastero. Pasó los dedos por lo que estaba escrito en la pared al lado del espejo roto del baño, y entonces se dio cuenta de dónde se encontraba.

Los Dolientes, 22-2-2034, Louie, Gin

La Experiencia Keanu Reeves, 3-8-2039

Los Guerreros del Bajo, 15-11-2037

Y seguía así por todas las paredes, pintadas toscas de trazos gruesos: nombres de grupos musicales, mensajes crípticos escritos con mil tintas y manos distintas. Letras groseramente

dibujadas por músicos que estaban esperando a subir al escenario. Con poseía un conocimiento bastante enciclopédico de los grupos, pero tan solo reconoció unos pocos de los nombres que estaban escritos en las paredes. Aun así, los conocía aunque no los hubiera tratado personalmente: eran personas cansadas, saturadas, hartas de la rutina, aburridas unas de otras. Diez horas en una furgoneta para luego subirse a otro escenario cutre con una instalación eléctrica chapucera, y después quedarse encerradas allí abajo hasta que llegase la hora de actuar para un público semihostil formado por treinta desconocidos borrachos. Aquellas paredes eran un monumento conmemorativo en honor a los miles de grupos musicales olvidados que no llegaron a alcanzar el éxito. No le costó adivinar la clase de local en el que se encontraba: pequeño, sospechoso, un garito con más infracciones de la ley contra incendios que cervezas de barril.

No se le escapó lo irónico que resultaba que estuviese prisionera en una tétrica sala de espera para músicos, ubicada en algún sótano. Sin embargo, sus captores no eran admiradores que buscaran una gala a petición.

Apoyando una oreja contra la puerta cerrada con llave, percibió sonidos amortiguados de voces y música. Se puso a aporrearla hasta que le dolió el puño, pero no apareció nadie. Aquella puerta era lo único robusto que había en todo el cuarto. Se derrumbó de nuevo en el sofá y se dispuso a esperar. Eso le ofreció la oportunidad de volver a la inoportuna pregunta que le había venido a la cabeza cuando estaba en el garaje: ¿qué estaban haciendo los Hijos de Adán en aquella casa? Porque no la habían seguido a ella. Se habían quedado tan sorprendidos de verla como ella de verlos a ellos. Además, el tipo grandullón había entrado en la casa para abrir el garaje, lo cual quería decir que la casa lo había reconocido o que poseía una llave. Se pasó una mano por la cara con gesto de frustración. No le gustó, pero la casa relacionaba a su original tanto con los Hijos de Adán como con Cara de Acné y su

equipo. Lo que no sabía era de qué manera, pero sí que la respuesta no iba a gustarle nada de nada.

De pronto, del otro lado de la puerta le llegó cada vez más fuerte el ruido de un alboroto. Corrió hacia ella. Se acercaban unas pisadas. Hombres discutiendo. Todavía no estaban pegándose, pero, a juzgar por el tono de las voces, se barruntaba violencia. De repente se oyó una voz estentórea, de barítono, que se elevó por encima de todas:

—¿Dónde está?

Todos guardaron silencio.

—¿Dónde? —repitió la voz en tono de enfado.

Si alguien respondió, Con no llegó a captarlo, pero el ruido de una llave girando en la cerradura hizo que se apartase de la puerta. El tipo mayor del garaje, el tal John, la abrió. Traía cara de pocos amigos, como si hubiera acudido al dentista para hacerse una limpieza pero se hubiera quedado para una endodoncia. Detrás de él varios hombres se alineaban en las paredes de un pasillo estrecho y oscuro que terminaba en una escalera igualmente estrecha y oscura. Con no logró distinguir los rostros, pero la furia salvaje que irradiaban era como estar mirando un horno con la puerta abierta.

Un hombre de raza blanca vestido con un traje de tres piezas apareció en el hueco de la puerta. Se situó al lado de John, aunque no a su misma altura; a pesar de que era casi treinta centímetros más bajo, se las arreglaba para erguirse con autoridad sobre aquel, que dio la impresión de encogerse.

—Esperad arriba —ordenó el trajeado.

—Venga ya. La hemos encontrado nosotros.

—Así es, John. La habéis encontrado. Pero en realidad ese no es el problema, ¿no crees? ¿Le han dicho a tu capítulo concretamente que deje de hacer trabajitos de manera extraoficial?

—Sí —admitió John a regañadientes.

—¿Te he dicho yo personalmente que mantengas la discreción hasta que las cosas se enfríen?

John asintió con la cabeza y miró furioso a Con, como si sus problemas fueran culpa de ella.

—Y aun así lo has hecho. Y ahora yo tengo que limpiar el estropicio. Llévate a tus chicos y esperad arriba.

John y sus chicos, de mala gana, volvieron a subir la escalera como adolescentes malhumorados cuyos padres hubieran regresado temprano a casa y les hubieran agitado la fiesta. Una vez que se hubieron marchado, el hombre del traje cerró la puerta y se dio una vuelta lentamente alrededor del cuarto, como un vocalista que se pasea por el escenario mientras sus músicos ejecutan los primeros acordes. Ni miró a Con ni dio indicio alguno de advertir que no estaba solo. El hecho de que fuera famoso tan solo aportó mayor surrealismo a la escena. Acercó una silla y se sentó junto a ella. Acto seguido, extrajo de su bolsillo un dispositivo del tamaño de su dedo meñique. Lo activó y lo colocó encima de la mesita baja de centro que los separaba. Cuando la luz parpadeó del rojo al verde, acusó por fin la presencia de Con.

—Ya está —dijo—. Así está mejor.

—¿Es un supresor de vigilancia? —preguntó ella, aunque nunca había oído decir que existieran dispositivos tan pequeños. Las autoridades llevaban casi una década haciendo presión para que se prohibieran los bloqueadores de grabaciones de audio y de vídeo, pero los defensores de dicha industria y la Unión por las Libertades Civiles no habían dejado de presentar batalla.

—Por si hubiera amigos que pretendieran grabar nuestra conversación para tenerla de recuerdo —dijo el hombre a la vez que indicaba con un ademán abstracto las paredes y el techo—. ¿Sabe quién soy?

Con puso los ojos en blanco. Era Franklin Butler: fundador, líder, portavoz y mesías autoproclamado de los Hijos de Adán.

Por los vídeos que había visto de él, había pensado que sería más alto. Y más viejo. En persona no aparentaba en absoluto tener cerca de cuarenta y dos años, y Con comprendió por qué se había dejado barba: debía de suponer un problema liderar un grupo de odiadores teniendo la cara de querubín de un boy scout.

—Bien —dijo Butler—, no tenemos tiempo para presentaciones largas. Y, para que conste, yo también la conozco. Como para no hacerlo, teniendo en cuenta cómo se ha obsesionado con usted la prensa. Un clon que resuelve el asesinato de su original. Resulta irresistible.

En una vida anterior, antes de convertirse en el rostro del movimiento anticlonación, Franklin Butler había sido una estrella en ascenso de la Universidad de Chicago, en el Departamento de Filosofía. ¿Sería ese el motivo de que hablara como un patriarca de una película antigua en blanco y negro?

—¿Por qué estoy aquí? —le preguntó, aunque lo que le estaba preguntando en realidad era por qué no estaba ya muerta. La postura de Franklin Butler respecto de los clones estaba bien documentada. Se ofrecía una recompensa permanente por cada clon que se capturase al sur del río Potomac, y en los cinco últimos años habían sido asesinados como mínimo ocho clones que se habían aventurado al interior del estado prohibido —«neutralizados», en la jerga de los Hijos de Adán—. Y, naturalmente, ninguna de esas ocho muertes se denunció como un caso de homicidio. Uno de los asesinos sí que llegó a ser condenado, pero únicamente por el delito de destrucción de la propiedad. Le fue impuesta una multa simbólica. Franklin Butler se regocijó públicamente de dicha decisión. De modo que, a pesar de su pátina de hombre refinado y civilizado, Con sabía exactamente lo que significaba su presencia para las posibilidades que tenía ella de salir viva de allí.

—Lo irónico es que yo tengo exactamente la misma pregunta —repuso Butler—. ¿Por qué estoy aquí?

—Usted me ha secuestrado.

—Bueno, como demostrarán los hechos, no he hecho tal cosa.

—Esos gilipollas llevaban el tatuaje de los Hijos de Adán. Eso quiere decir que responden ante usted.

Butler lanzó una carcajada de sorna.

—Ojalá fuera así de claro y de simple. ¿La han herido o maltratado de alguna forma?

Esa fue una pregunta que no se esperaba. Sin embargo, vio que él, por debajo de su jactancia, estaba tenso. Nervioso. Eso estimuló su curiosidad, pero la hizo adoptar una actitud de cautela.

—¿Aparte del secuestro?

—Aparte de eso —concedió Butler.

—No —contestó—. Pero no me vendría mal comer algo.

—A mí también, ya que lo menciona. —Se sacó un pañuelo del bolsillo y lo desdobló sobre la mesa. Cayeron un puñado de almendras. Tomó una y se la metió en la boca—. Por favor. Sírvase.

Con no las tocó.

—Si yo pretendiera causarle algún daño, ya se lo habría causado —prosiguió Butler ingeniándose las para parecer ofendido por el rechazo de su grandioso gesto.

Ella cogió una almendra y se la comió con ademanes exagerados.

—Ya está. ¿Contento?

—Contentísimo...

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó por segunda vez.

—La razón de que esté aquí y no colgando de un árbol como quiere Big John es que hace una hora recibí un mensaje del principal donante de los Hijos de Adán en el que se me solicitaba que intercediera personalmente para impedir que le sucediera a usted algo drástico. Por cierto, no me dé las gracias. Ese donante ha insistido en todo momento en que mantenga la discreción y el anonimato más absolutos. Yo jamás lo he visto en persona ni conozco su identidad. Dada la generosidad de las sumas, siempre he estado perfectamente conforme con dicho acuerdo, dado que, hasta este momento, nunca había pedido gratificación alguna. Bien, pues ya no estoy conforme.

—¿Qué es lo que quiere de mí? Yo no sé quién es su inversor —dijo Con, aunque se preguntaba si eso sería cierto.

—Vernon Gaddis se ha interesado mucho por usted.

—¿Cree que su inversor anónimo es Vernon Gaddis? Eso es lo más tonto que he oído en mi vida. Él odia a muerte a los Hijos de Adán.

—Y nosotros a él —replicó Butler—. Pero sígame el razonamiento. Vernon Gaddis ya ha acudido una vez a rescatarla, ¿no es verdad? Corrió a socorrerla en su momento de mayor necesidad, como un caballero andante de la Edad Media. Sinceramente, todo ello merece la banda sonora de un clásico del cine. ¿Por qué no habría de hacerlo de nuevo? ¿O es que tiene usted otro benefactor que yo deba conocer?

—Gaddis no es mi benefactor —dijo ella con cuidado de no mencionar a Brooke Fenton, lo que solo serviría para suscitar los impulsos más agresivos de Butler. En los últimos años, este había ido sacando una teoría de la conspiración tras otra para detallar los siniestros motivos que había detrás de la existencia de los clones. Sus seguidores se lo creyeron todo: cuanto más fantasioso, mejor. ¿Qué sucedería si un instigador de conspiraciones innato se enterase de que ella guardaba en su cerebro las investigaciones perdidas de Abigail Stickling?

¿Qué no haría para evitar que le echaran mano Vernon Gaddis o Brooke Fenton?

—Por curiosidad, ¿por qué respalda Gaddis su pequeña excursión al estado de Virginia?

—Abigail Stickling era tía mía —respondió Con esperando que aquella revelación lo dejase satisfecho. Pero lo que quería preguntarle era cómo demonios sabía tanto al respecto.

—Sí, ya lo sé —contestó Butler—. El problema que tiene esa explicación es que él la despreciaba. Y ella a él.

—¿Qué? —dijo Con sin poder disimular la sorpresa.

—Oh, sí, se cuenta que se peleaban como el perro y el gato. Sobre todo en los últimos años. Tenían diferentes criterios respecto del futuro de Palingénesis. Su tía obligó a la junta directiva a que escogiera entre los dos, y la junta, sabiamente, la escogió a ella. El dinero es fácil de encontrar; en cambio, la genialidad..., en fin, la genialidad sencillamente no se puede recaudar. Así que los miembros de la junta directiva escogieron seguir adelante con la persona que los había sentado en ella y le otorgaron el control absoluto de la división de investigación. Gaddis se quedó tremendamente resentido. Verse manipulado por una rata de laboratorio que no tenía interés por la política ni por las personas no fue fácil de asimilar para un narcisista como él, me imagino.

Esa no era en absoluto la impresión que Gaddis le había causado a ella. Se había pintado a sí mismo como el único aliado con que contaba su tía en Palingénesis y había retratado a Brooke Fenton como el enemigo. Una vez más, Con terminó cuestionándose todo lo que había dado por supuesto. Y también vio por qué Butler había sido de joven un profesor universitario tan magnético. Se dio cuenta de que su truco consistía en que no decía las cosas a pecho descubierto, sino que se retrasaba en dar la respuesta y entretanto se burlaba de otras explicaciones más sencillas dando a entender que tan solo un necio se dejaría engañar tan fácilmente. Pero ese era el

talento que poseía Butler: hacer que las personas se cuestionasen y persuadirlas de que debían aceptar el punto de vista de él como propio. Apoyándose en eso había construido dos carreras profesionales.

—No lo sabía —respondió.

—¿Cómo iba a saberlo? —dijo él—. No es para nada la imagen que pretende proyectar Palingénesis. Pero no me diga que Vernon Gaddis se ha arriesgado a venir a Virginia por lealtad a la memoria de Abigail Stickling.

—Oiga, yo solo intento averiguar qué le sucedió a mi original. Nada más.

—Ah, sí, su original. Otro asunto espinoso. ¿Por qué cree usted que asesinaron a Constance D'Arcy? —preguntó Butler—. La teoría que prevalece en este momento es la de que el asesino fue su marido, celoso de su infidelidad. Por lo menos, es plausible. Los maridos que asesinan a su mujer forman una pequeña industria en este país, pero los cuatro cadáveres de Charlottesville sugieren que aquí está ocurriendo algo más.

—¿Por qué? Los han puesto allí los Hijos de Adán —replicó Con.

—No. Acaban de contratar a Big John para que los recoja.

—¿Quién lo ha contratado?

—No lo sabe. Otro personaje anónimo, y ahí un hombre menos crédulo empezaría a ver un patrón. De todas formas, ¿quiénes eran esos hombres?

—No tengo ni idea —dijo ella, que por lo menos contaba con la ventaja de decir la verdad.

—¿Y por qué estaba usted en esa casa?

—¿Por qué estaban los Hijos de Adán?

—*Touché*. —Butler suspiró y alargó la mano hacia las almendras—. ¿Se le daban bien la matemáticas en el colegio?

—Lo mío eran más bien la lengua y las humanidades.

—Es verdad, usted pertenecía a aquel grupito musical, ¿no?
—dijo Butler—. Para mí, las matemáticas eran fáciles. Las aprobé como si nada en el instituto. Álgebra, geometría, trigonometría... Sencillamente, lo entendía todo. Los profesores me descontaban puntos por no mostrar mi trabajo, porque veía las respuestas en mi mente.

—Pues enhorabuena —le dijo Con sin saber muy bien adónde quería ir a parar con aquello.

Butler carraspeó ante aquel sarcasmo.

—Y entonces llegó el cálculo. Mi némesis. Los libros de texto se convirtieron en un galimatías. Dejé de ser un estudiante de matrícula para convertirme en un pesado que necesitaba que le explicasen cada concepto mil veces. Me había topado con el «muro», como explicó tan generosamente el bueno del señor Blake. Era la primera vez que algo me resultaba difícil, en el sentido académico. A base de fuerza de voluntad, logré sacar un notable en esa asignatura, pero las matemáticas ya no volvieron a resultarme intuitivas. Odié la sensación de saber que jamás vería la imagen de conjunto, por más que me esforzase. Le cuento esto porque ahora estoy teniendo esa misma sensación.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Quiero saber quién está manejando mis hilos.

—No es una sensación agradable, ¿a que no? —dijo ella con un sentimiento fugaz de camaradería. Ambos tenían exactamente la misma pregunta y, quizá, la misma respuesta.

—¿De quién se trata?

—No lo sé.

—Dígamelo —rugió Butler esparciendo las almendras por el suelo—. En cuanto yo salga por esa puerta, ya no habrá nada entre usted y los treinta hombres que están esperando para poner fin a su desgraciada existencia.

—¡No lo sé! —rugió también Con. Era muy consciente de que daba totalmente lo mismo que lo supiera o no si él no quedaba convencido. Siempre existía la opción de romper a llorar y alegar ignorancia; los hombres como Butler Franklin se alimentaban del miedo, de modo que una mujer llorando en un sótano bajo llave para él sería como una droga. El único problema era que ella no sabía fingir el llanto. Lo cual era irónico, teniendo en cuenta lo mucho que había llorado en los últimos años. En cambio, lo único que sentía ahora era irritación. Una rabia profunda que lo invadía todo. Tendría que servir con eso—. Es posible que sea Gaddis. No lo sé. ¿Por qué no se lo pregunta a él? Yo solo soy una descerebrada insolente, como todos los clones, ¿no? ¿Por qué iba nadie a decirme nada?

Butler retrocedió, sorprendido con la guardia baja por la ferocidad de aquella réplica. Fue un placer dejarlo descolocado, tanto que Con quiso ahogarlo otro poco más:

—Ya estoy harta de usted, de Gaddis y de la policía. Son todos iguales. Voy a darle una idea: ¿por qué no lo solucionan entre ustedes y me dejan a mí en paz, psicópatas?

Butler, rojo como la grana, levantó un dedo a modo de advertencia.

—Debería recordar dónde se encuentra.

—Como si fuera a olvidarme de ello. Mire, no sé por qué Gaddis me está ayudando. Si él es su donante anónimo, desde luego no me lo ha contado a mí. De modo que ¿por qué no acabamos de una vez con esto? Estoy cansada.

Butler dejó pasar unos instantes y luego asintió con la cabeza.

—Creo que me habría caído bien Constance D'Arcy. Lamento que haya muerto. —Acto seguido, se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde va? —le preguntó ella, segura de que lo había forzado demasiado y asustada de las consecuencias que eso

podiera acarrear.

—Voy a tener una pequeña charla con su anfitrión —
respondió Butler crípticamente.

—¿Sobre qué?

—Voy a seguir su consejo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Con, pero la puerta ya
había vuelto a cerrarse.

Con recorrió todo el cuarto en busca de algo que pudiera utilizar como arma. No sabía qué consejo pensaba Butler que le había dado, y aquello le había sonado demasiado a una amenaza velada como para quedarse tranquila. Había llevado a cabo muchas negociaciones y sabía cuándo se pasaba de lista. Pero allí no estaban regateando las condiciones de un contrato de grabación; allí estaba en juego su vida, y Franklin Butler era un hombre que no creía que ella mereciera vivir. Marcarse un farol y perder no era una opción. Estaba intentando aflojar el brazo de una de las sillas para usarlo a modo de estaca cuando de repente se abrió la puerta y volvió a entrar Butler. Con retrocedió, pero lo único que hizo él fue recoger las almendras con su pañuelo y guardárselas otra vez en el bolsillo. Como si se le hubiera ocurrido en el último momento, le hizo una seña para que lo siguiera.

—¿Adónde vamos? —le preguntó ella sin moverse del sitio.

—¿Importa? A no ser que prefiera quedarse aquí.

La verdad era que no.

—Pase lo que pase —dijo Butler—, necesito que mantenga la boca cerrada y la cabeza gacha. ¿Me ha oído? Si le entra el impulso irresistible de decir algo para hacerse la listilla, aguántese.

—¿Por qué? ¿Qué va a pasar?

—Sacarla de aquí no está resultando ser una decisión muy bien recibida.

—¿Es usted el que manda o no? —le dijo Con.

—Como ya he dicho, las cosas no son tan simples. Mi liderazgo no es tan invulnerable como lo pinta la prensa. Los

Hijos de Adán son una confederación libre de grupos independientes, más que una única organización vertical. Y, aun así, siempre hay elementos marginales que me acusan de ser demasiado moderado, demasiado blando. Ha sido necesario un largo tira y afloja con Big John para que aceptase dejarla en libertad.

Avanzaron por el pasillo, subieron un tramo de escaleras y emergieron en un escenario vacío del tamaño de un sello de correos. Las paredes de alrededor eran de ladrillo renegrido por el paso del tiempo y estaban empapeladas con una colección de pegatinas y calcomanías de diversos grupos, pegadas unas encima de otras. Con miró hacia el público y tuvo que protegerse los ojos de los focos del techo, que proyectaban haces de una intensa luz roja sobre el escenario. El local era largo y estrecho como un féretro barato. Junto a los muros carentes de ventanas se alineaban varios sofás con reservado, y el foso que rodeaba el escenario estaba rodeado por una fila de mesas de aglomerado dispuestas en semicírculo. Llenaba las paredes una masa variopinta de matrículas de coche, carteles y toda clase de cachivaches, como si un tornado se hubiera llevado todas aquellas cosas por delante y el propietario, en vez de ordenarlas, se hubiera limitado a clavarlas de nuevo con chinchetas. Había como unos veinte hombres de pie en la barra, bebiendo y discutiendo. Se agitaban con impaciencia, sin nada que hacer, y al verlos Con apretó los dientes. Cuando los vieron, dejaron de discutir entre ellos y se giraron todos a una hacia el escenario. Con había actuado en suficientes locales para reconocer a un público hostil. Y también había estado en suficientes escenarios para saber lo que era el pánico escénico, y Butler estaba sudando. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a seguir con aquello antes de dejarla a ella sola y salvar su propio pellejo?

—Quizá debería cantarles algo —le dijo a Con haciendo un esfuerzo por sonreír en un fallido intento de aparentar seguridad en sí mismo.

—¿No hay una puerta en el escenario? ¿Una salida por la parte de atrás?

—Si queremos salir por algún sitio que no sea la puerta principal, yo estaré acabado y usted muerta. ¿Lo entiende?

Con entendía que Butler estaba convencido de que necesitaba demostrar quién tenía más huevos ante aquella barra llena de fanáticos borrachos. Los machos alfa no podían escaparse por la puerta trasera si pretendían seguir siendo los jefes de la manada. Y también entendía que ahora su vida dependía de que ella mantuviese la boca cerrada mientras aquel hombre blanco se encargaba de hablar. Era algo demasiado descarado para su gusto, pero, si era lo que hacía falta, era lo que hacía falta.

—Va a salir todo bien —dijo Butler, aunque Con no supo muy bien a cuál de los dos pretendía convencer diciendo eso.

—¿Usted cree?

Él le lanzó una mirada de pocos amigos, claramente decepcionado por su falta de espíritu de equipo, y echó a andar con actitud resuelta hacia la zona delantera del local como si esperase que aquellos tipos se arrugaran en su presencia. Cuando ambos llegaron a la barra, los hombres no cedieron ni un milímetro. Butler podría haber intentado abrirse paso a la fuerza, pero hasta Con sabía que, en la dinámica tácita de los varones, aquello podía provocar un desastre. Los hombres lo observaron desde las alturas sin pestañear, un muro de miradas glaciales y mandíbulas apretadas. Al verlos de cerca, ella calculó que eran más bien treinta, una mezcla de edades y razas. Era curioso ver cómo el odio unía a las personas.

—¿John? —exclamó Butler—. Pensaba que teníamos un trato. ¿De verdad hay que pasar por esto?

—Esto es una gilipollez, Franklin —contestó John por detrás del muro de hombres. Surgió un murmullo de aprobación. Fuera cual fuese el pacto que habían acordado, por

lo visto no había sentado bien a las tropas. Franklin Butler no era el único cuya autoridad estaba en la cuerda floja.

—Así es como tiene que ser, John.

—Eso lo dirás tú.

—Exacto, eso lo digo yo —respondió Butler elevando la voz para que lo oyeran todos. Su tono iba teñido de decepción—. Y pensaba que las cosas que digo ya tendrían un poco más de peso a estas alturas.

—Pero ya la hemos capturado —presionó John—. Con toda la atención que está recibiendo por parte de los medios, deberíamos aprovecharnos de eso. Nadie te ha invitado a venir aquí. Tenemos que dar ejemplo con ella.

—¡Atadla! —exclamó una voz, y provocó un rugido de aprobación.

Con sintió que comenzaba a temblar y no pudo hacer nada para impedirlo. No era exactamente miedo, aunque desde luego estaba asustada; pero cuando no existía la opción de luchar ni tampoco la de escapar, la adrenalina no tenía adónde ir. Sentía que iba acumulándose en su cuerpo igual que un vertido tóxico. Su única esperanza era que aquellos tipos no lo notaran con aquella iluminación tan tenue. Por nada del mundo pensaba darles esa satisfacción.

La voz de Butler logró elevarse por encima del estruendo con el que tenía que competir.

—Y tu iniciativa, John, será de gran valor para el comité nacional. Sé que estarán tan emocionados como yo de darte la bienvenida. Pero, por desgracia, es más importante la visión de conjunto.

—A la mierda la visión de conjunto —gruñó una voz al fondo.

—¿A la mierda la visión de conjunto? —dijo Butler, ya más relajado ahora que tenía algo que argumentar—. Amigos míos, no hay más visión que la de conjunto. Los amigos que

tenemos en la policía de Virginia conceden a los capítulos de los Hijos de Adán espacio de sobra para que operen sin trabas. Hacen la vista gorda hacia nuestras, digámoslo así, actividades extralegales. No obstante, esa lealtad es una calle de doble sentido, y lo cierto es que los aliados que tenemos en el Departamento consideran a este ser —dijo señalando a Con con un ademán despectivo— crucial para su investigación. En otra circunstancia cualquiera, yo mismo haría el nudo de la horca. Todos lo sabéis. Pero perderemos ese apoyo rápidamente si nos tomamos la justicia por nuestra propia mano antes de que ellos hayan acabado.

Butler hizo una pausa para dejar que calara el mensaje. Esta vez no se alzó ninguna voz para interrumpirlo. Al notar que estaba poniéndolos de su lado, les dio un poco de coba.

—Para seros sincero, este capítulo al completo merece un poco de reconocimiento. Vosotros sois las tropas de choque de los Hijos de Adán. Empezando por vuestro líder, John Highsmith.

Eso le valió una ronda de vítores, y sonrió con magnanimidad. Los hombres se volvieron, abrieron algunos espacios en sus filas y Con alcanzó a ver a Big John Highsmith, que estaba de pie detrás de la barra con el gesto de una persona que no sabía si había ganado o perdido. Butler lo señaló para que todo el mundo supiera exactamente quién era «el hombre» y empezó a aplaudir. Los demás se sumaron a él con entusiasmo. Con se dijo que la cosa perdería un poco de efecto si ella se sumaba también, y se quedó con las manos a los costados.

—¿John? —lo llamó Butler cuando cesó la ovación—. ¿Qué decides? Este lugar es tuyo. La decisión te corresponde a ti. ¿Entregamos este ser a la policía o vamos a buscar una sogá?

Todos los presentes guardaron silencio mientras el otro sopesaba sus opciones; fue como una pausa entre dos pistas de

un disco, todos preguntándose cuál iba a ser la siguiente canción.

—De acuerdo, dejadlos salir —dijo John cediendo.

El tipo tenía influencia, porque el grupo se partió en dos como Moisés separando las aguas del mar Rojo. Butler no lo dudó y tiró de Con para pasar por el hueco antes de que Big John se lo pensara mejor. Tal vez aquellos tipos hubieran consentido en dejarla marchar, pero aun así notó que la seguían con la mirada, con un ansia y una furia salvajes. Murmuraron por lo bajo varios insultos ya conocidos, y también otros nuevos.

—Ya iremos a por ti, friki —le siseó una voz al oído. Ella se encogió, pero mantuvo la mirada fija en la puerta principal y los pies en movimiento.

Lograron atravesar la tormenta y salieron por la puerta al aparcamiento de un centro comercial prehistórico. En los escaparates de la mitad de los locales había letreros que informaban de que estaban disponibles. Las rayas pintadas que antiguamente separaban los espacios para aparcar hacía tiempo que se habían descolorido y ahora eran solo contornos espectrales, y había una mezcolanza de automóviles viejos aparcados de cualquier manera, amontonados como una boca llena de dientes desiguales. En el cielo nocturno flotaba una media luna de color claro. Con se volvió para mirar el local del que acababan de salir; se llamaba The Fencepost, y se dijo que aquel era un nombre mejor del que se merecía.

—En fin, ha sido un desastre —comentó Butler pálido y nervioso. Señaló hacia un elegante Mercedes de color blanco, el cual cobró vida, encendió las luces y fue hasta donde estaban ellos—. He tenido que prometerle a ese imbécil un asiento en el comité de dirección para sacarla a usted de ahí de una sola pieza.

—¿Por qué? —quiso saber Con, aliviada y un tanto sorprendida de estar respirando aire fresco.

—Todo el mundo tiene un precio —dijo Butler—. John Highsmith quiere respeto, algo que ni en sueños va a ganarse por sus propios medios. No sé si se habría creído lo de que no podemos permitirnos el lujo de perder el apoyo de la policía de Virginia, pero sí que sabía que tenía que seguirme el juego. Acabarían encontrando su cadáver en una cuneta si causara que el capítulo se quedase sin el negocio de la metanfetamina.

Como si eso les hubiera dado pie, comenzaron a salir hombres del local riendo y abucheando, inquietos por la necesidad de hacer daño. Lo único que hacía falta era que saltara una chispa. Tal vez hubieran permitido que Con se fuese, pero ella ya había visto en otras ocasiones a hombres picándose unos a otros, incitándose a estallar en una violencia de la que no eran capaces estando solos. Un botellín de cerveza voló por encima del coche describiendo un arco y fue a estrellarse contra el hormigón. Los tipos, envalentonados por su atrevimiento, se lanzaron rugiendo hacia delante. Butler le imploró que se metiera en el coche.

Con no obedeció.

—¿Está de broma? ¡Suba al coche! —gritó Butler. Se subió él mismo y luego dio la vuelta e insistió—: No me he comprometido con John Highsmith para quedarme ahora viendo cómo la despedazan en la acera.

—¿Adónde vamos? —preguntó Con. Ahora que estaban fuera del local, se sentía mucho menos inclinada a seguirlo ciegamente.

—A buscar respuestas. Para eso ha venido a Virginia, ¿no?

Aquello era verdad, pero ella siguió sin moverse del sitio.

—¿Y cómo sé yo que sus respuestas serán las mías?

—Lo sabrá porque mi donante sabía que John Highsmith la tenía a usted antes que yo. Me pagan generosamente para que la saque de aquí. ¿No siente curiosidad por saber cómo y por qué?

Sí que la sentía. Y si Butler estaba diciendo la verdad, era muy probable que su donante anónimo y la persona que había contratado a John Highsmith para que se deshiciera de los cadáveres de la casa fueran uno solo. A quien Con necesitaba conocer. Por lo visto, iba a quedarse en compañía de Butler un ratito más. Se subió al asiento trasero, a su lado.

—Emergencia —le dijo él al coche.

Las portezuelas se bloquearon y salieron disparados del aparcamiento, tan rápido que Con tuvo que agarrarse para no verse arrojada contra el otro. No, gracias; para eso no había suficiente jabón en el mundo. En el asiento delantero no iba nadie. Butler había ido solo, estaba claro que valoraba la privacidad por encima de la seguridad. Era más valiente de lo que ella pensaba... o estaba más desesperado.

Él ya estaba hablando por su DCL.

—Hecho. La tengo conmigo. Sí. Sí. Sí —dijo, más enfadado con cada afirmación. Cuando por fin contestó con una negativa, la pronunció con el placer que da cortar un filete perfectamente cocinado—. No, cambio de planes. Los honorarios por encontrarla han aumentado al doble. Sí, al doble. Y quiero que nos veamos.

Con escuchó mientras regateaban por ella.

—Me da igual lo que hayamos acordado —prosiguió él—. ¿Sabe cuánto capital político he despilfarrado hoy haciendo de chico de los recados para usted? He quedado como un idiota delante de mi propia gente. Me importa un bledo su preciado anonimato. Esto no es negociable. Si la quiere, tráigame mi dinero. Esta noche. De lo contrario, la dejaré justo donde la he encontrado, y esos chicos celebrarán una barbacoa en mitad del aparcamiento.

Butler escuchó atentamente durante unos instantes y después colgó y miró a Con con curiosidad renovada.

—¿Qué tiene usted que es tan importante? —le preguntó de forma retórica.

—Nada.

—Pues nada no es. Ni mucho menos. Esta es mi gallina de los huevos de oro. Hace unas horas, esta persona me ofreció cinco millones de dólares por llevarla a usted de vuelta sana y salva. Acabo de doblar ese precio y ni siquiera ha pestañeado. He insistido en que nos veamos y no ha titubeado.

El coche llegó a un semáforo y ambos guardaron silencio. Cuando cambió a verde, Butler la miró entornando los ojos para indicar que comprendía.

—Qué interesante.

—¿El qué? —preguntó Con.

—Ya estamos muy lejos de esa chusma, pero ¿sabe una cosa?

—¿Qué?

—Usted no ha intentado escapar. No está maniatada. Nadie le está apuntando con una pistola y aun así ni siquiera ha probado a abrir la puerta del coche. —Butler estaba reflexionando sobre las implicaciones.

—Y usted entró solo en ese local. Yo no soy la única que está corriendo riesgos.

Él negó con la cabeza con gesto de cansancio.

—Alguien está moviendo las piezas por el tablero y ni siquiera sé con seguridad a qué juego estamos jugando.

«Bienvenido a mi mundo.»

—Si no sabe cuál es el juego, ¿qué le hace pensar que usted es uno de los participantes? ¿No lo convierte eso en una de las piezas?

A Butler esa idea no le gustó lo más mínimo.

—¿Qué es lo que está sugiriendo? ¿Que ambos somos peones?

Con encogió los hombros, como sugiriendo que aquella pregunta en sí ya resultaba tediosa.

—Mirando el lado bueno, por lo menos ahora ya sabe cuál es el juego —dijo.

Se dirigieron al sur, hacia la frontera de Carolina del Norte, y luego doblaron hacia el oeste siguiendo el pantano John H. Kerr, bordeando el agua. El sedán avanzaba casi en silencio total, navegando suavemente por las curvas de aquella carretera comarcal sin alumbrado. Butler, iluminado por las luces tenues del interior del coche, iba con la vista fija al frente, probablemente pensando en cómo gastar diez millones de dólares. Su precio por llevarla a ella al otro lado de aquella frontera imposible de cruzar. No creía que fuera a volver, pero no sentía ni tristeza ni miedo. Estaba allí por decisión propia, y eso le aportaba cierta calma que le había faltado últimamente. El coche redujo la velocidad y giró para tomar un camino de grava. Habían llegado.

La media luna salió de detrás de las nubes y se reflejó en las aguas del pantano proyectando un brillo espectral sobre una hilera de enormes torres de color negro que se elevaban a lo largo de la presa. Más estrechas por su base, las torres se ensanchaban como megáfonos gigantes orientados hacia el inquieto cielo nocturno. Con sintió el temblor de las enormes turbinas a través del suelo del coche. Nunca había visto en persona una instalación de recaptación de carbono, pero, al igual que todo el mundo, lo sabía todo sobre ellas. Dado que era una ciudadana del siglo XXI, dudaba entre la esperanza de que las denominadas terapias del clima fueran capaces de reparar el daño causado por sus antepasados y el escepticismo de que a aquellas alturas ya solo fueran a tener el mismo efecto que poner una tiritita.

—Es enorme —dijo, asombrada.

—Esta instalación es la cuarta más grande de la Costa Este —confirmó Butler—. Adivine a quién pertenece.

—A Gaddis —respondió Con sintiendo que se apretaba el nudo.

—Pues sí —dijo él al tiempo que abría la consola central y extraía una caja de madera cerrada con llave. De ella sacó una pistola de pequeño tamaño que tenía pinta de no haber sido utilizada nunca. Intentó insertar el cartucho del revés, pero a lo mejor fue porque no había luz. A lo mejor.

—¿Tiene una pistola? ¿Por qué no entró con ella en el local? —le preguntó Con.

—Imagínese qué habría sucedido si hubiera sacado un arma delante de toda esa gente.

No le faltaba razón, pero lo de «esa gente» era una manera interesante de llamar a sus devotos seguidores.

El coche se detuvo en el espacio entre dos de las torres. Apagó los faros, pero Butler volvió a encenderlos diciendo que aquello estaba demasiado oscuro para su gusto. Volvía a estar nervioso y se quedó esperando, con la pistola en una mano y bebiendo de una petaca con la otra. Al parecer, tras el desastre ocurrido con las almendras, no estaba de humor para compartir nada y no le ofreció a Con. A ella no le importó; quería tener la cabeza despejada para lo que viniera a continuación.

Comenzó a caer una lluvia fina.

—¿Sabe?, usted es el primer clon que he conocido en mi vida —dijo Butler.

—No me diga. ¿Y he estado a la altura de sus expectativas?

—No está mal. Un poco cabrona, pero dudo que eso tenga que ver con el hecho de que sea un clon.

—Bueno, es que no me ha pillado en un día bueno.

—*Touché* —contestó él, y levantó su petaca hacia ella a modo de brindis.

—¿De verdad que nunca había conocido a un clon?

—¿Esta es la parte en que usted no se cree que alguien pueda odiar a quien nunca ha visto? Pues voy a ahorrarle tiempo: yo no odio a los clones; odio la idea de los clones.

—Esa no es la impresión que da en sus discursos.

—Vaya, ¿desde cuándo han funcionado en este país los argumentos con matices? —replicó Butler—. Yo presento el tema de una manera que sé que va a suscitar una reacción en la gente.

—Es una falta de responsabilidad.

—No, lo irresponsable es la clonación humana. Los irresponsables fueron Abigail Stickling y Vernon Gaddis. Una universitaria manirrota de veintitantos años no llega a reescribir de forma unilateral la naturaleza fundamental de nuestra especie simplemente porque haya tenido una revelación. La ciencia pertenece a las personas. En particular, la ciencia que posee el potencial de cambiarles la vida.

—Las personas pueden decidir por sí mismas si quieren adoptar una tecnología nueva o no.

Butler soltó un bufido de sorna.

—No, en absoluto. La gente siempre se ha dado demasiada prisa en adoptar cualquier cosa que aparezca y que le haga la vida más fácil a corto plazo. A los seres humanos se nos da muy bien inventar soluciones y muy pero que muy mal prever las consecuencias. —Contempló las torres—. Y fíjese cómo nos ha funcionado.

—Entonces, ¿cuáles son las consecuencias negativas de la clonación?

—¿Cuáles son las positivas? —replicó Butler—. Durante cientos de millones de años, la vida en la Tierra ha seguido un patrón simple: todo lo que nace acaba muriendo. Y de pronto, hace veinte años, aparece Abigail Stickling para cambiar todo eso. Sencillamente, opino que debería haber habido más debate antes de lanzarlo al mundo.

—Los clones también se mueren. Abigail tan solo encontró una manera de prolongar un poco la vida. No resolvió el tema de la mortalidad.

—Sí, y gracias a Dios se tiró de ese edificio antes de resolverlo. Si no hubiera hecho eso, nosotros... —Butler se interrumpió en mitad de la frase al ver un automóvil que surgió por detrás de la torre más próxima, dio un rodeo y se detuvo a unos seis metros de donde estaban ellos. No ocurrió nada. Los dos coches permanecieron expectantes, como adolescentes torpes en una academia de baile. Butler bebió un largo trago de su petaca y la dejó en el bolsillo del asiento. Después, se pasó los dedos por el pelo con un gesto nervioso, como si estuviera a punto de conceder una entrevista para la televisión.

—¿Y bien? —dijo Con—. ¿Vamos a hablar con él o qué?

—Ahora, dentro de un minuto —respondió Butler. Al igual que muchas personas del mundo académico, parecía preferir la teoría a la práctica, y no estaba lo que se dice impaciente por salir del coche.

—No sé, ya que hemos venido hasta aquí... —dijo ella sin poder contenerse.

—Por favor, basta —imploró Butler, pero captó la indirecta y finalmente se bajó del coche. Con lo siguió. Él abrió un paraguas y echó a andar entre los dos vehículos hacia el punto en el que se cruzaban los haces de luz de los faros de ambos. Ella se quedó a corta distancia, bajo la lluvia; ir debajo de un paraguas negro con el fundador de los Hijos de Adán le pareció que era buscarse problemas.

—El momento de la verdad —murmuró Butler.

Con abrigó la esperanza de que estuviera en lo cierto. La verdad era lo mejor que podía esperar sacar de todo aquello.

Se abrió la portezuela del pasajero del otro automóvil, y un testimonio de la capacidad de seducción de los argumentos de él fue que ella se llevó una sorpresa al ver que quien la abría

no era Vernon Gaddis. Quien se apeó del coche fue la doctora Brooke Fenton, presidenta ejecutiva de Palingénesis, ciñéndose la gabardina para protegerse de la lluvia. Butler lanzó una mirada hacia Con, y en su semblante también se reflejó sorpresa, en su caso por haber estado tan equivocado.

—Hola, doctora —dijo él en tono ácido, centrando la atención en Fenton—. Llevaba tiempo esperando este encuentro.

—Veo que ha traído a la chica —dijo la doctora.

—He cumplido mi palabra, como siempre. Debo reconocer que llevaba años especulando con de su identidad. Ni en mis sueños más descabellados esperé que fuera la presidenta ejecutiva de Palingénesis.

—¿De qué está hablando? —dijo la doctora Fenton.

Butler, ensimismado en la pompa de su representación, tardó unos instantes en comprender que la mujer se sentía desconcertada.

—No seamos obtusos el uno con el otro, ¿de acuerdo?, no después de tanto tiempo. Solo dígame por qué. ¿Cuál es su objetivo?

—He venido solo por la chica —respondió Fenton.

Tal vez se debiera únicamente a que ya había tratado con ella, pero Con no pensaba que la doctora se estuviese haciendo la tonta. Estaba desconcertada, y arrugaba el ceño como si estuviera esforzándose por seguir una conversación en un idioma que solo conocía a medias. O estaba haciéndose la tonta de verdad, lo cual a aquellas alturas ya no tenía ningún sentido, o sinceramente no sabía de qué le estaba hablando Franklin Butler.

—Ella no es su donante anónimo —le dijo Con a él.

—Desde luego que no lo soy —corroboró Fenton, indignada ante la idea misma.

Butler miró a las dos con un gesto de perplejidad y le preguntó a la doctora qué estaba haciendo allí.

—Usted me ha llamado.

—¿Yo? —replicó él.

—Dijo que tenía a la chica. Dijo que la dejaría libre por diez millones. Por eso estoy aquí.

Butler calló unos momentos. Una idea estaba empezando a deslizarse por su cerebro igual que una moneda por dentro de una máquina tragaperras. Con soltó una carcajada.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —preguntó enfadada la doctora Fenton.

—Que se la han jugado a los dos —respondió ella.

Ambos se la quedaron mirando con incredulidad.

—¿De qué está hablando? —le preguntó Butler.

—Su donante anónimo cerró un trato con usted y en cambio ha hecho venir a la doctora Fenton.

—No, yo hablé directamente con él por vídeo —repuso la mujer.

—Pues se la pegaron con un vídeo falso —le dijo Con.

Fenton estaba negando con la cabeza como si le hubiera caído algo asqueroso en el pelo y la estuviera irritando.

—¿Qué? No. Imposible. Tengo instalado un software para detectar vídeos falsos. Si esa videollamada hubiera sido una simulación, el sistema lo habría sabido.

—Pues, por lo que parece, va a tener que actualizar ese software, doctora —dijo Butler, cada vez más afín a la teoría de Con—. Porque usted y yo no hemos hablado nunca.

—Entonces, ¿quién ha sido? —preguntó enfadada Fenton.

Él miró furioso a Con. Esta vez le tocó a él regodearse.

—Supongo que ha sido Vernon Gaddis.

—Usted está loco. Gaddis fue el que la sacó de Palingénesis, ya de entrada. Desde entonces no ha parado de poner trabas a mis esfuerzos por llevarla de nuevo allí. ¿Por qué demonios iba a decirme ahora dónde podía encontrarla?

—No tengo la menor idea —admitió Butler—. Por eso solicité este encuentro, pero ese cabrón ha vuelto a jugármela. Ha conseguido permanecer en las sombras y obligarnos a hacerle el trabajo sucio, y se ha ahorrado diez millones de dólares. Suponiendo que usted tenga mi dinero, claro está.

—Tengo el dinero. ¿Usted está dispuesto a entregarme a Con?

—No soy su prisionera —replicó esta. Considero importante dejar claro aquello mientras regateaban por ella.

—Sí, ya lo veo —repuso la doctora Fenton—. ¿Para qué voy a pagarle, exactamente? ¿Qué me impide llevármela sin más?

—Doctora, el viaje de regreso a Washington D. C. es muy largo —dijo Butler. Le obsequió una sonrisa amistosa y dejó que las implicaciones de aquella amenaza fueran asentándose como ceniza fina—. ¿Tiene mi dinero?

—Por supuesto que sí —respondió la doctora—. Bueno, ¿quiere hacer un trato o nos quedamos aquí disfrutando de la lluvia?

—Sí, enseguida voy a eso, pero, ya que la tengo a usted aquí, hay otro asunto del que deberíamos hablar.

—¿Y cuál es? —dijo la doctora Fenton con un suspiro de cansancio.

—Vernon Gaddis y la demanda que tiene presentada ante el Tribunal Supremo. Va a perder.

—Sí, estoy enterada de sus dificultades de índole jurídica.

—Yo diría que eso también la concierne a usted. Si el Tribunal Supremo falla en contra de Gaddis, y así será, ello

marcará el principio del fin de la clonación humana en este país. Usted se quedará sin trabajo.

—Y usted también.

—Exacto. Por eso nos interesa a los dos que Gaddis abandone antes de que llegemos a eso.

Tanto Con como la doctora Fenton se quedaron mirándolo con una mezcla de perplejidad y curiosidad. Butler, siempre narcisista, disfrutaba de la confusión que había sembrado.

—Por favor. Si el trabajo de toda su vida es la abolición de la clonación humana —dijo Fenton.

—Sí, doctora, pero... —dijo él antes de hacer una pausa para dar efecto— ya no podrá ser el trabajo de mi vida si la clonación queda abolida.

—No entiendo —dijo la mujer. Con compartía el mismo sentimiento.

—En este país, el poder no se deriva de vencer una amenaza; el auténtico poder procede del miedo a una amenaza. Y para conservarlo es necesario mantener una amenaza continuamente. A nadie le preocupan las causas que ya están decididas. ¿Cuál fue la última vez que alguien firmó un cheque para abolir un prohibición?

—En realidad, a usted la clonación le importa un pimiento —dijo Con, que empezaba a comprender—. Todo lo que ha dicho en el coche eran chorradas.

—No se vuelva ingenua justo ahora que estaba empezando a sentir una pizca de respeto por usted —le respondió Butler—. Naturalmente que me importa. Sin embargo, en este momento, considero que la clonación es un mal necesario.

—¿Qué es lo que está proponiendo exactamente? —dijo la doctora Fenton.

—Vernon Gaddis y su pleito kamikaze amenazan el *statu quo*. Yo, por mi parte, no tengo ningún interés en pasar los

diez próximos años reposicionándome como la cara visible de un movimiento distinto. He invertido demasiado tiempo y esfuerzo. ¿Y usted, doctora? ¿Está preparada para empezar de nuevo cuando Palingénesis eche el cierre?

—Lo escucho.

—Le propongo una alianza. Estrictamente bajo cuerda, como es obvio. En público, yo continuaré vilipendiándola a usted como el azote de la especie humana. Y usted a mí, también. Pero en privado juntaremos nuestros recursos y buscaremos una manera de interrumpir esa demanda. Saldríamos ganando los dos.

—Gaddis jamás renunciará a sus hijos —dijo Con.

—Me inclino a pensar lo mismo que la chica —dijo Fenton.

—Yo también —aseguró él—. Es posible que tengamos que esforzarnos mucho. Pero, sencillamente, no existe otro modo, a no ser que usted quiera ver cómo el valor de Palingénesis va disminuyendo hasta quedar reducido a cero.

La doctora tardó largo rato en contestar. No había duda de que sentía desprecio por Franklin Butler y de que la idea de aceptar su oferta le revolvió el estómago. Pero cuando habló se vio que el pragmatismo se había impuesto a los principios. Con se preguntó si alguna vez habría sucedido al revés.

—Creo que algo se podrá hacer —respondió Fenton.

—Bien. En ese caso, seguiremos en contacto —dijo él, y a continuación le pasó los datos de su cuenta bancaria mediante el DCL—. Si tiene la amabilidad de transferir los fondos en la criptomoneda que desee, me iré.

Mientras Fenton hacía lo que le había pedido, Con le preguntó a Butler si podía hacer una sugerencia. A él la idea le pareció divertida y le indicó con una seña que adelante.

—¿Y si, en vez de eso, animara usted a la familia política a que abandonase el caso y dejase ganar a Gaddis? —dijo.

—¿Y por qué diablos iba yo a hacer tal cosa?

—Acaba de decir que el poder se deriva de la propia amenaza. Imagínese el poder que tendría si el Gobierno federal reconociera la legalidad de la clonación humana.

Butler permaneció largo rato inmóvil, con el último gesto que había puesto congelado en la cara, demasiado absorto en cavilaciones para adoptar siquiera una expresión neutra.

—El cuñado de Gaddis no accedería de ningún modo —dijo—. Para hacer eso, yo tendría que comprar a un juez del Tribunal Supremo, puede que a dos. Tendría que...

—Si tuviera diez millones de dólares quemándole en el bolsillo... —lo interrumpió Con.

Por el semblante de Butler se extendió una sonrisa.

—¿Y qué gana usted con ello?

—La existencia —respondió ella con sencillez—. Saldríamos ganando los dos.

Él la miró y lanzó una carcajada.

—Disfruta respondiéndome con mis propias palabras, ¿a que sí? De verdad que me alegro de haberla conocido, Constance D'Arcy.

Ella no podía decir lo mismo, así que no dijo nada en absoluto.

—Tenga cuidado con la doctora —le dijo Butler—. No le conviene darle la espalda.

—Oh, soy muy consciente.

Él le ofreció la pistola, pero Con no hizo ademán de cogerla. Iba a seguir en aquel tren hasta el final de trayecto, y si se echaba atrás por miedo, no quería llevar encima nada que la ayudara a apearse antes de tiempo.

Butler la contempló con gesto grave, dejando a un lado momentáneamente todo su artificio y toda su actitud teatral.

—Y, aun así, va usted voluntariamente —repuso—. No sé si admirarla o compadecerla. Espero que encuentre las respuestas que está buscando.

—Es usted un tipo muy raro, ¿lo sabía?

—Chist. Será nuestro pequeño secreto —dijo él con un guiño travieso. Una vez que confirmó que el dinero estaba en su cuenta, abrió la puerta trasera del coche y se marchó sin decir nada más.

Con se quedó mirando el sedán hasta que se perdió de vista. Después, miró a la doctora Fenton. Esta aguardaba impaciente bajo la lluvia, que estaba empezando a llegar rebotada desde el lago.

—Bueno, y ahora ¿qué? —preguntó.

—Regresamos a Washington D. C.

—¿Qué hay allí?

—Mi laboratorio. Así podremos llegar al fondo de lo que está ocurriendo —dijo la doctora Fenton.

—¿Ha venido corriendo hasta aquí con diez millones de dólares para rescatarme de los Hijos de Adán? Eso sí que es un servicio al cliente de categoría.

—Sí, es obvio que hay en juego algo más que eso. Pero todo empieza en lo que hay dentro de tu cerebro. Gaddis lo está utilizando como un disco duro. Sabemos que en teoría es posible, pero parece ser que él ha llevado el asunto de la teoría a la práctica.

Con dejó que Fenton siguiera hablando, no se tomó la molestia de decirle que él ya le había explicado todo aquello. Sentía curiosidad por saber si las dos versiones diferían en algo. Vio que no.

—¿Y qué es lo que opina usted que hay ahí dentro? —preguntó cuando la doctora finalizó su explicación.

—No hay forma de saberlo con seguridad. Tu tía estaba trabajando en una multitud de aplicaciones nuevas para la clonación. Era muy inteligente, en verdad. De todo, desde la consciencia aumentada hasta los tratamientos para la demencia o la cura de toda una serie de trastornos cerebrales de origen genético. Su problema con la enfermedad de Wilson convirtió su trabajo en su cruzada personal. Cualquiera de esas aplicaciones valdría una fortuna en el mercado libre. ¿Pero sabes lo que yo creo que es? —Fenton tenía en el rostro una inocencia y una emoción que Con no le había visto nunca.

—¿Qué?

—La inmortalidad —respondió—. Ese era el sueño de tu tía. A lo que aspiraba, el proyecto de su vida, era nada menos que a combatir la muerte. Pero siempre se vio limitada por el dilema cuerpo-mente. Ya adoptase un enfoque u otro, vio que la consciencia de una persona de sesenta años solo puede descargarse en un clon que sea genética y cronológicamente idéntico a su original, punto por punto. Cualquier intento de descargar una consciencia más vieja en un clon más joven causaba un fallo catastrófico. Creo que al final eso la enloqueció un poco. Sabía que, cuando se eliminaba todo el márketing y toda la jerga técnica, lo único que ofrecía Palingénesis en realidad eran medias tintas. Un alivio temporal para lo que seguía siendo la inevitabilidad de la muerte. Da lo mismo cuántos clones tengan nuestros clientes; al final, la vejez se apodera de ellos, como ha sucedido siempre. Abigail se lo tomó como un fracaso. Durante mucho tiempo he creído que ese fue el motivo de que se quitara la vida.

—Usted cree que lo solucionó —dijo Con. Las implicaciones de aquello resultaban abrumadoras. Se preguntó si Franklin Butler seguiría estando contento con sus diez millones de dólares. Si Fenton estaba en lo cierto, él había hecho el peor negocio del mundo desde la compra del estado de Luisiana.

—No se me ocurre ninguna otra cosa que merezca la pena de meterse en el problema en que se ha metido Vernon Gaddis.

—A no ser que sea uno mismo el que se ha metido en ese problema —comentó Con.

—Ya sé que no te fías de mí, pero, con independencia de eso, estoy convencida de que podemos ayudarnos mutuamente.

De pronto, alguien empezó a aplaudir lentamente en la oscuridad.

Habló una voz de mujer, una voz que, cosa extraña, a Con le resultó familiar y que hizo que se le pusiera todo el vello de punta.

—Bien visto, doctora Fenton.

Ambas se giraron hacia la voz. De las sombras emergió una figura, como si fuera un espíritu convocado por una vidente.

—La verdad es que no pensaba que fuera usted lo bastante lista para deducirlo —dijo la voz—. Me lo tengo bien merecido, por haberla subestimado.

Entonces sucedió una cosa de lo más extraordinario. La figura salió a la luz. En la mano empuñaba una pistola pequeña con la que apuntaba más o menos en dirección a Brooke Fenton, pero a Con no le dio la impresión de que tuviera un blanco favorito.

—Hola a las dos —dijo Constance D'Arcy con una sonrisa radiante—. Soy la que faltaba.

Tercera parte
La montaña

La vida es obstinada y se aferra con más fuerza allí
donde es más odiada.

Frankenstein, Mary Shelley

Desde que fue reanimada dentro de Palingénesis, Con había visto su propio cadáver, había conocido al hombre que había sido su marido y había oído sus canciones interpretadas por una voz que era la suya pero no. Una y otra vez, le habían dicho quién era y quién no era. Lo que era y lo que no. Aquello la llevó a cuestionarse si ella no sería nada más que un truco de magia de los médicos, engañada por la perfecta continuidad de dicho espejismo. Su error había sido el hecho de necesitar que la respuesta fuera simple: ella era la verdadera Con D'Arcy o no lo era. Una respuesta binaria, un sí o un no. Había necesitado que una niña le recordase que la complejidad no era necesariamente algo que tuviera que causar miedo. Había empezado a perfilarse una definición de sí misma que le permitía aceptar tanto la persona que había sido antes como la que era ahora.

Y entonces otra Constance D'Arcy salió de las sombras empuñando una pistola. Fue el remate de un chiste prolongado y macabro contando por un comediante que no sonreía. La doctora Fenton no lo estaba asimilando mejor que ella. Se había quedado clavada en el sitio, con la boca abierta como alguien que acaba de ver un dinosaurio por primera vez en una película de Steven Spielberg. Era lo que hacían las personas cuando se encontraban frente a algo que consideraban imposible.

—Hola, Brooke —dijo la otra Constance D'Arcy.

Al oír su nombre, Fenton salió de su estupor.

—¿Cómo es posible esto?

La otra se limitó a encogerse de hombros y empezó a caminar alrededor de ella.

—¡Respóndeme! —exigió la doctora—. ¿Ese hijo de puta construyó un útero de clonación? ¿Dónde te han creado? ¿Sabes cuántas leyes has infringido?

La otra Constance D'Arcy la miró con gesto compasivo.

—Me temo que no hay tiempo para jugar a las veinte preguntas. Además, da lo mismo. Mañana no recordarás nada de esto.

Con contemplaba a aquella otra Constance D'Arcy, que ni siquiera la había mirado a ella, por cierto, reprimiéndose para no montar en cólera. Una de las pocas cosas que creía saber a ciencia cierta era que su original había muerto y que eso la convertía a ella en la única Constance Ada D'Arcy. Así pues, ¿qué significaba que aquella otra Con tuviera todo el brazo izquierdo perfectamente cubierto de tatuajes? No por última vez, deseó haber aceptado la invitación de Stephie y haberse quedado en Charlottesville. Cualquier cosa sería mejor que esto.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo Fenton.

—He venido por ella, igual que tú —respondió la otra Constance D'Arcy.

—De modo que yo tenía razón. Abigail no destruyó sus trabajos de investigación.

—Por supuesto que no. Y durante todo este tiempo no han salido de Palingénesis. Si tú fueras una científica de verdad y no una burócrata inútil que intenta hacer pasar por suya la genialidad de otra persona, quizá te hubieras percatado de lo que estaba ocurriendo justo delante de tus narices.

—¿Qué hay dentro del cerebro del clon? ¿Qué fue lo que descubrió Abigail?

—La clave de todo —contestó la otra Constance D'Arcy.

—No sé lo que te estará pagando él —dijo Fenton—, pero yo te lo doblo, te lo triplico. No tienes más que decirme la cifra.

La otra Constance lanzó una carcajada.

—No está en venta. Solo queríamos que supieras lo que se te ha escapado de entre las manos. —Apuntó el arma hacia la doctora.

—¿Qué vas a hacer? ¿Matarme? ¿De qué va a servir eso? Tengo un clon, idiota. Todavía podré...

—Recuérdame una cosa —la interrumpió la otra Constance D'Arcy—. ¿Cuándo repites la recarga? El primer día de cada mes, ¿verdad? Qué vida tan admirable y predecible llevas. A ver, estamos casi a finales de junio; eso supone para ti un desfase de un mes.

Fenton se puso pálida.

—¿Cómo averiguará tu clon lo que ha sucedido? Hace cuatro semanas, todo esto ni siquiera había comenzado. Y una ambiciosa como tú no se arriesgaría a ir dejando un rastro de trocitos de papel. ¿Sabe alguien, siquiera, que te has entrevistado con Franklin Butler? No. No podías correr ese riesgo, ¿verdad? En ese caso, habrías tenido que contarlo. —Esbozó una sonrisilla satisfecha, estaba disfrutando arrancándole las alas a la mosca que tenía atrapada—. El desfase puede ser muy cruel, Brooke. Imagino que tu clon se devanará los sesos intentando entender por qué moriste aquí esta noche.

—Por favor —dijo Fenton extendiendo las manos con gesto de suplicar clemencia.

—Como si tú no fueras a hacer lo mismo en mi lugar —replicó la otra Constance D'Arcy, y apretó el gatillo.

La bala se desvió mucho del blanco. La mujer retrocedió tambaleándose y con los ojos abiertos como platos a causa del pánico. Se tropezó en la grava y cayó de espaldas sin ninguna elegancia.

—Maldición —dijo la otra mirando furiosa la pistola, como si hubiera sido culpa de ella. Fue hasta donde estaba la

doctora, en el suelo y rogando por su vida entre balbuceos. Una segunda bala la hizo callar de golpe, pero continuó disparando hasta que quedó inmóvil.

Para cuando a Con se le ocurrió que tal vez debería huir, la otra Constance D'Arcy ya había vuelto la pistola hacia ella. Aunque daba un poco lo mismo, porque sabía que no iba a irse a ninguna parte. Había recorrido un largo camino en busca de unas respuestas que por fin parecía tener al alcance de la mano. Contempló el cuerpo de Fenton desangrándose en el suelo y luego miró a la otra, que todavía le apuntaba con la pistola. Era consciente de que le estaban temblando los hombros y de que no podía impedirlo; se preguntó de forma abstraída si era eso lo que se sentía cuando uno estaba en shock.

—Cálmate —la reprendió la otra Constance D'Arcy al tiempo que se palpaba el cuerpo para cerciorarse de no haberse manchado de sangre la ropa.

—La has matado. —Ya resultaba bastante perturbador verse a sí misma matando a una persona, pero la actitud fría y calculadora con que hablaba la otra era casi peor.

—En estos mismos momentos, en Washington D. C. ya se está preparando al clon de Fenton para su descarga. Tiene una larga vida por delante para preguntarse qué demonios ha ocurrido, que es mucho menos de lo que se merece esa zorra.

Arrojó la pistola en dirección al lago, pero no llegó a alcanzar el agua, de modo que la policía la encontraría en cinco minutos. Cuando sacó un par de guantes de látex, Con comprendió de qué iba todo aquello.

—Vas a incriminar a Franklin Butler.

La otra Constance D'Arcy asintió con la cabeza, como diciendo que aquello debería ser obvio.

—Sembrará un poco de confusión que resultará muy útil. Además, cuando la gente reciba el vídeo que he grabado antes, surgirán cientos de preguntas de por qué la presidenta

ejecutiva de Palingénesis estaba reuniéndose en secreto con el portavoz de los Hijos de Adán. Es matar dos pájaros de un tiro.

—Fuiste tú la que se hizo pasar por Gaddis en esa llamada. Tú has orquestado este encuentro.

—Bueno, no podía presentarme yo a pagar tu rescate. ¿Te imaginas la cara que habría puesto Butler? Le habría explotado esa minúscula cabeza que tiene. —Por lo visto, la otra encontraba encantadora dicha idea.

—¿Qué es lo que te ha pasado? —le preguntó Con.

—Deberíamos irnos.

—¿Quién estuvo en aquella granja? —Había ciertas preguntas de base que debían ser contestadas antes de ir a ninguna parte.

—No tenemos tiempo para esto —replicó la otra Constance D'Arcy. Sacó una segunda pistola y apuntó a Con con ella.

A esta aquello le pareció gracioso.

—Deberías haberme apuntado con una pistola hace una semana, cuando todavía me importaba.

—Créeme, lo intentamos.

—Ya no puedes amenazarme. Me trae sin cuidado.

—Tienes razón. —Apartó la pistola—. Pero no me va a hacer falta, ¿no? No saber algo es igual que sostener carbón encendido con el puño cerrado, ¿a que sí? Y únicamente la verdad te permitirá soltarlo.

—¿Eres mi original u otro clon?

—Yo no soy tu original.

Aquello supuso un alivio. No le gustaba mucho aquella versión de sí misma.

—¿Quién te ha fabricado, entonces?

—Ven y lo verás.

—Responde a mi pregunta —le dijo Con.

—Ven y lo verás —repitió la otra Constance D'Arcy. Acto seguido, salió a la carretera y se perdió en la oscuridad como si fuera un espectro de una obra de Shakespeare que ya hubiera dicho todo cuanto tenía que decir.

Con fue tras ella, tal como ambas sabían que iba a suceder.

Llegó un automóvil sin hacer ruido alguno, semejante a la barca de Caronte, y las dos se subieron a él.

Circularon en la oscuridad por carreteras secundarias desiertas que carecían de nombre. Primero hacia el norte, hacia Lynchburg, donde el coche giró hacia el oeste siguiendo el río James. Mientras subían las montañas Blue Ridge, vieron rayar el alba a través de un halo de nubes bajas que envolvía los árboles igual que un chal deshilachado. Tras dejar la autovía, el automóvil comenzó a serpentear por una serie de carreteras de montaña. A ambos lados se alzaban densas arboledas que casi impedían ver el cielo, como si la cinta de asfalto fuese una hendidura en la tierra que el bosque intentara sellar.

Desde la carretera no se veían casas, sino únicamente caminos de grava señalados por buzones y carteles que avisaban de que aquello era una propiedad privada. Por si eso no bastaba para dejar claras las intenciones poco amistosas de los propietarios hacia los visitantes que no hubieran sido invitados, muchos de los caminos estaban además bloqueados por cadenas gruesas colocadas entre troncos de árboles. Con ya se había desorientado hacía varios kilómetros, pero no le importó: llevaba un rato convencida de que aquel iba a ser un viaje solo de ida, y se sentía en paz con dicha idea. Estaba cansada, pero no triste; había llegado al final de un largo viaje que había comenzado sin un destino claro. Representaba un alivio tenerlo por fin.

Cuando la otra Constance D'Arcy se incorporó en el asiento y miró expectante por la ventanilla, Con adivinó que ya debían de estar cerca. El coche aminoró la velocidad y se metió por un camino sin asfaltar como cualquier otro. En este caso no había ni buzones ni carteles, tan solo un espacio en el bosque medio tapado por la vegetación junto al que uno podía pasar a diario durante un año entero sin percatarse de su existencia. Las ramas de los árboles arañaban los costados del automóvil instándolo a dar media vuelta antes de que fuera

demasiado tarde. Continuaron avanzando, traqueteando lentamente por aquel camino de tierra igual que el coche de una montaña rusa vieja que lleva poco a poco a sus víctimas hacia lo más alto de la vía.

Cuando llevaban recorridos unos cuatrocientos metros, el automóvil se detuvo ante una alta valla de seguridad coronada por alambre de espino. La habían pintado de un tono verde bosque y resultaba casi invisible hasta que uno estaba casi encima de ella. Una señal de precaución anunciaba que estaba electrificada, y Con vio una docena de cámaras y sensores: alguien se tomaba muy en serio su intimidad. Al ver que la valla no se abría automáticamente, la otra Constance D'Arcy lanzó un bufido de irritación y se apeó del coche. Se acercó y se dirigió a una de las cámaras.

—Sé que estás escuchando. No tienes derecho a no dejarme entrar —dijo. A continuación señaló el coche con gesto triunfal—. La tengo, así que al final vas a tener que negociar conmigo. Deja de ser tan cabezota.

La valla se desbloqueó y basculó hacia dentro con una sacudida audible.

—Está de mal humor —comentó subiéndose de nuevo al coche. Sin embargo, por debajo de aquel tono que pretendía restar importancia al asunto, Con percibió aprensión. Claro que a aquellas alturas ya daba lo mismo. Debería estar asustada, pero lo que sentía se acercaba más a la emoción de los niños. Emoción e impaciencia. Las respuestas estaban esperando al otro lado, y solo necesitaba que todo el mundo se diera un poco de prisa.

Otros cuatrocientos metros más allá, llegaron a un claro bañado por el sol que se abría al pie de una fachada de roca basáltica antigua. Había una cascada de agua cayendo en un pequeño estanque que a su vez alimentaba un arroyo que se perdía serpenteando montaña abajo. Justo pegada a la roca había una monada de casita de una sola planta y provista de un modesto porche delantero. Dos mecedoras ajadas por la

intemperie aguardaban tentando al visitante a ambos lados de un cajón de madera que hacía las veces de mesa improvisada. Era pintoresco y peculiar, lo último que Con esperaba encontrar detrás de todo aquel sistema de seguridad diseñado con tanto cuidado. El equivalente de abrir la cámara acorazada de un banco y encontrarse una moneda de un céntimo. Se habría quedado decepcionada si no fuera por la instalación de placas solares que había en el extremo más alejado y que le recordaron que aquella casita era mucho más que un entorno bonito y un sitio acogedor donde leer un libro. Dicha instalación parecía lo bastante grande para suministrar energía a toda una manzana de calles, así que no digamos a una casita de montaña ubicada en un lugar remoto. ¿Cuánto voltaje, exactamente, estaría inyectándose en aquella valla?

Mientras el coche se detenía frente a un garaje anexo, aparecieron cuatro perros robóticos centinelas, con pelaje de metal y colores de camuflaje. Aparte de tener cuatro patas, en realidad no se parecían a perros de carne y hueso, pero sus algoritmos de vigilancia y de persecución habían sido modelados según el comportamiento de manada del lobo gris americano. Con había visto vídeos demostrativos de perros robóticos acorralando y sometiendo a los intrusos. Incluso viéndolos en internet, siempre le había asombrado su despiadada eficiencia. Recordaba que existían modelos militares y civiles, pero no supo distinguir de qué tipo eran aquellos. Y esperó no tener que averiguarlo.

Los canes rodearon el coche, dos por cada lado. La otra Constance D'Arcy bajó unos centímetros la ventanilla y les ordenó que se sentaran. Inmediatamente, las cuatro máquinas se tumbaron en el suelo y se quedaron en posición de alerta. La chica pareció sorprenderse de que la hubieran obedecido y no dio señales de tener ninguna prisa por apearse.

—¿Vamos? —dijo Con abriendo su puerta.

—Espera —le dijo la otra estudiando a los perros inmóviles.

—¿A qué? Han hecho lo que tú querías, ¿no? Pues ya está.
—Había recorrido un camino muy largo. ¿Qué significaban cuatro perros robóticos asesinos en el panorama general?

—Tú espera. Déjame pensar —dijo la otra Constance D'Arcy apuntándole con la pistola.

Con se bajó del coche de todas formas y dijo:

—¿Qué te he dicho sobre eso? Déjame en paz.

La otra maldijo y no tuvo más remedio que seguirla. Dando un amplio rodeo para evitar a los perros, fueron por detrás del coche y se acercaron a la entrada de la casita. Al pasar junto al estanque, Con vio brillar unos pececillos de color rojo y anaranjado. Le recordaron al estanque que había en el atrio de Palingénesis, donde había estado sentada solo unos pocos días antes, aunque en realidad habían sido dieciocho meses que parecían una vida entera.

Cuando llegaron al pie de los escalones del porche, se abrió la puerta y salió al sol una mujer blanca de cincuenta y tantos años.

—Bienvenidas a casa —dijo Abigail Stickling, que parecía estar extraordinariamente en forma para ser alguien que la noche del día de Navidad, dieciocho meses antes, se había tirado desde lo alto de un edificio.

Todas las ideas requerían suposiciones, y Con había hecho suposiciones erróneas desde el principio mismo: que su tía había muerto y que sus antiguos socios estaban peleándose por controlar su legado. Y ahora resultaba que Abigail Stickling todavía tenía algo que decir al respecto. La consoló un poco haber acertado en algo: uno de los fundadores de Palingénesis había montado todo aquello; simplemente, se había equivocado al imaginar cuál.

—Si a esto lo llamas bienvenida... —replicó la otra Constance D'Arcy sin disimular apenas que se sentía dolida.

—Vamos, tranquilízate. No exageres —le dijo Abigail.

—No tenías derecho a impedirme la entrada. Ninguno. Esto es tan mío como tuyo.

Bajo el sol matinal, Con por fin pudo echar un buen vistazo a su gemela. Nunca le había gustado mucho ver grabaciones de sí misma, y tener delante a una Constance D'Arcy en vivo era mucho que asimilar. En ella todo resultaba conocido y a la vez ajeno de una manera desagradable. ¿Cómo era posible que dos personas tan parecidas fuesen tan diferentes?

Abigail pareció ofenderse de verdad con aquella acusación.

—Me he limitado a tomar medidas durante la crisis para proteger este lugar. Eso ha sido lo fundamental en todo momento.

—No seas obtusa. La única razón por la que has abierto la valla ha sido porque yo he atrapado primero a Con.

—Tú mataste a Pruitt y a todo su equipo —la reprendió Abigail—. Cuatro hombres. Sin consultarlo conmigo. Es como si hubieras perdido de vista todo lo que es importante.

De modo que Cara de Acné se apellidaba Pruitt. En medio de aquella peculiar discusión, Con descubrió un nombre que asociar a aquel rostro tan duro. Le gustaría saber si él habría llegado a averiguar para quién estaba trabajando.

—Ya hemos hablado mucho de esto —dijo la otra Constance D'Arcy—. Los vio el dron de Vernon en la granja. ¿Cuánto tiempo iban a tardar en localizarlos? ¿Y qué pasaría entonces? No había tiempo para un simposio. Tuve que actuar.

—No nos dedicamos a matar gente —dijo Abigail.

—Sencillamente, eso no es verdad.

—No matamos gente de manera intencionada —se corrigió la mujer frunciendo el ceño para indicar que aquel era un punto que no venía al caso y que ya había quedado zanjado hacía tiempo—. Ese fue un error lamentable. Sabes tan bien como yo que no estaba previsto que Cynthia se subiera a aquel avión.

Cynthia. Con prestó atención al oír aquel nombre. Su tía acababa de asumir la responsabilidad de que el avión de Vernon Gaddis se hubiera estrellado en el Atlántico Norte. Aquello había sucedido casi cinco años atrás, y había provocado un efecto dominó que le costó a Vernon Gaddis perder a sus hijos y ser expulsado de su puesto de presidente ejecutivo de Palingénesis. Lo puso en contra de Brooke Fenton y a esta en contra de él. ¿Cuánto tiempo llevaba su tía planeando este día?

—Puedes quedarte ahí discutiendo si el fin justifica los medios hasta que te quedes sin aliento, pero yo he hecho lo que había que hacer —dijo la otra Constance D'Arcy—. Y de paso he cauterizado nuestro problema con Brooke Fenton y he obtenido ventaja sobre Franklin Butler.

—Te engañas si crees que la cosa es así de simple.

—¿Lo ves? Ese es el problema —dijo la otra—. Tú estás tan a gusto aquí, en las montañas, donde todo es teórico y abstracto. Yo he estado ahí fuera. Haciendo el trabajo sucio. El trabajo sucio de las dos.

—¿Cómo que teórico y abstracto? —repuso Abigail elevando el tono de voz por primera vez por encima de su ensayada actitud de desapego—. ¿Cómo te atreves? ¿Crees que es algo teórico estar aquí atrapada? ¿Sola, un año tras otro?

—Sí, soy muy consciente de tus muchos sacrificios —replicó la otra Constance D'Arcy en un tono teñido de sarcasmo.

—No creo que tengamos más que hablar a este respecto —dijo Abigail, y centró su atención en Con cambiando el gesto como si hubiera cambiado de canal—. Hola, querida, ¿cómo estás?

—Tengo unas cuantas preguntas. —Decir eso era quedarse corta.

—Ya me lo imagino. ¿Hasta dónde te ha contado ella?

—Solo me ha dicho que obtendría respuestas.

—Es increíble lo que tenemos que arriesgar para obtenerlas, ¿verdad? —se maravilló Abigail—. ¿Por qué no pasas al interior? Tenemos mucho de que hablar.

La otra Constance D'Arcy se sacó la pistola del bolsillo de la chaqueta.

—No te atrevas a ignorarme. ¿No me has escuchado?

—La cuestión es si me has escuchado tú a mí —replicó Abigail con el tono que emplearía una maestra de escuela decepcionada con un alumno poco atento.

Con siguió la mirada de su tía y se encogió sobre sí misma. Mientras ellas dos discutían, los perros robóticos habían ido acercándose sin hacer ruido. La otra Constance D'Arcy, presa del pánico, les ordenó de nuevo que se sentaran, pero esta vez no la obedecieron. Se desplegaron alrededor de ella en forma de abanico. Los últimos minutos habían sido una trampa; le había sido concedido el control de los perros únicamente el tiempo suficiente para convencerla de que se encontraba a salvo.

—Traidora —rugió.

—Mira quién fue a hablar —replicó Abigail sin rencor—. Si das un solo paso, reaccionarán aplicando fuerza letal. Siento que esto tenga que terminar así, no me has dejado otra alternativa.

La otra Constance D'Arcy soltó una carcajada amarga y apuntó a Abigail con la pistola.

—Échalos.

—Por favor. Las dos sabemos que tienes un puntería penosa. Y aunque tuvieras suerte y me matases, los perros te harán pedazos antes de que yo caiga al suelo. De modo que baja la pistola. Al menos, que esto termine de manera civilizada.

—¿Esa es mi recompensa? ¿La eutanasia?

—Será totalmente indolora, ya lo sabes.

—No es justo —se quejó.

Abigail se ablandó y dijo:

—Ya sé que esto es difícil. Pero siempre iba a ser así. Por eso te fabricamos. Lo sabes perfectamente.

La otra Constance D'Arcy miró a los perros robóticos buscando una salida.

—Querida —le dijo Abigail a Con—, ¿por qué no te pones a mi lado? No corres ningún peligro, mis centinelas no reaccionarán contra ti.

Ella no sentía ninguna afinidad familiar hacia su tía, pero menos aún hacia la otra. Tal vez fueran iguales físicamente, pero aquello era ya lo único que compartían. A Con le había horrorizado el placer con que su gemela había torturado y asesinado a Fenton. Se alegró de apartarse de ella, y dio un paso en dirección a la casita.

La otra Constance D'Arcy se abalanzó contra ella como una serpiente acorralada. Le rodeó el cuello con un brazo y tiró hacia atrás. Los perros robóticos flexionaron las patas, pero no atacaron. Con sintió el tacto de la pistola en la sien.

—Échalos —repitió la otra—. Es posible que no te acierte a ti, pero con ella no fallaré teniéndola a esta distancia.

Abigail descendió un escalón con una mano en alto.

—No le hagas daño. Ella es la clave de todo aquello por lo que hemos trabajado. ¿Te has vuelto loca?

Con vio auténtico miedo en su semblante.

Los perros se acercaron otro poco más.

—¡Échalos! —chilló la otra Constance D'Arcy apretando el cañón de la pistola con más fuerza contra la sien de Con—.

¿Te acuerdas de ese trabajo sucio del que te hablaba? Pues es este.

—Sabes de sobra que da lo mismo cuál de nosotras sea — imploró Abigail al borde de las lágrimas.

—Pues demuéstralo. Echa a los perros. Te juro que de lo contrario la mataré. Todo nuestro trabajo se perderá para siempre.

Abigail, en el porche, se tambaleaba igual que un arbolillo al viento. Con vio que estaba analizando las opciones que tenía y que no encontraba ninguna que le gustase.

—Sentaos —ordenó a los perros, que volvieron a tumbarse en el suelo—. Tú ganas. Ahora, apunta con esa pistola a otra parte, por favor.

—No pienso hacerlo hasta que me des acceso completo — replicó la otra Constance D'Arcy.

Abigail aceptó y tecleó un comando en el aire dirigido a su DCL; la otra también tecleó lo mismo en el suyo por encima del hombro de Con, ida y vuelta.

Cuando los perros se hubieron marchado, dio una orden:

—Cazad.

Ellos se levantaron y, en silencio, se dispersaron en el interior de la vegetación.

—¿Satisfecha? —preguntó Abigail.

—Tira tu DCL en la hierba.

Abigail, furiosa por verse superada en astucia, hizo lo que se le ordenaba. La otra Constance D'Arcy soltó a Con, la cual se apartó a toda prisa, contenta de poner distancia entre ambas. Su gemela, sin bajar en ningún momento la pistola, subió los escalones del porche para acercarse a Abigail.

—Esta es precisamente la razón por la que no tuve más remedio que desconectarte —dijo esta—. Se ha producido una divergencia, y no para bien. Sé que, si respirases hondo y

recapacitases, estarías de acuerdo conmigo en que tus actos recientes dan testimonio de ello.

—Al contrario: mis actos recientes son precisamente la razón por la que debería ser yo. —Acto seguido se volvió hacia Con—. ¿Vamos adentro?

—Aquí estoy bien —repuso ella.

—Pensaba que buscabas respuestas.

—Lo único que me has dado son más preguntas y dolor de cabeza, no respuestas.

—Y están en el interior.

—¿Podrías dejar de hablar como si fueras una galletita de la suerte? Me prometiste respuestas, así que contéstame a esto: ¿cómo es posible que haya otra copia de mí?

—¿Eso es lo que te ha dicho? —intervino Abigail enarcando las cejas con gesto de curiosidad—. ¿Que ella es Constance D'Arcy?

—No ha sido necesario que me lo diga. No hay más que mirarla —contestó Con.

—Bueno, el físico no lo es todo —dijo su tía.

—Y entonces, ¿quién diablos es? —preguntó ella, sintiendo un incómodo hormigueo en la nuca.

—Es Abigail Stickling —respondió.

Con miró de nuevo a la otra Constance D'Arcy. Su cerebro trabajaba a toda velocidad, igual que los rodillos de una antigua máquina tragaperras.

—Entonces, ¿quién eres tú?

—Las dos somos Abigail Stickling.

Con se sintió mareada y enfadada como nunca en su vida. Era la típica reacción instantánea, violenta, que mostraban los profesores de química del instituto en la primera semana de clases para sorprender a sus alumnos. Solo que ahora estaba teniendo lugar en el pecho de ella, y cuanto más miraba a la otra Constance D'Arcy sabiendo quién estaba en realidad dentro de aquel cuerpo, más furiosa se ponía. Comenzó a ver borroso y se dejó caer sentada en la hierba. Era su propia familia la que le había hecho aquello.

En el porche, las dos Abigail estaban enzarzadas en una intensa discusión, dos brujas en la entrada de aquella casita de cuento de hadas en lo más profundo del bosque.

—Te ruego que recapacites —estaba diciendo Abigail—. Esta siguiente fase es muy delicada y tú has cambiado mucho.

La otra Constance D'Arcy, que no lo era en absoluto, respondió:

—Pues claro que he cambiado. Tú no sabes lo que es esto. Para ti no es más que un nombre. Yo he vivido con él sabiendo lo que iba a pasar. Pero he hecho el trabajo.

—¿Quién es «él»? —preguntó Con con una voz afilada como una cuchilla. Solo podía ser un hombre. Volvió a ponerse de pie. La furia que había sentido hacía un minuto no era nada comparada con la que sentía ahora—. ¿Fuiste tú la que estuvo viviendo con Levi?

Las dos mujeres estaban demasiado absortas en su discusión para oír su pregunta y hacerle caso.

—¿Fuiste tú? —gritó Con, y esta vez consiguió atraer su atención. Las dos Abigail callaron y se la quedaron mirando. Vistas la una al lado de la otra, sus manierismos, incluso su

cuerpo totalmente distinto, resultaban inquietantes de tan iguales.

—¿Lo ves? —dijo Abigail con frío desapego—. La has perturbado.

—¿El qué fui yo? —preguntó la otra Constance D'Arcy, aunque a Con le estaba provocando un cortocircuito mental considerarla ya como tal; así que, de manera espontánea, la bautizó como Cabigail. Un híbrido horrible, como aquellas parejas de famosos que los medios de comunicación nombraban fusionando los nombres de ambos una vez que habían dejado de ser personas individuales. Así era como ella veía ahora a Cabigail: como una ladrona y solo Dios sabía qué más cosas. Con había empezado a moverse, sus pies la estaban llevando escalones arriba, en dirección a ella. Y llevaba las manos cerradas en dos puños.

—No des un paso más —dijo Cabigail alzando la pistola.

Ella apartó el arma hacia un lado como si no fuese nada y la empujó contra la casa.

—¿Fuiste tú la que vivió con Levi Greer?

—No me pongas una mano encima —dijo la otra, aunque sonó más como una pregunta que como una exigencia.

—Basta ya. Deteneos las dos —suplicó Abigail.

—¿Fuiste tú? —repitió Con.

—Sí, fui yo.

—¿Durante cuánto tiempo? ¿Fuiste tú todo el rato?

—Seis meses —respondió Cabigail—. Ocupé su lugar hace seis meses.

«Seis meses.» Eso fue cuando, según Stephie, Con le dijo que ya no podía seguir yendo a verla. Excepto que se trataba de Cabigail. Ahora lo comprendía: todas aquellas chorradas de que estaba teniendo problemas en casa habían sido un tapadera. No había problemas en casa y nunca los había

habido. Después continuó desplazándose con regularidad a Charlottesville para mantener vivo el espejismo de que estaba teniendo una aventura. Por eso Con no reconoció a Dahlia aquel día yendo por Water Street, porque no era ella.

—¿Por qué? —preguntó.

—Es más fácil incriminar a alguien desde dentro —dijo Cabigail, como si fuese la decisión más natural del mundo.

—No, me refiero a por qué incriminarlo a él.

—No podía quedar ningún cabo suelto —respondió Abigail con sencillez—. Con D'Arcy no podía desaparecer sin más. Era necesario culpar a alguien.

—Sois unos monstruos, las dos —dijo ella—. ¿Y dónde estuvo la verdadera Con durante todo ese tiempo?

—Aquí mismo. Se alojaba conmigo. —Lo dijo como si la original hubiese ido en coche hasta allí a hacerle una agradable visita. Tía y sobrina poniéndose al día después de unos años, sentadas en el porche y contándose anécdotas. Pero lo único que veía ella era el cuerpo mutilado de su original en aquella granja putrefacta. Se acercó otro poco más y apoyó la frente contra la de Cabigail para intentar hacerla retroceder, como un clavo torcido.

—¿La mataste tú?

—Sí —dijo Abigail—. Las dos juntas. Pero con su consentimiento.

Con giró la cabeza hacia su tía.

—Mientes.

—Es verdad —confirmó Cabigail.

—¿Por qué no entramos en la casa? —propuso Abigail al tiempo que abría la puerta y sonreía con un gesto de hospitalidad—. Deja que te lo expliquemos.

Con miró alternativamente a una y a otra.

—¿Para qué? No pienso entregaros lo que tengo dentro del cerebro. Jamás.

—Nos lo entregarás —dijo Cabigail.

—Cuando te lo expliquemos —terminó Abigail.

—Eso no va a suceder —escupió Con.

—Tu original dijo algo parecido —dijo su tía.

—Por favor, deja que te lo expliquemos —rogó Cabigail.

Con la soltó y dijo:

—De acuerdo, está bien. Eso tengo que oírlo.

Las tres mujeres entraron en la casa y cerraron la puerta al mundo exterior. Para eso había ido allí, ¿no? Para conocer el final de la historia, aun cuando no fuese la que quisiera haber vivido.

La puerta daba a un salón oscuro y pequeño, dotado de un techo tan bajo que hasta Con casi lo tocaba con la mano. Estanterías rebosantes de novelas de misterio en edición rústica, juegos y como un centenar de rompecabezas. La pared del fondo estaba dominada por una chimenea de piedra que parecía estar tallada en la cara misma de la montaña. En la repisa había toda clase de cachivaches y cosas que, a primera vista, parecían trastos. En otra pared estaba montado un televisor de plasma que tenía más años que Con, enfrente de un sofá hecho jirones y tapado con una colcha confeccionada con retales. A mano izquierda había una cocina estrecha integrada en el salón, y a través de la otra puerta vio un dormitorio, igual de diminuto.

Aquello le recordó a una de aquellas cabañas campestres que alquilaba la gente de la ciudad para escapar del ajetreo durante un fin de semana. Costaba trabajo imaginar a alguien viviendo allí todo el año, y menos todavía a una de las mentes más brillantes del siglo XXI. Abigail, la que de verdad se parecía a Abigail Stickling, había dicho que llevaba años viviendo en aquella casa. Con la recorrió con la mirada. Si

había dos Abigail, entonces su tía había fabricado un clon. Pero ¿dónde? Porque en aquella cocina no había sido.

—En realidad, aquí no vive nadie, ¿verdad? —dijo—. Todo esto no es más que una fachada.

—Muy bien. —Su tía asintió con gesto de aprobación—. A esto lo denominamos la vivienda tapadera.

—Camuflaje, por si acaso a alguien le entrase la curiosidad de echar una ojeada en serio. Lo único que encontrarán es este montón de trastos viejos —dijo Cabigail.

—Entonces, ¿dónde está la casa de verdad? —preguntó Con.

Cabigail, a modo de respuesta, puso la mano sobre una de las piedras que formaban la repisa de la chimenea, que se deslizó hacia atrás y dejó a la vista una consola de seguridad supermoderna y un nicho poco profundo y de forma rectangular que parecía no obedecer a ningún propósito. Introdujo sus datos biométricos. Unos instantes después, Con notó un zumbido grave bajo los pies. La puerta principal de la casa se bloqueó sola y acto seguido la chimenea se retrajo suavemente hacia el interior de la pared. Se encendieron unas luces que dejaron ver un pasadizo ancho que descendía hacia las entrañas de la montaña.

—Vaya, una guarida secreta —comentó Con—. Vuestra marca de fábrica.

—No entiendo su sentido del humor —dijo Abigail.

—Es mejor no hablar de ello —sugirió Cabigail.

—Tienes razón, tienes razón —coincidió la otra. Ahora que las cosas entre las dos Abigail parecían haberse calmado, se mostraban extrañamente amables.

—Vamos —dijo Cabigail—. Vamos a hacerte una rápida visita guiada.

El pasadizo era más largo de lo que Con esperaba, tendría por lo menos treinta metros, y se internaba en las profundidades de la montaña. Abigail explicó que se había construido en un sistema de cuevas naturales que se había agrandado según fue necesario. Llegaron a una segunda puerta de seguridad, que requirió más datos biométricos. Esta les dio paso a una estancia iluminada, espaciosa y claramente espartana, provista de una cocina: la antítesis de la casita de la superficie. En las paredes había unas ventanas falsas que, según explicó Abigail, simulaban tanto la hora del día como el tiempo que hacía en el exterior. El espejismo era total. Con, si no hubiera tenido más información, no habría tenido forma de distinguir que se encontraba bajo tierra.

—Entonces, ¿cuando fuera está lloviendo...? —preguntó.

—También llueve aquí dentro —confirmó Abigail—. Si «abriéramos» las ventanas, incluso oiríamos cantar a los pájaros, y por la noche a los grillos. Es un detalle pequeño, pero importante para sentirse conectado con el mundo de fuera.

—¿Cuánto tiempo se tardó en terminar todo esto? —preguntó Con observando los dos pasadizos que conducían al interior del complejo.

Abigail tomó asiento en un extremo de la larga mesa de comedor.

—Bueno, en realidad nada está terminado del todo. Siempre hay cosas que mejorar. Cosas que actualizar. El trabajo progresa despacio cuando una tiene que ir cubriendo sus huellas. Es necesario subcontratarlo todo. Hemos utilizado cerca de trescientos subcontratados, cada uno a través de una empresa distinta. Ya solo la logística ha sido para volver loco a cualquiera. Pero, respondiendo a tu pregunta, la construcción fundamental comenzó en el 2033, ¿verdad? —Abigail miró a Cabigail buscando confirmación—. O sea, hace siete años. El complejo lleva cinco siendo habitable.

«Siete años.» Dos años antes del accidente de avión de Vernon Gaddis. Con paseó la mirada por la estancia, casi admirando la terrible y calculada determinación con que su tía lo había planeado todo hasta hoy. Por fin comprendió por qué había regalado clones a todos los miembros de la familia. No fue para restregarles su éxito por la cara, sino para desviar su atención. La única que importaba era Con. Y tras haber sufrido el accidente, era previsible que aceptase aquel regalo. Eso la hizo preguntarse hasta qué punto habría sido manipulada por su tía en los últimos tres años. ¿Cuánto tiempo llevaba siendo una rata de laboratorio que correteaba por el extenso laberinto construido por su tía? ¿Cuánto de lo que ella creía saber era verdad y cuánto formaba parte del diseño de Abigail? Hasta el desfase había desempeñado un papel: impulsar a Con hacia delante de forma temeraria. Era una máquina que habían puesto en marcha, esclava de su programación defectuosa, y se había entregado por sí sola, voluntariamente, a su tía.

—Bueno, ¿y cuál es la historia? Pensaba que tú no podías tener un clon —dijo Con.

—Bueno, en 2027 no podía —respondió Abigail mientras Cabigail se sentaba al lado de ella y apoyaba ligeramente la mano en la mesa para que nadie olvidase quién tenía la pistola—. El exceso de cobre acumulado en el cerebro que ocasiona la enfermedad de Wilson causó una auténtica debacle en las recargas. Resultaba imposible obtener una imagen limpia. Hasta el año 2033 no se solucionó el problema. Sin embargo, como distracción fue casi perfecta.

—Y decidiste ocultar ese descubrimiento a Palingénesis —dijo Con sentándose en el otro extremo de la mesa, desde donde las veía a las dos.

—Para entonces, la empresa había demostrado que era un representante poco fiable de mi proyecto —dijo Abigail—. Ya no me sentía comprometida a compartir mis progresos con Vernon.

—Lo cual, adivino, fue también la razón de que no contases a nadie que habías resuelto el dilema cuerpo-mente. Porque lo has resuelto, ¿verdad? Imagino que no fue simplemente una mentira para atormentar a Brooke Fenton, viéndote ahora dentro de mi cuerpo.

Cabigail se miró y dejó escapar una risita.

—Bien visto. Pero sí, he... —Se interrumpió y miró a Abigail como pidiendo disculpas—. Hemos avanzado mucho desde el 2027. En aquella época, la paradoja cuerpo-mente parecía insuperable. Podíamos clonar un ser humano, pero solo con características idénticas. El mismo cuerpo. La misma edad. Lo cual estaba bien, pero nunca fue el objetivo. Lo mantuvimos así durante varios años. Pero, por más que nos esforzamos, el factor que nos limitaba siempre era el desfase entre el clon y el original. Y ya podíamos olvidarnos de trasladar una consciencia de un cuerpo a otro; eso tenía una tasa de supervivencia nula.

—Y, sin embargo, aquí estás tú.

—¿Sabes cuánto tiempo he estado esperando para contárselo a alguien? No es fácil guardar un secreto como este. Hay días que me entran ganas de explotar de emoción. —Los ojos de Cabigail relampaguearon como dos faros—. Entiendes lo que significa eso, ¿verdad? Lo más que Palingénesis puede ofrecer son medias tintas, una póliza de seguros contra la muerte. Pero sus clientes continuarían envejeciendo y al final morirían. Ahora tenemos al alcance de la mano la verdadera inmortalidad de la consciencia humana. Con tu ayuda, podemos convertir eso en una realidad.

—Pero ya lo has hecho —dijo Con, que aún estaba intentando asimilar la enormidad de lo que significaba aquello. Si Abigail era capaz de transferir su consciencia a un cuerpo más joven, en teoría podría vivir eternamente, ir saltando de un cuerpo a otro durante mil años. Aquello redefiniría lo que significaba ser humano.

—Bueno, todavía no —puntualizó Cabigail—. Hemos obtenido un éxito limitado con saltos entre parientes genéticos cercanos, como una tía y su sobrina, pero incluso ese emparejamiento tiene una vida útil concreta. No obstante, ello debería darme tiempo suficiente para perfeccionar el proceso.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Con.

—Diez años, más o menos —respondió Cabigail con una sonrisa ladina—. Si me concedes el acceso al resto de mi trabajo.

—Eso es lo que tengo almacenado dentro de mi cerebro.

—Sí. Años de investigaciones y de datos. El laboratorio de investigación de Palingénesis posee potencia computacional suficiente para hacer simulaciones que en otro sitio me llevarían cien años. Por desgracia, no había forma de retirar aquellos datos sin que saltaran las alarmas. Palingénesis es una de las instalaciones de datos más seguras del mundo. Bien lo sé yo, que la diseñé. Es un sistema cerrado herméticamente, sin comunicación con el mundo exterior. Nada entra ni sale. Digamos que tuve que pensar de manera creativa para recuperar mis investigaciones sin que se encendiera ninguna luz roja.

—La masa que aparece en mi escáner me está matando, literalmente —dijo Con.

—Somos conscientes de eso.

—Pero tú puedes arreglarlo, ¿no es así?

—Naturalmente. A estas alturas, Palingénesis ya se ha quedado muy atrasada, varias generaciones.

—Y, déjame adivinar, solo arreglarás lo que rompiste si te entrego lo que tengo en la cabeza. Ese es el trato, ¿verdad?

—En parte. Lamento que hayamos tenido que tomarnos tantas molestias, pero ahora entiendes lo que está en juego.

Con lo entendía y, para verlo con perspectiva, repasó todas aquellas molestias para mantener fresco el recuerdo del daño que habían infligido sus tías para conseguir lo que querían. Además de la muerte de Brooke Fenton, ya habían confesado haber matado a Cynthia y a Vernon Gaddis, así como a los cuatro hombres de la casa de Charlottesville. Habían secuestrado a Constance D'Arcy (Con no se creía esa mentira de que había sido con su consentimiento), habían robado su cuerpo y la habían suplantado durante seis meses a fin de incriminar a Levi Greer en su asesinato. Había sido una transgresión de lo más grotesca. Y todo para vivir eternamente. Con sabía de personas que habían matado por menos, y se sintió tentada de seguir su mal ejemplo.

Pero en vez de eso, se esforzó por hacer un resumen.

—De modo que construiste este lugar, te fabricaste un clon propio y lo convenciste de que se suicidase para robar tú misma tu invento.

—No, lo has entendido mal —dijo Abigail.

Ella la miró con expresión interrogante.

—El clon soy yo —prosiguió aquella.

—¿Qué? —Precisamente cuando creía estar empezando a comprender las líneas maestras, le lanzaban una bola con efecto.

—La que saltó de la azotea del hotel Monroe fue la Abigail original —continuó Cabigail—. Esta que ves aquí es su clon. Un mal necesario, pero, para que el mundo se creyera que Abigail Stickling había muerto de verdad, el engaño tenía que ser perfecto. Era inevitable que el aparente suicidio de la madre de la clonación humana fuera recibido con un escepticismo extremo. Los clones no son físicamente idénticos a su original.

—Además —dijo Abigail—, tanto ella como yo reconocimos que nuestra consciencia estaría mejor dentro de

un cuerpo más nuevo. El suyo tenía cincuenta y tantos años de desgaste. No cupo la menor duda, la verdad.

—Tenía que ser su cuerpo —dijeron ambas al unísono.

—Fue muy duro —dijo Abigail—. Habíamos llegado a estar muy unidas. La echo de menos.

—¿Te echas de menos a ti misma? —le dijo Con.

—Supongo que eso suena un tanto narcisista. Originalmente, estaba previsto que yo fuera tan solo una prueba del equipo. Pero luego nos dimos cuenta de que se podía lograr mucho más si estuviéramos las dos. Estuvimos varios años trabajando juntas, hasta que a ella le llegó la hora. ¿Qué puedo decir? Fue una buena compañera. Aquí a veces me siento muy sola.

Cabigail le acarició el brazo. Dejando aparte la pistola que tenía en la otra mano, aquel gesto pareció casi afectuoso. Una pequeña reconciliación. Abigail sonrió y le apretó la mano, agradecida.

—¿Por qué esperaste tanto? —preguntó Con—. ¿Por qué los dieciocho meses?

—Porque tu original se enamoró —respondió Cabigail.

—Qué desastre —coincidió Abigail—. Nuestra intención era establecer contacto con tu original en enero, después de Año Nuevo. Siempre es un mes muy triste.

—Pasamos un año —dijo Cabigail— planeando el suicidio de una joven deprimida que se sentía abrumada por una tragedia personal. Pero entonces, de improviso, apareció en escena Levi Greer, y de repente tu original se enamoró y se mudó a Richmond. Tuvimos que recogerlo todo y volver al tablero de diseño.

—Nos llevó dieciocho meses elaborar una base convincente para el asesinato —dijo Abigail—. La relación que tenía él con aquella granja fue un golpe de suerte. Todo encajó a la perfección.

Con se encogió al captar el insensible orgullo que traslucía la voz de Abigail. Como si su tía hubiera resuelto el crucigrama del domingo. Sintió deseos de discutirle que Levi Greer no era un cabo suelto, que era un hombre inocente y que lo que habían hecho ellas era una maldad. Pero no merecía la pena. Las dos habían pasado los siete últimos años elaborando su plan maestro y no iban a dejarse convencer ahora de no llevarlo a término. Ambas tenían los ojos brillantes de los conversos, de los verdaderos creyentes. Su madre tenía aquella misma mirada, aunque Con dudó que las Abigail fueran a apreciar dicha comparación.

En vez de eso, dijo:

—Quiero que sepáis ahora que todo lo que habéis planificado ha sido para nada. Jamás os entregaré lo que me habéis metido dentro de la cabeza.

—Tu original dijo algo similar —repuso Abigail.

—Y la secuestraste.

—Sí, al principio —reconoció—. Pero cuando le explicamos lo...

—Sí, ya, aceptó que tú la apuñalases con una sonrisa en la cara.

—Todo eso fue *post mortem*. No sufrió —dijo Cabigail en un tono que pretendía transmitir la gran diferencia que representaba eso.

—Tenía una vida. Estaba enamorada —protestó Con.

—Aun así —dijo Abigail—. Accedió de todos modos.

—No va a ocurrir —insistió ella, consciente de que ninguna de las dos estaba nada impresionada por su amenaza.

Abigail y Cabigail se miraron y, sin decirse nada, llegaron a un consenso.

—Tenemos que acelerar el calendario —dijo la primera—. Mostrarle todo hoy.

—Íbamos a concederle unas semanas para que se aclimatase —dijo la otra hablando de Con como si esta fuera una niña incapaz de seguir las conversaciones de los adultos.

—Con Vernon husmeando por ahí, ese es un lujo que no podemos permitirnos. De lo contrario, nos quedaremos sin tiempo —dijo Abigail—. Tiene que ser ahora.

—Vernon. —Cabigail pronunció ese nombre como si fuera una antigua maldición—. Nada ha salido bien.

—Es hora de tomar un té —anunció Abigail.

Aquella sugerencia pareció desmoralizar a la otra.

—No, aún no. Es demasiado pronto.

—Es la hora —repitió la tía en tono tranquilizador.

—¿Y si te necesito? —le preguntó Cabigail—. ¿Y si se niega?

—Convéncela. De eso depende todo —dijo Abigail. Fuera se habían estado amenazando, pero ahora todo aquello parecía ya olvidado; las dos Abigail Stickling se mostraban extrañamente cariñosas y amables—. Llevabas razón en lo que me dijiste ahí fuera —reconoció—, tú estás mejor equipada para manejar las cosas a partir de este punto. Puedes hacerlo.

Cabigail asintió con un gesto de abatimiento.

—Es que llevamos mucho tiempo deseando que sucediera esto. No me gusta que vayas a echarlo de menos.

—No lo echaré de menos —dijo Abigail, y de nuevo le dio un leve apretón en la mano—. Porque vas a estar aquí. Ese es el plan. Ese ha sido siempre el plan. Nada más importa.

Cabigail afirmó con la cabeza y se levantó.

—Voy a por el té.

Cuando entró en la cocina, Con se dirigió a su tía:

—¿Cuánto tiempo has estado aquí abajo?

—Siempre.

—¿Qué quiere decir «siempre»?

—Nunca me he ido de esta montaña —respondió—. Se habría echado a perder el efecto si hubieran visto a Abigail Stickling yendo a la ópera en el Kennedy Center.

—No me puedo creer que mi tía se suicidase —dijo Con, todavía conmocionada por la idea de que uno de los egos más tristemente célebres del siglo XXI hubiera puesto fin a su vida de forma voluntaria.

—Bueno, no se suicidó —dijo Abigail.

—Se tiró desde una azotea —replicó Con.

—Y, sin embargo, aquí estoy. Y de hecho somos dos —dijo señalando hacia la cocina—. Así pues, ¿cómo ha podido suicidarse Abigail Stickling? Precisamente tú deberías apreciar eso.

—Sabes que la cosa es más complicada —saltó Con comprendiendo que así era como las dos Abigail se habían dado permiso para matar a Vernon Gaddis, a Brooke Fenton y a la Constance D'Arcy original. Según su lógica retorcida, si la víctima tenía un clon, no podía ser un asesinato. Solo la muerte accidental de Cynthia Gaddis las había hecho reflexionar un momento. Aunque tampoco las había frenado. Cabigail se había licenciado en asesinatos premeditados al matar a Cara de Acné y a todo su equipo.

—Ah, ¿sí? —preguntó Abigail de manera retórica—. Si estoy hablando con Constance D'Arcy, ¿cómo puedo haberla asesinado?

—Para empezar, está el cadáver.

—Ah, sí, el cadáver —dijo como un profesor universitario que ha terminado de saludar a los alumnos y se dispone a impartir su clase—. La tiranía del cuerpo. Deja que te pregunte una cosa: si un soldado pierde una extremidad en combate, ¿deberíamos declararlo muerto? No, eso parece un poco

prematureo. ¿Y dos extremidades? ¿Tres? ¿Es el momento de organizarle un funeral?

—No, obviamente.

—Claro que no. Es posible que le concedamos cierta importancia poética al corazón humano, pero por algo se habla de «muerte cerebral». Nuestra humanidad siempre ha residido en nuestra mente. El cuerpo es tan solo una vasija, y extraordinariamente frágil, además. Mi trabajo nos libera de esa limitación.

—No te la entregaré jamás —repitió Con.

—Sí me la entregarás.

—Sí, ya te he oído. Pero de momento no me convences.

—Bueno, todavía no hemos llegado a la mejor parte —dijo Abigail tentándola como una cuentacuentos nata.

—¿Y cuál es la mejor parte? —preguntó con cautela, pero también con curiosidad.

—Aquella en la que hacemos realidad tu sueño.

—Tú no tienes nada que yo desee —repuso Con.

—Eso dijo también tu original.

Cabigail regresó de la cocina con una bandeja decorada con motivos florales y dispuso tres tazas, cucharillas, una tetera, leche, azúcar y un plato pequeño de galletas. Todo resultó sumamente peculiar de tan civilizado. Vertió agua en la primera de las tazas, añadió leche y azúcar y removió intensamente hasta que quedó satisfecha. Acto seguido, con un floreo ceremonioso, la colocó delante de Abigail, que se la acercó a la nariz con ambas manos y aspiró.

—Manzanilla. Qué apropiado.

Cabigail preparó las otras dos tazas y deslizó una en dirección a Con, que no la tocó; aunque el té sí le gustaba, no se fiaba lo bastante de la otra para beber nada que hubiera preparado ella. Cara de Acné y su equipo no habían muerto de causas naturales.

—Todavía no bebe té —le recordó Abigail.

—Sí, es verdad —contestó Cabigail, y le preguntó a Con si le gustaría tomar otra cosa.

—Estoy bien así —respondió ella—. ¿Qué es lo que está ocurriendo aquí?

Abigail bebió un sorbo para probar.

—¿Recuerdas cuándo fue la última vez que nos vimos?

—En el funeral de mi padre.

—¿Cómo está el té? —preguntó Cabigail.

—Perfecto —contestó Abigail, y continuó hablando con Con—. Así es, en el funeral de tu padre. El 7 de septiembre de 2022. Antoine D'Arcy era el ser humano más estoico que he conocido nunca. Soportaba un gran peso. Sinceramente, no sabría decir cuál de los dos era más duro y exigente, si el

ejército de Estados Unidos o tu madre. No conozco a nadie que sea capaz de aguantar tanto tiempo como aguantó él. Y jamás dijo una sola palabra. Nunca se quejó. Cumplió sus periodos de servicio y soportó el peso. En muchos sentidos, él era el ancla de tu madre, lo único que impedía que ella hiciera caso a sus demonios. Lo sentí mucho cuando lo mataron en esa guerra absurda.

—¿Por eso montaste aquella escena?

—¿Que yo monté una escena? —dijo Cabigail mirando a Abigail, la cual puso los ojos en blanco—. ¿Así es como se cuenta en la familia? Sé sincera: ¿has visto alguna vez que alguien haya iniciado una discusión con tu madre?

Con tuvo que reconocer que en eso no le faltaba razón. Uno de los peligros que entrañaba estar en público con su madre era la gran probabilidad de presenciar una escenita. No recordaba ni una sola ocasión en que su madre no estuviera peleándose con alguien de la familia o de su iglesia. Ya de pequeña había comprendido que su progenitora siempre era la instigadora. Desde luego, así era como sucedía entre ellas dos. Recordó un día en que, sin el menor rastro de ironía, exigió saber por qué Dios la había castigado dándole una hija tan combativa.

—Entonces, ¿qué fue lo que la hizo explotar? —preguntó Con.

—Yo le dije que lamentaba no haber llegado a tiempo —dijo Abigail, y bebió otro sorbo de té. Cada vez que bebía, Cabigail afirmaba con un gesto de aprobación.

—¿A tiempo para qué? —preguntó ella.

—Para salvar a tu padre. Vernon y yo habíamos fundado Palingénesis en la primavera de 2019. En los tres años siguientes hicimos grandes progresos. El sueño de la clonación humana estaba al alcance de la mano. Yo veía el camino que debíamos recorrer. Lo único que necesitaba era tiempo y financiación, dos cosas que sabía que podía proporcionarme

Vernon. Él es un genio en esos temas. —Abigail hizo una pausa para reflexionar y beber un buen sorbo de su taza—. Creo que siempre tuve a Antoine en mente. Siempre pensé en dar una segunda oportunidad a los soldados como él. Pero llegué demasiado tarde.

—¿Ese fue el motivo de la enorme bronca?

—Fue una necedad por mi parte. Estaba al tanto de que Mary se había implicado más seriamente con su iglesia y sabía que desaprobaba mi trabajo, pero en realidad llevaba años sin ir por casa, y hasta aquel momento en el funeral no me di cuenta de que me había transformado en el enemigo. Así que me marché y ya no volví nunca. Al menos, tenemos eso en común —comentó, claramente esperando encontrar un terreno común. Al ver que Con se limitaba a mirarla fijamente, prosiguió con su relato—. Pero cinco años más tarde, cuando Palingénesis obtuvo su primer contrato del Ministerio de Defensa para proporcionar clones a su personal militar, me acordé de tu padre. Estaba en el momento de mayor orgullo de mi carrera. Eso te demuestra lo ingenua que fui.

—¿Ingenua en qué sentido?

—A los científicos se nos entrena para buscar respuestas. Cuando uno está encerrado en un laboratorio, el mundo real se convierte más o menos en una abstracción. Lo único que importa es resolver el rompecabezas. Sus aplicaciones en el mundo real son el problema de otro; en cambio, yo tenía la fantasía de que mi trabajo se emplearía para ayudar a conceder una segunda oportunidad a las personas de la clase trabajadora que ejercen profesiones de alto riesgo. Como tu padre. En ningún momento me detuve a pensar en los multimillonarios que acudirían a nosotros, ávidos de comprar más tiempo para sí. Pero Vernon sí se paró a pensarlo. Él siempre supo que nuestro trabajo con los militares era solo para conseguir un punto de apoyo. Que filtrase la noticia al *Times* y al *Post* fue una genialidad por su parte.

—¿Fue él? —dijo Con con una sorpresa que fue disminuyendo a medida que aquellas palabras fueron saliendo de su boca.

—¿Quién si no? —intervino Cabigail—. Una vez que la noticia saltó al público, la demanda se creó sola. Oh, yo me opuse, pero me apartaron fácilmente: yo estaba en pañales en todo lo que tenía que ver con la política, no era más que otra científica con la cabeza en las nubes. Digamos simplemente que soy una persona que aprende rápido.

Una vez más, Con vio el alcance y la sofisticación del plan de su tía.

—Fuiste tú quien maniobró para que expulsaran a su clon de la junta directiva de Palingénesis, no Brooke Fenton.

—Bueno, las maniobras las hizo ella, yo me limité a susurrarle al oído que tener un clon enredado en un problema judicial con sus herederos por causa de su fortuna era malo para el negocio.

—Después de que asesinaras a su original.

—Una persona que tiene un clon... —dijo Cabigail en tono de cansancio.

—No puede ser asesinada —terminó Con—. Sí, sí, ya te he oído las mil primeras veces.

Abigail se terminó el té y depositó su taza con torpeza, que se volcó de costado y derramó un poco sobre la mesa. Abrió mucho los ojos, como si estuviera costándole enfocarlos.

—Me parece que ya está empezando —dijo, farfullando la última palabra—. Me pregunto si así fue como se sintió Sócrates.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Con a Cabigail apartando de sí su propio té.

—Por favor, no se lo tengas en cuenta. No puede haber dos Abigail para lo que va a suceder a continuación —dijo su tía.

—Te ha envenenado.

—Sí, ya lo sé —respondió.

—¿Y vas a dejarte morir sin más? —dijo Con.

—Mientras ella esté aquí, no —contestó Abigail, y le apretó la mano a Cabigail.

—Estáis locas —dijo Con, pero ninguna le estaba prestando atención.

—Creo que voy a tumbarme —dijo Abigail.

La otra se mostró de acuerdo y la tomó del codo para ayudarla a levantarse del asiento. A la mujer se le doblaron las rodillas, pero Cabigail la sostuvo antes de que se cayese al suelo.

—¿Me ayudas a llevarla al laboratorio, por favor? —pidió a Con.

Esta le rodeó la cintura a Abigail con un brazo y la ayudó a avanzar por el pasillo. Pero no porque Abigail le preocupase, sino simplemente porque sentía curiosidad por ver el laboratorio. Y lo que iba a suceder a continuación. Deseaba creer que la seguridad que tenían ellas de que iba a entregarles lo que tuviera en el interior de su cerebro no era más que otro de sus juegucitos psicológicos, pero necesitaba saberlo con certeza. Iban a tener que esforzarse por convencerla. Y luego sabría la verdad de lo ocurrido con su original. Y, fuera lo que fuese, sospechó que iba a estar en el laboratorio de su tía.

Mientras que el resto del complejo era claramente minimalista, los laboratorios estaban abarrotados de equipos médicos y ordenadores. La mayoría de ellos no supo identificarlos, pero sí que reconoció un escáner de tomografías computarizadas contra una de las paredes. Un espectrofotómetro. Dos mesas de quirófano. Había también un sillón para efectuar recargas, aunque el de Abigail era mucho más práctico y carecía de las comodidades con que contaba la experiencia de Palingénesis, propia de un balneario de cinco

estrellas. Con contó tres úteros similares a los que utilizaba la empresa para almacenar los clones. Dos estaban vacíos; el tercero contenía un clon inanimado de Abigail Stickling. La copia de la copia de la copia, si no le fallaban las matemáticas.

—¿Quieres descansar en la oficina? —preguntó Cabigail.

—No, llévame a la bandeja. Te costará mucho moverme después de que me haya ido.

Aquella asintió al comprender que tenía razón. Juntas, fueron poco a poco hasta el fondo del laboratorio. Abigail bajó la cabeza hacia el pecho y su respiración se volvió agitada y trabajosa. Le fallaron las piernas y las fue arrastrando por el suelo. Cuando ya estaban cerca de la pared del fondo, se abrieron unas puertas metálicas que dejaron ver una cámara oscurecida. Se desplegó una bandeja metálica y lisa por unas guías hasta que alcanzó el tope.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Con.

—Un incinerador —respondió Cabigail.

—¿Y para qué demonios tenéis un incinerador?

La otra lo miró un momento y después miró a Con.

—¿No se explica por sí solo?

—¿Cremáis muchos cuerpos?

—Demasiados a lo largo de los años. Son el producto residual de nuestra investigación. Ahora, si no te importa, ¿puedes levantarle las piernas? Yo no tengo fuerza suficiente para hacerlo sola.

—No está muerta —señaló Con.

—Ya lo sé —respondió Cabigail con verdadera tristeza—. Ya solo será cuestión de unos minutos.

Se las ingenieron para subirla a la bandeja; fue un milagro que no se les cayera. Con, jadeando a causa del esfuerzo, se apoyó contra la pared.

Abigail abrió un momento los ojos.

—¿Estás ahí?

—Estoy aquí —le respondió Cabigail al tiempo que le cogía la mano—. ¿Necesitas algo?

—No, ya no tardaré mucho. Lo noto.

—Oye, estaba pensando... —dijo la otra—. ¿Cuándo hiciste la última recarga?

—Ayer por la noche. ¿Por qué?

—Bien. Cuando todo esto haya acabado y yo haya solucionado por fin el dilema cuerpo-mente, es posible que pueda traerte de vuelta. ¿Te gustaría?

—¿Harías eso por mí? —dijo Abigail animándose al pensarlo.

—¿Por qué no? Si todo sale como estamos convencidas de que va a salir, resultará bastante fácil ocultar a dos de nosotras del mundo.

—Sería maravilloso. Gracias —dijo aquella.

—Hasta ese momento, te echaré de menos —le dijo Cabigail apartándole un mechón de pelo de la frente.

—Tendremos mucho que contarnos —dijo Abigail.

—Y todo el tiempo del mundo para contárnoslo.

—Hasta entonces —dijo, y cerró los ojos por última vez.

Cabigail se quedó allí de pie, sosteniéndole la mano, hasta que Abigail dejó de respirar. A continuación, pusieron en marcha el incinerador. Sin decir unas palabras de despedida, sin guardar un momento de silencio para reflexionar. El mismo sentimentalismo que cuando se saca la basura para reciclar. La bandeja metálica se retrajo al interior de la pared. Las puertas metálicas se cerraron. Cabigail apretó un segundo botón y el incinerador cobró vida.

—No lo entiendo —dijo Con retrocediendo para apartarse del calor.

—Pensaba que ya habíamos explicado eso —replicó la otra.

—No, quiero decir, ¿por qué construir este lugar? ¿Por qué no terminaste tu trabajo en Palingénesis? ¿Para qué te tomaste todas estas molestias? Pasaste siete años planificando robar tu propio invento a tu propia empresa. ¿Fue simplemente codicia? ¿Tan egoísta eres?

—¿Egoísta? Tú piensas que la egoísta soy yo.

—¿Cómo definirías, si no, lo que has hecho? Todo ha sido para quedarte con la inmortalidad para ti sola.

Cabigail meneó la cabeza con gesto de incredulidad al ver lo mal que lo había entendido.

—¿Qué crees que ocurriría si Vernon Gaddis o Brooke Fenton se hicieran con el control de mi trabajo?

—Que lo venderían.

—Por fin estamos de acuerdo en algo —dijo Cabigail—. ¿Y cuánto crees que cobraría Palingénesis por la inmortalidad?

—Lo que se le antojase.

—Exactamente. Solo que, esta vez, Palingénesis no estaría vendiendo una póliza de seguros, estaría reescribiendo las reglas básicas del funcionamiento de nuestra especie. Un salto tecnoevolutivo que no se parecería a nada de lo que lo hubiera precedido, pero que se repartiría de manera uniforme. Crearía una superclase de individuos inimaginablemente ricos y poderosos que no morirían nunca —dijo Cabigail, e hizo una pausa para causar efecto—. Y ya tenemos un nombre para llamar a esos individuos.

—Serían dioses —dijo Con con asombro reverencial.

—Ahora ya entiendes por qué no podía correr el riesgo de que Palingénesis averiguase nada.

—Sin embargo, sí que corriste ese riesgo —replicó—. Podrías haber destruido el resultado de tus investigaciones. ¿Qué te hace pensar que tú mereces la inmortalidad más que la empresa?

—Que el descubrimiento ha sido mío.

—Exacto. Lo que hiciste, lo hiciste por egoísmo.

—Si dispongo de suficiente tiempo, lograré que el proceso esté disponible para todo el mundo.

Con lanzó un bufido de sorna.

—Ahórrame tu discurso de defensora de la humanidad —dijo—. Mataste a mi original para vivir eternamente.

A Cabigail se le oscureció el semblante.

—En realidad, no vas a dejar pasar el tema, ¿a que no?

—No lo parece, ¿no crees?

—Verdaderamente, eres hija de tu madre —dijo aquella.

En cualquier otro momento de su vida, Con se habría tomado a mal dicho comentario. Pero ahora, estando allí de pie, ante el violento calor del incinerador, se lo tomó como una medalla al honor. Ella era la hija de Mary Stickling, para bien o para mal.

—Pues convénceme —dijo—. No dejas de repetir que yo te entregaré voluntariamente lo que tengo dentro del cerebro una vez que te hayas explicado. Pues muy bien, ¿qué tal si empiezas ahora? Porque hasta el momento mi respuesta sigue siendo un no rotundo.

—Esto no ha salido como estaba previsto —dijo Cabigail casi pidiendo disculpas—. Se suponía que tú tendrías tiempo para descansar y aclimatarte antes de que yo te mostrara lo que debía mostrarte, pero la intervención de Vernon ha hecho que todo eso resulte inviable.

—¿Qué es lo que debías mostrarme?

—Hay algo que llevo tiempo queriendo preguntarte —dijo Cabigail esquivando la pregunta de Con—. Aquella primera noche, cuando saliste de Palingénesis, ¿de dónde sacaste el dinero para subirte al metro? Mi equipo debía capturarte cuando descubrieses que tu DCL ya no estaba conectado a un banco y volvieres a subir por las escaleras mecánicas. Para cuando nos dimos cuenta de que algo había salido mal, tú ya estabas de camino a tu casa.

Con hizo memoria. Tenía la sensación de que aquello había sucedido hacía una eternidad.

—Un policía se apiadó de mí y me dejó pasar por el torniquete.

—Increíble —respondió Cabigail con una risa sardónica—. Toda mi carrera se basa en el convencimiento de que era capaz de tomar en cuenta todas las variables. De que lo único que hacía falta era planificación e intelecto, y de que no existía nada que no se pudiera prever y controlar. Y no tomé en cuenta la posibilidad de que tú podrías cautivar a un policía para que te hiciese un favor. Y a causa de mi bien documentada arrogancia, Vernon te conoció, y ahora tiene la cabeza llena de toda clase de teorías y sospechas. Justo lo único que yo pretendía evitar.

—Y aquí estamos —dijo Con.

—Aquí estamos —contestó Cabigail, que al parecer había tomado una decisión—. Ven conmigo, hay una cosa que quiero enseñarte.

—¿Qué es lo que quieres enseñarme? —preguntó Con siguiéndola con cautela.

Llegaron a una puerta cerrada con llave, que aceptó las credenciales de Cabigail. Los cerrojos se desbloquearon de manera audible; en cambio, dudó antes de abrir.

—Antes de que entres, voy a decirte unas cuantas normas básicas.

—¿Es que no vas a entrar conmigo? —le dijo Con.

—Es mejor que vea a una sola Con D’Arcy cada vez.

—¿Quién? —preguntó ella. De pronto se percató de los latidos de su corazón y del escalofrío que le subió por la columna vertebral.

—Ten en cuenta que es muy sensible a los estímulos externos, de modo que nada de ruidos fuertes ni de movimientos repentinos. Haz todo lo posible por mantener la calma. No lleva bien los estallidos emocionales. Procura hablar despacio y de forma clara. —Cabigail abrió la puerta, la sostuvo y Con se asomó y vio una antecámara sencilla. Al fondo había una puerta de madera que llamaba la atención porque resultaba fuera de lugar en el hipermoderno complejo subterráneo de su tía—. Tampoco debes mencionar la fecha en la que estamos ni cuánto tiempo ha pasado. Para él, estamos todavía en el año 2037. Si alteras esa creencia, lo perturbarás.

—¿Qué es lo que has hecho? —dijo Con, pero dio un paso titubeante y entró en la antecámara. En cierta ocasión, estando en el instituto, una chica se le acercó por la espalda y le dio un golpe en la oreja. No perdió el conocimiento, pero durante todo el día siguiente se sintió como si estuviera debajo del agua, como si dos manos fuertes la estuvieran sujetando justo por debajo de la superficie. Así era como se sentía ahora.

Cabigail continuaba hablando, pero su voz sonaba amortiguada y lejana, ahogada por una frase que se repetía una y otra vez en su cerebro, como una perversa cinta de Möbius:

«Es mejor que él vea a una sola Con D’Arcy cada vez.»

«Es mejor que él vea a una sola Con D’Arcy cada vez.»

«Es mejor que él vea a una sola Con D’Arcy cada vez.»

Con había insistido tercamente en que su original jamás habría accedido a nada de aquello. No había nada que pudiera persuadirla. Pero ahora ya no lo tenía tan claro. ¿Le había ofrecido su tía lo único por lo que ella estaría dispuesta a morir? Alargó la mano hacia la puerta de madera y se volvió para mirar a Cabigail, que le respondió con una sonrisa tranquilizadora y le hizo un gesto para animarla a continuar.

—No te pasará nada. Cuando termines, estaré en mi oficina. Entonces hablaremos.

Con giró el picaporte y abrió la última puerta.

Al otro lado había una habitación pequeña e iluminada tenuemente: una cama individual, una cómoda y dos sillas. Había una mesa rudimentaria debajo de una ventana que, aunque se encontraban bajo tierra, mostraba una vista panorámica de las montañas. Encima de la mesa había un rompecabezas a medio hacer de Jimi Hendrix arrodillado ante su guitarra en llamas.

En la cama estaba acostado un hombre, de espaldas a ella. Con se tapó la boca con la mano, con un gesto intemporal que indicaba miedo.

—¿Qué es lo que has hecho? —susurró a través de sus dedos cuando él se volvió y se incorporó para quedarse sentado en el borde de la cama. Ella dejó escapar un gemido ahogado y comenzaron a rodarle las lágrimas por las mejillas igual que las tormentas súbitas de Texas que, provenientes del desierto, obligaban a las familias a huir en busca de terreno seguro.

Era Zhi. Aunque llevaba más de un año muerto, era su Zhi.

Se rascó la cabeza afeitada con ademán soñoliento. Estaba descalzo. Vestía una camiseta blanca y suelta que no lograba disimular lo delgado que estaba y un pantalón de hospital con elástico en la cintura que también le quedaba grande. No puso cara de sorpresa al verla, pero cuando sonrió lo hizo solo con una mitad de la cara; la otra se quedó caída, como una vela desinflada, igual que su tío Frank tras sufrir el ictus.

—Estaba empezando a pensar que a lo mejor ya no venías más —dijo Zhi con una voz extrañamente infantil.

—Por supuesto que iba a venir —contestó Con. Él pensaba que era la Con D'Arcy original, y ella le siguió la corriente al acordarse de que su tía le había dicho que no debía intentar cambiar sus creencias.

—¿Por qué estás llorando? —le preguntó Zhi—. ¿He hecho algo mal?

—No, nada. Es que estoy muy contenta de verte —le respondió ella sorbiéndose las lágrimas y obligándose a sonreír. Naturalmente, la verdad era mucho más compleja. Aquello era lo único con lo que había soñado durante más de tres años. Entonces, ¿por qué tenía ahora sentimientos encontrados?

Le entraron ganas de rodear a Zhi con los brazos, pero tuvo miedo. De modo que, en vez de eso, le preguntó:

—¿Cómo estás?

—La doctora dice que voy bien. No quiere decirme cuándo podrá darme el alta, pero yo noto que ya me falta poco. Le he preguntado si a lo mejor puedo dar un paseo por el hospital dentro de poco, pero me dice que tengo que esforzarme más con la terapia física. Y no sabes cuánto la odio.

Con se dio cuenta de que Zhi creía que había sobrevivido al accidente. No tenía ni idea de que era un clon.

—Yo también —dijo a su vez, luchando de nuevo por contener las lágrimas.

—¿Qué tal tu rodilla? —le preguntó él.

—Mejor —respondió—. Mucho mejor.

—Lo siento muchísimo.

—¿El qué? —dijo Con, alerta.

—Cambié la música —dijo Zhi, y bajó la vista al suelo, avergonzado.

Ella tardó unos instantes en comprender qué estaba intentando decirle.

—¿Qué música?

Él pareció perder el hilo de sus pensamientos y alargó la mano para coger un andador. Solo cuando se puso de pie tirando de sí con gran esfuerzo vio Con las graves lesiones que le habían quedado. Observó cómo se acercaba con el andador hasta la mesa moviendo la pierna derecha con paso vacilante, mientras con la mano derecha buscaba una manera de asirse al manillar. Sabía que se refería al accidente y reprimió el deseo de presionarlo para que hiciera memoria. Cuando uno llevaba dentro una pregunta sin responder durante demasiado tiempo, llegaba un día en que no bastaba con una pizca de la verdad. Necesitaba oír a Zhi decirlo en voz alta, pero al mismo tiempo no sabía qué esperaba obtener de ello. ¿Era así como quería pasar aquel rato con él?

—¿Has visto el rompecabezas? Ya está casi terminado. — Fue hasta la mesa y se sentó con cuidado en una silla.

—Sí, lo llevas fenomenal —coincidió ella.

—Antes tocabas los solos de *Voodoo Child*. Me encantaba tocarla contigo. —Sonrió con su media sonrisa.

—A mí también —dijo Con en voz baja.

Tanta conversación pareció dejarlo agotado, y apenas volvió a hablar. Ella nunca lo había visto pasar tanto tiempo

sentado en silencio. Siempre había sido pura energía cinética, saltaba de un proyecto al siguiente y al siguiente; en cambio, esta vez pasaron más de una hora sentados a la mesa mientras él trabajaba pacientemente con su rompecabezas. Cuando encontraba una pieza que encajaba, lanzaba un gritito de euforia y le sonreía. Contemplándolo, hubo momentos en los que vio al antiguo Zhi: ingenioso, orgulloso e intenso. Pero fueron breves vislumbres del sol, y con la misma rapidez volvían las nubes para empañarle los ojos mientras se afanaba en el rompecabezas. Con se dijo que no era él, aunque sabía lo poco caritativa e hipócrita que era al pensar de ese modo. Pero de repente Zhi veía el sitio donde encajaba otra pieza, y asomaba el anterior justo el tiempo suficiente para que ella volviera a cuestionarse a sí misma. Al final, él dijo que necesitaba descansar. Regresó con el andador a la cama y se acostó dando una serie de pasos metódicos, de anciano. Con vio que tiritaba y lo tapó con una manta.

—¿Podrías tocar para mí? La doctora me ha traído esa guitarra, pero yo ya no puedo —dijo Zhi mostrándole su mano derecha atrofiada.

Ella llevó la guitarra a la cama y la afinó lo mejor que pudo. También sus manos tenían dificultades. Cuando ya sonó un poco decente, todavía no había decidido qué tocar. Eso sí que resultaba irónico. Su memoria regresó a aquella primera vez en la universidad, cuando pasaron la noche entera levantados intercambiando canciones y pasándose una guitarra. Con se sabía todas las canciones que él había tocado y todas las que había tocado ella para él. Los dos estuvieron intentando impresionarse con sus conocimientos y su buen gusto: una competitividad sana que había marcado la relación entre ellos. Le vino a la memoria el tema que cantó Zhi cuando ella descubrió que se había enamorado de él.

Se sentó en el borde de la cama y lo tocó. Era *Thirteen*, del antiguo grupo Big Star. Se trataba de una melodía sencilla y optimista que hablaba del amor juvenil. Él la reconoció y fue siguiendo la letra en silencio, con los labios, mientras ella la

cantaba. Con pensó en su vida en común, la que fue y la que pudo haber sido. Era como caerse por una madriguera de conejo conocida y trillada. Hubo una época en la que se consolaba con el dolor que encontraba al pensar eso, pero ya no le ocurría; ahora simplemente se alegraba de haberlo conocido y de haberlo tenido en su vida.

Cuando terminó la canción, Zhi le cogió la mano.

—¿Volverás mañana?

—Te lo prometo —mintió Con.

Él le sonrió y se tumbó de costado. Ella permaneció unos instantes allí sentada, en silencio, hasta que se quedó dormido. Ya no volvió a llorar.

Con encontró a Cabigail en una oficina enorme comunicada con el laboratorio, trabajando ante un ancho escritorio de madera de caoba abarrotado de papeles. Las paredes estaban forradas de estanterías de libros que iban desde el suelo hasta el techo. Nunca había visto tantos libros fuera de una biblioteca. De fondo, cómo no, se oía la música de un antiguo álbum de Wilco titulado *Yankee Foxtrot Hotel*. Con maldijo para sus adentros, levantó a Cabigail de su silla y la empujó contra la pared poniéndole un brazo debajo de la barbilla y asfixiándola.

—¿Esto no lo hemos hecho ya? —articuló la otra a duras penas.

—¿Qué es lo que has hecho? —rugió ella.

—Es una obra en curso.

—Se llama Zhi Duan. No es un objeto.

—Sí, se llama Zhi Duan, y deberías darme las gracias.

—¿Cómo conseguiste su consciencia? —preguntó Con furiosa.

Cabigail giraba la cabeza a un lado y al otro, intentando respirar.

—De la Universidad Johns Hopkins. Por medio de canales extraoficiales logré que lo inscribieran en un estudio que iban a efectuar en pacientes de larga duración. Les di permiso para que utilizaran una versión modificada de mi escáner durante unos años. El mapeo de la consciencia supuso un extra para ellos a la hora de comprender mejor los daños cerebrales causados por traumatismos. Resultó bastante sencillo obtener del estudio muestras de sangre de Zhi y hacer una copia del escaneado de su cerebro. Desde entonces estoy trabajando con clones de él.

Con se acordó de que la enfermera del centro donde estaba ingresado comentó que acababa de volver de la Johns Hopkins. Eso sucedió dieciocho meses atrás, el día de Navidad. Recordó que momentáneamente se sintió esperanzada, y luego ridícula y tonta. Pero mucho peor era saber ahora que aquello había sido todo el tiempo obra de su tía, que estaba accionando las palancas de su plan y poniendo el cebo en la trampa. Porque aquello era lo único que significaba Zhi para su tía: un cebo. Con le apretó más fuerte el cuello y, por un instante de ofuscamiento, creyó de verdad que iba a matarla. Por su torrente sanguíneo circulaba a toda velocidad una sed feroz de sangre que le iba aclarando la mente como si fuera un líquido desatascador.

Cabigail forcejeaba y daba débiles manotazos contra el brazo de Con.

Esta vio que a su tía se le desenfocaban los ojos. Se asustó al ver que realmente deseaba acabar con ella. Pero entonces pensó en el lugar en que se encontraba; sin ella, no tenía modo de salir de allí. Ni siquiera sería capaz de volver a entrar por aquella puerta para sacar a Zhi, que estaba claro que no podría defenderse. Moriría solo y aterrorizado.

Aflojó el brazo.

Cabigail se soltó y resbaló hasta el suelo. Con se quedó de pie, mirando cómo la otra intentaba recuperar la respiración.

—¿Dices que has estado trabajando con clones de él? ¿En plural? —le preguntó.

—Sí —contestó la tía tocándose el cuello—. El que has conocido tú es el tercero. Y también he llevado a cabo innumerables simulaciones. Cada iteración me acerca un poco más.

—¿A qué?

—A que regrese tal como era, por supuesto. En los casos de daños cerebrales por traumatismos, antes era imposible construir una imagen precisa de una consciencia humana. Pero yo descubrí la forma de solucionar el dilema cuerpo-mente, y eso produjo unos beneficios secundarios espectaculares. Como la posibilidad de reparar y reconstruir recargas dañadas. Pero, como digo, es una obra en curso. Esta última descarga causó ictus minúsculos que son los responsables de las lesiones físicas. Pero este Zhi ha durado mucho. No tienes ni idea.

—¿Y qué pasa con los otros? —preguntó Con temiendo la respuesta.

—Oh, no seas ingenua. Zhi es un cultivo de laboratorio. Material genético en una placa de Petri muy grande. Un medio para perseguir un fin.

Ella sintió repulsión.

—Si nosotras somos humanas, él es humano —dijo.

—Lo único que importa es la consciencia —replicó Cabigail—. Solo te lo he enseñado para que comprendas lo que se puede hacer, lo que se podría conseguir si yo tuviera total acceso a lo que tienes guardado en el cerebro.

De modo que era eso. El terrible pacto que había hecho su original con Abigail Stickling. Había ofrecido su vida por la posibilidad de devolverle la suya a Zhi. No era que no lo entendiese. Sabía que ella también habría hecho el mismo pacto. ¿Cuántas veces, desde el accidente, había suplicado al universo que le diera la oportunidad de cambiarse por él? Pero

lo que le rompía el corazón era que ella pensaba que su original había logrado superar el trauma, que finalmente había alcanzado la velocidad de escape del sentimiento de culpa. A Con le había dado esperanzas el hecho de saber que su original había iniciado una nueva vida: había conocido a una persona, se había enamorado, se había reconciliado con Stephie y hasta había empezado a escribir canciones propias. Y aun así, cuando se le presentó la oportunidad de salvar a Zhi, lo sacrificó todo.

—¿Por qué no la dejaste en paz? Era feliz.

—Esto es más importante que la felicidad —replicó Cabigail—. Y ella lo entendió. Ahora, ¿puedo levantarme del suelo?

Con se percató de que estaba erguida de pie sobre su tía, con los puños apretados. Retrocedió para dejarle espacio para que se incorporase. La otra se levantó sacudiéndose el polvo con gesto teatral.

—¿Y de verdad crees que puedes conseguirlo? —le preguntó ella—. ¿Reconstruir de nuevo a Zhi?

—Va a llevar un poco de tiempo, pero lo lograré —respondió Cabigail con absoluta certidumbre.

—Entonces, en tu mundo perfecto, ¿qué pasa ahora?

—Si das tu consentimiento, haré una carga de tu consciencia y extraeré mis investigaciones. Y después, volveré al trabajo.

—Y luego yo me tomo un té. ¿Esa es la idea?

—No, en realidad me lo tomaré yo —replicó Cabigail.

Con se quedó perpleja.

—¿Cómo funciona eso?

—Aunque me entregaras mis investigaciones hoy, todo lo que he descrito está todavía a diez años vista. Necesito

ponerme a trabajar. Sin impedimentos. Y no puedo hacerlo dentro de este cuerpo.

—Pues tampoco puedes volver a ser Abigail.

—Exacto. Abigail Stickling está muerta, y es necesario que siga así. Para terminar lo que he empezado, tengo que convertirme en mi sobrina, Constance D'Arcy. Por eso necesito tu cuerpo.

—Ya tienes uno —señaló Con.

—No, necesito exactamente el tuyo. —Cabigail lo dijo con toda la calma, como si estuviera dando instrucciones mientras supervisaba una escena de teatro—. He logrado hacerme pasar por ti solo porque nadie se ha fijado demasiado. Pero Vernon y Palingénesis ya sospechan, y estarán vigilando como halcones. Si el clon de Con D'Arcy no coincide exactamente con los datos que tienen ellos, como que no tiene tatuajes, entre otras cosas —dijo levantando el brazo—, deducirán qué es lo que he hecho.

—Las huellas dactilares.

—Todos los datos biométricos irrepetibles. Todo lo que he hecho, todo lo que he sacrificado, todas las decisiones que he tomado no valdrán para nada si el engaño no es perfecto.

—Entonces, ¿cómo funciona? ¿Simplemente me reescribirás superponiéndote a mí? —dijo Con con una ligera sensación de asco.

—En esencia.

—Y si doy mi consentimiento a todo esto, ¿acabarás lo que has empezado con Zhi? ¿Lo reconstruirás de nuevo? ¿Eso fue lo que le prometiste a mi original?

—Le di mi palabra.

—¿Y esperas que me crea todo esto como un acto de fe?

—No, no lo espero. Porque os reconstruiré a los dos: a él y a ti —repuso Cabigail—. Y no partiendo de la recarga que

hiciste hace dieciocho meses, como te ha ofrecido Vernon, sino de tu consciencia actualizada al día de hoy. Sin ninguno de los efectos secundarios que estás sufriendo.

—¿En serio? —¿Estaba incluso sopesando la idea? Había rechazado a Gaddis y a Fenton porque implicaría perder todo lo que había experimentado desde su reanimación. Solo habían sido unos pocos días, pero cada uno de ellos le parecía esencial para quien era ahora. En cambio, no le resultaba atractiva la idea de que otra Con D'Arcy volviera a iniciar el mismo viaje. Pero si su tía fuese capaz de reparar esta versión de sí misma y recuperar también a Zhi... ¿No era eso todo cuanto deseaba?—. ¿Y cuándo se supone que va a ocurrir todo eso? ¿Dentro de diez años, cuando acabes tu trabajo? ¿Y dónde estaré yo hasta que llegue ese momento? ¿Almacenada en un ordenador? ¿Y si algo sale mal?

—En todo viaje existen riesgos. Los aviones se estrellan, los barcos se hunden, las autocaravanas se saltan medianas... La pregunta que debes hacerte es si el destino merece la pena correr ese riesgo. Y recuerda que para ti todo pasará en un instante. Considéralo un estado de animación suspendida. Vas a bordo de un barco que navega hacia un mundo nuevo y cuando te despiertes empezarás una vida nueva.

—¿Y volveré a ser yo? —preguntó Con—. ¿Este yo?

—Si así lo deseas. Una vez que haya solucionado el dilema cuerpo-mente, será posible cualquier cosa. Desde luego, yo no tengo la intención de quedarme dentro del cuerpo de mi sobrina. No te ofendas, pero es que es un tanto peculiar.

—No me digas. ¿En quién te convertirás?

—En quien quiera. Puede que primero pruebe a ser hombre. Sería agradable tenerlo todo fácil, para variar. ¿Quién sabe? Eso es lo bueno de lo que podemos lograr aquí. ¿Te lo imaginas? Vidas enteras experimentando todas las formas posibles, la totalidad del potencial humano. Y lo mismo sucedería con Zhi y contigo; podríais pasar mil vidas juntos.

—¿Era esa la intención de la naturaleza? —dijo Con haciendo un esfuerzo para asimilar las posibilidades—. Suena totalmente antinatural.

—Bueno, en primer lugar, la naturaleza no tiene intenciones. No es más que la personificación de un sistema complejo con el que los antiguos se sentían asombrados y abrumados. Y, en segundo lugar, no existe nada que sea antinatural.

—Pues claro que sí. Un coche. Un avión —replicó Con.

—¿Un coche? Es la cosa más natural del mundo.

—¿Por qué? En la naturaleza no hay.

—Por supuesto que sí —dijo Cabigail—. Decenas de millones.

—Eso no es la naturaleza, es Detroit.

—¿Estás argumentando que la especie humana es antinatural en sí misma?

—No, pero... —respondió Con.

—El hormiguero no existe si no existe la hormiga. Pero si un ser humano construye una casa, según tú, ¿eso es antinatural? No es más que un ardid semántico que nos hemos inventado para sentirnos especiales. Una inseguridad inherente a nuestra especie, supongo. Los seres humanos tenemos una única cosa que actúa en nuestro favor: la mente. No somos ni los más rápidos ni los más fuertes. Adaptar el entorno a nuestras necesidades es lo que resulta natural para nosotros. La intención que tenía la naturaleza, si prefieres. Somos sus mayores constructores. Eso es lo que hemos hecho siempre. Es lo que he hecho yo. Es una gran arrogancia tachar nuestra naturaleza de antinatural.

—Me parece que estás construyendo un argumento a la medida de tus necesidades.

—Sí —respondió Cabigail con una sonrisa irónica—. Aquí me tienes, adaptando el mundo a mis necesidades. Qué antinatural.

—¿Y si digo que no?

La otra reflexionó unos instantes sobre aquella pregunta.

—Yo te convenceré para que digas que sí. ¿Crees que he llegado hasta aquí sin contar con un plan de reserva? Pero ¿qué tienes que perder cuando tienes todo que ganar? Tu cuerpo está rechazando la descarga. Estás muriéndote.

—Por culpa tuya —replicó Con—. Estoy muriéndome por tu culpa.

—Ya sé que da miedo, pero puedo reparar eso si me lo permites. Puedo repararlo todo. La pregunta es si me lo vas a permitir.

—Sí —dijo ella con sencillez, y no porque le diera miedo morir. Había descubierto una valentía que no sabía que tenía. Lo cierto era que daba gusto volver a estar viva. Con la vida de ahora, no con una hipotética vida «mejor» dentro de diez años. Quería el aquí y el ahora. Quería pasar más tiempo con Stephie. Quería volver a tocar la guitarra, sentir de nuevo aquella pasión. Pero, si rechazaba la oferta de su tía, su original habría sacrificado su vida por nada. Sintió sororidad hacia la primera Con D'Arcy, que se había encontrado en aquella situación imposible y se había visto obligada a decidir. No pensaba traicionar así dicho sacrificio.

El semblante de Cabigail reflejaba alivio y triunfo.

—Con una condición —dijo Con.

—La que quieras.

—Que Levi Greer quede en libertad. —De ninguna manera iba a someterse a aquello si implicaba que él pasara su vida entera en prisión.

La otra puso mala cara.

—Eso no es buena idea.

—¿Puedes conseguirlo sí o no?

Cabigail, a regañadientes, afirmó con la cabeza.

—Sí.

—Entonces, tenemos un trato.

—Puedo vivir con eso.

De repente comenzó a sonar una alarma por todo el complejo. Esta centró la atención en su DCL, y por su semblante de satisfacción de un momento antes se fue extendiendo poco a poco un fruncimiento de cejas, como si fuese un vertido tóxico.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Con.

—Por lo que parece, tenemos visita.

—Peter Lee —dijo Cabigail desde el porche de la casita. De nuevo estaba empuñando la pistola, y apuntaba hacia el recién llegado—. Estás muy lejos de tu casa.

El mayordomo de Vernon Gaddis estaba al pie de los escalones de la entrada, tirado en el suelo, con la ropa ensangrentada y hecha jirones. Tenía un lado del rostro todo magullado, como si hubiera aguantado doce embestidas contra el parachoques de una camioneta. A su alrededor, tres de los perros robóticos centinelas formaban un perímetro desdibujado. Uno de ellos presentaba marcas de quemaduras en el flanco. El cuarto perro no se veía por ninguna parte. Por lo visto, el exsoldado todavía conservaba una gran parte de sus capacidades.

—Peter, ¿qué estás haciendo tú aquí? —le preguntó Con. Había acompañado a una enfadada Cabigail hasta la superficie y tuvo que protegerse los ojos del sol, que ya estaba muy alto y proyectaba sombras cambiantes sobre las montañas.

—¿Es usted, Con? —dijo él al tiempo que hacía un esfuerzo para sentarse ayudándose de su único brazo útil; el otro lo sostenía contra el pecho en ademán protector—. Seguí a Brooke Fenton desde Washington D. C. y luego la seguí a usted.

—No deberías haber venido —le dijo Con.

—Y me lo dice ahora.

—¿Sabe Vernon que estás aquí? —le preguntó Cabigail.

Con el ojo bueno, Peter las miró a las dos con calma mientras hacía inventario de sus heridas.

—Perdón, ¿puede decirme otra vez quién es usted? Sé que he sufrido una conmoción, pero ahora la estoy viendo doble.

—Esta relación va a consistir más bien en que yo hago las preguntas y tú las respondes. Es decir, si es que quieres que te dé algo para el dolor.

—Sí —reconoció él—. El señor Gaddis sabe que estoy aquí.

—¿Y qué es lo que sabe de este sitio?

—Únicamente que a Con la han traído en coche y que hay una valla de seguridad que rodea la finca y que no pega ni con cola en medio de tanta naturaleza.

—¿Y él te ha dicho que cometieras allanamiento de morada? —le preguntó Cabigail.

—No, eso lo he decidido por mi cuenta. Se me ocurrió que a lo mejor a Con le venía bien un poco de ayuda.

—Tiene suerte de contar contigo —repuso Cabigail en tono irónico.

—Bueno —dijo Peter—, han sido cuatro contra uno.

—¿Y cuáles son las intenciones que tiene Vernon? —quiso saber aquella.

Él reflexionó unos instantes.

—No siempre me las confía, pero imagino que le intriga saber quién es el propietario de todo esto. Y cuando vea que no tiene noticias más, vendrá a llamar a la puerta.

—Entiendo. ¿Puedes andar? —dijo Cabigail.

—No mucho —contestó él.

—No estamos lejos —repuso aquella—. ¿Vas armado?

Peter contestó que no, pero ella ordenó a uno de los perros robóticos que lo escanease por si portara armas. Una vez satisfecha, pidió a la otra que la ayudara a llevarlo al interior de la casa. Con bajó los escalones y se arrodilló a su lado. Al verlo de cerca, se percató de que sus heridas eran mucho más graves de lo que su estoicismo le permitía mostrar.

—¿Está bien? —le preguntó él.

Ella lo cogió de la mano.

—Lo siento mucho —dijo.

—Y yo pensando que iba a salvarla. —Peter tosió un poco de sangre—. Debería haber sabido que no.

—Con —la llamó Cabigail—, no tenemos mucho tiempo, y seguramente es mejor no entretenernos aquí fuera.

La susodicha ayudó a Peter a levantarse. Él le pasó un brazo por los hombros y ella soportó su peso lo mejor que pudo. Juntos, comenzaron a subir los escalones.

Cabigail, por medio de su DCL, ordenó a dos de los perros robóticos que se desperdigaran de nuevo por el bosque, pero el tercero se quedó detrás de ellos y subió los escalones igual que un perro pastor que hubiera recuperado a una oveja descarriada.

—¿Qué diablos tienen aquí dentro? —preguntó él a Con en voz baja.

—Si te lo dijera, no me creerías.

—Soy un soldado americano condecorado, por si no lo sabía.

Estaba haciendo un esfuerzo por mantener el ánimo, y ella se obligó a sonreír por el chiste. Entraron en la casita cojeando y bajaron por el pasadizo hasta el complejo.

—De acuerdo, tenía usted razón —reconoció Peter mirando a su alrededor—. No me lo creo.

Justo cuando entraban en el laboratorio, perdió el conocimiento. Se le doblaron las piernas, y lo único que pudo hacer Con fue tenderlo en el suelo. Se sentó y le apoyó la cabeza en su regazo. Él tenía la respiración agitada y superficial, húmeda y trabajosa. El perro robótico se sentó a sus pies y se quedó vigilándolo con su rostro liso y sin ojos. Ella miró a su tía implorando que lo socorriese.

Cabigail permaneció allí de pie, cavilando, como si estuviera intentando resolver una fórmula matemática compleja.

—Lo siento. De verdad que no hay nada que yo pueda hacer. Esto es un laboratorio, no un hospital.

—Pues entonces tenemos que llevarlo a uno —insistió Con.

La otra introdujo sus datos biométricos en un armarito para abrirlo.

—Imposible. Ha visto demasiado. Pero tiene un clon en Palingénesis. Se pondrá bien.

Ella sabía que aquello era mentira. Peter le había dicho explícitamente que no quería más clones. Observó que su tía sacaba una jeringuilla y un vial pequeño lleno de un líquido transparente.

—¿Qué demonios es eso? —le preguntó.

—Es para el dolor —le aseguró Cabigail—. Al menos podemos procurarle un poco de comodidad.

A Con le costó creerla.

—Es un clon de primera generación —dijo.

—Ya sé quién es —replicó la otra al tiempo que extraía una dosis del vial y daba unos golpecitos en la jeringuilla con mano experta—. Sujétalo para que no se mueva.

Cabigail se puso la jeringuilla entre los dientes y se arrodilló para subir lo que quedaba de la manga hecha jirones de Peter. Con continuó suplicando por él, pero su tía ya no la escuchaba, su expresión era distante y resuelta. Ella la reconoció: había puesto aquella misma cara cuando estaba erguida sobre el cadáver de Brooke Fenton. ¿Hizo algo distinto cuando mató a Cara de Acné y a su equipo? Quizá lo de Cynthia Gaddis fue un accidente, pero desde entonces sus acciones habían estado desprovistas de todo rastro de moralidad que pudiera haber tenido alguna vez Abigail

Stickling. Lo que había debajo era frío, cruel y despreciable. Peter estaba destinado al incinerador si ella no hacía nada, de eso estaba muy segura.

—Si se muere, ya puedes olvidarte de nuestro trato —le dijo.

Cabigail la miró furiosa.

—Escúchame, niña. Ahora Vernon ya conoce la existencia de este lugar. Eso no nos da mucho margen de tiempo, ya debe de estar viniendo hacia aquí. Tenemos mucho que hacer antes de que llegue, no podemos permitirnos el lujo de salvar a este allanador.

Le cogió el brazo a Peter, pero, antes de encontrar una vena, Con le aferró la muñeca. Cabigail, más que enfadarse, simplemente puso cara de sentirse decepcionada. Las dos mujeres forcejearon, lo más igualadas en fuerzas que se podía estar. Pero la otra estaba mejor posicionada, y Con notó que perdía la batalla.

—Suéltame —ordenó Cabigail con los dientes apretados.

—Alto.

Aquella, con una mueca rabiosa, dejó escapar un gruñido a causa del esfuerzo.

—Esta es la única manera.

La cabeza de Peter se resbaló del regazo de Con y chocó contra el suelo. Eso hizo que recuperase el conocimiento y abriera los ojos de golpe. Agarró a Cabigail por la muñeca y el codo, le retorció el brazo para apartarlo y utilizó su propia fuerza contra ella misma para clavarle la jeringuilla en el pecho.

Ella retrocedió tambaleándose e intentando asir la jeringa.

De un solo movimiento, el perro robótico olvidado dio un brinco, aterrizó encima de él y lo aprisionó contra el suelo. De pronto se oyó un desgarró horrendo, seguido del ruido de un

cuerpo que se derrumbaba. Peter lanzó un chillido terrible. Sus piernas se agitaron una sola vez y ya no volvieron a moverse. Con se apartó a toda prisa, pero el robot no le prestó atención; analizó fríamente a su objetivo, se fue trotando hasta su ama y volvió a sentarse con toda paciencia.

Cabigail se arrancó la jeringuilla y la arrojó al suelo con estrépito. El rostro se le puso azul y comenzó a temblar como si se hubiera hecho de noche y hubiera descendido la temperatura.

—¿Qué había dentro? —le preguntó Con, aunque no tenía la menor duda de que era la misma droga que había matado tanto a Abigail como a su original. Con qué rapidez actuaba cuando se inyectaba tan cerca del corazón...

Cabigail, en vez de responder, señaló con el dedo hacia el armario que estaba más cerca.

—Necesito una jeringuilla y un vial de Klenadone.

Con adoptó el modo piloto automático, se puso de pie al momento y corrió hacia donde señalaba la otra. Su furia había quedado anulada temporalmente por su instinto de ayudar.

—Una etiqueta de color verde. Date prisa —dijo Cabigail con voz débil.

—¡Está cerrado con llave! —chilló ella tirando de la manilla—. No puedo abrirlo.

Cabigail asintió con la cabeza y tecleó algo en su DCL. Cuando terminó, le dijo a Con que introdujese sus datos biométricos y probara de nuevo.

Esta vez, el armario se abrió.

Todo tenía etiquetas verdes. Manoteó por las baldas hasta que dio con el Klenadone. Lo cogió, junto con una jeringuilla, y volvió al lado de su tía, que estaba tumbada boca arriba y luchando por respirar. Cabigail miró la etiqueta, afirmó con la cabeza y volvió a poner el frasco en las manos de su sobrina.

—Date prisa —le dijo con una voz más débil a cada momento que pasaba.

Con nunca había puesto una inyección, pero acababa de ver hacerlo a su tía, de modo que repitió sus mismos pasos. Los golpecitos eran para eliminar las posibles burbujas de aire; no supo por qué sabía eso, probablemente lo recordaba de alguna película. Luego posó la mirada en el cuerpo desgarrado de Peter y se detuvo unos momentos con la jeringuilla en el aire. Era igual que su padre. Un soldado. Una de las personas que su tía afirmaba que pretendía proteger con todo aquello. Si había podido sacrificarlo a él, ¿quién sería inmune a su despiadado interés egoísta? Había hablado con mucha elocuencia de los peligros que entrañaba el hecho de que Gaddis o Fenton llegasen a controlar sus investigaciones; comprendió que aquello no era nada en comparación con lo que sucedería si se permitía que Abigail Stickling se las quedara para sí.

¿Qué sucedía cuando se convertía en dios alguien que tenía complejo de divinidad?

Con vio al otro lado del laboratorio el útero que contenía otro clon más de su tía. Quizá había llegado el momento de poner a prueba la teoría de aquella. Dejó la jeringuilla en el suelo. No era asesinato si la persona contaba con un clon, ¿no? Esperó que Cabigail supiera apreciar dicha ironía. Acto seguido, con delicadeza, le retiró el DCL de detrás del oído. Desconocía hasta qué punto le había concedido acceso al complejo, pero no pensaba correr el riesgo de perderlo.

Cabigail protestó, pero a duras penas logró levantar el brazo para impedirselo. En vez de eso, dejó caer la cabeza en dirección al perro robótico. Con se dio cuenta, casi demasiado tarde, de lo que pretendía hacer su tía y le tapó la boca con la mano. La otra se debatió con las escasas fuerzas que le quedaban, manoteando impotentemente para intentar liberarse, pero el veneno ya se había extendido por su cuerpo y estaba demasiado débil para zafarse de Con. Hasta el final mismo,

esta la oyó dar órdenes a duras penas, con la voz amortiguada, al perro robótico. Aguardó, presa del terror, a ver si captaba alguna señal de que el robot la hubiera entendido, pero este ni siquiera se movió; continuó sentado y sin hacer nada al lado de su ama mientras ella le tapaba la boca.

Cuando Abigail Stickling finalmente murió, Con se dejó caer en el suelo y se quedó allí hasta que ya no tuvo que concentrarse únicamente en aspirar y espirar. Luego se incorporó con paso vacilante y fue hacia la puerta que daba a la habitación de Zhi. Lo que hiciera a continuación dependía de si su tía había tenido suficiente presencia de ánimo para limitar el acceso a los armarios de medicinas. Si la puerta no se abría, ella se quedaría atrapada allí abajo para siempre. Pero no sola, porque el clon de su tía ya estaba siendo preparado en su útero para la descarga.

Le temblaban las manos cuando introdujo sus datos biométricos, y contuvo la respiración mientras la puerta tardaba una eternidad en pensárselo. Pero luego la cerradura cambió del rojo al verde y la puerta se abrió.

Avanzó por el pasillo y entreabrió la puerta del dormitorio. Zhi estaba en la cama, acostado boca arriba, pero cuando se acercó un poco más vio que no estaba durmiendo. Tenía los ojos abiertos y vidriosos, fijos en el techo. Ya llevaba muerto un rato. Su tía debía de haber accionado algo por control remoto. Una vez que él hubo cumplido su misión, Abigail le aplicó la eutanasia como el experimento de laboratorio que representaba para ella. Con le cerró los ojos y se sentó en el borde de su cama, tal y como había hecho infinidad de veces cuando iba a verlo al hospital. Pero, por primera vez, sintió únicamente alivio al pensar que ya no iba a despertarse para volver a aquella pesadilla. Qué extraño le resultó haber llegado hasta ahí para terminar donde había empezado.

Le envolvió la mano con la suya y se despidió de él por última vez. Luego fue al laboratorio y desenchufó el cable del

nuevo clon de su tía. ¿Eso se consideraba asesinato? Después de haber visto a Zhi, la verdad era que le importaba un bledo.

Cuando Con salió al cuarto de estar de la casita, la enorme chimenea se cerró por voluntad propia y selló la entrada del complejo subterráneo. Ni siquiera logró palpar las uniones en la pared con los dedos, y probablemente fuera para mejor. Fue a la cocina, cogió un vaso de un armario y lo llenó de agua, aliviada al ver que la casita no era totalmente una mera exposición. Se apoyó contra la encimera para beberse el agua y miró por la ventana.

Delante de la casa había un automóvil con el motor al ralentí.

En un principio supuso que debía de tratarse de Gaddis, pero ¿cómo había hecho para salvar la verja de la entrada? Y los dos últimos perros robóticos no se veían por ninguna parte, lo cual quería decir que el vehículo y sus ocupantes debían de gozar de la confianza de su tía. ¿Y qué serían para ella? Miró a su alrededor buscando un arma y encontró un cuchillo de cocina romo en un cajón. Dudó de que aquel trasto fuera a servirle para algo.

Regresó a la ventana. El coche no se había movido; sin embargo, distinguió una cabeza calva que sobresalía del respaldo de una de las mecedoras. Había alguien sentado en el porche y disfrutando de las vistas. Cuando abrió la puerta de la casa unos centímetros, un hombre de raza blanca se levantó para saludarla. Era claramente un tipo alto y tenía un porte patricio que Con asoció con las películas del siglo xx. Debía de tener sesenta años como mínimo, pero parecía estar físicamente en forma debajo de su elegante traje de color azul.

—Hola, señorita D'Arcy.

—¿Me conoce? —dijo ella, preparada para cerrar al primer indicio de peligro.

—Solo por su foto —respondió el hombre pasándose los dedos por el poco cabello que le quedaba, como si estuviera alisando una manta demasiado pequeña para la cama.

—¿Y quién es usted?

—Oh, le pido perdón, qué modales —repuso al tiempo que le tendía una mano con las uñas muy cuidadas—. Me llamo William Small y soy socio veterano de Daniels Lovell, en Washington D. C. Soy el abogado personal de Abigail Stickling y continúo actuando como representante de varios de sus intereses.

—Desde luego, habla como los abogados —comentó Con. Abrió la puerta del todo y le estrechó la mano.

—Gajes del oficio —reconoció—. Por lo demás, soy bastante inofensivo.

—¿Cuánto tiempo llevaba sentado en la mecedora?

Él miró su reloj con los labios fruncidos.

—No mucho. He llamado, pero no había nadie —dijo, aunque estaba claro que ella había salido del interior de la casa—. Sin embargo, no tenía motivos para preocuparme; mis instrucciones eran que esperase.

—¿A qué?

—A usted.

—¿Cómo ha sabido que yo iba a estar aquí? —preguntó Con.

—Me temo que no tengo permiso para hablar de eso.

—¿Cuándo le han dicho que venga?

—De eso tampoco puedo hablar. ¿Me permite entrar? —dijo el abogado recogiendo un maletín que tenía entre los pies—. Tenemos mucha conversación por delante.

Con lo dejó pasar al interior de la casita. Él pidió un vaso de agua, y ella se lo llevó al cuarto de estar. Estaba de pie en la

puerta del dormitorio, negando con la cabeza.

—Verá, he sido abogado de Abigail durante casi veinte años, y ella siempre se refirió a este sitio de manera muy vaga. En el bufete especulábamos con qué podía haber aquí para que Abigail pasara tanto tiempo. Sobre todo, ya cerca del final. Héctor va a sentirse muy decepcionado.

—¿Por qué?

—Él sostiene la absurda teoría de que Abigail había construido un laboratorio secreto que denominaba su «fortaleza en soledad». Pero no, es solo una cabaña. Fíjese en todos estos trastos. ¿Se imagina algo más absurdo que Abigail Stickling haciendo un rompecabezas?

—Mi tía era una mujer muy excéntrica —dijo Con.

—A mí me lo va a decir —replicó el abogado mirando de nuevo a su alrededor—. Esa mujer valía cerca de mil millones de dólares, y aquí era donde decidió pasar el tiempo. Aunque viva cien años, jamás entenderé qué se les pasa por la cabeza a los ricos.

Al principio, Con había creído que la ignorancia del abogado era fingida, que él era un jugador de rol en la gigantesca charada que había montado su tía; pero a medida que fue oyéndolo hablar se dio cuenta de que también lo había tenido en la inopia. Cuando uno tiene la intención de robar el secreto de la inmortalidad, nadie debe saberlo. Si el abogado conociera la verdad, no habría dinero en el mundo para comprar su silencio. ¿Cómo era ese antiguo dicho de que la única manera de que dos personas guarden un secreto es que una de ellas esté muerta? No podía saberlo nadie. Aquel había sido todo el tiempo el plan de Abigail Stickling.

—Entonces —dijo Con—, ¿de qué va esto? ¿Por qué ha venido en coche hasta aquí para verme?

—Bueno —empezó el abogado al tiempo que abría su maletín e iba colocando documentos sobre la mesa de centro—, como usted sabrá, o quizá no, cuando su tía falleció hace

ahora un año y medio su patrimonio se encontraba depositado en un fideicomiso oculto que iba acompañado de unas instrucciones muy específicas respecto de cómo y cuándo debía abrirse. Las condiciones solo las conocíamos Héctor Alonzo, socio y director de Daniels Lovell; Anne Friedman, de Boston, y un servidor.

Hizo una pausa para causar efecto, y Con tuvo la impresión de que llevaba mucho tiempo ensayando ese momento.

—¿Y las condiciones son...? —dijo ella para ayudarlo. Según parecía, ahí le tocaba a ella hablar.

—Permítame que sea el primero en felicitarla —dijo el abogado con ampulosidad—. Es usted la única heredera de Abigail Stickling. Se lo dejó todo a usted.

Con notó que se le descolgaba la mandíbula y fue totalmente incapaz de volver a cerrarla.

Él pareció disfrutar de aquel silencio, que confundió con alegría y sorpresa. Después de tantos años de trabajo, seguramente era un alivio llegar al final, ser el portador de buenas noticias, con el convencimiento de que había desempeñado un papel a la hora de cambiarle a ella la vida de arriba abajo. Pero lo que el abogado confundió con alegría era revelación: Con se daba cuenta de cuál era el verdadero alcance de las intenciones de su tía. Abigail Stickling no le había dejado todo a su sobrina, se lo había dejado a sí misma. Si todo hubiera salido según el plan, sería aquella la que estaría dentro del cuerpo de Con, su fortuna habría vuelto a ella y nadie sabría nada.

—¿Cuándo se redactó este testamento? —preguntó .

—Bueno, la señora Stickling hizo muchas modificaciones, pero la última versión se acabó de redactar solo unos días antes del... —Dejó la frase en suspenso, era demasiado educado para emplear el término *suicidio*.

—¿Durante cuánto tiempo he sido yo la heredera?

El abogado se removió en su asiento y cogió su vaso de agua.

—Por desgracia, tampoco tengo libertad para hablar de eso.

Con miró la chimenea pensando en lo que había detrás. Tal vez había sido prematuro interrumpir la descarga de su tía. Como penitencia, ya jamás obtendría las respuestas que necesitaba para todas sus preguntas, algunas de las cuales iban a atormentarla hasta el día en que se muriese. Por suerte, dependiendo de cómo se mirase, dicho día no estaba tan lejos. Se había quitado a sí misma la única oportunidad que tenía de reparar los daños ocasionados a su descarga. En el calor del momento no pensó en ese detalle; en cambio, ahora descubrió que no le daba miedo. Y cuando llegara el fin, y del modo en que llegara, no la encontraría sin blanca.

Pasó las dos horas siguientes poniendo su firma y sus iniciales en un documento tras otro. El abogado estuvo hablando todo el tiempo, le explicó largo y tendido cuáles eran las posesiones de Abigail Stickling y las complejidades de su cartera, compuesta por propiedades, valores bursátiles y negocios. Una gran parte de aquella jerga jurídica Con la entendió solo en términos generales, y él le recomendó que contratara a un gestor.

—También le conviene mantener los servicios por lo menos de un abogado, lo antes que pueda —le dijo.

—¿Está usted disponible, Bill? ¿O ese es uno de esos casos de conflicto de intereses?

El abogado puso cara de sorpresa.

—No, no lo es, y sí, podría estar disponible. Pero quizá fuera mejor mirar un poco por ahí, en estos casos no es bueno tomar decisiones precipitadas.

—No. Mi tía confiaba en usted. Eso ya es lo bastante bueno para mí. —Tal vez su lógica fuera un tanto retorcida, pero era la verdad. William Small no sabía nada de los planes que tenía su cliente y aun así había hecho todo lo que le había pedido

Abigail. Lealmente y sin hacer preguntas. Incluso ese día, en las circunstancias más extrañas, había cumplido sus deseos al pie de la letra. Era la mejor entrevista preliminar que Con era capaz de imaginar.

El abogado sonrió.

—En ese caso, para mí será un placer.

—¿Tengo que contratarlo? ¿Es necesario que haga algo?

—Ya lo ha hecho —respondió él con una sonrisa de oreja a oreja. Ella se dijo que iba a caerle bien; nunca había tenido abogado.

—Estupendo. Pues entonces tengo un par de cosas que necesito que haga inmediatamente.

—¿Sí? —dijo él cogiendo un cuaderno—. Dispare.

Con le describió la situación de Levi Greer. Ahora que su tía ya no estaba, no había un modo sencillo de limpiar su nombre. Le dijo a su nuevo abogado que quería el mejor equipo jurídico que se pudiera comprar con dinero. Bill no vio que fuera a ser un problema. Ambos se pusieron de pie y se estrecharon la mano.

—Gracias —dijo ella.

—De nada. ¿Necesita que la llevemos de vuelta a Washington D. C.?

—No, tengo coche.

—Muy bien —repuso el abogado volviendo a guardar sus cosas en el maletín—. Ah, casi se me olvida. Un regalo de su tía. —Le entregó una cajita rectangular envuelta en papel de regalo rojo y dorado. Aguardó unos instantes, deseoso de saber qué había en el interior de aquella cajita que tenía guardada desde hacía un año y medio. Al ver que Con no hacía ademán de abrirla, puso cara de desilusión y volvió a estrecharle la mano—. Bien, pues nos vemos pronto. Concierte una cita y pásese por nuestras oficinas. Entretanto, empezaré a organizar

un equipo de abogados para que usted lo revise. Y nos pondremos a trabajar enseguida en la transferencia de persona jurídica. No nos llevará más de unas pocas semanas.

Con lo acompañó hasta el porche y esperó a que su automóvil se hubiera perdido de vista montaña abajo. Después, volvió a entrar en la casa y desenvolvió el paquete con curiosidad por saber qué le había regalado su tía. Dentro había una simple caja de cartón, y dentro de ella un pesado rectángulo de polímero transparente provisto de dos púas. Parecía casi una placa conmemorativa, pero en su superficie perfectamente lisa no había nada grabado. ¿Dónde había visto ella esa misma forma? Le vino a la memoria la extraña muesca que había debajo del lector de datos biométricos incrustado en la chimenea. Aquella placa era más o menos del mismo tamaño.

Cuando probó a ver si cabía, se insertó limpiamente en el sitio, como si estuviese imantada. Transcurridos unos momentos, comenzó a resplandecer con una sencilla frase: «¿INICIAR AUTODESTRUCCIÓN?».

Era el último paso del plan de su tía, cubrir sus huellas enterrando el laboratorio subterráneo debajo de una montaña. Una vez que hubiera asumido el papel de una Constance D'Arcy recién convertida en millonaria, sería libre para construir un laboratorio en el lugar del mundo que se le antojase y no tendría necesidad de mantenerse oculta. Con supuso que aquel laboratorio nuevo ya estaría construyéndose en alguna parte. Pero ¿qué hacer con el viejo?

Sostuvo el dedo suspendido sobre el botón «INICIAR».

¿Había algún motivo para no volar aquel lugar por los aires? Tal vez ella tuviera dentro de la cabeza la clave de las investigaciones de su tía, pero esta había recreado una gran parte de ellas. Todo estaba almacenado en los servidores del laboratorio. Gaddis terminaría por encontrarlo. A lo mejor ya estaba yendo hacia allí para exhumar los secretos de aquel laboratorio como si fuera un túmulo antiguo. O era posible que

lo hiciera ella misma algún día. Vio con nitidez en aquel preciso momento que, incluso en las mejores manos, el daño que causarían las investigaciones de su tía sería incalculable. Pero ¿y si su cuerpo y su mente siguieran cortando los vínculos que los mantenían unidos y se fueran separando de manera inexorable? ¿Prestaría entonces tanta atención a los principios éticos? Ya le parecía oír el argumento contrario: debería esperar a ver si dentro de unos meses opinaba igual. El laboratorio estaba protegido, y ni siquiera Gaddis conocía el modo de entrar en él. Así pues, ¿para qué precipitarse en tomar una decisión?

Resultaba totalmente lógico, así que apretó el botón.

«60 SEGUNDOS.»

Comenzó la cuenta atrás.

¿Sesenta segundos? Aquello no era tiempo suficiente. Tocó de nuevo la placa, pero no apareció ninguna opción de abortar.

«45 SEGUNDOS.»

Retrocedió y se dirigió hacia la puerta. Le dio un tirón para abrirla, medio esperando que el sistema de seguridad la hubiera encerrado allí dentro, y estuvo a punto de perder el equilibrio y caerse. Pero la puerta cedió con facilidad y ella se lanzó escalones abajo. Recorrió a la carrera unos tres metros y frenó en seco. Se le habían ocurrido dos cosas a la vez, que juntas dieron forma a un único pensamiento que anuló todos los demás: no debía huir.

O aquella placa era una trampa, un gesto de burla desde la tumba, en cuyo caso no habría ningún sitio al que ella pudiera escapar en el plazo de sesenta segundos donde estuviera a salvo de la venganza de Abigail o su tía había diseñado la autodestrucción de manera que no fuese necesario escapar. Ya fuera lo uno o lo otro, ella no iba a pasar los treinta últimos segundos de su vida huyendo como un animal.

Picada por la curiosidad, regresó a la casita y se puso las manos en las caderas. Ocurriera lo que ocurriese, quería verlo venir. Pensó que se lo había ganado.

Esperó.

Ya no iba a tardar mucho más.

Cuarta parte

Despertar a los fantasmas

En cambio, lo que me gusta que me haga mi música es despertar a los fantasmas que tengo dentro. No a los demonios, entiéndeme, sino a los fantasmas. ¿Lo ves?, ya estoy empleando otra vez esa forma antigua de hablar. Yo no creo en los demonios, no creo que existan. Ni en el mal. No creo que exista una fuerza externa a nosotros mismos que cree cosas malas. Simplemente, creo que todo eso se debe a algún rasgo disfuncional que tenemos. Satanás no existe, el diablo no existe. El diablo solo aparece en el Nuevo Testamento. Hace un par de apariciones casuales en el Antiguo Testamento, pero solo como un obstáculo irritante. Creamos muchos círculos en esta línea recta por la que nos dicen que estamos viajando. La verdad, claro, es que no existe ningún viaje. Todos partimos y llegamos al mismo tiempo.

David Bowie

Con sostuvo el acorde final hasta que se desvaneció y luego levantó la mano hacia el foco. Le tembló ligeramente, y flexionó los dedos para eliminar esa debilidad. Actualmente, sus manos hacían eso cada vez que tocaba durante un rato un poco largo. Los temblores habían ido empeorando gradualmente en aquellas últimas semanas, pero, si descansaba por la noche y seguía el complicado régimen que le había indicado su equipo de médicos, no eran tan difíciles de sobrellevar.

Contempló el arbolito de Navidad de color morado, que era un residente permanente de su estudio. Se había convertido en su amuleto de la suerte y lo tocaba todas las mañanas antes de iniciar la jornada de trabajo. El arbolillo le hizo un guiño para demostrarle su apoyo.

—¿Todo bien por ahí? —le preguntó Stephe por el interfono.

Con la miró a través del cristal; estaba con Dahlia, ambas sentadas ante la consola.

—Sí, es que tengo las manos un poco doloridas.

—No me sorprende, llevas ya diez horas con eso. ¿Necesitas un descanso?

Aquel era el acuerdo al que habían llegado: ella mentía sobre cómo se sentía y Stephe fingía creerla. Cuando se instaló en la casa, le contó a su amiga lo del diagnóstico. Consideró que ella y Elena tenían derecho a saber en lo que se estaban metiendo, pero con ello solo consiguió que insistieran aún más en que debía quedarse a vivir allí. Así y todo, ella les suplicó que no la trataran de forma distinta; el tiempo que le quedase no quería pasarlo como una inválida, aún había muchas cosas que quería hacer.

Entre ellas estaba deshacer el daño que había ocasionado su tía. Lo primero que hizo después de contratar los servicios jurídicos de William Small fue ordenarle que reuniera al mejor equipo de abogados que se pudiese comprar con dinero. Pagó en efectivo la fianza de Levi Greer, pero ni el detective Clarke ni la Mancomunidad de Virginia parecían inclinados a retirar los cargos. Al día siguiente tenía que desplazarse hasta Richmond para hablar de su posible declaración en el caso de que no se encontrase físicamente en condiciones para testificar en el juicio. Eso iba a llevarle casi el día entero.

—¿Hacemos un par de tomas más? —pidió—. No acaba de gustarme.

—¡Pero qué dices! —terció Dahlia. La niña había estado echando una mano en el estudio, incluso sustituyendo a Stephie cuando salía a la tienda a atender. Tenía madera y talento para ser una gran técnico de consola—. ¡Si ha sonado genial! ¿Cómo se titula?

—*Dahlia es lo más*, en re menor —respondió Con con una enorme sonrisa. Nunca había tenido una hermana, pero había descubierto que le sentaba bien tenerla. Dahlia le hizo el gesto de los cuernos mientras le sacaba la lengua.

—Solo uno más —rogó ella buscando un término medio, a pesar de que Stephie ya había accedido. Su vena perfeccionista siempre podía más que ella, y se sintió culpable por arrastrar a su amiga a su manera obsesiva de hacer las cosas.

—Haz todas las que quieras, tonta —repuso aquella—. Pero ¿todavía vas a poder vigilar la tienda después de comer? Tenemos una reunión de padres y profesores en el colegio con Dahlia.

—Sin problema.

—¿Estás segura? Siempre podemos cerrar durante unas horas. De verdad, no es tan importante —dijo Stephie dudando si dejar sola a Con, que ya había sufrido el primero de los ataques.

—¿Estás de broma? Antes de la cena ya habré vendido tres guitarras.

—¿Tres? —dijo Dahlia en tono escéptico.

—Cuéntalas, pequeña.

—Vale, pues, en ese caso —dijo Stephie—, ¿lista para otra más?

Con le dio un apretón en la mano para alentarla y dijo:

—Lista.

La tienda fue durante toda la tarde un pueblo fantasma. Lo único que logró vender fueron las partituras del tema *Blue*, de Joni Mitchell, y un paquete de diez púas para guitarra. El único modo de vender tres guitarras sería comprándolas ella misma. Desde luego, ahora podía permitírselo, pero le parecía que eso era hacer trampa. Lo cierto es que le gustó tener un rato para ella sola, y aquello le dio tiempo para trabajar en la letra de una canción nueva. En los últimos tiempos las letras se le ocurrían más rápido de lo que era capaz de escribirlas. A veces, las melodías le venían a la cabeza con tanta facilidad que tenía la sensación de estar transcribiendo unas notas que estuviera tocando otra persona. No era para nada espiritual, pero aquello hacía que se sintiera conectada con Zhi y con su antigua vida.

A media tarde llegaron tres adolescentes que querían resguardarse de la lluvia y mirar amplificadores. Con los reconoció: dos de ellos eran alumnos de Stephie y Elena, y a menudo se daban una vuelta por la tienda al salir de clase. Llevaban todo el semestre intentando formar un grupo, pero no habían logrado ni encontrar un bajista, ni ponerse de acuerdo en la clase de música que querían hacer, ni decidir cómo llamarse. Con se acordó de cuando formó su primer grupo: los Altiplanos. Duraron nueve días enteros antes de desintegrarse porque tenían visiones artísticas diferentes, y también porque no disponían de un sitio donde ensayar. Sonrió para sí al recordarlo. Rock and roll.

Desde detrás del mostrador, escuchó a los adolescentes discutiendo sobre quién era el mejor pianista de todos los tiempos. Volaron varios nombres por la tienda. Un chico insistió en que había sido Elton John o Ray Charles. La chica hizo una apasionada defensa de Stevie Wonder. El otro chico dijo que Trent Reznor o Matt Bellamy dejaban a todos los demás a la altura del betún, y esa fue la chispa que encendió otro debate. Con sintió nostalgia de aquellas largas horas que pasaba ella en la parte de atrás de la autocaravana charlando ociosamente pero con pasión de los mejores músicos de ahora o de siempre.

Ya era capaz de pensar otra vez con cariño en Despertar a los Fantasmas y en las personas que componían el grupo. Recordar se había convertido en un ritual importante para Stephie y para ella, dos antiguas veteranas de guerra homenajeando a sus hermanos caídos. Cuando terminaban en el estudio, se sentaban a charlar hasta bien entrada la noche y rememoraban y contaban anécdotas de aquella época. Como aquella vez que Tommy se salió del grupo y estuvo fuera una semana porque alguien le había robado los cereales. O el amor, no tan secreto, del superserio e intelectual Hugh por Britney Spears en sus inicios. La inclinación que tenía Zhi por los soliloquios de lo más vehementes y la costumbre que tenía Tommy de hacerle perder el hilo formulándole preguntas aparentemente inocentes que Stephie sospechaba que no lo eran tanto.

Fue bueno recordar aquellas anécdotas, pronunciar los nombres sin llorar. Incluso el de Zhi, al que ella había amado y perdido, encontrado y vuelto a perder. Abrigaba la esperanza de que, antes de morir, su recuerdo le aportara alegría de nuevo. No sabía si lo conseguiría, pero era importante intentarlo. Aquello era, así lo esperaba, lo que el nuevo álbum la ayudaría a hacer, si es que llegaba a terminarlo.

—Con, ¿quién dices tú? —le preguntó la chica. Por el motivo que fuera, ella gozaba de una extraña credibilidad con todos los chavales que frecuentaban la tienda. Tal vez fuera

porque rara vez salía del estudio, y aquella misteriosa obsesión suya hacía que pareciera genial para unos jóvenes que estaban deseando tener algo con lo que obsesionarse. Apreciaba lo poco que parecía importarles que ella fuese un clon; eso le daba esperanzas para el futuro.

—Sí, ¿quién? —dijo el fan de Trent Reznor.

—Y no digas que Bowie —la reprendió la chica—. Es tu respuesta para todo.

Con se encogió de hombros como reconociéndose culpable, y los adolescentes se rieron.

—Pues... —dijo pensativa, rememorando las antiguas discusiones que tenía en la autocaravana—, mi antiguo amigo Tommy Diop habría dicho Billy Preston.

—¿Quién? —preguntó extrañado el primer chico.

—El quinto Beatle. Tocaba ese gran piano eléctrico del tema *Don't Let Me Down* —dijo la chica poniendo los ojos en blanco, lo cual no sentó muy bien a los chicos.

—Pero ¿quién crees tú? —preguntó el fan de Trent Reznor, y eso hizo callar a los otros.

—Bueno, para mí fue Tommy Diop. Él sí que sabía tocar.

—¿Quién es ese? —preguntaron todos.

—Estaba en un grupo que se llamaba Despertar a los Fantasmas —dijo Con rememorando la sonrisa de felicidad que ponía su compañero cada vez que tocaba. Incluso en las canciones más serias, cosa que frustraba profundamente a Zhi.

Los chicos se miraron: ninguno reconocía el nombre de aquel grupo. No era de sorprender, pero aun así Con experimentó cierta tristeza. Zhi Duan, Hugh Balzan y Tommy Diop habían sido sus amigos, sus colegas. Habían vivido. Habían soñado. Habían muerto. Y ya se estaba borrando su recuerdo. Pensó un momento en darles una explicación, pero ¿para qué? La mayor parte de la vida se vive para olvidarla.

Así eran las cosas, aunque fuese cruel que fuera tu propia vida la que iba a desaparecer.

Con todo, supuso que siempre cabía la posibilidad de que uno de aquellos chicos buscara el nombre del grupo en la red cuando volviera a casa. Luego, llevado por la curiosidad o quizá por el aburrimiento, escucharía varias de las antiguas canciones. Quizá le gustaran lo suficiente como para compartirlas con sus amigos. O quizá fueran adolescentes que tenían otras cosas de las que preocuparse, y se olvidarían de aquella conversación en cuanto salieran de la tienda. Ya sucediera una cosa o la otra, no afectaría de ningún modo a la vida que habían vivido sus amigos. Si uno vivía para ser recordado cuando ya se hubiera ido, estaba perdiendo el tiempo.

Cuando los chicos se hubieron marchado, Con volvió a su cuaderno. El álbum que llevaba pensando componer desde el accidente había rebasado las expectativas que tenía al principio. Había dividido la lista de temas en dos colecciones de doce pistas cada una. La primera estaba formada por canciones que escribió y grabó su original antes de morir; la segunda eran todas composiciones influidas por las experiencias que había vivido tras la descarga. Pensó que las dos mitades funcionaban bien juntas, que enmarcaban las vidas gemelas que había tenido. Abrigaba la esperanza de que la gente las escuchase con una mente abierta. Todavía albergaba el convencimiento infantil de que la música tenía la capacidad de construir puentes hasta entre las facciones más enfrentadas.

Con un poco de suerte, viviría el tiempo suficiente para oír el álbum de principio a fin. Si no, confiaba en que Stephe lo terminara por ella. Aún quedaba mucho que hacer, ni siquiera había decidido todavía el título que iba a ponerle. Había estado un tiempo barajando el nombre de *Conclusión*, pero le pareció demasiado explícito. Luego se le ocurrió *Constantes*, pero no quería que la última contribución que hiciera al mundo fuese un mal juego de palabras con su nombre de pila. Últimamente

venía pensando en titularlo *Despertar a los fantasmas*, pero aún no se lo había consultado a Stephie, que tenía derecho a opinar. ¿Por qué costaba tanto encontrar un título?

Cuando sonó la campanilla de la puerta de la tienda, Con levantó la vista para ver si el cliente era de los que comprarían tres guitarras. Desde luego, bien podría permitírsele, pero no le pareció que fuera un gran aficionado a la música.

—Hola, señor Gaddis. Estaba preguntándome cuándo aparecería por aquí —le dijo.

—Hola, Constance —saludó él sacudiéndose el agua de lluvia—. Sinceramente, tenía intención de haberme pasado por aquí un poco antes, pero se me han complicado mucho las cosas. Brooke se cogió una baja de la empresa y la junta directiva me pidió que ocupara su sitio.

Con dejó el bolígrafo, pero no se levantó de la banqueta; le pareció importante continuar sentada y dejar que Gaddis fuera a ella.

—Se me hace raro verlo aquí, tan al sur, sin una escolta armada.

—Bueno, han cambiado muchas cosas —replicó él.

—Enhorabuena por haber ganado el litigio.

—Gracias, pero en realidad lo hemos ganado todos nosotros, ¿no? —repuso Gaddis con el gesto grave de un político curtido, pero Con supuso que era verdad lo que decía. En una increíble decisión de cinco contra cuatro, el Tribunal Supremo había fallado a favor del demandante en el caso Gaddis contra el estado de Virginia. Al decidir que su clon era también la persona de Vernon Gaddis, barrió de un plumazo el batiburrillo de leyes estatales contra la clonación y amplió la protección federal a todos los clones. Dicha decisión causó en todo el país un gran revuelo que parecía estar aún muy lejos de acallarse. Los Hijos de Adán vieron triplicarse el número de integrantes prácticamente de la noche a la mañana. Con no había sabido nada de Franklin Butler, ni siquiera había

recibido una nota de agradecimiento por haberle dado la idea. Últimamente estaba en todas partes enzarzado en su febril cruzada, portador de la antorcha, y había jurado no descansar hasta que se anulase aquella parodia de decisión judicial y el pecado original de la clonación humana fuera borrado del alma del país. Incluso se rumoreaba que tenía intenciones de presentarse como candidato a la presidencia en el año 2044.

—Seguro que ahora sus amigos lo han perdonado por no haber retirado la demanda —dijo Con.

—Es extraordinario lo que es capaz de hacer una victoria sonada para olvidar antiguos agravios. Por lo visto, a ti te está yendo muy bien —comentó paseando la mirada por la tienda. Ella no supo distinguir si Gaddis lo decía en serio o con un aire de superioridad. Lo cierto es que le dio lo mismo.

—Me va bien. ¿Cómo están sus hijos? —le preguntó.

Gaddis levantó las manos con las palmas vueltas hacia arriba, como comparando el peso de dos cosas en una balanza.

—Los chicos todavía se niegan a hablarme.

—Lo siento. Eso tiene que ser duro.

—Lo es, pero la semana que viene he quedado a comer con mi hija —repuso con la voz llena de esperanza, pero teñida de cautela—. Estas cosas llevan tiempo. Ojalá tuviera más.

—Sí, eso pasa en todas partes —dijo Con haciendo caso omiso de lo que implicaban aquellas palabras.

—Cierto. He visto que tus abogados disolvieron nuestro contrato.

—No creí que fuera a poder cumplir mi parte.

—Desde luego, en eso coincidido contigo. Pero ya no me necesitas a mí para comprarte un clon, ¿no? —dijo Gaddis.

—No, a ese respecto ya estoy bien servida.

Él dejó escapar una risita.

—Sí, ha sido un cambio de fortuna bastante drástico para los dos —dijo—. Pero siento curiosidad por saber por qué no has querido. Ambos sabemos cuál es tu estado de salud.

—Tengo mis motivos —respondió Con centrando la atención en enderezar el mostrador.

Gaddis la observó con curiosidad.

—¿De verdad vas a dejarte morir sin más?

—Así ha sido durante miles de años —replicó ella.

—Pero ya no tiene por qué ser así, menos aún para alguien que posee los medios con que cuentas tú.

—No habrá venido hasta aquí para preguntarme por mi salud. —Aquella preocupación por su bienestar le resultaba irritante.

—No, en efecto —reconoció Gaddis.

—Pues vaya al grano. ¿Qué es lo que quiere?

—Quiero saber quién mató a Brooke Fenton.

Cabigail no había llegado a hacer pública la grabación del encuentro entre Fenton y Butler, y la policía seguía sin tener un sospechoso de asesinato. Butler nunca sabría cuán distintas habrían sido las cosas para él en caso contrario.

—¿No se lo dijo Peter? —Con había dado por supuesto que Gaddis por lo menos estaría enterado de aquello.

—Llegó demasiado tarde para ver nada más que los últimos momentos. Te vio a ti subiéndote a un coche en compañía de una mujer joven, pero se encontraba demasiado lejos para distinguir de quién se trataba. ¿Quién era?

Ella respondió con un semblante inexpresivo, como si de improviso se le hubiera olvidado hablar. Gaddis, al ver que no le respondía, se apoyó pesadamente en el mostrador, como para probar si resistiría su peso si decidía saltar por encima de él. Sin embargo, pareció cambiar de idea y su ceño fruncido desapareció y fue reemplazado por una sonrisa amistosa.

—¿Qué sucedió en esa montaña? El derrumbe fue espectacular.

—El más estruendoso que he oído en toda mi vida. Y eso que he estado en un grupo de rock.

—Si excavásemos, ¿qué es lo que encontraríamos? —dijo Gaddis.

—Bueno, es una propiedad privada y hay un millón de toneladas de piedra, de modo que eso no va a ocurrir.

—Fue propiedad privada de Abigail Stickling hasta que tú heredaste su patrimonio. ¿Qué fue lo que sucedió allí? ¿Qué estás ocultando? —exigió saber él.

—Quizá lo habría sabido si hubiera acudido usted mismo en lugar de enviar a Peter —contestó Con, y por primera vez se percató de lo enfadada que estaba con él—. Porque todavía no me ha preguntado por él.

El semblante de Gaddis se oscureció de nuevo.

—Doy por hecho que Peter está muerto. Fue un buen amigo, se merecía algo mejor. ¿Por eso estás construyendo esa organización en su nombre? ¿Es una especie de penitencia?

Era exactamente eso, pero Con ni respondió ni reaccionó a la provocación de Gaddis. Una de las primeras cosas que había decidido hacer con el dinero que ahora tenía fue fundar una organización sin ánimo de lucro que proporcionara ayuda y asesoramiento a los clones de primera generación, veteranos como Peter que todavía tenían dificultades para adaptarse. Pensó que él le daría su aprobación.

—Se lo debo —dijo sencillamente.

—Un acto muy noble por tu parte.

—Bueno, alguien tenía que hacerlo —repuso Con. Se bajó de la banqueta y se dirigió hacia la puerta de la tienda—. En fin, lo siento mucho, pero tengo que cerrar.

—Claro. No era mi intención entretenerte. Solo quería que supieras que varios equipos míos llevan meses peinando todos los ordenadores de Palingénesis. Ya tengo una idea bastante aproximada de lo que hay dentro de tu cerebro.

Con no rompió el paso y mantuvo un tono de voz neutro.

—No me diga.

—¿No tienes ni siquiera una pizca de curiosidad?

Ella sostuvo la puerta abierta para Gaddis y salió a la acera. La lluvia había amainado unos instantes.

—Me alegro de volver a verlo.

—Pues no lo parece. —Hizo una pausa en la puerta—. ¿O es solo porque ya lo sabes?

—¿Se puede saber qué es lo que quiere de mí?

—Lo que tienes en la cabeza es propiedad intelectual de Palingénesis. Puedo conseguir una orden judicial para obligarte a que devuelvas algo que nos pertenece a nosotros.

—Y mis abogados lo tendrán enfangado en juicios hasta mucho después de que yo me haya muerto.

—Si es que todavía lo tienes ahí dentro —repuso Gaddis—. ¿Es eso lo que compró Abigail con su fortuna?

—Mi tía está muerta.

—Sí, eso me digo continuamente a mí mismo. ¿Tienes tiempo para que te cuente una historia? —le preguntó él, y a continuación, sin esperar respuesta, se la contó—: Un antiguo amigo mío estuvo la semana pasada en Seúl en un viaje de trabajo. Me llamó para contarme algo de lo más curioso.

Con miró calle arriba y calle abajo, esperando a que Gaddis continuara. Si pensaba que ella iba a hacer gustosamente lo que él mandase, estaba pero que muy equivocado.

—Me dijo que había visto la viva imagen de Abigail en el mercado de Namdaemun.

Con sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—Que pasó andando justo por su lado. La vio con toda claridad. Intentó seguirla, pero la perdió entre el gentío. Me juró por lo más sagrado que era ella. Tuve que persuadirlo de que era imposible, le dije que hay muchas caras en el mundo y que al final es normal que terminen por repetirse.

—Sería alguien que se le parecía mucho —coincidió Con sin saber muy bien a cuál de los dos pretendía convencer. Ella había acabado con el clon de Abigail en la montaña, pero ¿y si no hubiera hecho otra cosa que activar otro, escondido en otra parte? Por ejemplo, en Corea del Sur. Era una arrogancia creer que su tía no había previsto que algo pudiera torcerse hasta el punto de causar una catástrofe. Era una mujer que tenía un plan para todo, incluso para ella misma.

—Exacto. Esto es precisamente lo que le dije a mi amigo —contestó él—. Pero esto me recuerda el extraño mundo en el que vivimos en la actualidad. Resulta muy difícil saber en qué momento algo está acabado de verdad. Hoy en día, las cosas que creíamos que estaban muertas y enterradas pueden regresar para atormentarnos.

—Lo tendré en cuenta. Adiós, señor Gaddis —dijo Con, y volvió a entrar en la tienda—. Espero que esa comida con su hija vaya bien.

—Por favor, reflexiona sobre lo que estás haciendo. Representa el mayor paso adelante en la historia de nuestra especie. Es un regalo. Pertenece al mundo.

—Creía haberle entendido que le pertenecía a Palingénesis —replicó Con, y le cerró la puerta en las narices.

Desde el escaparate, lo observó cruzar la calle para dirigirse hacia su coche, que lo estaba esperando. ¿De verdad la inmortalidad era un paso adelante? Y si lo era, ¿un paso hacia qué? Pensaba que ella había impedido que saliera al mundo; ahora se daba cuenta de que lo único que había hecho era retrasarlo. Que su tía estuviera viva o muerta daba igual; ahora

que Vernon Gaddis sospechaba que la inmortalidad era algo alcanzable, se consagró a buscar la forma de alcanzarla. Abigail Stickling era un genio, pero habría otros que se subirían a sus hombros y verían lo que ella había descubierto. Algún día, la paradoja cuerpo-mente se solucionaría otra vez, era inevitable. Ahora lo comprendía, pero no sería ella quien se la entregara al mundo. ¿Cómo lo había denominado Vernon Gaddis? ¿Un «regalo»? Bueno, pues ella tenía ideas muy diferentes sobre lo que era hacer regalos.

Elena, Stephie y Dahlia volvieron un poco después de las cinco con dos pizzas grandes: la recompensa para la pequeña por las magníficas notas que le habían dado sus profesores. Con gestos exagerados, contó las guitarras que había en la tienda y acto seguido le puso a Con una cara de pena que podría haberse visto desde la luna.

—¿Todavía tengo derecho a una porción de pizza?

Dahlia fingió pensárselo largo y tendido.

Salieron al patio. Elena corrió al piso de arriba a buscar bebidas y las cuatro se sentaron a cenar alrededor del foso de piedra. La velada se alargó. Llegaron unos cuantos amigos con botellas de vino. Elena montó una pirámide de troncos en el foso y prendió la leña menuda. La voz se corrió y no tardaron en llegar más amigos con toda clase de comida y bebida. Con los miró y calculó que debía de haber unas treinta personas riendo, bebiendo y narrando anécdotas. Era lo que solía suceder cuando Stephie y Elena recibían a amigos: nunca se planificaba nada, la gente iba llegando sin avisar hasta que aquello se convertía en una fiesta.

Ella pasó la mayor parte de la velada sentada junto al fuego, conversando y disfrutando del calor de la compañía humana. Abigail Stickling se le antojaba un recuerdo lejano. Descartó lo que le había contado Gaddis tachándolo de una táctica rastrera para atemorizarla. Además, si su tía aún estaba viva, ¿qué iba a poder hacerle a ella desde Corea del Sur que no hubiera podido hacerle en el sur de Virginia?

Alguien le pidió a Stephie que tocara algo. Ella se negó, pero para entonces ya había empezado a circular entre los presentes que había dicho que sí.

—¡Venga, cántanos algo! —exclamó alguien en tono festivo, y fue aclamado con risas y vítores.

—Te reclaman, mi amor —le dijo Elena apoyando la cabeza en su hombro.

—No pienso subirme ahí arriba yo sola —replicó Stephie, y miró a Con.

—Ah, no, no, no —dijo esta, y luego, por si alguien no la había oído, lo repitió—: No.

Dahlia, sentada en el reposabrazos del sillón de su madre, le estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Ya lo creo que sí.

—¿Qué haces levantada tan tarde? —lo dijo Con—. ¿No deberías estar ya en la cama?

—Todo sobresalientes —le recordó Dahlia—. No te digo más.

—¿Qué dices? —le preguntó Stephie cogiéndole la mano y dándole un ligero apretón—. Si tú vas, yo voy.

Con miró alternativamente a las tres y de nuevo a su amiga más antigua. ¿Cómo iba a decir que no a aquellas personas?

—Una sola canción.

—Una sola canción —aceptó Stephie—. Elige tú.

Agradecimientos

Una de las primeras lecciones que uno aprende cuando es autor es que, si se te ocurre una buena idea cuando estás quedándote dormido, has de levantarte y anotarla. Porque, si no lo haces, después, a la mañana siguiente, lo único que tendrás es un débil esbozo a tiza de dicha idea y la melancólica certeza de que era la mejor que se te ocurrirá jamás.

Hace ahora casi cinco años, estaba yo una noche en ese maravilloso estado a medio camino entre la vigilia y el sueño cuando de pronto se me ocurrió una idea muy simple: ¿no sería genial que alguien tuviera que investigar su propia muerte? Me vino a la memoria la película antigua *Con las horas contadas*, protagonizada por Edmond O'Brien, en la que este tenía que averiguar quién lo había envenenado. Y tuve la seguridad de que tenía que haber cientos de historias sobrenaturales que tratasen de muertos que buscaban respuestas, pero ¿cómo podría ser que un vivo estuviera en la posición de resolver él mismo su asesinato?

Me quedé un rato mirando el techo hasta que me pregunté: ¿y si el protagonista fuese un clon de la persona asesinada y conservase todos sus recuerdos excepto el del asesinato en sí? Tuve un momento de revelación de los que hacen en las películas que uno se incorpore de golpe en la cama y, sin saber cómo, me las arreglé para llegar hasta mi mesa de trabajo sin lesionarme por el camino. El resto de la noche lo pasé llenando páginas y páginas de anotaciones y detalles para crear un universo, y escribí el primer borrador de lo que ahora es el capítulo cuatro. A continuación, lo metí todo, como suele decirse, en el cajón del final y seguí trabajando en el segundo libro de la saga de Gibson Vaughn. Aún pasarían cuatro libros más antes de que me sintiera preparado para regresar a *Constance*.

Cuando por fin volví a mis apuntes, necesité una legión entera de personas generosas y de gran talento que me ayudasen a dar forma al libro que ahora tienes en tus manos y a terminarlo. Es de justicia reconocer que sin ellas no habría podido hacer nada, y por lo tanto quiero darles las gracias de corazón.

A mi agente y amigo David Hale Smith y a sus colegas de la agencia literaria InkWell Management.

A mis editoras, Megha Parekh y Grace Doyle, y a todas las personas de Thomas & Mercer que trabajaron en este libro.

A Steve Konkoly, Joe Hart y Ed Stackler por leer un primer borrador y contribuir a que me orientase en la dirección adecuada.

A Nadine Nettman por su paciencia infinita mientras yo le desgranaba una y otra vez las posibles tramas argumentales que se me amontonaban en la cabeza.

A Johnny Shaw, que leyó un borrador parcial cuando yo me esforzaba por buscar un final y me ayudó a volver a la senda.

A Elizabeth Little por haber encontrado tiempo para leer un borrador del manuscrito y haberme ofrecido sugerencias de última hora esenciales.

A Katie Lahnstein por ayudarme a imaginar cómo podrían funcionar o no las protecciones jurídicas de los clones; a Lee Kovarsky por explicarme cómo llegaría hasta el Tribunal Supremo una demanda que guardara relación con la clonación, y a Steve Feldhaus por su experiencia en fideicomisos y testamentos. Cualquier error o licencia es culpa mía, no de ellos.

A Lara Atella por sus sugerencias acerca de las repercusiones neurológicas que podría tener la clonación en el cerebro humano. Una vez más, los errores o las licencias que se hayan tomado son culpa mía.

A Tim Lyons y a Melissa Wolverton por sus consejos sobre todo lo relacionado con la música y los grupos de rock.

A Aaron Bachmann por sus conocimientos de cartografía de Charlottesville (Virginia).

A Mike Tyner por hacer una proyección de cómo funcionarían la seguridad y la privacidad dentro de veinte años.

A Matt Misiorowski por sus ideas de ingeniería, en particular respecto de cómo podría evolucionar el diseño de los vehículos eléctricos.

A Boneza Hancock por su valiosa labor como principal lectora de sensibilidad de este libro y por ayudarme a hacer justicia con la experiencia vivida por Con.

A Valerie Klemczewski por ayudarme a encontrar la parte afilada de Con y no permitirme que la suavizase.

A Eric Schwerin, Nathan Hughes, Karen Hughes, Giovanna Baffico, Jess Lourey, Matt Iden y D. M. Pulley: sois los mejores.

Y a Vanessa Brimmer por encima de todos los demás.



Matthew FitzSimmons es de Illinois y se crio en Londres, Inglaterra. En la actualidad vive en Washington, D.C., donde ha sido profesor de literatura inglesa y teatro en un instituto privado durante más de una década. “La sogá” fue su primera novela y el libro que más rápidamente se ha vendido en toda la historia de Amazon / Thomas & Mercer. Al poco tiempo de salir publicado ya era número 1 en tres continentes y se mantuvo en lo más alto de las listas de ventas de Kindle en los EE. UU., Reino Unido y Australia.

Contenido

[Sobre este libro](#)

[Constance](#)

[Dedicatoria](#)

[Primera parte. Recargar / descargar](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[Segunda parte. Cruzar el río](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Tercera parte. La montaña

28

29

30

31

32

33

34

Cuarta parte. Despertar a los fantasmas

35

Agradecimientos

Sobre el autor

Contenido

Créditos

Título original: *Constance*

Edición digital: 2022

Entrevista a David Bowie citada con permiso de ConcertLivewire.com

Copyright © 2021 by Planetarium Station, Inc.

© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1362-947-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.